

IMPRIMIR

BOCETOS CALIFORNIANOS

FRANCISCO BRET HARTE

Editado por
elaleph.com

© 1999 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

MUSS

I

En el punto mismo en que la Sierra Nevada comienza a descender en más suaves ondulaciones y donde los ríos bajan menos rápidos y amarillentos, al pie de una gran montaña roja levántase Smith's Pocket.¹Visto a la puesta del sol, desde el camino rojizo, a través de la roja luz y del rojo polvo, sus blancas casas se parecen a cantos de cuarzo desprendidos de la montaña. La roja diligencia, coronada de pasajeros, vestidos con camisas rojas, se pierde de vista media docena de veces en la tortuosa bajada, saliendo de improvviso por los sitios más extraños, y desapareciendo por completo a unas cien yardas del pueblo. A este brusco recodo del camino se debe probablemente que el advenimiento de un extranjero a Smith's Pocket, vaya generalmente acompañado de alguna circunstancia particular. Al bajar del vehículo, en el despacho de la diligencia, el viajero, por demás confiado, acostumbra salirse del pueblo con la idea de que éste se halla en una dirección completamente contraria a la real. Se cuenta que los mineros de a dos millas de la ciudad, encontraron a uno de estos confiados pasajeros con un saco de noche, un paraguas, un *Harper's Magazine*, y otras pruebas de civilización y refinamiento, internándose por el camino que acababa de pasar en coche y apurándose en vano por hallar el campamento de Smith's Pocket.

Un viajero observador hubiera hallado alguna compensación a su engaño en el fantástico aspecto de aquellos alrededores. Hay allí enormes grietas en la montaña y desmontes de rojiza tierra, más parecidos al caos de un levantamiento primario geológico que a la obra del hombre; por otro lado, a media bajada, un largo puente rústico esparranca su estrecho cuerpo y piernas desproporcionadas por encima de un abismo, como el enorme fósil, de algún olvidado

¹ Bolsa de Smith.

antidiluviano. A cada paso, fosos más pequeños cruzan el camino, ocultando en sus sucias profundidades feos arroyos que se deslizan hacia una confluencia clandestina con el gran torrente amarillento de más abajo, y acá y allá vense las ruinas de una cabaña con sólo la chimenea intacta y con la piedra del hogar mirando a los cielos.

El campamento de Smith's Pocket debe su origen al encuentro de una bolsa en su emplazamiento por un cierto Smith. Este Smith sacó de ella cinco mil pesos en media hora, tres mil de los cuales gastaron él y otros en el trazado de un acueducto y varias minas. Y entonces se vio que Smith's Pocket no era más que una bolsa, expuesta, como otras bolsas, a vaciarse. Aunque Smith taladró las entrañas de la gran montaña roja, aquellos cinco mil pesos fueron el primero y último fruto de su trabajo. La montaña se mostró avara de sus dorados secretos y la, mina poco a poco fue tragando el resto de la fortuna de Smith. Entonces dedicóse éste a la explotación de cuarzo; después a moler este mineral, luego a la hidráulica y a abrir zanjas, y, finalmente, por grados progresivos, a, guardar una taberna. Pronto se cuchicheó que Smith bebía mucho; luego se supo que Smith era un borracho habitual y después la gente, según acostumbra, pensó que en la vida había sido otra cosa.

Pero, afortunadamente, el porvenir de Smith's Pocket, como el de la mayor parte de los descubrimientos, no dependía de la suerte de su fundador, y otros siguieron proyectando túneles y descubriendo bolsas, de manera que Smith's Pocket se convirtió en un campamento con sus dos quincallerías, sus dos hoteles, su casa-correo y sus *dos primeras familias*. De vez en cuando su larga y única calle quedábase asombrada por la importación de las modas de San Francisco, traídas por *express*, exclusivamente para estas primeras familias; esto hacía que la ultrajada Naturaleza, en el miserable lodazal de su surcada superficie, pareciese más fea aún, humillando en no menor grado a la mayoría de la población para la que el domingo, con una muda de ropa, trajo solamente la necesidad de limpieza, sin el lujo del adorno. También había una iglesia metodista cerca de una bancamonte, y un

poco más allá, en la falda de la montaña, un campo santo, y, además, una reducida escuela.

«El maestro», así llamado por su pequeño rebaño, estaba una noche en la escuela, sentado, solo ante algunos cuadernos abiertos y trazando con cuidado aquellos atrevidos y llenos caracteres que se suponen ser el non plus ultra de la excelencia quirográfica y moral, y había llegado hasta «las riquezas engañan» y estaba floreando el sustantivo con una falta de sinceridad en el rasgueo, que corría parejas con el espíritu del texto, cuando oyó golpear suavemente. Los picos carpinteros trabajaban en el techo durante todo el día, y el ruido no le había estorbado el trabajo; pero el abrir de la puerta y el golpear continuo desde el interior, le hizo alzar la vista. La figura de una niña sucia y desarrapadamente vestida, le sobresaltó algo. Sin embargo, sus grandes ojos negros, su ordinario y despeinado pelo mate, cayendo sobre una cara tostada por el sol, sus descarnados brazos y pies tiznados por el rojizo barro, todo le era familiar. Allí estaba Melissa Smith, la niña sin madre, de Smith.

-¿Qué puede querer de mí?- pensó el maestro. Todo el mundo conoce a Mliss, que así se la llamaba a todo lo largo y lo alto de Red-Mountain; todo el mundo la conocía por una chica incorregible. Su índole bravía e ingobernable, sus locas extravagancias y carácter desordenado eran tan proverbiales a su manera como la historia de las debilidades de su padre, y aceptada por los vecinos con la misma filosofía. Disputaba y peleaba con los escolares con más aguda invectiva y brazo más poderoso que otro alguno; seguía las pistas con la maña de un montañés, y el maestro la había encontrado varias veces a algunas millas de distancia, descalza, sin medias y con la cabeza descubierta, en los senderos de la montaña. Los campamentos de los mineros, a lo largo del riachuelo, proveían a su subsistencia, durante estas peregrinaciones voluntarias, por medio de donativos ofrecidos generosamente.

Y no es porque no se hubiese dispensado previamente a Mliss una protección más amplia. El reverendo Josué Mac Snagley, el

reputado predicador oficial, la había colocado de criada en un hotel, como para una especie de afinamiento preliminar, presentándola luego a sus discípulos en la clase dominical. Pero ella tiraba de vez en cuando los platos al fondista, respondía prontamente a los insípidos chistes de los huéspedes, y producía en la clase del domingo una sensación tan diametralmente opuesta a la monotonía y placidez ortodoxa de aquellas instituciones, que por respeto y deferencia a los almidonados delantales y moral inmaculada de los dos niños de cara sonrosada y blanca de las primeras familias, el reverendo señor la expulsó ignominiosamente.

Tales eran los antecedentes y tal el carácter de Mliss al hallarse en pie delante del maestro: mostrábanse aquéllos tanto por el haraposito vestido, el despeinado cabello y los sangrientos pies, que movían a compasión, como por el brillo de sus grandes ojos negros, cuya fijeza imponía respeto.

-He venido aquí esta noche -dijo rápida y atrevidamente, fijando en la de él su dura mirada, -porque sabía que estabais solo; no quería venir cuando estuvieran aquellas chicas. Las aborrezco y ellas me aborrecen; éste es el por qué. Vos tenéis escuela, ¿verdad? ¡Quiero aprender!

Si al desaliño de su vestido y al poco donaire de su enredado cabello y sucia cara hubiese añadido la humildad de las lágrimas, el maestro le hubiera otorgado la indiferente limosna de la compasión y nada más; pero, con el instinto natural, aunque ilógico, de sus semejantes, su atrevimiento despertó en él algo de aquel respeto que todas las naturalezas originales se tributan inconscientemente unas a otras, en cualquier posición social, y la contempló con más fijeza a medida que continuaba aún hablando rápidamente, con la mano en la aldaba y los ojos en él:

-¡Me llamo Mliss, Mliss Smith! Podéis jugaros la vida que es así. Mi padre es el viejo Smith, el viejo Bumer Smith, éste es mi padre. Soy Mliss Smith, y me vengo a la escuela.

-¿Y qué?- dijo el maestro.

Acostumbrada a ser contrariada y a que se la opusieran a menudo porque sí y cruelmente y sin otro fin que el de excitar los violentos impulsos de su naturaleza, la tranquilidad del maestro la cogió evidentemente de sorpresa. Se calló; principió a retorcer entre los dedos un rizo de su cabello, y la rígida línea del labio superior apretado sobre los perversos dientecitos, suavizóse y tembló ligeramente. Bajó luego los ojos, y algo parecido al rubor se esforzó en llegar hasta su mejilla y mantenerse vivo al través de las manchas de rojizo barro y del asoleado de los años. De repente se echó hacia delante invocando a Dios para que la matara en el acto, y desalentada e inerte cayó de cara contra el pupitre del maestro, llorando y gimiendo, como si se le fuera a romper el corazón.

El maestro la alzó suavemente y esperó a que se le pasara el paroxismo. Cuando, volviendo aún la cara, repetía entre sollozos la «mea culpa» de la penitencia infantil, «que no lo quería hacer»- etc., se le ocurrió al maestro preguntarle por qué había dejado la clase del domingo.

-¿Por qué he dejado la clase del domingo? ¿Por qué? ¡Ah, sí! ¿Qué necesidad tenía él (Mac Snagley), de decirle que era mala? ¿Por qué le decía que Dios la odiaba? ¿Si Dios la odiaba, de qué le servía ir a la clase del domingo? Ella no quería deber nada a nadie que la aborreciese.

Sí; ella le había dicho esto a Mac Snagley.

«Sí, se lo había dicho»

El maestro se rió. Era su risa franca, pero despertó un eco tan extraño en la pequeña casa-escuela y pareció tan inconsecuente y discordante con el gemido de los pinos del exterior, que pronto la refrenó con un suspiro, y el suspiro era, sin embargo, tan sincero, a su manera, como la risa.

Después de un momento de grave silencio, le preguntó por su padre.

¿Su padre? ¿Qué padre? ¿El padre de quién? ¿Qué había hecho por ella? ¿Por qué la aborrecían las chicas? ¡Vamos! ¿Por qué, cuando

pasaba, le decía la gente: «¡la Mliss del viejo Bumer Smith!» Sí: ¡oh, sí, quisiera estar ya muerta, completamente muerta, que todo el mundo estuviese muerto! Y sus sollozos rompieron de nuevo.

Entonces el maestro, inclinado sobre ella, le dijo lo que usted o yo podíamos haber dicho después de oír teorías tan poco naturales en boca infantil; pero recordando tal vez mejor que usted o yo, lo poco naturales que eran también sus haraposos vestidos, sus sangrientos pies y la omnipresente sombra de su borracho padre. Después, alzándola, la envolvió con su pañuelo; y encargándole que viniera temprano a la mañana siguiente, la acompañó parte del camino y allí le dio las buenas noches.

La luna iluminaba brillantemente ante ellos el estrecho camino. El maestro permaneció de pie contemplando la encogida y pequeña figura a medida que se alejaba vacilante camino abajo, y esperó hasta que hubo pasado el pequeño campo santo y alcanzado la cima de la colina, en donde se volvió y se detuvo un instante como un átomo de sufrimiento perfilado entre las lejanas y apacibles estrellas. Después el maestro volvió a su trabajo. Pero las líneas del cuaderno se desarrollaban en largas paralelas de interminable camino, sobre el cual parecían pasar, en la noche, figuras infantiles gimiendo y sollozando. Entonces, pareciéndole la pequeña sala de la escuela más triste que antes, cerró la puerta y regresó a su casa.

A la mañana siguiente fue Mliss a la escuela. Habíase lavado la cara y su cabello negro y ordinario llevaba trazas de una reciente pelea con el peine, en la cual, al parecer, habían sufrido los dos. La mirada de desafío brillaba de vez en cuando en sus ojos, pero su manera era más mansa y dócil. Entonces comenzó una serie de pequeñas pruebas y de sacrificios mutuos, en los cuales maestro y alumna obtuvieron partes iguales y que aumentaron la simpatía entre ellos. Aunque obediente ante la mirada del maestro, a menudo, durante el asueto, contrariada o irritada por un desprecio imaginario, Mliss rabiaba con furia ingobernable, y más de un pequeño salvaje, encontrándose igualado por sus propias armas de tormento, buscaba al profesor,

palpitante, con rasgada chaqueta y arañado rostro en querrela de la terrible Mliss. Hubo sobre el asunto una seria división entre los vecinos; algunos amenazaron con retirar a sus hijos de una compañía tan mala, y otros, con el mismo calor, defendieron la conducta del maestro en su obra, de reforma.

En tanto, con terca persistencia que más adelante, al considerar lo pasado, le pareció firmeza, el maestro sacó gradualmente a Mliss de las tinieblas de su pasada vida, como si no fuese más que su progreso natural en el estrecho sendero por el cual la había encaminado en la estrellada noche de su primer encuentro. Recordando la experiencia del evangélico Mac Snagley, evitó cuidadosamente el escollo sobre el cual, éste, poco adiestrado piloto, había hecho naufragar la fe reciente de la joven. Pero si en el transcurso de la lectura tropezaba por casualidad con aquellas pocas palabras que han levantado a sus semejantes sobre el nivel de los más viejos, más sabios y más prudentes, si aprendía algo de una fe que esta simbolizada por el sufrimiento, y si la antigua llama se suavizaba en sus ojos, no era bajo la fuerza de una lección. Algunos colonos, de entre la gente más sencilla, reunieron una pequeña suma, por medio de la cual la haraposa Mliss pudo vestir la ropa de la decencia y de la civilización, y a menudo un rudo apretón de manos y palabras de franca aprobación de alguna de esas figuras arrugadas, groseras y vestidas con la encarnada camisa, hacían acudir el rubor a las mejillas del joven maestro y le obligaban a pensar si eran del todo merecidos tales tributos de aprecio.

Tres meses habían transcurrido desde la época de su primer encuentro y el maestro estaba entregado una noche a sus copias morales y sentenciosas, cuando se oyó golpear a la puerta y otra vez vio a Mliss delante de sí. Estaba nítidamente vestida y tenía la cara limpia, y tal vez nada, excepto el largo cabello negro y los brillantes ojos, podía recordarle la aparición anterior.

-¿Estais ocupado?- preguntó.-¿ Podéis venir conmigo?

Y al significar aquél su asentimiento, con su antigua manera voluntariosa, dijo:

-Venid pronto, pues.

Pasaron juntos la puerta, y penetraron en el oscuro camino. Al entrar en el pueblo, el maestro le preguntó adónde iban. Ella contestó:

-A ver a mi padre.

Era la primera vez que le había oído nombrarle con aquel título filial, ó darle otro que el de «Viejo Smith», o bien de «el Viejo». Era la primera vez, en tres meses, que hablara de él, y al maestro le constaba que le había evitado resueltamente desde su gran cambio. Convencido, por sus ademanes, seria por demás preguntarle sus propósitos, la siguió pasivamente por sitios solitarios, por bajas tabernas, restaurantes y salones, por casas de juego y de baile; el maestro precedido por Mliss entraba y salía enseguida. Entre el humo y los gritos blasfemos de los antros del vicio, la niña, cogida de la mano del maestro, se paraba mirando ansiosamente, al parecer inconsciente de todo, pues el objeto que buscaba absorbía toda su atención. Algunos alborotadores, reconociendo a Mliss, llamaban a la niña para que les cantara y bailara, y la hubieran obligado a beber a no ser por la interposición del maestro. Otros, reconociéndole, les hicieron paso silenciosamente. Así transcurrió una hora. Entonces la niña le dijo al oído, que del otro lado del torrente, atravesado por una larga palanca, quedaba una cabaña donde pensaba aún que podía estar. Marcharon en aquella dirección, durante media hora de fatigosa caminata, pero en vano. Se volvían por la zanja siguiendo el canal y contemplando las luces del pueblo en la orilla opuesta, cuando de pronto sonó agudamente en el fresco aire de la noche un tiro seco. Los ecos lo reprodujeron y dieron vueltas con él en torno de Red-Mountain e hicieron que los perros ladraran al borde de los riachuelos. Las luces parecieron bailar y moverse rápidamente por algunos momentos en las cercanías del pueblo. El riachuelo hirvió a su lado en borbotones tumultuosos; algunas piedras se desprendieron de, la cuesta y cayeron ruidosamente en el agua; un fuerte viento pareció sacudir las ramas de

los fúnebres pinos, y luego el silencio se restableció más de lleno, más profundo y más fúnebre. El maestro se volvió hacia Mliss con un movimiento instintivo de protección, pero la niña había desaparecido ya. Oprimido por un extraño terror, corrió rápidamente camino abajo, hacia el lecho del río, y saltando de roca en roca, alcanzó la aldea. Llegado a la mitad de Red-Mountain y en las cercanías del estribo de la palanca, miró hacia arriba y detuvo el aliento con temor; pues en lo alto, sobre la estrecha tabla, vio la pequeña y aérea figura de su compañera de poco ha cruzado rápidamente en las tinieblas.

Escaló la orilla y guiado por algunas luces que se movían en torno de un punto fijo de la montaña, se encontró pronto rodeado de una multitud de hombres horrorizados y sombríos. De entre ellos salió la niña, y tomándole de la mano, le condujo silenciosamente delante de lo que parecía ser un profundo boquete en la montaña. Su cara estaba lívida, pero su excitación había desaparecido y su mirada era como la de una persona a quien algún suceso, por largo tiempo esperado, hubiese acontecido; expresión que al maestro, en su atolondramiento, le parecía casi como de alivio. Las paredes de la caverna estaban en parte acodaladas por maderos podridos. La niña señaló un montón como de vestidos andrajosos, deshechos y echados en el agujero por el último inquilino. El maestro se aproximó y a la luz de una antorcha se inclinó sobre ellos. Era Smith, ya frío, con la pistola en la mano y la bala en el corazón, tendido al lado de su *bolsa* vacía.

II

La opinión que Mac Snagley aventuró con referencia al cambio de sentimientos que supuso haber experimentado Mliss, se expresaba con más fuerza en las cañadas y túneles. Allí pensaron que Mliss había dado con el filón de una buena conducta. De manera que, cuando se hubo añadido una nueva tumba al pequeño cercado, y a expensas del maestro se colocó en ella una lápida con su pequeña

inscripción, *La Bandera de la Red-Mountain* se portó como buena e hizo lo que debía respecto de la memoria de uno de «nuestros más antiguos zapadores,» refiriéndose graciosamente a aquel «tósigo de las más nobles inteligencias,» y relegando elegantemente al olvido el pasado «de nuestro querido hermano.» «Deja para llorar su pérdida una hija única, decía *La Bandera*, que es ahora una alumna ejemplar, gracias a los esfuerzos del reverendo Mac Snagley» En verdad el reverendo Mac Snagley hacía gran caso de la conversación de Mliss, y atribuyendo indirectamente a la desgraciada niña el suicidio de su padre se permitió intencionadas alusiones a los efectos beneficiosos de la «silenciosa tumba» y en tan alegre contemplación redujo la mayor parte de los niños a un estado de horror inexorable y fue causa de que los vástagos de las primeras familias aullasen tristemente sin quererse consolar.

Vino el largo y tórrido verano. A medida que cada ardiente día se consumía en pequeñas neblinas color gris perla en las cimas de las montañas, y la naciente brisa esparramaba rojas cenizas sobre el panorama, la verde alfombra que la temprana primavera tendiera por encima de la tumba de Smith, se marchitó hasta secarse. En aquellos días el Maestro, errando por el pequeño campo santo en las tardes de los domingos, se sorprendía a veces de encontrar arrojadas allí algunas flores silvestres, cogidas en el húmedo pinar, y más a menudo toscas guirnaldas prendidas de la pequeña cruz de pino. Muchas de estas guirnaldas estaban formadas de hierbas odoríferas, de esas que las niñas gustan de guardar en su pupitre, enlazadas con las plumas del bacai de la vainilla y de la anémona del bosque, y aquí y acullá el maestro reparó en la capucha azul oscuro de la adormidera o acónito venenoso. Había en la asociación de esta nociva planta a aquellos recuerdos, un algo que ocasionó al maestro dolorosa sensación, más profunda que su sentimiento estético.

Un día, durante un largo paseo, al cruzar una silvestre sierra, topó en el corazón del bosque con Mliss, subida en un derribado pino, como sobre un trono fantástico formado por los colgantes penachos de

siniestras ramas, con la falda llena de hierbas y de piñas, y tarareando para sí una de las negras melodías de su anterior juventud. Reconociéndole a distancia, le hizo lugar en su elevado trono, con graves muestras de hospitalidad y aun de protección, y con ser el Maestro tan terriblemente serio, le colmó de piñones y manzanas silvestres. El Maestro aprovechó aquella oportunidad para señalarle las propiedades nocivas del acónito, cuyos oscuros capullos veía en su falda, y arrancó de ella la promesa de no tocar flores de aquella planta, en tanto que fuese su alumna. Hecho esto, como que el maestro ya había puesto a prueba su integridad, se quedó satisfecho, y el extraño sentimiento que le había sobrevenido se desvaneció.

De todos los hogares que se le abrieron a Mliss cuando se supo su conversión, el maestro prefirió el de mistress Morpher, un ejemplar femenino y bondadoso de la flora del Sudoeste, conocido en su mocedad por el apodo de «Rosa de la Pradera». Siendo uno de aquellos seres que luchan resueltamente contra su propia naturaleza, mistress Morpher, por medio de una larga serie de actos de abnegación y de lucha, había subyugado por fin su disposición, naturalmente descuidada, hasta tener principios de «orden», que, a la par que Mr. Pope, consideraba como «la primera ley del cielo. » Pero no podía gobernar del todo las órbitas de sus satélites por regulares que fuesen sus propios movimientos, y hasta su mismo «Jaime» chocaba a veces con ella. Su antigua naturaleza se afirmaba de nuevo en sus hijos. Licurgo huroneaba a deshora en la alacena, y Arístides venía de la escuela a, casa sin zapatos, dejando aquellos importantes artículos en el umbral para tener el placer de hacer un viaje, descalzo, por el légamo de las zanjas. Octavia y Casandra eran descuidadas en sus vestidos. De manera que por más que la «Rosa de la Pradera» hubiese espaldado, podado y disciplinado su propia y ya madura exuberancia, con una sola excepción, los retoños crecieron a porfía, bravíos y desparramados. Aquella única excepción era Clitemnestra Morpher, de quince años de edad y que realizaba la concepción inmaculada de su madre, nítida, ordenada, y de lenta inteligencia.

Mistress Morpher tenía la amorosa debilidad de imaginarse que Clytie era un consuelo y un ejemplo para Mliss, y siguiendo esta sofistería, mistress Morpher sacaba a Clytie a colación ante Mliss cuando ésta era mala, y la presentaba a la niña como modelo reverente en sus momentos de contrición. De manera que no se extrañó el maestro cuando supo que Clytie iría a la escuela, evidentemente sólo como un favor para el maestro y como un ejemplo para Mliss y otros, pues Clytie era ya toda una señorita. Heredando las cualidades físicas de su madre, y en obediencia a las leyes climatológicas de la región de Red-Mountain, la muchacha entraba en prematura eflorescencia. La juventud de Smith's Pocket, para quien esta especie de flor era escasa, suspiraba por ella en abril y languidecía en mayo. Enamorados zagales rondaban la escuela a la hora de salida y algunos estaban celosos del maestro.

Tal vez esta última circunstancia fue la que abrió los ojos de éste a una observación. No pudo menos de notar que, Clytie era romántica; que en la clase necesitaba de mucha atención, que sus plumas eran siempre malas y necesitaban cortarse; que acompañaba generalmente la súplica con cierto éxtasis en la mirada, impropio del servicio que verbalmente pedía; que a veces toleraba que las curvas de su rollizo y torneado brazo blanco, reposaran sobre el del maestro cuando estaba escribiendo sus muestras y que siempre se ruborizaba y echaba hacia atrás sus rubios rizados, cuando tal hacía. No recuerdo si he mencionado que el Maestro era joven (de todas maneras es de poca trascendencia); educado severamente en la escuela en que Clytie dio sus primeras lecciones, a pesar de todo resistió, como un hermoso y joven espartano, las flexibles curvas y fascinadoras miradas. Tal vez la cantidad insuficiente de alimento pudo contribuir a este ascetismo. Generalmente evitaba a Clytie; pero una tarde, cuando ella volvió a la escuela en busca de algo que habla olvidado y no encontró hasta que el maestro se encaminó a su casa con ella, he oído decir que éste trató de hacerse particularmente agradable, en parte, según imagino, para que

su conducta añadiera hielo y amargura a los ya desbordados corazones de los admiradores de Clitemnestra.

A la mañana siguiente de este sentimental episodio, Mliss no fue a la escuela. Llegó el mediodía, pero no Mliss. Preguntando a Clytie sobre el asunto, pareció que habían salido juntas hacia la escuela, pero que la voluntariosa Mliss había tomado otro camino. La tarde ríó la trajo. Por la noche vio el maestro a mistress Morpher, cuyo corazón maternal estaba realmente alarmado. Mistress Morpher había pasado todo el día buscándola, sin hallar traza que pudiera ayudar a su descubrimiento. Arístides fue llamado como presunto cómplice, pero aquel honrado muchacho consiguió convencer de su inocencia a la familia. Mistress Morpher alimentaba la viva esperanza de que aún hallaría a la niña ahogada en una zanja, o lo que casi era tan terrible, cubierta de lodo, manchada y sin esperanza de redimirla por medio de jabón y agua. Con tristeza de su corazón, el maestro volvió a la escuela. Al encender su lámpara y sentarse en el pupitre, encontró ante sí una esquela, a él dirigida, de letra de Mliss. Parecía estar escrita en una hoja arrancada de un viejo libro de notas, y al efecto de evitar alguna indiscreción sacrílega, estaba cerrada con seis obleas rotas. Abriéndola casi tiernamente, el maestro leyó lo que sigue:

«Respetado señor: Cuando leáis esto, habré huido, para nunca más volver. ¡Jamás, jamás, jamás! Podéis regalar mis abalorios a Mary Jennings, y mi orgullo de América (un cromo pintarrajeado de una caja de tabaco) a Sally Flanders. Pero no deis nada a Clytie Morpher. »No os atreváis a darle nada. ¿Sabéis cual es mi opinión sobre ella? Pues, ésta: Que es completamente repugnante. Esto es todo, y nada más»por hoy de -Vuestra respetuosa servidora - Melisa Smith»

El maestro se quedó meditando sobre esta extraña epístola, hasta que la luna alzó su brillante faz por encima de los montes ó iluminó el camino que conducía a la casa-escuela, camino endurecido con el ir y venir de los menudos pies escolares. Entonces, mentalmente más satisfecho, hizo trizas la misiva y la esparció por el suelo.

Al levantarse el sol a la mañana siguiente, abrióse camino al través de los helechos a modo de palmeras, y del espeso matorral del pinar, asustando a la liebre en su madriguera y despertando la mal humorada protesta de algunos grajos calaveras, que al parecer habían pasado la noche en orgía, y así llegó a la selvática cumbre donde una vez había hallado a Mliss. Allí encontró el derribado pino de enlazadas ramas, pero el tronco estaba vacante. Al acercarse más, algo que pareció ser un animal asustado, movióse por entre las crujientes ramas del árbol y se corrió hacia arriba de los extendidos brazos del caído menarca, amparándose en algún follaje amigo. El Maestro, subiendo al viejo asiento, encontró el nido caliente aún, y mirando a lo alto hacia las enlazadas ramas, se halló con los ojos negros de Mliss. Se miraron sin hablar. Ella fue la primera en romper el silencio.

-¿Qué quieres?- preguntó secamente.

El maestro se había decidido por un plan de conducta.

-Quiero algunas manzanas silvestres - dijo con humildad.

-No las tendrás; vete. ¿Por qué no las pides a Clitemnesetera? -Y parecía que Mliss se desabogaba al expresar su desprecio por sílabas adicionales al título ya algo dilatado de aquella dórica joven.-¡ Oh, qué malo eres!

-Tengo hambre, Lizzy. Desde ayer a la hora de comer no he probado nada. ¡Estoy muerto de hambre!

Y el joven, en un estado de inanición extraordinaria, se apoyó contra un árbol.

El corazón de Mliss se enterneció. En los días amargos de su vida de gitana, había conocido la sensación que él tan artificiosamente simulaba.

Vencida por su tono acongojado, pero no del todo exenta de sospecha, dijo:

-Cava bajo el árbol, cerca de las raíces y encontraras muchas; pero cuidado no lo digas.

Mliss tenía, a la par que los ratones y las ardillas, sus escondrijos; pero, naturalmente, el maestro fue incapaz de hallarlas,

probablemente porque los efectos del hambre cegaban sus sentidos. Mliss se inquietaba. Finalmente, le miró de soslayo al través de las hojas, a la manera de un hada. y preguntó:

-Si bajo y te doy algunas, ¿ me prometes que no me tocaras?

El maestro lo prometió.

-¡Así te mueras si lo haces!

El maestro aceptó como castigo la disolución instantánea.

Mliss se deslizó del árbol. Durante algunos momentos no se oyó más que el mascar de piñones.

-¿Te sientes mejor?- preguntó con algún interés.

-El maestro confesó que se iba recobrando, y entonces, dándole gravemente las gracias, comenzó a volverse por donde había venido. Como lo esperaba, no se había alejado mucho cuando ella lo llamó. Volvióse. Ella estaba allí, de pie, pálida, con lágrimas en sus abiertos ojos.

El maestro comprendió que había llegado el momento propicio. Yendo hacia ella le tomó las dos manos, y contemplando sus húmedas pupilas, dijo gravemente:

-Lizzy, ¿ te acuerdas de la primera tarde que fuiste a verme?

Mliss se acordaba.

-Me preguntaste si podías venir a la escuela, pues querías aprender algo y ser más buena, y yo te dije...

-Vén-dijo la niña prontamente.

-¿Que dirías *tú* si el maestro viniese ahora a buscarte y dijese que estaba triste sin su pequeña alumna, y que deseaba se volviera con él y que le enseñase a ser más bueno?

La niña bajó silenciosamente la cabeza por algunos momentos. El maestro esperaba pacientemente.

Tentada por la tranquilidad, una liebre corrió hasta cerca de la pareja, y alzando su brillante mirada y aterciopeladas patas delanteras, se sentó y los contempló. Una ardilla se deslizó por medio de la corteza resquebrajada de un árbol derribado, y se paró allí.

-Te estamos esperando, Lizzy - dijo el maestro en voz baja, y la niña se sonrió.

Movidas por el bullicioso céfiro las cimas de los árboles se balanceaban, y un largo rayo de luz se abrió camino entre sus enlazadas ramas, dando de lleno en la indecisa cara e irresoluta figurita. De repente cogió a su manera pronta la mano del maestro. Lo que dijo, apenas fue perceptible; pero el maestro, separando de su frente el negro cabello, la besó, y así, cogidos de la mano, salieron de, las húmedas y perfumadas bóvedas del bosque por el abierto camino bañado en luz.

III

Algo menos malévola en su trato respecto a los demás alumnos, Mliss conservaba todavía una actitud ofensiva respecto a Clitemnestra. Tal vez el elemento de los celos no estaba apagado del todo en su apasionado y pequeño pecho. Tal vez sería tan sólo que las redondas curvas y la rolliza silueta, ofrecen una superficie más extensa y apta para los pellizcos. Pero como que tales efervescencias estaban bajo la autoridad del maestro, su enemistad a veces tomaba una forma nueva e irreprochable.

El maestro, en su primer juicio del carácter de la niña no pudo concebir que jamás hubiese poseído una muñeca. Pero es que el maestro, parecido a muchos otros perspicaces observadores, estaba más seguro en los raciocinios *á posteriori* que en los *á priori*. Mliss tenía muñeca, pero era propiamente la muñeca de Mliss, una copia en pequeño de ella misma. Su infeliz existencia fue un secreto descubierto casualmente por mistress Morpher. Había sido la compañera de antaño de las excursiones de Mliss, y llevaba señales evidentes de sufrimiento. El tiempo y el barro pegajoso de las zanjas borraron prematuramente su color originario. Se parecía mucho a la Mliss de pasados días. Su única falda roja, ajada, estaba sucia y harapienta, como lo había sido la de la niña. Nunca se había oído a Mliss aplicarla cualquier término

infantil de cariño. Nunca le enseñaba en presencia de otros niños. Era severamente acostada en el hueco de un árbol cercano a la escuela, y sólo le estaba permitido hacer ejercicio durante las excursiones de Mliss. Cumpliendo para con su muñeca, como lo hacía consigo misma, un severo deber, aquélla no conocía lujo alguno.

Ocurriósele a mistress Morpher, obedeciendo a un laudable impulso, comprar otra muñeca que regaló a Mliss. La niña la recibió seria y curiosamente. El maestro, al contemplarla un día, creyó notar en sus redondas mejillas encarnadas y mansos ojos azules, un ligero parecido a Clitemnestra. Pronto se echó de ver que Mliss había reparado también en el mismo parecido; de consiguiente, cuando se veía sola, le golpeaba la cabeza de cera contra las rocas, la arrastraba a veces con una cuerda atada al cuello, al ir y volver del colegio, y otras, sentándola en su pupitre, convertía su cuerpo paciente ó inofensivo en un acerico.

Si hacía aquello en venganza de lo que ella consideraba una nueva e imaginaria intrusión de las excelencias de Clytie, o porque tuviese como una intuición de los ritos de ciertos paganos, y entregándose a aquella ceremonia fetichista, imaginaba, que el original de, su modelo de cera desfallecería para morirse más tarde, es una cuestión metafísica que ahora no discutiré.

A pesar, de esas divagaciones morales, el maestro no pudo menos de observar en sus varios temas, el trabajo de una percepción rápida y vigorosa. Mliss no conocía ni el titubear ni las dudas de la niñez. Sus contestaciones en clase estaban ligeramente impregnadas de audacia. No era infalible, a la verdad, pero su valor y aplomo en lanzarse en honduras por las que no habrían osado bogar los tímidos nadadores que la rodeaban, suplían los errores del discernimiento. Imagino que los niños en cuanto a esto no valen más que, las personas mayores; pues siempre que la pequeña mano encarnada de la niña relucía por encima del pupitre para pedir la palabra, reinaba el silencio de la admiración, y el mismo maestro estaba a veces oprimido por una duda de su propia experiencia y discernimiento.

Sin embargo, ciertas particularidades que en un principio le entretenían y divertían su imaginación, comenzaron a afligirle con graves dudas.

No podía dejar de ver que Mliss era vengativa, irreverente Y voluntariosa, que sólo tenía una facultad superior propia de su condición semisalvaje, la facultad del sufrimiento físico y de la abnegación, y otra, aunque no muy constante, atributo de selvática nobleza, la de la verdad.

Mliss era a la vez intrépida y sincera; tal vez en aquel carácter estos dos adjetivos eran sinónimos.

El maestro meditó mucho sobre este particular y había llegado a la conclusión ordinaria de aquellos que piensan sinceramente, esto es: que él era esclavo de sus propias preocupaciones, cuando determinó visitar al reverendo Mac Snagley para pedirle consejo. Esta decisión humillaba su orgullo, pues él y Mac Snagley no corrían bien. Pero pensó en Mliss y en la noche de su primer encuentro, y tal vez con la superstición perdonable de que la mera casualidad no habla guiado sus voluntariosos pies hacia la escuela, y con la conciencia satisfecha de la rara magnanimidad de su acción, venció su antipatía y se avistó con Mac Snagley.

El reverendo señor se alegró de la visita. Además, observó que el maestro tenía buen semblante, y que esperaba verle curado de la neuralgia y del reumatismo. A él también le había molestado con un sordo dolor, desde la última conferencia, pero tenía de su parte la resignación y el rezo, y callándose un momento a fin de que el maestro pudiese escribir en su libro de memorias una receta que le dictó para curar la sorda intermitencia, Mr. Mac Snagley acabó por informarse de la hermana Morpher.

-Ornato de la cristiandad, es tan buena señora Y su tierna y hermosa familia prospera -añadió -Mr. Mac Snagley, - miss Clytie esta perfectamente educada, y es tan cariñosa como atenta.

En efecto, las perfecciones de Clytie parecían afectarle hasta tal extremo, que, se extendió en consideraciones sobre ellas durante,

algunos minutos. El maestro se vio doblemente confuso. En primer lugar resulta un contraste violento para la pobre Mliss, en toda aquella alabanza de Clytie. En segundo lugar este tono confidencial le desagradaba al hablar de la primogénita de mistress Morpher; de manera que el maestro, después de algunos esfuerzos fútiles por decir algo natural, creyó conveniente el recordar otro compromiso y se fue sin pedir los informes, pero en sus reflexiones posteriores, daba injustamente la culpa al reverendo Mr. Mac Snagley de habérselos, rehusado.

Esta negativa colocaba de nuevo al maestro y a la alumna en la estrecha comunión de antaño. La niña pareció reparar el cambio en la conducta del maestro, forzada desde hacía algún tiempo, Y en uno de sus cortos paseos vespertinos, deteniéndose ella súbitamente, y subiendo sobre un tronco, le miró de hito en hito con grandes y escudriñadores ojos:

-¿No estáis loco? -dijo con un sacudimiento interrogativo de sus negras trenzas.

-No.

-¿Ni fastidiado?

-No.

-¿Ni hambriento? (El hambre era para Mliss una enfermedad que podía atacarle a uno en cualquier momento).

-No.

-¿Ni pensando en ella?

-En quién, ¿Lizzy?

-En aquella chica blanca. (Este fue el último epíteto inventado por Mliss, que era muy morenita, para indicar a Clitemnestra).

-No.

-¿Palabra? (Sustituido al «así murieses» a propuesta del maestro).

-Sí.

-¿ Y por vuestro sagrado honor?

-Sí.

Entonces Mliss le dio un beso salvaje, saltó del árbol y se escapó corriendo. Durante los dos tres días siguientes se dirigió parecerse más a los niños en general, y ser «buena» como ella decía.

Dos años habían transcurrido desde la llegada del maestro a Smith's Pocket y como su sueldo no era grande y las perspectivas de Smith's Pocket, para convertirse eventualmente en capital del Estado, no parecían del todo positivas, meditaba un cambio. Había descubierto, privadamente, sus intenciones a los patronos de la escuela; pero, siendo en aquel tiempo escaso los jóvenes de un carácter moral intachable, consistió en continuar el curso por todo el invierno, hasta la próxima primavera. Nadie conocía su intención excepto su único amigo, un tal doctor Duchesne, joven médico criollo, conocido de la gente de Wingdam por *Duchesny*. Nunca lo comunicó a mistress Morpher, ni a Clytie, ni a ninguno de sus alumnos. Su reserva fue el resultado de una antipatía constitucional a enredar, de un deseo de ahorrarse las preguntas y conjeturas de la curiosidad vulgar y de que nunca creía que iba a hacer algo hasta que lo había hecho.

No le gustaba pensar en Mliss. Tal vez por un instinto egoísta se esforzaba en figurarse, su sentimiento por la niña como necio, romántico y poco práctico. Hasta quiso convencerse de que sus adelantos serían mayores bajo la dirección de un maestro más viejo y más severo.

Entonces tenía Mliss once años, y de allí a pocos más, según las leyes de Red-Mountain, sería una mujer. El había cumplido con deber. Después de la muerte de Smith, dirigió cartas a los parientes de éste y recibió contestación de una hermana de la madre de Melissa; dando las gracias al maestro, le manifestaba su intención de abandonar con su marido los estados del Atlántico en dirección a California, dentro de algunos meses. Esto era un ligero castillo en el aire con el que se figuró el maestro fundar la casa de Mliss; pues era fácil creer que una mujer cariñosa y simpática podría guiar mejor su caprichosa naturaleza. Sin embargo, cuando el maestro le leyó la carta, Mliss escuchóla distraída, la recibió sumisamente y después recortóla con

sus tijeras en figuras que representaban a Clitemnestra, rotuladas, *la niña blanca* para evitar errores, y que empaló sobre las paredes exteriores de la escuela.

Tocaba a su término el verano y la última cosecha había pasado de los valles al granero, cuando el maestro pensó también recoger por medio de un examen los maduros frutos de las tiernas inteligencias que cultivaba. De manera que los sabios y gente de profesión de Smith's Pocket se reunieron para sancionar aquella tradicional costumbre de poner a los niños en violenta situación y de atormentarles como a los testigos en el juzgado. Según costumbre en tales casos, los más audaces y serenos fueron los más dichosos en obtener los honores del triunfo. El lector imaginara que Mliss y Clytie alcanzaron la preeminencia y compartían la atención pública. Mliss con su claridad de percepción natural y confianza en sí misma; Clytie con el placido aprecio de su persona y la perfecta corrección de sus modales. Los otros pequeñuelos eran tímidos y atolondrados. Naturalmente, la prontitud y el despejo de Mliss cautivaron al mayor número y provocaron el mayor aplauso. Los antecedentes de Mliss habían inconscientemente despertado las más vivas simpatías de una clase de individuos, cuyas formas atléticas se apoyaban contra las paredes y cuyas bellas y barbudas caras atisbaban desde las ventanas. Pero la popularidad de Mliss se hundió por una circunstancia inesperada. Mac Snagley se había invitado a sí mismo y disfrutaba la agradable diversión de asustar a los alumnos más tímidos con las preguntas más vagas y ambiguas dirigidas en un tono imponente y funeral; Mliss se había remontado a la astronomía y estaba señalando el curso de nuestra manchada bola al través del espacio y llevaba el compás de la música de las esferas describiendo las órbitas entrelazadas de los planetas, cuando Mac Snagley se, levantó de un modo imponente.

-¡Melissa! Estáis hablando de las revoluciones de esta tierra y de los movimientos del sol y creo habéis dicho que esto se efectúa desde la Creación, ¿no es verdad?

Mliss lo afirmó desdeñosamente.

-Bueno, ¿y es esto cierto?- exclamó Mac Snagley, cruzándose de brazos.

-Sí - dijo Mliss, apretando con fuerza sus pequeños labios encarnados.

Las hermosas siluetas de los balcones se inclinaron más hacia la sala y una cara de santo de Rafael con barba rubia y dulces ojos azules, pertenecientes al mayor bribón de las minas, se volvió hacia la niña y le dijo al oído:

-¡Manténte firme, Mliss!

El reverendo señor dio un profundo suspiro, echó primero al maestro y después a los niños una mirada de compasión, y luego posó su vista sobre Clytie. La joven levantó nuevamente su regordete y blanco brazo, cuyo seductor contorno realzaba un brazaletе modelo, chillón y macizo regalo de uno de sus más humildes admiradores, que llevaba en honor de las circunstancias. Hubo un silencio momentáneo. Las redondas mejillas de Clytie eran sonrosadas y suaves, los grandes ojos de Clytie eran muy brillantes y azules, y la muselina blanca del traje escotado de Clytie, descansaba muellemente sobre sus blancos y rollizos hombros. Clytie miró al maestro y el maestro asintió con la cabeza. Entonces Clytie dijo con dulce voz:

- ¡Josué mandó al sol que se parase y le obedeció!

Hubo un sordo murmullo de aplauso en la escuela, pintóse una expresión triunfal en la cara de Snagley, una grave sombra en la del maestro, y una cómica mirada de contrariedad irradió de las ventanas. Mliss hojeó rápidamente su astronomía y cerró el libro con estrépito. Y con un gemido de Mac Snagley, estallaron murmullos de asombro de la clase y un aullido desde las ventanas, cuando Mliss descargó su sonrosado puño sobre el pupitre con esta enfática declaración:

-¡Es una maldita mentira! ¡No lo creo!

IV

La larga estación de las lluvias se acercaba va a su fin. La primavera mostraba nueva vida en los hinchados capullos, y en los impetuosos torrentes. Los pinares despedían el más fresco aroma. Las azaleas brotaban ya y los ceanothus preparaban para la primavera su librea lila. En la verde cima que se alza sobre Red-Mountain y en su ladera meridional, la larga espiga del acónito se lanzaba hacia arriba desde su asiento de anchas hojas y de nuevo sacudía sus campanillas de azul oscuro. Por encima de la tumba de Smith corría otra vez la onda su verde y mullida hierba con su cresta salpicada por la espuma de marg, Iritas y de botones de oro. El pequeño campo santo había recogido en el pasado año nuevos moradores y nuevos montículos se elevaban Me dos en dos a lo largo de la baja empalizada hasta alcanzar la tumba de Smith dejando junto a ella un espacio. La superstición general la había evitado y el sitio al lado de Smith estaba vacante.

En el pueblo varios carteles fijados en los muros participaban que, dentro de un breve plazo, una célebre compañía dramática representaría, durante algunos días, una serie de sainetes para desternillar de risa; que, alternando agradablemente con éstos, daríase algún melodrama y un gran divertimento comprendiendo canto, baile, etc. Estos anuncios ocasionaron un gran movimiento entre la gente menuda y eran tema de agitación y de mucho hablar entre los alumnos del maestro. Este había prometido a Mliss, para quien esta clase de placer era sagrado y raro, que la llevaría y en aquella importante noche el maestro y Mliss asistieron.

La función tenía el estilo dominante en la penosa medianía; el melodrama no fue bastante malo para reír ni bastante bueno para conmovier. Pero el maestro, volviéndose aburrido hacia la niña sorprendióse y sintió algo como vergüenza, al reparar en el efecto singular que causaba en aquella naturaleza excitable. La encarnada sangre teñía sus mejillas a cada pulsación de su palpitante corazoncillo; sus pequeños y apasionados labios se abrían ligeramente para dar paso al entrecortado aliento; sus grandes y abiertos ojos se

dilataron y se arquearon sus cejas. No rió ante las sosas mamarrachadas del gracioso, pues Mliss raras veces se reía; ni tampoco se afectó discretamente hasta acudir al delicado extremo de hacer liso de su pañuelo blanco, como Clytie, la del tierno corazón, que estaba hablando con su pareja y al mismo tiempo mirando de soslayo al maestro. Pero cuando se terminó el espectáculo y el pequeño telón bajó sobre las reducidas tablas, Mliss suspiró profundamente y se volvió hacia la grave cara del maestro, con una sonrisa apologética y cansado gesto, diciendo:

-Ahora llévame a casa.

Y bajó los párpados de sus negros ojos, como para ver una vez más en su imaginación la escena.

Al dirigirse a casa de mistres Morpher, el maestro creyó prudente ridiculizar toda la función.

-Ahora no extrañaría -dijo -que Mliss creyese que la joven que tan bellamente representa lo hace en serio, enamorada del caballero del río,) traje, y aun suponiendo que estuviere enamorada de veras, sería una desgracia.

-¿Por qué? - dijo Mliss, alzando los caídos párpados.

-¡Oh! Porque con el salario actual no puede mantener a su mujer y pagar sus bonitos vestidos a tanto por semana, y, además, porque casados no tendrían tanto sueldo por los papeles de novios, Esto es suponiendo -añadió el maestro -, que no están ya casados con otros; sospecho que el marido de la bella Condesita recibe los billetes a la entrada, alza el telón, despabila las luces, ó hace alguna otra cosa igualmente refinada y elegante. En cuanto al joven del vestido bonito que lo es realmente ahora, y debe costar a lo menos de dos y medio a tres pesos, no contando para nada aquel manto de encarnado droguete, del cual conozco el precio, pues compré de él una vez para mi cuarto; en cuanto a este joven, Mliss, no es mal chico, y si bien bebe de vez en cuando, creo que la gente no debiera aprovecharlo para sacarle los ojos y echarlo en el lodo, ¿verdad? Te aseguro que podría deberme durante

mucho tiempo dos pesos y medio, antes no se lo echase en cara como aquel hombre lo hizo la otra noche en Wingdam.

Mliss había tomado la mano del maestro entre las suyas, y procuraba mirarle a los ojos, que el joven mantuvo resueltamente desviados. Mliss tenía una vaga idea de la ironía, permitiéndose a veces una especie de humor sardónico, que se manifestaba por igual en sus acciones y en su lenguaje. Pero el joven continuó en este sentido, hasta que hubieron llegado a casa de mistress Morpher y hubo depositado a Mliss bajo su cuidado maternal. Rehusando el descanso y un refresco que le ofrecían, y restregándose los ojos, para evitar las miradas de sirena de los ojos azules de Clitemnestra, el maestro se excusó y se fue a casa.

Durante los dos o tres días siguientes al arribo de la compañía dramática, Mliss iba tarde a la escuela, y a causa de la ausencia de su constante unía, el paseo usual del maestro la tarde del viernes, fue por una vez omitido. Al retirar el joven sus libros preparándose para abandonar la escuela, sonó a su lado una débil voz.

-¿Si os place, señor?

El maestro se volvió y hallóse con Arístides Morpher.

-¡Pues, hombre!- dijo el maestro con impaciencia, -¿qué ocurre? ¡Pronto!

-Si os place, señor, yo y Kurg creemos que Mliss se va a escapar otra vez.

-¿Qué significa esto, caballerito?- dijo el maestro con el injusto enojo con que siempre recibía las noticias desagradables.

-¡Caramba! señor, no se queda nunca en casa, y Kurg y yo la vemos hablar con uno de aquellos cómicos y en este momento esta con él, y si os place, señor, ayer nos dijo a Kurg y a mí que podía echar un discurso tan bien como miss Celestina Montmorency, y declamó de memoria...

Y el pequeñuelo se calló como asustado.

-¿Qué actor? -exclamó el maestro.

Aquel que lleva el sombrero lustroso... y cabello... y alfiler de oro... y cadena de oro - dijo el justo Arístides, poniendo períodos en lugar de comas para poder respirar.

El maestro tomó los guantes y el sombrero, sintiendo una opresión desagradable en el pecho y en la garganta y se salió al camino. Arístides trotaba a su lado esforzándose en igualar el paso de sus cortas piernas con las zancadas del maestro, cuando éste se paró de repente y Arístides dio contra él.

-¿Dónde estaban hablando? - preguntó como siguiendo la conversación.

-En la Arcada - dijo Arístides.

Cuando hubieron llegado a la calle Mayor, el maestro se paró.

-Corre a casa -dijo al niño - Si Mliss esta allí, ven a la Arcada y dímelo. Si no esta, quédate en casa; ¡corre!

Y Arístides, se escapó al trote de sus cortas piernecillas.

Al otro lado del camino estaba la Arcada. Así se llamaba un largo é irregular edificio conteniendo taberna, salón de billar y restaurante. Al cruzar el joven la plaza, observó que dos ó tres transeúntes se volvieron y le siguieron con la vista. Miróse el vestido, sacó el pañuelo y se enjugó la cara antes de entrar en la taberna. Contenía ésta su habitual número de holgazanes, que cuando entró le clavaron los ojos. Uno de ellos le miró tan fijamente y con expresión tan extraña, que el maestro se paró encarándose con él, y entonces vio que no era más que su propia imagen en ni, gran espejo. Esto le hizo creer que tal vez estaba un poco excitado, de manera que tomó de una mesa un número de *La Bandera de Red-Mountain*, y trató de recobrar su serenidad leyendo la sección de anuncios.

Después atravesó la taberna, el restaurante y entró en la sala de billar. La niña no estaba allí. En la última sala un individuo, de pie al lado de una de las mesas, llevaba en la cabeza un sombrero de hule con anchas alas. El maestro le reconoció por el agente de la compañía dramática. Le había tomado antipatía desde su primer encuentro por la manera particular de llevar la barba y el pelo. Satisfecho de que el

objeto de su cuidado no estuviese allí, se volvió hacia el hombre del sombrero reluciente. Este había reparado en el maestro, pero con la astucia común en la cual siempre se estrellan los caracteres vulgares, afectó no verle. Balanceando un taco en la mano, aparentaba apuntar a una bola en el centro de la mesa. El maestro permaneció de pie delante de él, hasta que alzó los ojos. Cuando sus miradas se cruzaron, el maestro se fue, a su encuentro.

Tenía intención de evitar una escena o un escándalo; pero, cuando principió a hablar, algo se le fue subiendo a la garganta que, retardaba su palabra; su propia voz le, asustó; tan profunda y vibrante sonaba.

-He sabido -principió, -que Melissa Smith, una huérfana, una de mis alumnas, ha estado tratando con vos para seguir vuestra profesión. ¿No es verdad?

El hombre del sombrero encerado se inclinó de nuevo sobre la mesa, y como si jugara, de un golpe vigoroso de taco lanzó la bola rodando contra las tablas. Luego, dando la vuelta a la mesa recogióla V la Colocó en su punto. Cumplido este requisito y preparándose para otra jugada, dijo:

-Supongamos que sea así.

El maestro se atascó de nuevo, pero apretando la tabla de la mesa con su enguantada mano, prosiguió:

-Si Sois caballero, únicamente tengo que deciros que soy su tutor y responsable de su carrera. Conocéis tan bien como yo la clase de vida que le ofrecéis. Como Podéis saberlo por cualquiera del lugar, la he sacado de una existencia peor que la muerte, la he arrancado del lodo de las calles y del contacto del vicio. Estoy tratando de hacerlo otra vez. Habremos como hombres. Ella no tiene padre, ni madre, ni hermana, ni hermano. ¿Tratáis de darle el equivalente de éstos?

El hombre del sombrero encerado examinó la punta de su taco y miró después en torno, como buscando a alguien que disfrutase de broma con él.

-Sé, que es una niña extraña y voluntariosa continuó el maestro, -pero es mejor de lo que era. Creo que aun tengo alguna influencia sobre ella. De manera que os ruego y espero que no toméis más cartas en este asunto, sino que como hombre y como caballero me la dejéis. Estoy deseoso...

Pero aquí las palabras se atravesaron otra vez en la garganta del maestro y la frase quedó por concluir.

El hombre del sombrero de hule, interpretando mal el silencio del maestro, alzó la cabeza con una risa sardónica y brutal, y dijo en alba voz:

--¿La queréis para vos solo, eh? ¡Esa no cuela, joven!

El insulto consistía más en el tono que en las palabras, más en la mirada que, en el tono, y más en la naturaleza del hombre que en todas estas cosas juntas. La retórica que mejor convence a esta clase de animales es un golpe. El maestro lo comprendió así, y con toda su energía contenida y nerviosa, encontrando ya sólo expresiva la acción, a puño cerrado dio de lleno al bruto en su cínica cara. El golpe echó a rodar por un lado el reluciente sombrero y el taco por otro, y arrancó el guante y la piel de la mano del maestro; desgarró los ángulos de la boca del patán y echó a perder la forma particular de su barba para algún tiempo. Oyóse un grito, una imprecación, una pelea y el pisotear de mucha gente. Penetró la muchedumbre en la sala, se separó a derecha e izquierda y sonaron dos tiros que se siguieron rápidamente. Todos se lanzaron sobre su contrincante y se vio al maestro, de pie, solo, sacudiéndose con la mano izquierda. los tacos encendidos, de la manga de la levita. Alguien le detenía por la otra mano. Mirósele y vio que todavía sangraba del golpe, pero sus dedos apretaban el mango de un cuchillo. No pudo recordar cuando ni cómo vino a su poder.

El hombre que le tenía de la mano era mister Morpher, que arrastró al maestro hacia la puerta, pero éste se resistía y se esforzó en articular el nombre de «Mliss», tan bien como lo permitía su enjuta boca.

-Todo va bien, hijo mío -dijo mister Morpher.

-Está en casa.

Y salieron juntos a la calle. Por el camino mister Morpher le dijo que Mliss había entrado corriendo en la casa algunos momentos antes, y le había arrancado de ella, diciendo que mataban al maestro en la, Arcada. Deseando estar solo, el maestro prometió a mister Morpher que no buscaría otra vez aquella noche al agente y se alejó en dirección de la escuela. Al acercarse a ella se asombró de hallar la puerta abierta, y aun más de encontrarse a Mliss acurrucada en un rincón.

El carácter del maestro, como lo he indicado antes, tenía, al igual que la mayor parte de las naturalezas de excesiva susceptibilidad, su base egoísta. La brutal chanza proferida por su reciente adversario bullía aún en su corazón. Era posible, pensó, que a semejante interpretación pudiera atribuirse su afecto por la niña, y que, aun sin esto, su acción era necia y quijotesca. Además ¿no había ella voluntariamente abjurado su autoridad y afecto? ¿Y qué había dicho todo el mundo? ¿Por qué sólo él se empeñaba en combatir la opinión de todos para tener finalmente que confesar tácitamente la verdad de cuanto le predijeran? Había provocado una ordinaria reyerta de taberna, con un patán soez y villano, y arriesgado su vida para probar ¿qué? ¿Qué es lo que había probado? ¡Nada! ¿Qué dirían sus amigos. ¿Qué diría Mac Snagley? La última persona a quien en estas reflexiones hubiera querido encontrar, era Mliss. Entró por la puerta, y yendo hacia su pupitre, dijo a la luna en breves y frías palabras, que estaba ocupado y que deseaba, estar solo. Cuando ella se levantó, tornó la silla abandonada y sentándose a su vez, escondió su cabeza entre las manos. Cuando alzó de nuevo la vista, ella aun permanecía allí de pie: le estaba mirando a la cara con angustiosa expresión.

-¿Le has muerto? -le preguntó.

-¡No!- dijo el maestro.

-¡Pues para eso te di el cuchillo! -dijo la niña rápidamente.

-Me dio el cuchillo -repitió el maestro perturbado.

-Sí, te di el cuchillo. Yo estaba allí debajo del mostrador. Te vi pegarle, os vi caer a los dos. El soltó su viejo cuchillo y yo te lo di. ¿Por qué no le acuchillaste? -dijo Mliss rápidamente, con un centellear expresivo de sus negros ojos y blandiendo su sonrosada manecita.

El maestro sólo pudo expresar su asombro con la mirada.

-Sí -dijo Mliss, -si lo hubieses preguntado, te hubiera dicho que me iba con los actores. ¿Y por qué me iba con los actores? Porque no me quisiste decir que te marchabas. Yo lo sabía. Te oí decírselo al doctor. Yo no iba a quedarme aquí sola con los Morphers, antes me moriría.

Con un gesto dramático que era del todo consecuente con su carácter, sacó de su pecho algunas hojas verdes ya marchitas, y mostrándolas con el brazo tendido, y con su rápido y vívido lenguaje y con la extraña pronunciación de su primitiva infancia, en que reincidía cuando la exasperaban:

-He aquí -dijo, -la planta venenosa que mata. Tú me la enseñaste. Me iré con los actores o comeré esto y moriré aquí. Todo me es igual. No me quedara donde me aborrecen y desprecian. Tampoco me dejarías, si no me despreciases y, aborrecieses.

Su apasionado pecho palpitó con fuerza, y dos grandes lágrimas temblaron en el borde de sus párpados, pero las sacudió con el extremo de su delantal como si fuesen avispas.

-Sí me encierras en la cárcel -dijo Mliss fieramente, -para separarme de los actores, me envenenaré. Padre se mató, ¿por qué no he de hacerlo yo también? Dijiste que un bocado de aquella raíz me mataría y siempre la llevo aquí.

Y con el cerrado puño golpeó su pecho.

El maestro pensó en el lugar vacío al lado de' la tumba de Smith, y en el porvenir del débil ser que temblando de pasión tenía ante sí. Cogióle las dos manos entre las suyas, y, mirándola de lleno en sus sinceros ojos, le dijo:

-Lizzy, ¿quieres venir conmigo?

La niña le echó los brazos al cuello y dijo llena de alegría:

-Sí.

-Pero ahora, ¿esta noche?

-Esta noche.

Y mano a mano salieron al camino, al estrecho camino por el que una vez la habían conducido sus cansados pies a la puerta del maestro, y que parecía no deber pisar sola otra vez. Las estrellas centelleaban sobre sus cabezas. Para el bien o para el mal la lección había sido aprovechada, y detrás de ellos la escuela de Red-Mountain se cerró para siempre.

EL HIJO PRÓDIGO DE Mr. THOMPSON

Todos sabíamos que Mr. Thompson andaba en busca de su hijo, y por cierto que era éste buena pieza.

No fue un secreto para sus compañeros, de viaje, que venia a California con este único objeto. Con claridad sin igual y voluble franqueza, nos puso el padre al corriente así de las particularidades físicas, como de las flaquezas morales del ausente hijo pródigo.

-¿Hablabais de un joven que ahorcaron en Red-Dog por robar un filón?- decía un día mister Thompson a un pasajero de cubierta.-
¿Recordáis el color de sus ojos?

-Negros - contestó el pasajero.

-¡Ah!- dijo Mr. Thompson, como quien consulta un memorándum mental, -los ojos de Carlos eran azules.

Y se alejaba enseguida. Sea por tan poco simpático sistema de pesquisas ó por aquella predisposición del Oeste, a tornar en broma cualquier principio o sentimiento que se exhiba con sobrada persistencia, las investigaciones de mister Thompson sobre el particular despertaron el buen humor de los pasajeros.

Un anuncio gratuito sobre el ignorado Carlos, dirigido a *Carceleros y Guardianes*, circulóse privadamente entre ellos, y todo el mundo recordó haber visto a Carlos en circunstancias dolorosas, pero en favor de mis paisanos debo confesar que, cuando se supo que Thompson destinaba una fuerte suma a su quimérico proyecto, sólo en voz baja siguieron las bromas, y nada se dijo, mientras él pudo oírlo, que fuera capaz de acongojar el corazón de un padre, o bien de poner en peligro el provecho que podían esperar los bromistas de mala ley. La jocosa proposición de Mr. Bracey Tibbets de constituir una compañía en comandita, con el objeto de hallar al extraviado joven, obtuvo en principio un serio apoyo.

Superficialmente considerado, el carácter de Mr. Thompson no era pintoresco ni amable. Su historia, tal como él mismo nos la

comunicó un día en la mesa, era practica aun en medio de sus extravagancias. Después de una juventud y edad madura ásperas y voluntariosas, durante las cuales había enterrado a disgustos a su esposa, y obligado a embarcarse a su hijo, experimentó de repente una vocación religiosa.

-La cogí en Nueva Orleans el año 59 -nos dijo Mr. Thompson como quien se refiere a una epidemia. -¡Pasadme los guisantes!

Quizá este temperamento práctico fue el que lo sostuvo en su indagación aparentemente infructuosa. No tenía indicio alguno del paradero de su fugitivo hijo, ni mucho menos pruebas de su existencia. Con el confuso Y vago recuerdo de un niño de doce años, esperaba ahora identificar al hombre de veinticinco.

Parece que lo consiguió. Cómo se salió con la suya, era una de las pocas cosas que no contaba. Creo que hay dos versiones del suceso. Según una de ellas, Mr. Thompson visitando un hospital descubrió a su hijo, gracias a un canto particular, que entonaba un enfermo delirante soñando en su niñez. Esta versión, dando como daba ancho campo a los más delicados sentimientos del corazón, se hizo muy popular, y narrada por el reverendo Mr. Gushington al regreso de su excursión por California, jamás dejó de satisfacer al auditorio. La otra menos sencilla, es la que yo adoptaré aquí, y por lo tanto debo relatarla minuciosamente.

Era después que Mr. Thompson desistió de buscar a su hijo entre el número de los vivos y se dedicaba al examen de los cementerios y a inspeccionar cuidadosamente, los «fríos *hic jacet* de los muertos» En esta época visitaba con cuidado la Montaña Aislada, lúgubre cima, bastante árida ya en su aislamiento original, y que parece más árida aun por los blancuzcos mármoles con que San Francisco da puerto a los que fueron sus ciudadanos, y los protege de un viento furioso y persistente, que se empeña - en esparcir sus restos, reteniéndolos bajo la movediza arena que rehusa cubrirlos. Contra este viento el viejo oponía una voluntad no menos persistente. Con su cabeza dura y gris, cubierta por un alto sombrero enlutado, hundido hasta las cejas, se

pasaba los días leyendo en alta voz las inscripciones mortuorias. La frecuencia de citas de las Santas Escrituras le gustaba, y se complacía en corroborarlas con una Biblia de bolsillo.

-Aquella es de los salmos - dijo un día al cercano enterrador.

El hombre no contestó.

Sin inmutarse en lo más mínimo Mr. Thompson se deslizó en la abierta fosa, entablando un interrogatorio más práctico.

-¿Habéis tropezado alguna vez en vuestra profesión con un tal Carlos Thompson?

-¡El diablo se lleve a Thompson!- replicó el enterrador secamente.

-Si no tenía religión creo que ya lo habrá hecho - respondió el viejo trepando fuera de la tumba.

Esto dio quizá ocasión a que Mr. Thompson se demorara más tiempo del acostumbrado. Al volver de frente hacia la ciudad, principiaron a brillar ante él las luces, y un viento impetuoso que la neblina hacia sensible, ya le impedía hacia delante, ya como puesto en acecho, le atacaba enfadosamente desde las esquinas de las desiertas calles de las afueras. En uno de estos recodos otra cosa no menos indefinida y malévol, se arrojó sobre el con una blasfemia en ancarándole una pistola y requiriéndole el bolsillo. Pero se encontró eón una voluntad de hierro y una muñeca de acero: agresor y agredido rodaron juntos por el suelo; en el mismo instante el viejo se irguió, cogiendo con una mano la pistola que arrebatara y con la otra sujetando con el brazo tendido la garganta de un joven de hosco y salvaje semblante.

-Joven - dijo Mr. Thompson apretando sus delgados labios -¿Cual es vuestro nombre?

-¡Thompson!

La mano del anciano resbaló desde la garganta al brazo de su prisionero, aunque sin disminuir la presión.

-Carlos Thompson, ven conmigo - dijo luego. Y se llevó a su cautivo al hotel.

Lo que tuvo lugar allí no ha trascendido fuera, pero a el la mañana siguiente se supo que mister Thompson había encontrado a su hijo.

A la anterior narración inverosímil, debe añadirse que nada había que la justificase, ni en la apariencia, ni en los modales del joven. Grave, reservado y hermoso, entregado en cuerpo y alma a su recién hallado padre, aceptó los beneficios y responsabilidades de su nueva condición con cierto aire serio que se asemejaba al que hacía falta a la sociedad de San Francisco y que ella... rechazaba, Algunos quisieron despreciar esta cualidad como una tendencia a «cantar salmos;» otros vieron en esto las cualidades heredadas del padre y estaban dispuestos a profetizar para el hijo la misma dura vejez; más todos convinieron en que era compatible, con los hábitos de hacer dinero, por los cuales padre ó hijo eran respetados.

Y, sin embargo, el anciano parecía que no era feliz.

Tal vez porque la realización de sus deseos le había dejado sin una misión practica; tal vez, y esto es lo más probable, sentía poco amor por el hijo que recobrará. La obediencia que de él exigía, le era otorgada de buen grado; la conversión en que había puesto su alma entera, fue completa, y, a pesar de todo, nada de esto le contentaba. Al regenerar a su hijo, había cumplido con todos los requisitos de su deber religioso, y no obstante parecíale que faltaba santificación al acto.

En semejante perplejidad, leyóse la parábola del Hijo Pródigo, que adoptara por norma desde mucho antes, y observó que había omitido el festín final de reconciliación. Esto parecía ofrecerle la deseada cualidad del ceremonioso sacramento entre él y su hijo; de manera que un año después de la aparición de Carlos, se preparó a darle un banquete.

-Junta a todo el mundo, Carlos -dijo solemnemente, -a todo el mundo, que sepa que te he sacado de los abismos de la iniquidad y de la compañía de los cerdos y de las mujeres perdidas, y mándales que coman, beban y se regocijen.

Tal vez el anciano tenía para esto otro motivo, no analizado aún claramente.

La hermosa casa que construyera sobre las arenosas colinas, parecíale a veces triste y solitaria. A menudo sorprendíase a sí mismo, tratando de reconstruir con las graves facciones de Carlos, las de aquel niño cuyo vago recuerdo tanto le ocupó en el pasado y en el que tanto pensaba hoy. Figurábase que era esta señal de que se le acercaba la vejez y una segunda infancia con ella.

Tropezando un día en su sala de ceremonias con un niño de uno de los criados, que se aventuró a llegar hasta allí, quiso tomarle en sus brazos: pero el niño huyó ante su arrugada fisonomía. Por todo esto, parecióle muy pertinente reunir en su casa la buena sociedad de San Francisco y de entre aquella exposición de doncellas elegir una nuera. Y después tendría un nieto, un niño a quien criar desde el principio y a quien amaría, como no amaba a Carlos.

Todos fuimos del convite. Los Smiths, los Johnes, los Browns y Robinsons, vinieron también con ella exuberancia de animación y alegría bestial, sin freno ni respeto alguno para el anfitrión, que la mayor, parte de nosotros tenemos costumbre de juzgar como tan divertidas. El suceso hubiera terminado con escándalo a no impedirlo la posición social de los actores.

En efecto, Mr. Bracey Tibbets, dotado por naturaleza de ingenioso humorismo y excitado, además, por los brillantes ojos de las muchachas, se portó de una manera tal, que atrajo las Jonnes, se portó de una manera tal, que atrajo las miradas de Mr. Carlos Thompson, quien se le acercó diciendo tranquilamente.

-Parece que os sentís malo, Mr. Tibbets; permitidme que os conduzca a vuestro carruaje. (Resiste, perro, y te echaré por la ventana). Por aquí, si os place; la habitación esta caldeada y os molesta.

No será necesario decir que sólo una parte de este discurso fue perceptible para la sociedad y que el resto lo divulgó Mr. Tibbets, sintiendo en el alma que su repentina indisposición le privase de lo

que la más excéntrica de las señoritas Jonnes, dio en llamar «el ramillete final de la fiesta» y que me apresuro a relatar:

Ocurrió el incidente al final de la cena. Seguramente Mr. Thompson hacía la vista gorda ante te la desordenada conducta de la joven, abstraído en la meditación de un próximo efecto dramático.

Cuando levantaron los manteles, púsose de pie golpeó lúgubrementemente sobre la mesa. Una risa, ahogada que estalló entre las muchachas Jonnes, se hizo contagiosa hacia aquel lado de la mesa. Desde de un extremo de ésta, Carlos Thompson alzó la mirada con tierna perplejidad.

-Va a cantar un himno.

-Va a rezar.

-¡Silencio! ¡Que es un discurso!

Estas voces dieron vuelta a la sala.

-Hoy hace un año, hermanos y hermanas en Jesucristo -dijo Mr. Thompson con severa deliberación, -un año cumple hoy, que mi hijo regresó de correr los lodazales del vino y de gastar su salud con mujeres perdidas.

La risa cesó de repente.

-Contempladle ahora. ¡Carlos Thompson, alzaos!

Carlos Thompson se levantó.

-Hoy hace un año y contempladle ahora.

Era, a la verdad, un hermoso hijo pródigo, allí de pie, con su alegre traje de sociedad. Un pródigo arrepentido, con ojos tristes y obedientes, vueltos hacia la dura y antipática mirada de su padre.

Miss Smith, la más joven, en las puras profundidades de su loquillo corazón, sitió un movimiento involuntario hacia él.

-Hace quince años que abandonó mi casa dijo -Mr. Thompson, -hecho un tunante y un pródigo. ¡Pero yo mismo era un hombre de pecado!... ¡oh, amigos en Jesucristo! Un hombre de ira y de rencor. - («Amen» añadió la mayor de las miss Jonnes). Pero alabado sea Dios, huido de mi propia cólera. Cinco años ha que obtuve la paz que supera a la humana comprensión. ¿La tenéis vosotros, amigos?

Un subcoro de «No, no» por parte de las muchachas, y un «dadnos el santo y seña,» por la del teniente de navío, Coxe, de la corbeta de guerra de los Estados Unidos *Wethersfield*, contestaron a la pregunta.

-«Llamad y se os abrirá.» Y cuando descubrí lo errado de mi camino y la preciosidad de la gracia -continuó Mr. Thompson, -vine a darla a mi hijo. Por mar y por tierra busquéle y no desmayé. No esperé que él viniera a mí, lo cual podría haber hecho, justificándome con el libro de los libros en la mano; sino que le busqué en el cieno, entro los cerdos y... (el final de la frase se perdió por el roce de los vestidos de las señoras al retirarse). Obras, hermanos en Jesucristo, es mi divisa; «por sus obras los conoceréis» y ahí están las mías.

La obra particular y manifiesta a que aludía Mr. Thompson, miraba fijamente con lívido rostro hacia una puerta abierta que daba a la terraza, atestada hacía poco de criados mirones y convertida ahora en escena de vago tumulto.

Entre el ruido, cada vez creciente, un hombre miserablemente vestido y borracho como una sopa, se abrió paso por entre los que se oponían y penetró en la sala tambaleándose. Evidentemente el brusco cambio entre, la neblina y obscuridad de fuera, y el resplandor y el calor de dentro, lo deslumbraron. En su estupor quitóse el estropeado sombrero y lo pasó una ó dos veces ante sus ojos, mientras se sostenía, aunque con poca seguridad, contra el respaldo de una silla. De súbito su errante mirada cayó sobre la pálida fisonomía de Carlos Thompson, y con un destello de infantil inteligencia y una débil risa de falsete, echóse hacia delante, agarróse a la mesa, hizo caer los vasos, y finalmente se dejó caer sobre el pecho del pródigo.

-¡Carlos! ¡demonio de bandido! ¿Qué tal?

-¡Calla! ¡Siéntate! ¡Calla! - dijo Carlos Thompson forcejeando rápidamente por desembarazarse del abrazo de su inesperado huésped.

-¡Miradlo! -continuó el forastero sin cuidarse de la advertencia.

Y reteniendo al desgraciado Carlos con el brazo tendido, en amorosa y expresiva admiración, lleno de ternura continuó:

-¡Mirad, pues, a este pillastre! ¡Carlos, así Dios me condene, estoy orgulloso de ti!

-¡Salid de casa! -dijo Mr. Thompson levantándose con la amenazadora y fría mirada de sus ojos grises -Carlos ¿cómo te atreves...?

-¡Cálmate, vejete! Carlos, ¿quién es ese tío, eh?

-¡Cállate, desgraciado! ¡Vamos, toma esto! Y con mano nerviosa Carlos Thompson llenó de licor una copa - bebe y vete, hasta mañana... en cualquier parte, pero déjanos; vete ahora.

Pero antes de que el miserable pudiera beber, el anciano, pálido de rabia, precipitóse sobre él, Medio llevándolo en sus poderosos brazos, medio arrastrándolo a través del grupo de asustados comensales que lo rodeaban, alcanzó la 'puerta abierta de par en par por los criados, cuando Carlos Thompson, como estremecido por el horror, exclamó:

-¡Deteneos!

Paróse el anciano. A través de la puerta abierta de par en par, la neblina y el viento penetraban fríamente.

-¿Qué significa esto? -preguntó volviendo hacia Carlos su lúgubre cara.

-Nada. Pero deteneos, por amor de Dios. Esperad hasta mañana, pero no esta noche. No lo hagais. Os lo suplico, no hagais eso.

Había un no sé qué en la voz del joven o tal vez en el contacto del miserable que luchaba entre sus poderosos brazos... Sea como fuere, un terror confuso e indefinible se apoderó del corazón del anciano, que murmuró con voz ronca:

-¿Quién es este hombre?

Carlos no contestó.

-¡Atrás todos; gritó con voz de trueno mister Thompson a los convidados que lo rodeaban.

-¡Carlos, ven aquí! Yo te lo mando. Yo... yo...yo... os ruego... me digáis quién es este horrible.

-Sólo dos personas oyeron la contestación que salió débil y quebrantada de los labios de Carlos Thompson:

-VUESTRO HIJO.

Cuando se levantó el día por encima de las áridas colinas de arena, los convidados hablan desaparecido de los festivos salones de mister Thompson. Las luces ardían aún pálidas y tristes en las desiertas habitaciones. En este abandono sólo tres personas se acurrucaban apretadas en un ángulo de la fría sala como para calentarse mutuamente. La una tendida en un sofá dormía el sueño de la borrachera, sentabase a sus pies el que hemos conocido por Carlos Thompson, y junto a los dos encogida y rebajada a la mitad de su tamaño encorvábese la figura de, Mr. Thompson, fija la mirada, los codos sobre las rodillas y tapándose con las manos los oídos, corno para evitar la voz triste y suplicante que parecía llenar la sala.

-Dios sabe que no empleé voluntariamente artificios para engañaros. El nombre que di aquella noche fue el primero que se me ocurrió, el nombre de uno a quien creí muerto; el del disoluto compañero de mi vergüenza. Y cuando más adelante me interrogasteis, empleé el conocimiento que de él había adquirido, para enternecer vuestro corazón por mi libertad. ¡Juro que únicamente fue por esto! Pero cuando me dijisteis quién erais, y vi por vez primera abrirse ante mi nueva vida... entonces... entonces... ¡oh, señor! sí, estaba hambriento, desnudo y sin recurso cuando iba a robaros vuestro oro; me sentía solo en el mundo, infeliz y desesperado cuando quise robaros vuestra ternura.

El anciano permanecía inmóvil. Desde su suntuoso lecho, el recobrado hijo pródigo roncaba tranquilamente.

-Yo no tenía padre que pudiese reclamar. Nunca conocí más hogar que este. Caí en la tentación. He sido tan dichoso... tan dichoso
¡Levantóse y permaneció de pie ante el viejo.

-No temáis que me interponga entre vuestro hijo y su herencia. Abandono hoy este lugar para jamás volver. Señor, el mundo es

grande y gracias a vuestra bondad sé ahora ganarme honradamente la vida. ¡Adiós! ¿No queréis aceptar mi mano?... Pues bien, sea. ¡Adiós!

Y se volvió para marcharse. Pero, cuando llegó a la puerta, retrocedió de repente y alzando entre ambas manos la encanecida cabeza, la besó una y dos veces.

-¡Carlos!...

No hubo contestación alguna.

-¡Carlos!-

Levantóse el anciano estremecido y corrió bamboleándose débilmente hacia la puerta. Estaba. Y llegó hasta él el tumulto de una gran ciudad que despierta, y entro este tumulto las pisadas del hijo pródigo que se perdían para siempre.

MIGGLES

Eramos ocho, incluso el conductor. En el trayecto de las seis últimas millas no hablamos una sola palabra, desde que el sacudimiento del pesado vehículo vino a dejar sin concluir la última cita poética del juez. El hombre alto sentado junto a éste, dormía con el brazo pasado por la colgante correa, y apoyada la cabeza en ella, formaba como un objeto fofo e informe; parecía que se hubiese ahorcado a sí propio, y le hubieran cortado la cuerda sobrado tarde. La señora francesa en el asiento posterior, dormitaba también, conservando una actitud de estudiado recato, que se echaba de ver en la posición del pañuelo caído sobre la frente velándola a medias la cara. Otra señora de Virginia City, que viajaba en compañía de su esposo, perdió mucho antes toda su individualidad en medio de una extraña confusión de cintas, velos, pieles y pañuelos. No se percibía otro ruido que el chirriar de las ruedas y el de la lluvia batiendo el imperial, cuando de repente la diligencia se paró, y oímos confusamente unas voces. El conductor sostenía un coloquio con alguien en el camino, coloquio del cual de vez en cuando se oían, en los intervalos de calma en la tempestad, fragmentos tales como: «puente arrastrado, siete pies de agua, paso imposible» Reinó luego un profundo silencio, y después una misteriosa voz lanzó desde el camino este consejo:

-Probad en casa de Miggles.

Mientras el vehículo daba lentamente la vuelta, alcanzamos a vislumbrar los caballos delanteros, y luego un jinete que se desvanecía en la bruma; evidentemente emprendíamos el camino de la casa de Miggles.

¿Quién era y dónde estaba Miggles? El juez, nuestra autoridad, dijo no recordar aquel nombre, y eso que conocía por completo el país; el viajero de Washoe creyó que Miggles tendría alguna posada; pero lo único que realmente supimos fue que la crecida de las aguas nos había

cortado el camino por el frente y por la espalda, y que Miggles era nuestra roca de refugio. Después de diez minutos de encharcarnos por un tortuoso camino, ancho a duras penas para la diligencia, paramos delante de una reja atrancada y aforrada, fija a una extensa pared de cerca, de unos ocho pies de altura. Aquello era sin duda alguna la casa de Miggles. Pero, sin duda alguna también, Miggles no tenía posada. El conductor bajó y tanteó la puerta. Estaba cerrada con toda seguridad.

-¡Miggles! ¡Oh!, Miggles.

A la otra puerta.

-¡Migg-els! ¡Tú, Miggles! -continuó el conductor con creciente irritación.

-¡Miggles!- añadió el correo persuasivamente.

-¡Oh, Miggy! ...¡Mig...!

Pero el tal Miggles, al parecer insensible, no dio la menor respuesta. El juez acababa de bajar el vidrio de la ventanilla, sacó fuera la cabeza, y comenzó una serie de preguntas que, a ser contestadas categóricamente, hubieran dilucidado, sin duda alguna, todo aquel misterio; pero eran evadidas por el conductor, quien replicaba que, si no queríamos pasar la noche en el carruaje, lo mejor que podríamos hacer sería levantarnos y llamar en coro a Miggles.

Así, pues, nos levantamos y llamamos a Miggles en coro, y luego cada cual a solo, y apenas hubimos acabado, cuando un hibernés, compañero de viaje, gritó desde el imperial «¡Mayggles!» a lo cual todos nos echamos a reír. Mientras nos estábamos riendo, el conductor gritó:

-¡Silencio!

Todos prestamos oído, y con infinita admiración oímos que el coro de ¡Miggles! se repetía a la otra parte de la pared, juntamente con el final y suplementario Mayggles.

-¡Extraordinario eco!- dijo el juez.

-¡Extraordinario y remaldito! - exclamó el conductor, con desprecio. - Sal ya de ahí, Miggles, y muéstrate en persona de una vez.

Sé humano, Miggles. No juegues al escondite; yo no bromearía en tu lugar, Miggles -continuó Yuba-Bill, que en un exceso de furor daba ya vueltas pateando.

-¡Miggles! -continuó la voz.-¡ Oh, Miggles!

-¡Mi buen señor! ¡Mr. Myghail! -dijo el juez, suavizando cuanto le era posible la aspereza del nombre. - Considerad lo inhospitalario de rehusar un abrigo contra la inclemencia del tiempo, a mujeres desamparadas. ¡Señor mío de mi alma! Ved que...

Una letanía de Miggles terminando con una carcajada le interrumpió.

Yuba-Bill no vaciló más ya; tomando del camino una pesada piedra - derribó la verja, y seguido del correo penetró en el cercado: nosotros tomamos igual camino. No se veía un alma, y todo cuanto pudimos saber en la creciente obscuridad, gracias a los rosales que nos rociaban con su húmedo follaje, fue que estábamos en un jardín.

-¿Conocéis al tal Miggles? -preguntó el juez a Yuba-Bill.

-No; ni ganas -contestó Yuba-Bill secamente, viendo ofendida en su persona, por el contumaz Miggles, a toda la compañía pionera de diligencias.

-¡Pues, señor mío de mi alma!...-replicó el juez, pensando en la reja forzada.

-¡Mirad! -dijo Yuba-Bill, con delicada ironía, -, ¿no haríais mejor en volveros, y tomar asiento en el coche hasta que os presentaran? Yo me cuelo.

Y empujó la puerta del edificio.

Penetramos en una larga sala iluminada únicamente por el rescoldo de un fuego que se extinguía a lo último de la misma.

Las paredes estaban extrañamente empapeladas, y la luz vacilante del bogar daba relieve a su grotesco dibujo. Distinguíase una persona sentada en un gran sillón de brazos junto al fuego.

Todo esto lo vimos, apiñados en el umbral detrás del conductor y del correo.

-¡Hola! Sois vos, Miggles -dijo Yuba-Bill, al solitario inquilino.

Aquella figura no habló ni se movió.

Yuba-Bill se acercó furiosamente a ella, y dirigió sobre su rostro el ojo de la linterna del carruaje.

Vióse la cara de un hombre envejecido y prematuramente arrugado, con grandes ojos en que se mostraba aquella solemnidad perfectamente gratuita, que he observado en los del búho. Los grandes ojos erraron desde la cara de Yuba-Bill hasta la linterna y acabaron por fijar sus inconscientes miradas en aquel objeto luminoso.

Bill se contenía con dificultad.

--Miggles. ¿Sois sordo? ¡De todas maneras no seréis mudo; estamos!

Yuba-Bill sacudió por el hombro aquella figura inmóvil.

Con gran espanto nuestro, cuando Bill quitó la mano de encima del venerable forastero, éste fue encogiéndose hasta quedar reducido a la mitad de su tamaño y convertirse en un lío de ropas indescifrable.

-¡Maldita sea mi piel! -dijo Bill, retirándose sin esperanza de lucha.

El juez se adelantó entonces y volvimos a enderezar aquel misterioso invertebrado en su posición primitiva.

A Bill y a su linterna se les mandó afuera para explorar el terreno, pues era evidente, dada la impotencia del solitario, que debía tener a mano sirvientes, y todos nos acercarnos al fuego.

El juez, que había recobrado su autoridad y que no había cesado de desplegar su talento en la conversación, vuelto hacia nosotros y de espaldas al fuego nos arengó, como a un jurado imaginario, en los siguientes términos:

-Es indudable que nuestro distinguido amigo aquí presente, se encuentra en aquella disposición descrita por Shakespeare, como la de la marchita y amarilla hoja, o bien ha sufrido algún abatimiento prematuro en sus facultades mentales y físicas. Dado que sea realmente el Miggles...

Aquí fue interrumpido por -«Miggles. ¡Oh, Miggles, Migglesy! ¡Mig...!»-y por todo el coro de Miggles en un tono semejante al que nos era ya conocido.

Nos contemplamos unos a otros por un momento, con alguna alarma. El juez en particular abandonó rápidamente su posición, pues la voz parecía provenir directamente de su espalda. Pronto, sin embargo, se descubrió la causa: una gran urraca estaba posada sobre la repisa, en la campana de la chimenea, sumida en un silencio sepulcral que contrastaba singularmente con su anterior volubilidad. Su voz fue la que oímos desde el camino, y nuestro amigo no era responsable de la descortesía. Yuba-Bill, que penetraba en aquel momento de regreso de una pesquisa infructuosa, tuvo que contentarse con la explicación, y aun miró de reojo al sentado paralítico. Había encontrado un cobertizo en donde acomodó sus caballos, pero regresaba calado, y como de costumbre, escéptico.

-Nadie más que éste hay en diez millas a la redonda de la casucha, y el maldito viejo lo sabe.

Pero la mayoría probó que tenía sólidamente arraigada su creencia, pues apenas hubo cesado Bill de gruñir, cuando hacia la entrada oímos un paso rápido y el roce de un vestido húmedo; la puerta se abrió violentamente, y apareció una joven que, mostrándonos con su sonrisa los destellos de sus blancos dientes, y el centellar de sus ojos negros, con una ausencia absoluta de toda ceremonia y timidez, entró, cerró la puerta y se apoyó jadeante contra ella.

-Yo soy Miggles para todo cuanto gustéis.

Y aquélla era Miggles, aquella joven de ojos alegres, de turgente pecho, cuyas faldas, de ordinaria tela azul, no podían ocultar, mojadas por la lluvia, la belleza de las curvas femeninas a que estaban pegadas. Desde su cabello castaño, cubierto por un sombrero impermeable de hombre, hasta los diminutos pies y tobillos sepultados en las cavidades de unos zapatos de muchacho, todo era en ella gracioso; así apareció Miggles riéndose de nosotros de la manera más alegre, franca y bonachona.

-Ved, muchachos -dijo falta de aliento y apoyando su pequeña mano contra el costado, sin tener en cuenta nuestra confusión, que no encontraba palabras para expresarse, ni la completa desmoralización de Yuba-Bill, cuyas facciones habían caído en una expresión de extemporánea e imbécil alegría-ved, muchachos, estaba a más de dos millas de distancia cuando os vi pasar por el camino, pensé que podríais deteneros aquí, y he corrido toda aquella distancia sabiendo que no había en casa nadie más que Jim; llego sin aliento... y ya estamos del otro lado.

Y aquí Miggles, con un arranque malicioso, que esparció sobre nosotros una lluvia de gotas, quitóse el sombrero de hule, se esforzó en echar hacia atrás su cabello, en cuya operación perdió dos horquillas, sonrióse y se sentó al lado de Yuba-Bill, con las manos cruzadas airosamente, sobre su regazo. El juez fue el primero en volver en sí y trató de componer un requiebro extravagante.

-¿Os molestaré pidiéndoos aquella horquilla? -dijo gravemente Miggles.

Media docena de manos se abalanzaron vehementemente hacia delante; la horquilla perdida fue devuelta, a su dueña, y Miggles, cruzando el cuarto, miró con interés la cara del invalido. Aquellos solemnes ojos miraron los de la mujer con una expresión que no habíamos visto hasta entonces. La vida y la inteligencia parecían luchar para volver a aquella tosca cara. Miggles se rió otra vez (su risa tenía una elocuencia singular) y otra vez volvió hacia nosotros sus negros ojos y sus blancos dientes.

- ¿Esta afligida persona es?.. - preguntó el juez con indecisión.

-Jim -dijo Miggles.

-¿Vuestro padre?

-No.

-¿Hermano?

-No.

-¿Marido?

Miggles lanzó una mirada rápida y provocativa, sobre las dos pasajeras, de quienes había ya observado que no participaban de la admiración general de los hombres respecto a ella, y dijo gravemente:

-No; es Jim.

Hubo una pausa enojosa. Las pasajeras se aproximaron entre sí; el marido de Washoe miró, abstraído, el fuego, y el hombre alto aparentó replegar su mirada sobre sí para poderse sostener en aquel aprieto; pero la risa de Miggles, que era contagiosa, rompió el silencio.

-Vamos -dijo vivamente, -deberéis tener apetito. ¿Queréis ayudarme a preparar el té?

No faltó quien de muy buena gana se brindase. A los pocos momentos Yuba-Bill andaba ya atareado, como Caliban, en llevar trozos de leña para aquella Miranda; el correo molía café en el mirador; a mí me fue asignada la delicada tarea de cortar tocino, y el juez ayudó a todos con sus bien humorados y múltiples consejos. Y cuando Miggles, ayudada por el juez y por nuestro hibernés, pasajero de cubierta, puso la mesa con toda la loza disponible, ya habíamos recobrado todos la alegría, a pesar de la lluvia que batía las ventanas, del viento que bajaba a bocanadas por la chimenea, de las dos señoras que cuchicheaban entre sí, en un rincón, y de la urraca que desde su elevado vasar comentaba con satíricos graznidos su conversación. A la brillante luz del fuego que chisporroteaba ya, pudimos ver las paredes empapeladas con periódicos ilustrados, dispuestos con gusto y discreción femeninos. El improvisado mueblaje estaba compuesto con envases de velas y cajas de embalaje, tapadas con calicó de alegre color, o con pieles de animal. Una barrica de harina, ingeniosamente transformada, constituía el sillón del paralítico. La limpieza más exquisita y el más pintoresco gusto reinaban en los escasos detalles del bajo y profundo aposento.

La colación fue un triunfo culinario; más aún, fue un triunfo de sociabilidad debido, principalmente, al raro tacto de Miggles en llevar la conversación, haciendo por sí todas las preguntas e imprimiendo en todo una naturalidad que rechazaba cualquier idea de disimulo, por

nuestra parte, de manera que hablarnos de nosotros mismos, de nuestras esperanzas, del viaje, del tiempo, y unos de otros; de todo, menos de nuestro huésped y de nuestra huésped. Debo confesar que a conversación de Miggles no era nunca elegante, rara vez gramatical y que a veces empleaba interjecciones cuyo uso esta por lo general reservado a nuestro sexo; pero las decía con tales destellos de dientes y ojos é iban, como de costumbre, seguidas por una risa tan peculiar de Miggles, tan franca y sincera, que parecía purificar la atmósfera moral.

De súbito, durante la comida, oímos un ruido como el roce de un cuerpo pesado contra las paredes exteriores de la casa, inmediatamente después se sintió rascar y olfatear junto a la puerta.

-Es Joaquín -dijo Miggles, en contestación a nuestras interrogadoras miradas.-¿ Tenéis gusto de verlo?

Y aun no habíamos tenido tiempo de contestar, cuando abrió la puerta, y nos dejó ver un lanudo oso a medio crecer que inmediatamente se levantó sobre sus patas traseras, mientras las manos colgaban en actitud mendicante, y contempló a Miggles con una admiración que le daba cierta semejanza con Yuba-Bill.

-Ese es mi perro guardián - dijo Miggles a modo de ampliación.- ¡Oh, pero no muerde! -añadió al ver que las dos pasajeras se agitaban en su rincón, -¿ verdad, viejo Tophy?

Esta última observación iba dirigida al sagaz Joaquín.

-Os diré una cosa, muchachos -continuó Miggles, después que hubo dado de comer y cerrando la Puerta a la *Ursa Minor*. -Habéis tenido la suerte de que Joaquín no hubiera andado rondando por ahí esta noche.

-¿Dónde estaba? -preguntó el juez.

-Conmigo -contestó Miggles - ¡Dios me valga! Trota a mi lado, por la noche, como sí fuera un hombre.

Por un momento guardamos silencio todos y escuchamos el viento; en nuestra imaginación se pintaba Miggles en camino a través de los bosques y de la lluvia, escoltada por su feroz guardián.

Recuerdo que el juez dijo algo de «Una y de su león»; pero Miggles lo recibió como lo hizo con las demás galanterías, con tranquila gravedad.

No sé si se fijaba en la admiración que excitaba, por lo menos la de Yuba-Bill no podía dejar de verla; pero su misma franqueza estableció una perfecta igualdad entre todos, cruel y humillante para los miembros más jóvenes de nuestro partido.

El incidente del oso nada añadió a favor de Miggles en la opinión de las, personas de su sexo que estaban presentes. En efecto, terminada la comida se manifestó una frialdad tal en las dos pasajeras, que las ramas de pino traídas por Yuba-Bill y echadas como en sacrificio al hogar, no pudieron vencerla del todo. Miggles lo sintió, y declarando de repente que era tiempo de retirarse, salió para enseñar a las señoras su lecho, en un cuarto vecino.

-Vosotros, muchachos, tendréis que acampar por ahí fuera, cerca del fuego, de la mejor manera que podáis -añadió, -pues no hay otro cuarto.

Nuestro sexo, amigo lector, aludo a la parte más fuerte de la humanidad, se ha visto generalmente libre de la imputación de curiosidad o de amor a la chismografía. Sin embargo, me veo obligado a declarar que apenas se hubo cerrado la puerta tras de Miggles, cuando nos apiñamos cuchicheando, sonriéndonos y trocando entre nosotros sospechas, suposiciones y mil hipótesis respecto de nuestra bonita huésped y su singular compañero: creo que hasta llegamos a empujar A aquel imbécil paralítico, que estaba sentado como un Memnon, sin voz, en medio de nosotros, oyendo con la serena indiferencia del pasado en sus ojos, nuestra charla locuaz. A la mitad de la animada discusión, se abrió de nuevo la puerta y entró Miggles.

Pero no ya la misma Miggles que algunas horas antes sugiera ante nosotros. Tenía los ojos bajos y titubeó un momento en el umbral; llevaba una manta doblada en el brazo y parecía haber dejado tras sí la franca resolución que horas antes nos había encantado. Penetrando en

el cuarto, arrastró un banquillo hasta el sillón del paralítico; sentóse, y se echó la manta sobre las espaldas diciendo:

-Si os es igual, muchachos, como estamos un poco estrechos, me quedaré aquí esta noche.

Puso en su mano la mano marchita del invalido y volvió la mirada al moribundo fuego.

El sentimiento instintivo de que esto no era más que un preliminar de relaciones más confidenciales, y tal vez cierta vergüenza de nuestra anterior curiosidad, nos mantuvo silenciosos. La lluvia batía aún sobre el techo: errantes ráfagas de viento removían las pavesas con momentáneos destellos; en un momento de sosiego de los elementos, Miggles levantó de repente la cabeza y echándose el cabello a la espalda, volvióse hacia nuestro grupo y preguntó:

-¿Hay alguno de entro vosotros que me conozca?

Nadie contestó.

-¡Pensadlo otra vez! Yo vivía en Marysville, el 53. Todo el mundo me conocía y con razón para ello. Yo tuve el Salón Polka hasta que vine a vivir aquí con Jim. De esto hace seis años; tal vez he cambiado algo.

Quizá la desconcertó el que no la reconociesen volvióse otra vez hacia el fuego; transcurrieron algunos momentos en silencio, y continuó con más rapidez:

-Pues bien, creí que alguno de vosotros debía reconocerme; pero de todas maneras, no importa; lo que yo iba a decir es que este Jim -y al nombrarlo tomó su mano entre las de ella, -me conocía si vosotros no me conocéis y gastó mucho dinero conmigo. Calculo que gastó cuanto tenía. Y un día, por este invierno hará seis años, Jim vino a mi cuarto interior, se sentó en mi sofá, como lo veis ahora en aquel sillón y luego ya jamás volvió a moverse por sí mismo, herido como por un rayo e ignorante de lo que le pasaba. Vinieron los doctores y dijeron que la causa era su mal modo de vivir, pues Jim fue, siempre algo libertino y calavera, que no curaría, y que de todas maneras, no podía

durar mucho. Me aconsejaron que lo mandase a, Frisco² al hospital, puesto que ya no servía para nada, y que toda la vida sería una criatura; pero yo, quizá porque había algo en la mirada de Jim, ó tal vez porque nunca había tenido una criatura, dije que no. Entonces yo estaba rica, porque era popular entre todos; hasta caballeros tales como vos, señor, iban a mi casa; vendí mi comercio y compré esto que esta como quien dice apartado del tránsito, ¿comprendéis? y me traje aquí esta criatura.

Con intuición poética instintiva, mientras hablaba, cambió poco a poco de posición, de manera que las mudas ruinas del enfermo se interpusieron entre ella y su auditorio. Oculta en la sombra, ofrecíalas como una tácita apología de sus acciones. Silenciosa y sin expresión, aquella figura hablaba aún en favor de ella; anonadada y herida por el rayo divino, extendía aún en torno de ella su invisible, brazo. Desde la obscuridad, pero estrechando todavía su mano, prosiguió:

-Pasó mucho tiempo antes de que pudiese acostumbrarme a las cosas de por aquí, pues estaba habituada a la sociedad y a los placeres. No pude procurarme mujer alguna que me auxiliara, ni osaba fiarme de un hombre; pero con los indios de los alrededores que me ayudan de vez en cuando, y con lo que me mandan de North Fork, Jim y yo vamos tirando. De tiempo en tiempo el médico subía de Sacramento: preguntaba por la criatura de Miggles, como llama a Jim, y cuando se marchaba solía decir: «Miggles, sois un portento: Dios os bendiga» y después de, esto, no me parecía tan triste la vida. Pero la última vez que estuvo aquí, al abrir la puerta para marcharse, dijo: -¿ Sabéis, Miggles, que vuestra criatura acabara por hacerse hombre y dará honra a su madre? ¡Pero no aquí, Miggles, no aquí, y se me figuró que se iba triste y...y...y -al llegar aquí la voz de Miggles y su cabeza parecieron perderse por completo en la sombra.

-La gente de los alrededores es muy buena -dijo Miggles, después de una pausa, entrando de nuevo en la luz. - Los hombres de la

² San Francisco

bifurcación del río dieron vueltas por aquí hasta que comprendieron que no me hacían maldita la falta, ¡y las mujeres son tan buenas!... no vienen nunca. Estuve muy sola hasta que recogí a Joaquín en los bosques cercanos, cuando no era más alto que esto, y le enseñé a pedir la comida; pero ahora tengo, además, a Polly, esta es la urraca, sabe infinidad de juegos y por las noches me acompaña con su charla, de manera que se me figura que no soy el único bicho viviente del rancho. Y este Jim - dijo Miggles, con su risa de antes y saliendo del todo a la claridad del fuego -este Jimi, muchachos, os maravillaría de ver cuanto sabe; a veces le traigo flores y las mira con tanta naturalidad como si las conociera, y otras, cuando estamos sentados solos, le leo aquellas cosas de la pared. ¡Bendito sea Dios! -dijo Miggles con su franca risa -todo aquel lado de la casa le he leído este invierno. No hay hombre como Jim para la lectura.

Por qué - preguntó el juez - no os casáis la persona -, a quien habéis consagrado toda vuestra juventud?

-Ya veis -dijo Miggles, -sería jugarle una Mala partida a Jim, abusar de su desamparo, y, además, que en siendo ambos marido y mujer sabría yo que estoy obligada a hacer lo que ahora hago de mi propia voluntad.

-Pero todavía sois joven y tenéis atractivos.

-Se hace ya tarde -dijo gravemente Miggles, y deberíamos dormir ya todos. Buenas noches, muchachos.

Y echándose la manta sobre la cabeza, Miggles se tendió al lado del sillón de Jim, con la cabeza apoyada contra el taburete donde éste descansaba los pies y no habló más ya. Extinguióse el fuego lentamente en el hogar. Todos echamos mano a nuestras mantas en silencio, y pronto no se oyó otro ruido que el gotear de la lluvia sobre el techo y la fatigosa respiración de los durmientes.

Amanecía casi cuando desperté de un sueño intranquilo. La tempestad había cesado, las estrellas centelleaban y a través de la ventana sin postigos, la luna llena, alzándose por encima de los fúnebres pinos, penetraba en el cuarto. Con una, compasión infinita

bañó la solitaria figura del sillón, y parecióme que la onda de luz deslumbradora inundaba en regenerador bautismo, la humilde cabeza de la mujer cuyos cabellos, como en la bella y dulce leyenda del Evangelio, besaban los pies del que amaba: hasta prestó una bondadosa poesía al irregular perfil de Yuba-Bill que con abiertos y pacientes ojos velaba en guardia, medio recostado entre este grupo y los viajeros. Entonces me dormí y sólo despertó ya entrado el día al grito de ¡al coche! que, de pie' é inclinado sobre mí, lanzaba Yuba-Bill.

El café nos esperaba sobre la mesa, pero Miggles se había marchado. Dimos vuelta a toda la casa y aun nos detuvimos mucho tiempo después de enganchados los caballos; pero no volvió; no cabía duda que evitando una despedida formal nos dejaba partir como vinimos.

Después de instalar en la diligencia a las señoras, volvimos a la casa y estrechamos silencioso y con solemne gravedad, la mano del paralítico Jim, reponiéndole en su asiento después de cada apretón de manos. Y echando una última mirada en torno del cuarto, y sobre el taburete donde Miggles se había sentado, ocupamos con lentitud nuestros asientos en la diligencia que nos esperaba.

El látigo chasqueó y nos pusimos en marcha, pero, cuando llegarnos al camino real, la diestra mano de Yuba-Bill hizo que los seis caballos cayeran sobre sus patas traseras y la diligencia se paró con brusca sacudida: allí en una pequeña eminencia Pinto al camino estaba Miggles, flotante el cabello, centelleantes los ojos, ondeando el pañuelo y entreabiertos los blancos dientes, por un último adiós. En contestación agitamos nuestros sombreros, y entonces Yuba-Bill, como si temiese una nueva fascinación, azuzó locamente sus caballos y caímos todos sobre nuestros asientos.

No cambiamos una sola palabra hasta alcanzar el North Fork; la diligencia paró en el Hotel de la Independencia. Entonces, llevando a la delantera al juez, entramos en la sala común y ocuparnos gravemente nuestros puestos junto al mostrador.

-¿Están llenas vuestras copas, señores? -dijo solemnemente el juez quitándose su blanco sombrero.

Todas lo estaban.

-Pues entonces a la salud de Miggles. Que Dios la bendiga.

¡Tal vez Dios lo había hecho ya! ¿ Quién sabe?

EL IDILIO DE RED-GULCHS

Sandy³ estaba bebido. Hallábase tumbado bajo una mata de azalea, casi en la misma actitud en que había caído algunas horas antes. El tiempo transcurrido desde que se tendiera allí no lo sabía ni le importaba, y cuanto tiempo continuaría allí tendido, era para él cosa igualmente' indefinida ó indiferente. Una filosofía tranquila, nacida de su situación física, se extendía por su ser moral, y lo saturaba.

El espectáculo de un hombre borracho, y de este hombre borracho en particular, duéleme decirlo, no ofrecía en Red-Gulch la novedad suficiente para atraer la atención. A primera hora de aquel día, un humorista del lugar había erigido junto a la cabeza de Sandy, un cartel provisional que llevaba esta inscripción: *Resultado del aguardiente Mac Corkle; mata a una distancia de cuarenta varas;* con una mano que señalaba la taberna de Mac Corkle. Pero imagino que esta como otras muchas de las sátiras locales, era personal, y más bien una reflexión sobre la bajeza del medio, que sobre la inmoralidad del resultado. A parte de esta chistosa excepción, nadie molestó a Sandy. Un mulo extraviado, suelto de su recua, comióse las escasas hierbas de su alrededor, y olía curiosamente al hombre tendido; un perro vagabundo, con aquella profunda simpatía que siente la especie por los borrachos, después de lamer sus empolvadas botas se había acurrucado a sus pies, y yacía allí guiñando un ojo a la luz del sol; a manera perruna adulaba con la imitación al humano compañero que se había elegido.

En tanto las sombras de los pinos dieron poco a poco la vuelta hasta ganar el camino, y sus troncos cerraban ya el césped de la libre pradera entre paralelos gigantescos de negro y amarillo.

Pequeñas ráfagas de polvo rojizo, levantadas al paso de los caballos de tiro, se dispersaban en sucia lluvia sobre el hombre

³ Diminutivo de Alejandro.

acostado. El sol descendió más y más, y Sandy permanecía inmóvil; pero entonces el reposo de este filósofo fue interrumpido, como otros filósofos lo han sido, por la intrusión de un sexo enemigo de la filosofía.

Miss Mary, que así la llamaban los alumnos que acababa de despedir de la cabaña de madera, con pretensiones de colegio, situada al extremo del pinar, daba un paseo de tarde. Un racimo de flores de insólita belleza atrajo su mirada desde un arbusto de azaleas al otro lado de la carretera; cruzóla para arrancarlo, eligiendo su camino por entre él encarnado polvo, no sin sentir cortos y terribles estremecimientos de asco, y hacer alguna circunvolución felina. De repente tropezó con Sandy.

Por de contado profirió aquel corto grito staccato de su sexo. Pero cuando hubo pagado este tributo a la física debilidad, volvióse más que atrevida, y se paró un momento, a seis pies, por lo menos, de distancia del monstruo tendido, recogiendo con la mano sus blancas faldas, en actitud de escapar. Pero ni un sonido, ni un movimiento se produjeron en la mata. Con su menudo pie derribó entonces la satírica losa murmurando: -¡animales! -epíteto que probablemente, en aquel momento, clasificaba con toda oportunidad en su mente, a la población masculina de Red-Gulch; pues miss Mary, poseída de ciertas nociones rígidas que le eran propias, no apreciaba aún debidamente la expresiva galantería por la que el californiano es tan justamente celebrado de sus hermanas californianas, y, como recién llegada que era, tenía tal vez muy bien merecida la reputación de ser tiesa. De pie como estaba, observó también que los inclinados rayos solares calentaban la cabeza a Sandy, más de lo que ella juzgó ser saludable, y que su sombrero estaba tirado inútilmente en el suelo. El levantarlo y colocárselo en la cara, era obra que requería algún valor, sobre todo, teniendo como tenía abiertos los ojos. Sin embargo, lo hizo y emprendió la retirada. Pero al mirar hacia atrás, sorprendióse al ver el sombrero fuera de su sitio, y a Sandy sentado y murmurando algo entre dientes.

La verdad era que Sandy, en las tranquilas profundidades de su mente, estaba persuadido de que los rayos del sol le eran benéficos y saludables; que desde la niñez se había negado a echarse con el sombrero puesto; que sólo los rematadamente locos llevaban siempre sombrero, y que su derecho a dispensarse de él cuando le diese la gana le era inalienable. Tal fue la íntima representación de su conciencia. Desgraciadamente su expresión externa era confusa y se limitaba a la repetición de la siguiente fórmula:

-¡El sol esta bien! ¿ Qué hay qué hay, sol?, ¡bueno!

Paróse miss Mary, y sacando nuevo valor de la ventajosa distancia que le separaba de él, le preguntó si le faltaba algo.

-¿Qué ocurre? ¿Qué hay? -continuó Sandy con voz sonora.

-¡Alzaos, hombre horrible! -dijo miss, Mary exasperada -¡alzaos é idos a casa!

Sandy se levantó tambaleándose. Medía seis pies de altura; miss Mary temblaba. Sandy adelantó con ímpetu algunos pasos y paróse luego.

-¿Por qué me he de ir a casa? -preguntó de repente con mucha gravedad.

-Para tomar un baño -contestó miss Mary lanzando una ojeada a su sucia persona con gran repugnancia.

De repente, con infinito contento de miss Mary, Sandy se quitó la levita y chaleco, tirólos al suelo, se arrancó las botas, y con la cabeza hacia delante arrojóse precipitadamente por la cuesta abajo en dirección al río.

-¡Santo cielo! ¡Este hombre va a ahogarse! -dijo miss Mary.

Y entonces, con femenil inconsecuencia, echó a correr hacia el colegio y se encerró con llave.

-Aquella noche, mientras estaba sentada a la mesa con su huésped, la mujer del herrero, se le ocurrió a miss Mary preguntarle con gazmoñería, si su marido se emborrachaba alguna vez.

-Abner -contestó reflexivamente mistress Stidger, -dejad que lo piense: Abner no ha estado chispo desde la última elección.

A miss Mary la hubiese gustado preguntarle, si en tales ocasiones prefería tenderse al sol y si un baño frío era perjudicial, pero esto hubiera provocado una explicación que no tenía deseos de dar. De manera que se contentó con abrir sus grandes ojos, sonriendo a la ruborosa mejilla de mistress Stidger, bello ejemplar de la eflorescencia del Sudoeste, y después dejó a un lado el asunto. Al día siguiente escribió a su mejor amiga de Boston:

«Me figuro que la parte de esta comunidad que se emborracha es aún la menos digna de objeción. Por de contado, querida, me refiero a los hombres. No sé de nada que pueda hacer tolerables a las mujeres.» Antes de una semana, miss Mary olvidó ya este episodio; pero sus paseos de la tarde tomaron inconscientemente otra dirección. Observó, además, que todas las mañanas, un fresco ramo de flores de azalea aparecía por entre las demás, sobre su pupitre, lo cual no era extraño, puesto que los niños conocían su cariño para las flores, y mantenían siempre adornado su pupitre con anémonas, heliotropos y lupinos; pero, al interrogarles, cada cual y todos a una manifestaron ignorarlo de las azaleas.

Algunos días después, el señorito Johnny Stidger, cuyo pupitre estaba próximo a la ventana, fue acometido de repente por tina risa espasmódica, al parecer inmotivada y atentatoria a la disciplina escolástica. Todo cuanto miss Mary pudo sacarlo fue que alguien miraba por la ventana, Y ofendida ó indignada salió de su colmena para librar batalla al entrometido. Al volver la esquina de la escuela dio con el quídam borracho, a la sazón completamente sereno, a más no poder avergonzado y con cara de delincuente.

Dado su actual humor, miss Mary no hubiera dejado de sacar de estos hechos una ventaja femenil si no se hubiese fijado, algo confusa también, de que el animal, a pesar de algunas leves señales de pasada disipación, tenía agradable aspecto; era una especie de rubio Sansón, cuya sedosa barba, de color de trigo, jamás había conocido el filo de la navaja del barbero, ni de las tijeras de Dalila. De manera que la punzante frase que bailaba, en la punta de su lengua expiró en sus

labios y se limitó a recibir una tímida excusa con altiva mirada recogiendo la falda como para evitar el contagio. Cuando volvió a la sala del colegio, sus ojos cayeron sobre las azaleas, presintiendo una revelación. Y entonces se echó a reír, y toda la gente menuda se rió también, y sin saber por qué se sintieron muy felices en aquel momento.

No mucho tiempo después de esto y en un día caluroso, sucedió que a dos chicos perniciosos les pasó una desgracia en el umbral de la escuela con un cubo de agua que hablan traído laboriosamente desde la fuente, y que la compasiva miss Mary cogió el cubo y echó a andar ella misma hacia allá. Al pie de la cuesta una sombra cruzó el camino y un brazo vestido de una camisa azul, la alivio con destreza, pero suavemente, de su carga. Miss Mary sintióse a la vez confusa y enojada.

-Si más a menudo llevaseis esto para vos mismo -dijo con despecho al brazo azul, sin dignarse elevar los ojos hacia su posesor -mucho mejor haríais.

Ante el silencio sumiso que siguió, arrepintióse del discurso y dio las gracias tan dulcemente en la puerta, que Sandy tropezó; lo cual hizo que los niños riesen otra vez, risa de que participó miss Mary, hasta el punto de que el color acudiera débilmente a sus pálidas mejillas. Al día siguiente apareció misteriosamente un barril al lado de la puerta y con igual misterio cada mañana quedaba lleno de agua fresca de la fuente.

No eran estas las únicas delicadas atenciones que recibía esta joven superior.

El hereje Bill, cochero de la diligencia Shumgullion, famoso entre los periódicos de la localidad, por su galantería en ofrecer siempre el asiento del pescante al bello sexo, había exceptuado de esta atención a miss Mary, y bajo el pretexto de que tenía costumbre de blasfemar en las cuestas cedía la mitad de la diligencia para ella sola. Jack Hamlin, de oficio jugador, después de un silencioso viaje en la misma diligencia que la maestra, arrojó una botella a la cabeza de un

comprofesor por el atrevimiento de mentar su nombre en una taberna. La muy emperifollada madre de un alumno, cuya paternidad era dudosa, se paraba a menudo frente al templo de esta astuta vestal, sin atreverse jamás a penetrar en su sagrado recinto, contenta con adorar a la sacerdotisa desde lejos.

Con tales incidentes desconocidos para ella, discurrió sobre Red-Gulch la monótona procesión de cielos azules y soles deslumbradores, de cortos crepúsculos y noches estrelladas. Miss Mary se aficionó a pasear por los bosques apacibles y solitarios. Tal vez creía, como miss Stidger, que los balsámicos olores de los pinos hacían bien a su pecho, pues lo cierto era que su tosecita iba siendo menos frecuente y su paso más firme; tal vez había aprendido la eterna lección que los pacientes pinos jamás se cansan de repetir a oídos ya atentos, ya indiferentes; así es que un día dispuso una partida campestre hacia Buck-eye-Hill y se llevó consigo a los niños.

Lejos del empolvado camino, de las esparramadas cabañas, de las amarillas zanjas, del clamoreo de locomotoras impacientes, del barato lujo de los aparadores, del color chillón de la pintura y de los vidrios de colores y del ligero barniz a que el barbarismo se adapta en tales localidades, ¡cuan infinito desahogo no era el suyo! Pasado el último montón de roca triturada y arcilla, cruzando la última disforme hendidura, ¡Cómo abrían sus largas filas para recibirles los hospitalarios bosques! ¡Con cuanta alegría los niños, no destetados por completo del pecho de la generosa madre común se echaron boca abajo sobre su atezado seno con extrañas caricias, llenando el aire con su risa! y ¡de qué manera miss Mary, esa persona felinamente desdeñosa y atrincherada siempre en la pureza de su falda, cuello y puños inmaculados, lo olvidó todo y corrió como una crestada codorniz, al frente de su nidada hasta que brincando, riendo y palpitante, suelta la trenza de cabello castaño, el sombrero colgando del cuello por una cinta, dio de repente en el corazón del bosque con el malaventurado Sandy!

No es necesario indicar aquí las explicaciones, disculpas y no sobrado prudente conversación que siguieron. Sin embargo, parece que miss Mary había ya entablado algunas relaciones con este ex borracho. Baste decir que pronto fue aceptado como uno de la partida; que los niños, con aquella pronta inteligencia que la Providencia da a los desamparados, reconocieron en él un amigo y jugaron con su rubia barba, largo y sedoso bigote y se tomaron otras libertades como acostumbran hacerlo los desamparados. Pero cuando les armó un fuego contra un árbol y les enseñó otros secretos de la vida de monte, su admiración no conoció límites. Después de dos ociosas y felices horas de locuras hallóse Sandy tendido a los pies de la profesora, contemplando su rostro, mientras ella sentada en la pendiente de la cuesta, tejía coronas de laurel y de heliotropo. Su posición era muy parecida a la que tenía cuando le encontrara por vez primera. No es aventurada la semejanza. La debilidad de una naturaleza fácil y sensual, que había hallado en la bebida una exaltación fantástica, es de temer que hallase en el amor algo parecido a la embriaguez.

Creo que el mismo Sandy estaba vagamente convencido de esto. Sé que deseaba con vehemencia hacer algo, ni atar un oso, partir el cráneo a un salvaje o sacrificarse de alguna otra manera por aquella profesora de rostro pálido y de ojos grises. Como me gustaría presentarle en una situación heroica, con gran dificultad contengo mi pluma en este momento, y únicamente me abstengo de introducir semejante episodio con el profundo convencimiento de que generalmente nada de esto ocurre en semejantes ocasiones. Y espero que la más bella de mis lectoras perdonara la omisión recordando que en una crisis verdadera, el salvador es siempre algún forastero poco interesante, o bien un antirromántico agente de orden público, y jamás un Adolfo.

Así permanecieron allí sentados en placida calma, mientras los picos carpinteros charlaban sobre sus cabezas y las voces de los niños llegaban agradablemente desde la hondonada de más abajo.

Lo que dijeron, poco importa. Lo que pensaron, que, podría ser interesante, no se traslució.

Los curiosos picos carpinteros sólo pudieron saber que miss Mary era huérfana; que salió de la casa de su tío para ir a California en busca de salud o independencia; que Sandy era huérfano también; que llegó a California en busca de aventuras, que había llevado una vida de agitación desordenada, y que trataba de reformarse, y otros detalles que desde el punto de vista de los picos carpinteros sin duda debían de parecerles estúpidos, y de tiempo perdido. Pero aun con semejantes bagatelas se pasó la tarde, y cuando los niños se reunieron otra vez, y Sandy, con una delicadeza que la maestra comprendió perfectamente, se despidió de ellos con toda tranquilidad, en los arrabales del pueblo, parecióle aquel día el más corto de su cansada existencia.

A medida que el largo y árido verano marchitó las plantas hasta la raíz, la época de colegio de Red-Gulch, para emplear un modismo local, se secó también. Un día más y miss Mary sería libre ya o por lo menos Red-Gulch no la vería en toda una estación. Sentada y sola en la escuela, con la mejilla descansando en su mano, los ojos medio cerrados, mecíase en uno de aquellos ensueños, a que, con peligro de la disciplina escolar, se entregaba tan a menudo de poco tiempo acá. Tenía la falda llena de musgos, helechos y otros recuerdos silvestres y tan preocupada se hallaba con éstos y con sus propios pensamientos, que le pasó inadvertido un suave golpear en la puerta, ó bien lo tradujo por un lejano recuerdo de, los picos carpinteros. Cuando por fin se afirmaba más claramente en ello, sobrosaltóse y con ruborizadas mejillas abrió la puerta.

En el umbral estaba una mujer cuya audacia y vestidura formaban extraño contraste con su ademan tímido o irresoluto.

Miss Mary reconoció al primer golpe de vista a la dudosa madre de su discípulo anónimo. Contrariada quizá, tal vez enojada, la invitó fríamente a, entrar; arreglóse instintivamente sus blancos puño,; y cuello, y recogió castamente su corta falda. Tal vez fue esto, motivo de que la turbada forastera, después de dudar un momento, dejase al lado

de la puerta, plantada en el polvo, su vistosa sombrilla abierta, y se sentara en el extremo opuesto de un largo banco. Su voz, al comenzar, era ronca.

-Dicen que os vais mañana a la bahía, y no podía dejaros marchar sin venir a daros las gracias por vuestra bondad para con mi Tommy.

Según dijo miss Mary, Tommy era un buen chico y merecía algo más que el pobre cuidado que ella podía dispensarle.

-¡Gracias, miss, gracias! -dijo la forastera, sonrojándose aún a través de los afeites, que Red-Gulch llamaba maliciosamente su «pintura de guerra» y procurando en su confusión arrastrar el largo banco más cerca de la maestra -Os doy gracias, miss, por esto. Y aunque yo sea su madre, no hay muchacho viviente más dócil y cariñoso, ni mejor que él. Y... a pesar de lo poco que soy para decirlo, no existe maestra más paciente, más bondadosa, más angelical que la que él tiene.

Miss, Mary, sentada muy peripuesta detrás de su pupitre, con una regla al hombro, abrió, a esto sus ojos grises, pero nada dijo.

-Ya sé que mujeres como yo no pueden halagaros -prosiguió rápidamente. -No debía tampoco entrar aquí en mitad del día, pero vengo a pedir un favor, no para mí, miss, no para mí, sino para mi pobre niño.

Animada por el interés que vio en los ojos de la joven maestra, y juntando entre las rodillas sus dos manos, enguantadas de color de lila, prosiguió en voz baja:

-Ya veis, miss, nadie más que yo tiene derecho sobre el niño, y yo no soy la persona que debiera educarle. Pensé vagamente, el año pasado, enviarle A. la escuela, en Frisco, pero cuando se habló de traer aquí una maestra, esperó hasta que os vi y entonces creí la cosa arreglada y que podía guardar a mi hijo algún tiempo más... ¡Ah, miss, os quiere tanto! Y si pudierais oírle hablar de vos, a su bonita manera, si él pudiera pedirnos lo que ahora os pido yo, no sabríais negárselo. Es natural -continuó rápidamente con una voz que tembló

extrañamente entre orgullosa y humilde, -es natural que os ame, miss, pues su padre, cuando le conocí era un caballero, y es forzoso que el niño me olvide tarde o temprano... de manera que... no voy a llorar por esto. Pues bien, vengo a pedirlos que os encarguéis de Tommy. ¡Dios le bendiga como al mejor, al más querido de sus hijos sobre la tierra!... vengo a... a pedirlos que... os lo llevéis.

Se había levantado y postrándose de rodillas a sus pies tenía cogida la mano de la joven entre las suyas.

-Dinero tengo mucho y todo es vuestro y suyo. Ponedle en un buen colegio, donde podáis verle y ayudarle a... a... a olvidar a su madre. Haced con él lo que os parezca; lo peor que hagáis será bueno, comparado con lo que aprenderá conmigo. Aunque sólo le saquéis de esta mala vida, de este pueblo, de este hogar de vergüenza y de pena. ¿Lo haréis? ¡Sé que lo haréis! ¿No es verdad? Lo haréis; no podéis, no debéis negármelo. Lo haréis tan puro, tan dócil como vos misma, y cuando haya crecido le diréis el nombre de su padre, el nombre que hace años no han pronunciado mis labios, el nombre de Alejandro Morton, a quien llaman aquí Sandy. ¡Miss Mary, no retiréis vuestra mano! ¡Miss Mary, habladme! ¿Os llevaréis a mi hijo? ¡No volváis la cara! Sé que no deberíais contemplar a una mujer como yo, ¡Miss Mary, Dios mío, sed clemente! ¡Que esta mujer me deja!

-Miss Mary se levantó, y a la luz del expirante crepúsculo tentó su camino hasta la abierta ventana; allí permaneció en pie apoyada contra el marco, con los ojos fijos en los últimos rosados matices que desaparecían por Occidente. Todavía quedaba algo de aquella luz en su pura y tersa frente, en su blanco cuello, en sus finas manos entrelazadas; pero todo desapareció poco a poco.

La suplicante se había arrastrado aún de rodillas hasta su lado.

-Sé que se necesita tiempo para pensarlo. Aquí aguardaré toda la noche; pero no puedo marcharme sin que hayáis resuelto. No me lo neguéis ahora. ¿Os lo llevaréis? Lo veo en vuestra hermosa cara, cara semejante a la que he visto en mis sueños. Lo veo en vuestros ojos, miss Mary. Os llevaréis a mi hijo.

El postrer rayo del crepúsculo, que serpenteó hasta el cenit, reflejóse en los ojos de miss Mary con algo de su gloria, fluctuó, apagóse y desapareció. El sol se había puesto en Red-Gulch. En el crepúsculo y silencio la voz de miss Mary sonó agradablemente.

-Me llevaré al niño; enviádmelo esta noche.

La dichosa madre alzó hasta sus labios el borde de la falda de miss Mary. Hubiera sepultado su ardiente cara en sus virginales pliegues, pero no se atrevió, y se puso en pie.

-¿Ese hombre conoce vuestra intención? -preguntó de repente miss Mary.

-No; ni le interesa. Ni siquiera ha visto al niño para conocerlo.

-Id, vedle enseguida, esta noche, ahora. Decidle lo que habéis hecho. Decidle que me he llevado a su hijo, y decidle que jamás debe ver... ver... otra vez al niño. Donde quiera que vaya, él no debe venir; donde quiera que me lo lleve, él no debe seguir. Bueno, idos ya. Estoy cansada y... me queda aún mucho que hacer.

Juntas fueron hasta la puerta. En el umbral la mujer se volvió.

-Buenas noches.

Se hubiera echado a los pies de miss Mary; pero en el mismo momento la joven le tendió sus brazos, estrechó por un breve instante contra su puro a la pecadora mujer y después empujó y cerró con llave la puerta.

No sin un repentino sentimiento de responsabilidad, tomó el hereje Bill a la mañana siguiente las riendas de la diligencia Schlmly Gullon, pues la maestra era uno de sus pasajeros. Al entrar en la carretera, obediente a una agradable voz del interior, refrenó de repente los caballos y esperó respetuosamente mientras Tommy saltaba del coche al mandato de miss Mary.

-No aquella mata, Tommy, la otra.

Tommy sacó su cuchillo nuevo y cortando una rama de una alta mata de azalea volvió con ella hacia miss Mary.

-¿En marcha ya?

-En marcha.

Y la portezuela de la diligencia se cerró sobre idilio de Red-Gulch.

DE CÓMO SAN NICOLAS LLEGÓ A SIMPSON'S BAR

En el valle del Sacramento estaba el tiempo muy metido en aguas. El North Fork se había salido de madre y la Rattlesnake Creek estaba impracticable.

Los pocos cantos rodados que señalaran el vado del verano en el cruce de Simpson, desaparecían bajo una enorme extensión de agua que alcanzaba la base de las montañas.

La diligencia ascendente tuvo que parar en la casa Granger; el último correo fue abandonado en los tules y su jinete salvó la vida a nado.

«Un área» observaba el *Alud de la Sierra* con calculado orgullo local, «tan grande como el estado de Massachusetts, esta a estas fechas bajo el agua. Y el tiempo no es mejor en la sierra» El lodo era denso en el camino de la montaña. Galeras que ni la fuerza física ni el ingenio podían arrancar de los baches en que habían caído, obstruían la carretera, y los tiros de caballos rezagados y las blasfemias mostraban el camino de Simpson's Bar.

Más allá, aislado e inaccesible empapado en agua, azotado por un viento furioso y amenazado por la subida de las aguas, Simpson's Bar, en la nochebuena de 1802, colgaba de Table-Mountain como el nido de golondrina que la borrasca sacude en el pétreo entablamiento de rotos capiteles.

A medida que la noche descendía sobre el campamento, unas pocas luces brillaban, al través de la neblina, desde las ventanas de las cabañas a entrambos lados del camino, surcado a la sazón por riachuelos desordenados y barrido por vientos errantes.

Por fortuna la mayoría de los vecinos estaban recogidos en el almacén de Thompson, alrededor de una roja estufa, en la, cual escupían silenciosamente con tan ostensible acuerdo de la comunidad social, que suplía toda conversación.

Hacía ya mucho tiempo que los medios de diversión se habían agotado en Simpson's Bar; la subida de, las aguas suspendía las faenas normales de las minas y del río, y la subsiguiente falta de dinero y aguardiente quitaba el gusto hasta para el más ilegítimo recreo.

El mismo Mr. Hamlin abandonó el Bar con cincuenta pesos en el bolsillo, única cantidad que alcanzó a realizar de las grandes sumas que llevaba ganadas en el lucrativo ejercicio de su ardua profesión.

-Si me dijese otro día, si me dijese que, señalara una bonita aldea en donde un jugador retirado, a quien no le importase mucho, el dinero, pudiera divertirse a menudo y alegremente, diría que Simpson's Bar; pero para un joven con una numerosa familia, que depende de su trabajo, no da lo bastante.

Corno la familia de Mr. Hamlin la formaban únicamente damas elegantes, citamos esta observación más para dar una idea de su *humour*, que de sus deberes.

Los objetos inconscientes de tal sátira hallábanse reunidos esta noche con indiferente apatía engendrada por la pereza y el aburrimiento.

Ni el repentino resonar de los cascos de un caballo a la puerta, les hizo volver en sí.

Sólo Dick Bullen se detuvo en la tarea de vaciar su -pipa y alzó la cabeza, pero nadie más del grupo dio a conocer e; menor interés hacia el hombre que entraba, ni manifestó reconocerle.

Era una figura bastante familiar a la sociedad. En Simpson's Bar lo llamaban «El viejo».

Tendría el hombre unos cincuenta años -, de cabello escaso y entrecano, parecía aún de complexión fresca y juvenil; de cara simpática y complaciente tenía una aptitud así como la del camaleón para adoptar la sombra -y el color de las opiniones y caracteres de los que le rodeaban.

«El viejo» acababa de dejar a unos compañeros de diversión, así es que de pronto Do observó la gravedad del grupo, pero golpeó

amistosamente por la espalda al hombre más próximo, y se echó en una silla desocupada.

-¡Acabo de oír la cosa mejor del mundo, muchachos! ¿ Conocéís a Smiley, el de allá abajo, Jim Smiley, el hombre más divertido del Bar? Pues Jimi nos estaba contando el cuento más gracioso de...

--¡Smiley es un animal! -interrumpió una voz sombría.

-Un skunk⁴-añadió otro, en tono sepulcral.

Siguió una pausa a estas declaraciones categóricas.

El viejo miró rápidamente en torno al grupo. Después su cara se transformó poco a poco.

-Es verdad -dijo después de un momento de reflexión, es realmente una especie de skunk y algo tiene de animal. No hay que negarlo.

Calló por un momento, como en dolorosa meditación de la ignorancia e imbecilidad del impopular Smiley.

-Tiempo bien triste, ¿verdad? -añadió engolfándose en la corriente del sentimiento general. Mala la esperan los obreros y poco dinero corre esta temporada... Y mañana es Navidad.

Hubo -un movimiento entre los concurrentes al anunciar esto, pero no se traslució claramente si era de satisfacción o de disgusto.

-Sí -continuó el viejo en el tono lúgubre que desde los últimos momentos involuntariamente adoptara, -esto es... se me ocurrió la idea, ¿me entendéis? de que tal vez os gustaría veniros a mi casa y pasar allí la nochebuena. Pero ahora supongo que no os gustaría... ¿Tal vez no os halléis en buena disposición? -añadió con simpática solicitud observando las caras de sus compañeros.

-No diré que no -respondió Tom Flynn, algo más animado -Puede que sí. ¿ Pero y tu mujer, viejo? ¿ Qué dice ella?

El viejo titubeó.

Las experiencias conyugales no habían sido felices para él, y el caso era reconocido en Simpson's Bar.

⁴ Cuadrúpedo de los Estados Unidos.

Su primera mujer, una mujercita delicada y bonita, había sufrido viva y secretamente las celosas sospechas de su marido, hasta que un día éste convidó a su casa a todo el Bar para hacer patente su infidelidad.

Al llegar los de la partida, encontraron a la tímida é inocente criatura tranquilamente ocupada en sus obligaciones caseras, y se retiraron avergonzados y corridos.

Pero la delicada sensitiva no se repuso fácilmente del choque de tan extraordinario ultraje.

Con dificultad recobró el aplomo para dar suelta a su amante, de un armario en que estaba escondido y escaparse con él. Para consuelo de su esposo le dejó abandonado un niño de tres años.

La actual consorte del viejo había sido su cocinera: mujer corpulenta, leal y agresiva.

Antes de que pudiera contestar Joe Dimmick expuso en breves razones que la casa era del viejo, y que, invocando el poder divino, si estuviera él en su casa convidaría a quien le pluguiese, aun cuando haciéndolo pusiera en peligro su salvación. Los poderes del mal, añadió, además, lucharían en vario contra él.

Todo esto dicho con una sequedad y vigor perdidos en esta traducción obligada. -Naturalmente... seguro... esto es -dijo el viejo frunciendo también el ceño -No hay dificultad en ello. Es mi casa; he levantado todos sus maderos yo mismo. No la temáis, muchachos. Tal vez grite un poco, como hacen las mujeres, pero volverá a las buenas.

El viejo fiaba, para sus adentros, en la exaltación del licor y en el poder de un valeroso ejemplo para sostenerse en semejante aprieto.

Hasta ahora Dick Bullen, oráculo y cabeza de Simpson's Bar, no había hablado. Pero ya se quitó la -pipa de los labios.

-Viejo, ¿y cómo sigue tu niño Johnny? Se me figuró algo enfermizo la última vez que lo vi en el camino tirando piedras a los chinos, y no parecía interesarle eso mucho. Ayer pasó por aquí una tropa de ellos, ahogados en el río, y pensé en Johnny. ¡Cómo los echaría de menos! ¿Tal vez estorbaremos si está malo?

El padre, visiblemente afectado, no sólo por este cuadro patético de la privación de Johnny, sino también por tan circunspecta delicadeza, se apresuró a asegurarle que Johnny estaba mejor y que *un poco de broma podría animarlo*.

Entonces Dick se levantó, y desperezóse diciendo:

-Ya estoy. Enséñanos el camino, viejo. Allá vamos.

Y con un salto y un aullido característicos, precediéndolos, saliendo al raso.

Al atravesar la tienda, tomó del hogar un tizón ardiente, acción que repitieron los demás de la partida, siguiéndolo de cerca, codeándose, y antes de que Thompson, el asombrado propietario de la droguería, conociera la intención de sus huéspedes, la sala estaba ya desierta.

La noche era oscura como boca de lobo. A la primera ráfaga de viento las improvisadas antorchas se extinguieron, y únicamente los rojos tizones oscilando en las tinieblas como fuegos fatuos, indicaban su camino.

Este les conducía por la cañada, del Pino arriba, a cuya entrada se escondía en la cuesta una ancha, pero baja cabaña con el techo de corteza de árboles.

Era el hogar del viejo y a la vez entrada de la mina en que trabajaba cuando trabajaba algo.

Aquí el -acompañamiento se paró un momento por delicada deferencia al anfitrión, que llegó jadeante de la retaguardia.

-Puede que hicierais bien en aguardar un segundo aquí fuera, mientras yo entro y veo si todo esta corriente -dijo el viejo con una indiferencia que estaba lejos de sentir.

La indicación fue buenamente aceptada; la puerta se abrió y cerró tras del anfitrión, y sus compañeros, apoyando las espaldas contra la pared y cobijándose bajo el alero del tejado, esperaron aguzando el oído.

Durante algunos momentos no se oyó más sonido que el gotear del agua del alero y el de las ramas que luchaban contra el viento que las sacudía, crujiendo por encima de ellos.

Los hombres principiaron a inquietarse y cuchichear indicaciones y sospechas que pasaron de uno a otro.

-Adivino que para empezar ya me le ha roto la cabeza.

-Lo habrá metido en el túnel y allí le dejara emparedado, probablemente.

-Le tendrá en el suelo y estará sentada encima.

-Probablemente esta hirviendo algo para echárnoslo; apartaos de la puerta, muchachos.

Cabalmente en este momento el pestillo crujió, abrióse despacio la puerta, y una voz dijo:

-Entrad a, cubierto de la lluvia.

La voz no era la del viejo ni la de su mujer.

Era una voz infantil, cuyo débil timbre quebrantaba aquella ronquera antinatural, que sólo pueden dar ¡a vagancia y el vicio prematuro.

Levantábase hacia ellos la cara de un niño, una cara que podía haber sido bonita y aun distinguida a no obscurecerla de por dentro las maldades aprendidas y la suciedad y la dura intemperie de por fuera.

Envolvía sus hombros una manta, y se conocía que acababa de levantarse de la cama.

-Entrad -repitió, -y no hagáis ruido. El viejo esta allí hablando con madre -prosiguió señalando un cuarto adyacente, que parecía ser una cocina, desde la cual la voz del viejo -llegaba en tono suplicante.

-Dejadme -añadió refunfuñando y dirigiéndose a Dick Bullen que le había cogido envuelto en la manta y fingía quererle echar al fuego.

-¡Suéltame, maldito viejo loco! ¿Oyes?

Así conjurado, Dick Bullen comprimiendo la risa, dejóle en el suelo, mientras que los hombres entraron silenciosamente colocándose en derredor de una larga mesa de toscas tablas que ocupaba el centro del cuarto.

Después Johnny encaminóse gravemente hacia un armario y sacó varios objetos que colocó sobre la mesa.

-He aquí aguardiente y bizcochos, arenques ahumados y queso (y en su camino hacia la mesa dio un mordisco a este último). Y azúcar. (Sacó con mano muy sucia un puñado). Y tabaco. Hay también manzanas secas en la alacena; pero no me chocan. Las manzanas hinchan. Helo aquí todo -terminó, -y ahora a ello y no temáis: no hago caso de la vieja. A mí no me es nada. Adelante.

Se había retirado al umbral de un reducido cuarto, apenas mayor que un armario, separado del cuarto principal por un tabique y que tenía en su oscuro retiro una pequeña cama.

Allí estuvo un momento de pie mirando la compañía, saliéndole los desnudos pies por debajo de la manta y movió la cabeza.

-¡Hola, Johnny! ¿Vas a acostarte otra vez? -dijo Dick.

-Sí, voy -respondió Johnny con decisión.

-¿Pues qué tienes, vejete?

-Estoy malo.

-¿Cómo malo?

-Tengo fiebre. Y sabañones. Y reuma -contestó Johnny.

Y desapareció entre las sabanas. Después de una pausa momentánea, añadió desde la obscuridad y al parecer debajo del cobertor:

-Y mal en el corazón.

Hubo un silencio embarazoso. Los hombres se miraron entre sí y después al fuego.

A pesar del apetitoso banquete que se les presentaba, pareció que caían otra vez en el desaliento de la droguería de Thompson, cuando la voz quejumbrosa del viejo, incautamente elevada, llegó desde la cocina.

-Tienes razón sobrada... Es mucha verdad...Claro esta que lo son. ¡Una cuadrilla de holgazanes y borrachos vagabundos!... y ese Dick Bullen es el peor de todos. ¿No tiene más juicio para venirse aquí, habiendo en casa un enfermo y sin que tengamos provisión alguna?...

Ya se lo decía yo... Bullen, le he dicho, ¿es que estas borracho loco para pensar tal cosa?... ¿Y a Staples? ¿Pero, hombre, intentas convertir mi casa en infierno, teniendo a mi niño malo? Pero quisieron venir, lo quisieron. Esto es lo que debe esperarse de esta canalla del Bar.

Una carcajada homérica siguió a esta desgraciada manifestación.

Sea que fuera oída en la cocina, o sea, que la iracunda compañera del viejo hubiese apurado todos los restantes modos de expresar su desprecio é indignación, lo cierto fue que cerraron de súbito y con gran violencia una puerta trasera.

Un momento después reapareció el viejo, ignorando por fortuna la causa del último estallido de hilaridad y sonriendo dulcemente.

-La vieja ha tenido la idea de pasar un rato con Missex Mac Fadden -dijo a modo de explicación y con aire indiferente, al sentarse a la mesa.

Extraño es decirlo, pero se necesitó de este adverso incidente para aliviar el embarazo que la partida comenzaba a sentir, y su audacia natural se recobró con el regreso del anfitrión.

No es mi animo contar los chistes del banquete de aquella noche. El curioso lector comprenderá que la conversación se caracterizó por la exaltación intelectual, el cauteloso respeto, la meticulosa delicadeza, la precisión retórica y por el mismo discurso lógico y coherente que distinguen a estas varoniles reuniones en localidades más civilizadas y bajo auspicios más favorables.

Como no había vasos no se rompió uno solo: ni se derramaron inútilmente licores por el suelo ni sobre, la mesa, por la escasez de aquel artículo.

-Era casi media noche cuando fue interrumpida la fiesta.

-Callad -dijo Dick Bullen alzando la mano.

Era la quejumbrosa voz de Johnny, desde su inmediato dormitorio.

-¡Oh, padre!

El viejo se levantó apresuradamente y. desapareció en el cuartito, Al poco rato reapareció.

-El reuma le vuelve con fuerza -dijo, -y necesita unas friegas.

Tomó de la mesa la damajuana de aguardiente y la sacudió. Estaba vacía.

Dick Bullen dejó su taza de hojalata con una risa forzada. Los demás hicieron lo mismo.

El viejo examinó el contenido y dijo más animado:

-Me parece que hay bastante. Esperádme un momento; vuelvo pronto.

Y desapareció de nuevo en el cuartito, llevándose una camisa vieja de franela y el aguardiente.

La puerta quedó entreabierta, y se oyó distintamente el siguiente dialogo:

-Díme, hijo mío, ¿dónde te duele más?

-Me duele todo. Unas veces aquí y otras allí debajo; pero es más fuerte de aquí a aquí. Frota recio, padre.

Y el silencio parecía indicar una viva fricción. Entonces Johnny dijo:

-¿Pasas un buen rato allí fuera, padre?

-Sí, hijo mío.

-¿Es Navidad mañana, verdad?

-Sí, hijo mío. ¿Cómo te sientes ahora?

-Mejor, frota un poco más abajo. ¿Y qué es Navidad? ¿Por qué es tal fiesta?

-¡Oh, es un día!...

Esta incompleta definición fue al parecer, satisfactoria, pues hubo un silencioso intervalo, durante el cual el viejo continuó frotando. Al poco rato Johnny repuso:

-Madre dice que en todas partes menos aquí, todos se dan cosas unos a otros por Navidad. Dice que hay un hombre que le llaman San Nicolás ¿Comprendes? No un blanco, sino una especie de chino, que baja por la chimenea la noche antes de Navidad y da cosas a los niños, a los chicos como yo. ¡Las mete en las botas! Eso... eso es lo que me quería hacer creer... ¿Vamos, padre, dónde estas frotando? Estas a una

milla del sitio... ¿Inventaría esto nada más que para hacernos rabiar a ti y a mí?... No frotes ahí... ¿Qué dices, padre?

En el solemne silencio que parecía cernerse sobre la casa, se oía claramente el murmullo de los cercanos pinos y el rodar de las hojas por fuera.

-Vamos, no seas así, padre, pues pronto me voy a poner bueno. ¿Qué hacen esos hombres ahí fuera?

El viejo entreabrió la puerta y atisbó.

Sus huéspedes estaban sentados en buena compañía, con unas cuantas monedas de plata sobre la mesa, dentro de una flaca bolsa de piel de gamuza.

-Estarán apostando sobre algo... algún juego. Ya se las arreglan -contestó a Johnny y volvió a sus fricciones.

-Me gustaría ser mano y ganar dinero -dijo reflexivamente Johnny, después de una pausa.

El viejo repitió lo que a todas luces era para él estribillo eterno, es decir: que si Johnny quisiera esperar hasta que diesen con el filón, en la mina, tendría mucho dinero, etc., etc.

-Sí -dijo Johnny, -pero no lo hallas. Y que des con él o que yo lo gane, es casi lo mismo. Todo es cuestión de suerte. Pero es muy extraño lo de Navidad ¿no es cierto? ¿Por qué la llaman Navidad?

Tal vez por deferencia instintiva a las preocupaciones de sus huéspedes, o por un vago sentimiento de incongruencia, la contestación del viejo fue tan baja, que no alcanzó más allá del cuarto..

-Sí -dijo Johnny, con interés ya algo decaído. -He oído ya hablar de El. Bueno, basta, padre. No me hace, ni con mucho tanto daño como antes. Envuélveme bien en la manta. Así. Ahora -añadió murmurando bajo la ropa, -siéntate a mi lado, hasta que me duerma.

Para asegurarse de la obediencia sacó una mano de la manta, y cogiendo por la manga a su padre, otra vez se compuso para descansar. Durante algunos momentos el viejo esperó pacientemente.

La insólita tranquilidad de la casa excitó su curiosidad; con la mano desasida y sin levantarse abrió cautelosamente la puerta y miró a la sala.

Con infinita sorpresa, la vio oscura y desierta.

Pero en aquel momento un leño que humeaba en el hogar se rompió, y a la luz de su llamarada vio a Dick Bullen, sentado junto a los amortiguados tizones.

-¡Hola!

Dick se sobresaltó, púsose de pie y fue hacia él, medio tambaleándose.

-¿Dónde están los demás? -dijo el viejo.

-Han subido por la cañada a dar un pequeño paseo. Al momento vuelven por aquí. Les estoy esperando. ¿Qué miras tan fijamente, viejo? -añadió con risa forzada, -¿te figuras que estoy borracho?

Podía habársele perdonado al viejo la suposición, pues los ojos de Dick estaban húmedos y su cara encendida.

Se hizo el remolón, y volvió a la chimenea. Bostezó, desperezóse, abrochó su levita, y dijo riendo:

-El licor no anda tan abundante como eso, viejo. No te levantes -prosiguió, cuando el viejo hizo un movimiento para librar su manga de la mano de Johnny. -No hagas cumplidos. Queda ahí, donde estas; me voy al instante. Ya están aquí.

Golpearon suavemente en la puerta.

Dick Bullen abrióla, con un ademan se despidió del viejo y desapareció.

El viejo le hubiera seguido ano ser por la mano que aun inerte seguía asida a su manga. Fácilmente se podía desprender de ella; era pequeña, débil, y flaca; pero quizá por ser pequeña, débil y demacrada cedió a su presión y aproximando aún más la silla a la cama, apoyó, sobre ella la cabeza. En esta actitud indefensa, le sorprendió el sueño.

La habitación osciló y se desvaneció ante sus ojos; reapareció, se desvaneció de nuevo, obscurecióse y le dejó dormido.

En tanto, Dick Bullen cerró la puerta, y se juntó a sus compañeros.

¿Estas listo? -dijo Staples.

-¡Listo! -dijo Dick, -¿ qué hora es?

-Más de las doce -contestó, -¿ puedes hacerlo? Son casi cincuenta millas entre ¡da y vuelta.

-Así lo creo -contestó Dick brevemente ¿Dónde esta la yegua?

-Bill y Jack la tienen ya en la encrucijada.

-Pues que la guarden un momento más.

Volvióse y entró otra vez silenciosamente en la casa.

A la luz de la vela que se corría y del amortiguado fuego, vio que la puerta del cuartito estaba abierta, se fue hacia ella de puntillas y observó.

El viejo echado en su silla roncaba, con las piernas extendidas, la cabeza hacia atrás y el sombrero encajado hasta los ojos.

A su lado, sobre una estrecha cama de madera, yacía Johnny envuelto estrechamente como una momia en la manta, que le tapaba todo, excepto una parte de la frente y algunos rizos humedecidos por el sudor.

Dick Bullen avanzó un -Paso, titubeó y miró por encima del hombro la desierta sala.

Todo estaba quieto.

Con repentina resolución separó con ambas manos sus grandes bigotes, y se inclinó sobre el dormido muchacho.

Pero en el momento de hacerlo, un travieso soplo de aire que le acechaba, giró en torbellino por la chimenea abajo reanimando el hogar y despidiendo viva claridad, de la que huyó Dick como avergonzado.

Sus compañeros le esperaban ya en la encrucijada.

Dos de ellos luchaban en la obscuridad con un ser extrañamente disforme, el cual, a medida que Dick se acercaba, tomó el aspecto de una caballería amarilla. Era la yegua.

El animal no tenía bonita estampa, que digamos.

Desde su romo hocico hasta sus alzadas ancas, desde su arqueado espinazo oculto por las raídas y tiesas *machillas* de una silla mejicana, hasta sus gruesas, derechas y huesosas piernas, no tenía una sola línea de gracia caballar.

Sus blancos ojos medio ciegos, pero malignos, su labio inferior colgante, su monstruoso color le daban una fealdad fantástica.

-Bueno -dijo Staples, -cuidado con las herraduras, muchachos, ¡arriba! Ojo con no descuidarte en agarrar ante todo las crines, y cuida de coger enseguida el estribo opuesto. ¡Arriba!

¡Saltó el jinete a la silla, pateó luchando el caballo, apartáronse atropelladamente los espectadores, volaron sacudidas en círculo las herraduras, retembló la tierra a los saltos del animal, sonaron las espuelas y partió *Jovita Dick*, en las tinieblas, gritó:

-¡Bien va!

-¡A la vuelta no tomes el camino de abajo, a no ser que apremie el tiempo! ¡No la detengas al bajar la cuesta! Estaremos en el vado a las cinco. ¡Adelante! ¡Hop! ¡Mula! ¡Anda!

Y chispearon las piedras, crujió ruidosamente la grava del camino y *Dick* desapareció.

Canta ¡oh, musa! ¡La cabalgada de Ricardo Bullen! Canta ¡oh, musa! ¡Los caballerescos varones, la sagrada empresa, las hazañas, la batida de los patanes malandrines, la terrible cabalgada y temerosos peligros de la flor de Simpson's Bar! ¡Ah, musa mía! ¡Desdeñosa estas!.. ¡Nada quiere con este animal coceador y con su andrajoso jinete, y fuerza me es seguirlos a pie en simple prosa!

¡Numerosos peligros de la flor de Simpson's Bar! ¡Ah, y ya en aquel intervalo *Jovita* había ensayado para con él todos sus vicios, y sacado a relucir todas sus mañas. Tres veces tropezó.

Dos veces alzó el romo hocico en línea recta con las riendas, y, resistiendo el freno y la espuela, echó a correr locamente a través de los campos «Dos veces se puso de manos, y se dejó caer hacia atrás, y dos veces el ágil *Dick*, ileso, recobró su asiento, antes de que ella se hubiese repuesto sobre sus viciosas piernas.

Y una milla más adelante, al pie de una prolongada colina estaba Rattlesnake-Creek.

Dick sabía que allí le esperaba la prueba capital de su habilidad, para lograr su empresa. Apretó los dientes, encajó sus rodillas en los costados de la yegua y cambió su táctica defensiva en una viva agresión.

Mortificada y enfurecida Jovita, emprendió el descenso de la cuesta.

El artificioso Ricardo fingía detenerla con represión manifiesta, y simulados gritos de miedo.

Es por demás añadir que Jovita enseguida se dio a correr. Ni es necesario fijar aquí el tiempo empleado en el descenso; esta inscrito en las crónicas de Simpson's Bar.

Baste saber que al cabo de un momento, parecióle a Dick que le salpicaba el barro de las inundadas orillas de Rattlesnake-Creek.

Como Dick esperaba, el empuje que había adquirido la llevó más allá del margen, y teniéndola a propósito para un gran salto, se lanzaron en medio de la rápida corriente.

Unos momentos de lucha coceando y nadando, y Dick respiró ruidosamente en la orilla opuesta.

El camino desde Rattlesnake-Creek hasta Red-Mountain era bastante llano.

O bien el baño en Rattlesnake-Creek había templado su maligno ardor, ó bien el arte con que Dick la condujera le había demostrado la superior malicia de su jinete, pues Jovita ya no malgastaba su energía sobrante en vanos caprichos.

Sólo una vez coceó con las piernas traseras, pero fue por la fuerza de la costumbre; otra vez se espantó, pero fue de una iglesia recién pintada en la encrucijada del camino del Estado.

Canales, fosos, montones de grava, trozos que emergían sembrados de fresca hierba, volaron bajo sus vibrantes cascos.

Empezó a resollar; una ó dos veces tosió ligeramente, pero no disminuyeron su fuerza ni su velocidad.

-A las dos habla pasado la Red-Mountain y comenzaba el descenso a la llanura.

Diez minutos más tarde, el cochero de la rápida diligencia *Pionner* fue alcanzado y dejado atrás por un «hombre sobre un caballo pinto» (incidente excepcional y notable).

A las dos y media Dick se alzó sobre sus estribos y lanzó una exclamación.

Las estrellas brillaban al través de rasgadas nubes, y frente a él, más allá de la llanura, se alzaban dos agujas, dos, astas de banderas y una silueta interrumpida de objetos negros.

Dick sacudió sus espuelas y blandió su *riata*. Precipitóse Jovita, y luí momento después penetraron a la carrera en Tuttleville, y pararon en la plaza de la Fonda de las Naciones.

Lo que ocurrió aquella noche en Tuttleville no forma precisamente parte de esta historia.

Pero sucintamente puedo manifestar que, cuando Jovita hubo pasado a poder del somnoliento mozo de cuadra, a quien muy pronto le sacudió el sueño con un par de coces, Dick salió con el tabernero a dar una vuelta por el dormido pueblo.

Brillaban aún las luces de unas pocas tabernas y casas de juego; pero, evitando la tentación, pararon delante de varias tiendas cerradas y llamando repetidamente después del consiguiente griterío, hicieron levantar de sus camas a los propietarios y los obligaron a desatrarcar las puertas de sus almacenes y a exponer sus géneros.

Algunas veces se encontraron con maldiciones, pero los más por interés ó por necesidad se mostraron complacientes, y la entrevista terminó siempre con un brindis.

Eran las tres cuando acabó esta ruta y con un pequeño saco de goma impermeable, atado con correas a sus espaldas, Dick volvió a la fonda.

Pero allí le acechaba la Belleza. La Belleza opulenta en encantos y ricos vestidos, persuasiva en el hablar y española en el acento.

En vano repitió la invitación del *Excelsior*.

La Belleza fue rechazada por el hijo de las sierras, desaire mitigado, no obstante, por una sonrisa y su última moneda de oro.

Montó después y emprendió su camino por la triste calle abajo, y luego por la llanura más triste aún. Muy pronto la negra línea de casas, las aguas y el asta de bandera, se perdieron en lontananza detrás de él, como si las tragara la tierra.

La tempestad había cesado. El aire era penetrante y frío, las siluetas de los cercanos mojones se percibían ya, eran las cuatro y media cuando Dick alcanzó la iglesia de la Encrucijada en el camino del Estado.

Para evitar la rápida pendiente había tomado un camino más largo y de mayor rodeo, en cuyo lodo viscoso Jovita se hundía hasta las orejas a cada salto.

Era una pobre preparación para una seria subida de cinco millas; pero Jovita la emprendió con su habitual, ciega ó irrazonable furia' y media hora más tarde alcanzó la extensa llanura que conduce a Rattlesnake-Creek: media hora más y llegaban al Creek.

Dick - soltó ligeramente las riendas sobre el cuello de la yegua, excitóla con un silbido y comenzó a cantar.

De repente se espantó Jovita, y dio un salto que hubiera desmontado a un jinete menos practico.

Cogido de las riendas estaba un hombre que había saltado desde la cuneta y al mismo tiempo se alzaban ante él y en el camino un caballo y otro jinete en la sombra.

-¡Saca tus cartas! -dijo en voz de mando y con una blasfemia, esta segunda aparición.

Dick sintió a la yegua temblar debajo de sí y como si se desplomara.

Sabía lo que esto significaba, y se preparó.

-Apártate, Jak Simpson, te conozco, maldito ladrón, déjame pasar o...

No terminó la frase.

Jovita se alzó de manos en el aire con un salto terrible, con su rebelde cabeza sacudió del bocado a la persona que la había cogido, y descargó su mortal malevolencia contra el obstáculo que se le oponía.

Oyóse una blasfemia, sonó un pistoletazo, caballo y salteador rodaron por el suelo y un momento después Jovita estaba a cien yardas de distancia.

Pero el buen brazo derecho del jinete, destrozado por una bala, colgaba inerte a su lado.

Sin disminuir la velocidad cambió las riendas a su mano izquierda.

Pero algunos momentos más tarde viose obligado a parar y apretar la cincha, aflojada en el ataque.

Esto, en su estado, le ocupó algún tiempo.

No temía la persecución; pero mirando al cielo vio que las estrellas de Oriente palidecían, y que los lejanos picos, perdida su espectral blancura, se destacaban ya con sombrías tintas sobre el más claro cielo.

El día se le venía encima.

Entonces, completamente absorto en una sola idea, olvidó el dolor de su herida y, montando de nuevo, corrió hacia Rattlesnake-Creek.

Más el aliento de Jovita era ya entrecortado, Dick vacilaba en la silla y el cielo se aclaraba más y más.

¡Cabalga, Ricardo! ¡Corre, Jovita! Párate ¡oh, día!

En los últimos pasos sentía ya un zumbido en sus oídos.

Era la debilidad por la pérdida de la sangre...

Cuando atravesó el camino por bajo de la colina, estaba deslumbrado y desvanecido y no reconoció sus alrededores.

¿Había tornado un mal camino o era aquello Rattlesnake-Creek?

Lo era.

Pero el alborotado arroyo que atravesara nadando algunas horas antes habíase desbordado, y duplicado su volumen; revolvíase entonces rápido é irresistible río entre él y Rattlesnake-Hill.

Por primera vez en aquella noche, sintió Dick el corazón oprimido.

El río, la montaña, la temprana aurora, -fluctuaban ante sus ojos.

Los cerró para recobrar la conciencia de sí mismo.

En aquel breve intervalo, por algún fantástico procedimiento mental, el cuartito de Simpson's Bar, y el grupo del padre é hijo dormidos surgieron ante él.

Y abriéronse sus ojos; tiró su levita, la pistola, las botas y la misma silla, ató fuertemente a sus espaldas el precioso lío; con las desnudas rodillas apretó los costados de Jovita, y, dando un grito, se arrojó en el amarillento río.

Otro grito se alzó desde la orilla opuesta, mientras que la cabeza de un hombre y de un caballo se mostraban por algunos momentos sobre la batalladora corriente, para ser arrastrados luego fuera del río por entre descuajados árboles y arremolinados despojos.

El viejo despertó sobresaltado.

El fuego se habla extinguido el hogar. La vela de la habitación interior agonizaba y alguien sacudía la puerta.

Abrióla, pero dando un grito retrocedió ante la chorreante y medio desnuda figura que vacilaba en el umbral.

-¡Dick!

-¡Calla! ¿Despertó ya?

-No; ¿pero... Dick?

-¡Calla, animal! ¡Sácame un poco de aguardiente, aprisa! El viejo voló en su busca y volvió con... ¡una botella vacía!

Dick hubiera blasfemado, pero sus fuerzas no estaban a la altura de las circunstancias.

Tambaleóse, se agarró de; tirador de la puerta y llamó con una señal al viejo.

-Hay algo aquí en ese lío para Johnny. Quítamelo. Yo no puedo.

El viejo desató el lío y colocólo ante el pobre Dick que desfallecía.

-¡Ábrelo, pronto!

Lo hizo con dedos temblorosos.

Contenía tan sólo unos pobres juguetes, bastante baratos y, toscos, pero relucientes de pintura y oropel.

Uno de ellos estaba roto, otro estropeado por el agua irreparablemente, y sobre el último ¡ay de mí! Había una mancha de sangre.

-No parece gran cosa, en verdad -balbuceó Dick tristemente -Pero es lo mejor que hemos podido hacer. Tómalos, viejo, y pónselos en sus zapatos, y dile... dile... dile, sabes... sosténme...

El viejo le recibió en sus brazos.

-Díle - añadió Dick, sonriendo débilmente, -díle que San Nicolás ha venido.

Y así, manchado de lodo. y sangre, casi desnudo, anonadado, andrajoso, con un brazo colgando inerte a su lado, San Nicolás llegó a Simpson's Bar y cayó desfallecido en el umbral de la primera puerta.

El albor de Navidad elevóse dulcemente, y con inefable amor pintó de rosadas tintas los picos lejanos.

Y contempló tan tiernamente Simpson's Bar, que la montaña entera, como sorprendida en una acción generosa, se sonrojó hasta los cielos.

LA SUERTE DE ROARING CAMP

Agitábase en conmoción Roaring Camp. No sería por una reyerta, pues en 1850 no era ésta novedad bastante para reunir todo el campamento. No sólo estaban desiertos los fosos, sino que hasta la especería de Tuttle contribuía también con sus jugadores, quienes, como se recordara muy bien, continuaron reposadamente su partida el día en que Pedro el francés y Kanaka Joe se mataron a tiros por encima del mostrador, en la sala delantera. Todos los vecinos estaban reunidos ante una tosca cabaña, hacia el lado exterior del campamento. La conversación seguía en voz baja, y a menudo se repetía el nombre de una mujer, nombre bastante familiar en el campamento: *Cherokee Sal*.

Cuanto menos hablemos de ella, mejor. Era una mujer grosera y desgraciadamente muy pecadora, pero al fin y al cabo la única mujer del campamento Roaring, y cabalmente entonces sufría la crisis suprema que más necesita de los cuidados de su sexo.

Disoluta, abandonada é incorregible, padecía, sin embargo, un martirio cruel aun cuando lo atienden y dulcifican las compasivas manos femeninas, y más duro en su soledad.

La maldición de Eva había caído sobre ella en aquel aislamiento original que tan terrible debió hacer el castigo del primer pecado. Formaba, tal vez, parte de la expiación de sus faltas, que en el momento en que más falta le hacía la ternura intuitiva y los cuidados de su sexo, sólo se encontrara con las caras de menosprecio de sus compañeros. Sin embargo, creo que algunos de los espectadores se hallaban afectados por sus sufrimientos. Sandy Tipton pensaba que aquello era muy duro «para Sal» y conmovido con tal reflexión, se hizo por el momento superior al hecho de tener escondidos en la manga un as y dos de triunfos.

Se comprenderá también la novedad del caso. No eran poco comunes en Roaring Camp los fallecimientos, pero un nacimiento no

era cosa conocida. Se habían expulsado varias personas del campamento resuelta y terminantemente y sin ninguna probabilidad de ulterior regreso; pero esta era la primera vez que en él se introducía alguien *ab initio*. De aquí la conmoción.

-Entra tú aquí, Stumpy -dijo -un ciudadano prominente, conocido por Kentuck, dirigiéndose a uno de los ociosos -Entra aquí y mira lo que puedas hacer, tú que tienes experiencia en esos negocios.

La elección no podía ser más acertada. Stumpy en otros climas había sido la cabeza putativa de dos familias. En efecto, a alguna informalidad legal en ese proceder se debió que Roaring Camp, pueblo hospitalario, le contase en su sociedad. La multitud aprobó la elección y Stumpy fue bastante sabio para acomodarse a la voluntad de la mayoría. La puerta se cerró tras del improvisado cirujano y comadrón, y todo Roaring Camp se sentó en los alrededores de la cabaña, fumó su pipa y aguardó el desenlace.

La asamblea contaba unos cien hombres; uno o dos de éstos eran verdaderos fugitivos de la justicia, otros eran criminales y todos del «qué se me da a mí» Físicamente no dejaban traslucir el menor indicio sobre su vida y carácter pasados. El más desalmado tenía una cara de Rafael, con profusión de cabellos rubios: Oakhurst, el jugador, tenía el aire melancólico y el ensimismamiento intelectual de un Hamlet: el hombre más sereno y valiente apenas media cinco pies de estatura, con una voz dulce y maneras tímidas y afeminadas. El término truhanés aplicado a ellos constituía más bien una distinción que una definición. Tal vez los detalles menores, como dedos de la mano y pies, orejas, etc., faltaban en el campamento; pero estas leves omisiones no le quitaban nada de su fuerza colectiva. El hombre más fuerte de entre ellos, no tenía más que tres dedos en la mano derecha; el más certero tirador sólo tenía un ojo.

Tal era el aspecto físico de los hombres dispersos en torno de la cabaña. El campamento lo formaba un valle triangular entre dos montañas y un río, y era su única salida un escarpado sendero que

escalaba la cima de un monte frente a la cabaña, camino iluminado entonces por la luna que se levantaba.

La paciente podía haberlo visto desde el tosco lecho en que yacía. Podía verlo serpentear como un hilo de plata, hasta parecer que en su alto confinaba con las estrellas. Un fuego de ramas de pino carcomidas fomentaba la sociabilidad en la reunión. Poco a poco reapareció la alegría natural de Roaring Camp. Se hicieron apuestas a discreción respecto al resultado: Tres contra cinco que Sal saldría con bien de la cosa; además, también apostóse que viviría la criatura y se atravesaron apuestas aparte sobre el sexo y complexión del presunto forastero. En medio de una animada controversia oyóse una exclamación de los que estaban más cercanos a la puerta y calló el campamento para escuchar. Dominando el rumor del aire entre los pinos que agitaba, el murmullo de la rápida corriente del río y el chisporroteo del fuego, oyóse un grito agudo, quejumbroso, un grito que no se parecía a, nada de lo que hasta allí se había oído en el campamento. Los pinos cesaron de gemir, el río cesó en su murmullo y el fuego de chisporrotear: parecía como si la Naturaleza se hubiese parado también para escuchar.

El campamento se levantó como un solo hombre. Alguien propuso volar un barril de pólvora, pero prevalecieron más sanos consejos, y sólo se acordó el disparo de algunos revólveres en consideración al estado de la madre, la cual, sea debido a la tosca cirugía del campamento, sea por algún otro motivo se acababa por momentos. Antes de una hora, como si ascendiese por aquel escarpado camino que conducía a las estrellas, salió para siempre del Roaring Camp, de su pecado y de su vergüenza. No creo que tal noticia preocupara a nadie a no ser por la suerte de la criatura.

-¿Podrá vivir ahora? - le preguntaron a Stumpy.

Su contestación fue dudosa. El único ser del sexo de Cherokee Sal que quedaba en el campamento en condiciones de maternidad, era una burra. Hubo sus dudas respecto a la propiedad de semejante nodriza, pero se sometió a la prueba, menos problemática que el antiguo tratamiento de Rómulo y Remo y al parecer tan satisfactoria.

En el arreglo de todos estos detalles, se pasó todavía otra hora. Por fin, se abrió la puerta y la ansiosa muchedumbre de hombres que ya se había formado en cola, desfiló ordenadamente por el interior. Al lado del bajo lecho de tablas, sobre el cual se dibujaba fantásticamente perfilado el cadáver de la madre envuelto en la manta, había una mesa de pino. Esta sustentaba una caja de velas, y, adentro, envuelto en franela de un encarnado chillón, estaba tendido el recién llegado a Roaring Camp. Al lado de la caja de velas había colocado un sombrero; pronto se comprendió su destino.

-Señores -dijo Stumpy, con una extraña mezcla de autoridad y de complacencia ex officio, los señores tendrán la bondad de entrar por la puerta principal, dar la vuelta a la mesa y salir por la puerta trasera. Aquellos que deseen contribuir con algo para el huérfano, encontraran a m' ano un sombrero.

El primer hombre entró con la cabeza cubierta, pero al girar una mirada en torno suyo se descubrió, y así inconscientemente, dio el ejemplo al próximo, pues en tal comunidad de gentes, las acciones buenas y malas son contagiosas. A medida que desfilaba la procesión, se dejaban oír los comentarios críticos, dirigidos más particularmente a Stumpy en su calidad de expositor.

-¿Y es eso?

-El ejemplar es muy pequeño.

-¡Qué coloradote esta!

-¡Si no es más largo que un revólver!

No fueron menos característicos los donativos: una caja de rapé, de plata; un doblón; un revólver de marina, montado en plata, un lingote de oro; un hermoso pañuelo de señora, primorosamente bordado (de parte de Oakhurst, el jugador); un alfiler de pecho, de diamantes; una sortija de diamantes (regalo sugerido por el precedente, con la observación del dador de que vio aquel alfiler y lo mejoró con dos diamantes); una honda; una Biblia (dador incógnito); una espuela de oro; una cucharita de plata (siento tener que decir que sus iniciales no eran las del dador); un par de tijeras de cirujano; una

lanceta; un billete de banco de Inglaterra, de cinco libras, y como unos doscientos pesos sueltos, en oro y en monedas de plata. Durante la ceremonia, Stumpy mantuvo un silencio tan absoluto como el de la muerta que tenía a su izquierda y una gravedad tan indiscrutable como la del recién nacido de su derecha.

Sólo un incidente rompió la monotonía de aquella extraña procesión.

Mientras Kentuck se inclinaba curiosamente sobre la caja de velas, la criatura se volvió, y en un movimiento de espasmo cogió el errante dedo del minero y por un momento lo retuvo fuertemente.

Kentuck puso la estupefacta cara de un imbécil. Algo parecido al rubor se esforzó en asomar a sus mejillas curtidas por el tiempo.

-¡Maldito pillete! -dijo, retirando su dedo, con mayor ternura y cuidado de los que se podrían sospechar en él.

Y al salir mantenía el dedo algo separado de los demás, examinándolo con curiosidad.

Este examen provocó la misma original observación respecto de la criatura.

En efecto parecía regocijarse al repetirlo.

-¡Se ha peleado con mi dedo! -dijo a Tipton, mostrando este órgano privilegiado. -¡Maldito pillete!

Las cuatro eran cuando el campamento se retiró a descansar. Ardía una luz en la cabaña donde alguien velaba; Stumpy no se acostó aquella noche ni Kentuck tampoco; éste bebió a discreción y relató gustosamente su aventura de un modo invariable, terminándola con la calificación característica del recién nacido; esto parecía ponerle a salvo de cualquier acusación injusta de sensibilidad, y Kentuck tenía las debilidades del sexo fuerte. Cuando se hubieron acostado todos, se llegó hasta el río silbando con aire pensativo. Después remontó la cañada, y pasó por delante de la cabaña silbando aún con significativo descuido. Descansó junto a un enorme palo campeche y volvió sobre sus pasos y otra vez pasó por la cabaña. A la mitad del camino del río se paró otra vez, retrocedió y llamó a la puerta.

Stumpy la abrió.

-¿Cómo va? -dijo Kentuck, mirando por encima de. Stumpy, hacia la caja de velas.

-Todo marcha -contestó Stumpy.

-¿Ocurre algo?

-Nada.

Hubo una pausa, una pausa embarazosa. Stumpy continuaba con la puerta abierta; Kentuck recurrió a su dedo, que mostró a Stumpy.

-¡Se peleó con él el maldito pillele! - dijo, y se retiró.

Al día siguiente Cherokee Sal tuvo la ruda sepultura que podía darle Roaring; después, cuando su cuerpo hubo sido devuelto al seno del monte, celebróse una reunión formal en el campamento para discutir lo que debería hacerse con su hijo. La resolución de adoptarlo fue unánime y entusiasta. Pero a la vez se levantó una animada discusión respecto de la posibilidad y manera de proveer a sus necesidades. Fue de notar que los argumentos no participaron de ninguna de aquellas feroces personalidades a que conducían, por lo general, las discusiones en Roaring Camp. Tipton propuso enviar la criatura a Red-Dog, a cuarenta millas de distancia, en donde se le podrían prodigar femeniles cuidados; pero la desgraciada proposición encontró feroz y unánime oposición. Vióse claramente que no se tomaría en cuenta plan alguno que encerrase la idea de separarse de la nueva adquisición.

-Además -dijo Tom. Ryder, -aquella gente de Red-Dog lo cambiaría y nos endosaría otro, -incredulidad respecto a la honradez de los vecinos campamentos que prevalecía en Roaring Camp, como en otros sitios.

La entrada de una nodriza en el campamento también encontró oposición. Arguyóse que no se alcanzaría de una mujer decente el que aceptara como hogar Roaring Camp, y añadió el orador que no hacía falta nadie de otra especie. Esta indirecta, poco caritativa para la difunta madre, por dura que pareciese, fue el primer síntoma de regeneración del campamento. Stumpy nada dijo; tal vez por motivos

de delicadeza no quiso meterse en la elección de su posible sucesor, pero, cuando lo preguntaron, afirmó resueltamente que él y *Jinny*, el mamífero antes aludido, podían arreglárselas para sacar adelante a la criatura. Algo de original, independiente y heroico había en este plan, que gustó al campamento. Stumpy conservó su cargo, y se envió a Sacramento por algunas prendas.

-Cuidado -dijo el tesorero, -poniendo en manos del enviado un saco de arena aurífera, que se pudo encontrar; encajes, trabajos de filigrana y randas... el precio no importa.

Por extraño que parezca, la criatura salió adelante; tal vez el clima vigoroso, de la montaña compensó la insuficiencia maternal. La Naturaleza amamantó con su robusto pecho a este aventurero. En aquella atmósfera de las colinas, al pie de la sierra, en aquel aire vivo, de olores balsámicos, halló cordial a la vez purificante y vivificador, que le servía de, alimento, ó bien una química sutil que convertía la leche de burra en cal y fósforo. Stumpy se inclinaba a creer que era lo último, y su buen cuidado.

-Yo y la burra -decía, -le hemos servido dé padre y madre.

Y acostumbraba a añadir, dirigiéndose al envoltorio mal pergeñado que tenía ante sí:

-Nunca jamás te vuelvas contra nosotros.

Cuando el niño cumplió un mes, hízose evidente la necesidad de darle nombre. Hasta entonces había sido conocido como el «corderito» «el niño de Stumpy» «el cayote» alusión a sus facultades vocales, y aún por el tierno diminutivo de «el maldito pillete» Pero comprendieron que esto era vago y poco satisfactorio y finalmente fue desechado bajo otra influencia. Los jugadores y los aventureros son supersticiosos: Mr. Oakhurst declaró un día que la criatura llevaba la *suerte á* Roaring Camp. Y lo cierto era que en los últimos tiempos había sido el campamento afortunado. Así, pues, éste fue el nombre convenido, con el prefijo de Tommy, para mayor claridad. No se hizo alusión alguna a la madre, y el padre era desconocido.

-Mejor es -dijo el filósofo Oakhurst, -dar de nuevo las cartas, llamarle La *Suerte* y comenzar bien el juego.

Por consiguiente se señaló día para el bautizo. El lector que ya ha recogido algunas ideas acerca de la despreocupada irreverencia de Roaring Camp, puede imaginar lo que significaba esta solemnidad. El maestro de ceremonias J era un tal Boston, célebre taravilla, y la ocasión parecía ofrecerle chistosas, ocurrencias. Este ingenioso bufón pasó dos días preparando una parodia del ceremonial de la Iglesia, con algunas alusiones locales. El coro fue convenientemente ensayado y Sandy Typton debía ser el padrino. Pero después de la procesión llegó a la arboleda con música y banderas al frente, y la criatura fue depositada al pie de un altar simulado, Stumpy se adelantó al frente de la muchedumbre en expectativa.

-No es mi costumbre echar a perder las bromas, muchachos -dijo el hombrecillo resueltamente, haciendo frente a las miradas en ol fijas, pero me parece que esto no cuadra. Es jugar de mala ley contra el chiquitín, eso de mezclarle, en bromas que no puede comprender. Y si es que haya de haber padrino, quisiera saber quién tiene más derechos que yo para ello.

Un profundo silencio siguió al discurso de Stumpy. En honor de todos los bromistas sea dicho, que el primer hombre en reconocer la justicia fuere el organizador del espectáculo, que de esta suerte se vio privado de su éxito.

-Pero -añadió Stumpy rápidamente usando de estas ventajas, -estamos aquí para un bautizo y lo tendremos: Yo te bautizo, Tomás La Suerte, según las leyes de los Estados Unidos y de California, y... en nombre de Dios.

Era la primera vez que el nombre de la Divinidad se profería en el campamento de otro modo que profanándolo. Esta forma de bautizo era tal vez más risible que la que había concebido el satírico Boston, pero, cosa extraña, nadie reparó en ello, nadie se rió. Tommy fué bautizado tan seriamente como lo hubiera sido bajo las bóvedas de un templo cristiano, y lloró y fue consolado a la manera ortodoxa.

Y de esta manera principió la obra de regeneración de Roaring Camp. Casi imperceptiblemente se operó en el campamento un cambio. La cabaña destinada a Tommy La Suerte, ó a La Suerte, como más comúnmente se lo llamaba, experimentó las primeras señales de progreso. Fue escrupulosamente blanqueada, luego entarimada con maderas, adornada y empapelada. La cuna de palo rosa traída de ochenta millas sobre un mulo, como decía Stumpy a su manera, mató lo demás de mueblaje. De este modo la rehabilitación de la cabaña fue un hecho consumado. Los mineros que solían pasar el rato en casa de Stumpy, para ver cómo seguía La Suerte, apreciaban el cambio y en defensa propia el establecimiento rival, la especería de Tuttle, se restauró con una alfombra y un espejo. Las indiscreciones de este último mueble sobre la apariencia del campamento Roaring, tendieron a fomentar costumbres más rígidas de aseo personal; además, Stumpy impuso una especie de cuarentena a aquellos que aspiraban al honor de tener en brazos a La Suerte. Fue una mortificación para Kentuck, quien gracias al descuido de una varonil naturaleza y a las costumbres de la vida de fronteras, había creído hasta entonces que los vestidos eran una segunda piel que, como la de la serpiente, sólo se cambiaba cuando se caía fuera de uso. Sin embargo, fue tan sutil la influencia de la innovación, que desde aquella fecha en adelante apareció regularmente con camisa limpia y cara aún reluciente por las abluciones. Tampoco fueron descuidadas las leyes higiénicas, tanto morales como sociales. Tommy, al que se suponía en necesidad permanente de reposo, no debía ser estorbado por el ruido. La gritería y los aullidos que le habían ganado al campamento su infeliz nombre⁵, no fueron permitidos al alcance del oído de la casa de Stumpy. Los hombres conversaban en voz baja ó bien fumaban con gravedad india, la blasfemia fue tácitamente prohibida -en estos sagrados recintos, y en todo el campamento la forma expletiva popular: maldita sea la suerte ó maldita la suerte, fue desechada corro si se la interpretase en sentido

⁵ Roaring de *to roar*, rugir o gritar.

personal. La música vocal fue autorizada por suponérsele una cualidad calmante, y cierta canción entonada por Jack, marino inglés, desertor de, las colonias australianas de S. M. Británica, se hizo popular como un canto de cuna. Era el relato lúgubre de las hazarias de la Aretusa, navío de 74 cañones, cantado en tono menor, cuya melodía terminaba con un estribillo prolongado al fin de cada estrofa: a bordo de la Aretusa. Era de ver a Jack meciendo en sus brazos a La Suerte con el movimiento de un buque y entonando esta canción naval. Sea por el extrafío balanceo de Jack, sea por lo largo de la canción-contenía noventa estrofas,-que se continuaban en concienzuda deliberación hasta el deseado fin, el canto de cuna causaba el efecto propuesto. En tales ocasiones los mineros se tendían bajo los árboles, en el suave crepúsculo de verano, fumando su pipa y saboreando los melodiosos sonidos. Una vaga idea de que esto era la felicidad pastoril, invadió el campamento.

-Esta especie de cosa -decía el Chokney Simons gravemente apoyado en su codo, -es celestial.

Le recordaba a Greenwich.

En los días largos de verano, generalmente llevaban a La Suerte al valle, donde Roaring Camp explotaba el oro. Allí, sobre una manta extendida por encima de ramas de pino, permanecía mientras los hombres trabajan más abajo. El rudo ingenio de los mineros acabó por decorar esta cuna con flores y arbustos olorosos, llevándole cada cual de tiempo en tiempo matas de silvestre madreSelva, azalea, ó bien los capullos pintados de las mariposas. Los mineros despertaron de repente a la idea de la hermosura y significación de estas bagatelas que durante tanto tiempo habían hollado descuidadamente. Un pedacito de reluciente mica, un fragmento de cuarzo de variado color, una piedra pulida por la corriente del río, se embellecieron a los ojos de estos valientes mineros y fueron siempre puestos aparte para La Suerte. Maravillaba la multitud de tesoros que dieron los bosques y las montañas para Tommy. Rodeado de juguetes tales como jamás los tuvo niño alguno en el país de las hadas, es de esperar que Tommy

viviese contento. Parecía descansar en su felicidad, pero dominaba una gravedad infantil en él, una luz contemplativa en sus grises y redondos ojos que alguna vez inquietaba a Stumpy. Era muy dócil y apacible. Cuentan que una vez habiendo caminado a gatas más allá de su corral o cercado de ramas de pino entrelazadas que rodeaban su cuna, se cayó de cabeza por encima del banquillo, en la tierra blanda, y permaneció con las abigarradas piernas al aire, por lo menos, cinco minutos, con una gravedad inalterable. Lo levantaron sin una queja. Vacilo en recordar otros muchos ejemplos de su sagacidad que desgraciadamente descansan en las relaciones de amigos interesados. Algunos de ellos no carecían de cierto tinte supersticioso.

Un día Kentuck llegó en un estado de excitación que no lo dejaba respirar:

-Hace un momento -dijo, - subí por la colina, y maldito sea mi pellejo, si no hablaba con una urraca que se ha posado sobre sus rodillas. Allí estaban ambos tan desenvueltos y sociales, como vos y yo, charlando como dos querubines.

Sea como fuere, ya corriese a gatas por entre las ramas de los pinos o tumbado de espaldas contemplase las hojas que sobre él se mecían, para él cantaban los pájaros, brincaban las ardillas y se abrían las flores. La Naturaleza fue su nodriza y compañera de juego. Para él deslizaba entre las hojas, flechas doradas de sol que caían al alcance de su mano; enviaba brisas, para olearle con el aroma del laurel y de la resina; le saludaban los altos palos campeches familiarmente, y somnolientas zumbaban las abejas, y los cuervos graznaban para adormecerlo. Tal fue el verano, edad de oro de Roaring Camp.

Era un gran tiempo aquél, y La Suerte estaba con ellos. Los filones rendían enormemente; el campamento estaba celoso de sus privilegios y miraba con prevención a los forasteros; no se estimulaba a la inmigración, y al efecto de hacer más perfecta su soledad compraron el terreno del otro lado de la montaña que circundaba el campamento como una muralla. Esto y una reputación de rara destreza en el manejo del revólver mantuvo inviolable el recinto de Roaring

Camp. El correo, único eslabón que los unía con el mundo circunvecino, contaba algunas veces maravillosas historias del campamento. Solía decir: «Allí arriba en Roaring, tienen una calle que deja muy atrás a cualquier calle de Red-Dog; tienen alrededor de sus casas emparrados y flores, y se lavan dos veces al día; pero son muy duros para con los extranjeros o idolatran a una criatura india» Con la mejora del campamento entró un deseo de mayores adelantos; para la primavera siguiente se propuso edificar una fonda é invitar a una ó dos familias decentes para que residiesen allí en favor de La Suerte, quien tal vez sacaría provecho de la sociedad femenina. El sacrificio que esta concesión hecha al bello sexo, costó a aquellos hombres, que eran tenazmente escépticos respecto de su virtud y utilidad general, sólo puede comprenderse por su afecto a Tommy.

Algunos llegaron a oponerse, pero la resolución no se podía efectuar hasta al cabo de tres meses, y la misma minoría cedió, sin resistencia, con la esperanza de que algo sucedería que lo impidiese, y así sucedió.

El invierno de 1851 se recordará por mucho tiempo en las colinas. Una densa capa de nieve cubría las sierras: cada riachuelo de la montaña se transformó en un río y cada río en un lago: las cañadas se convirtieron en torrentes desbordados que se precipitaron por las laderas de los montes, arrancando árboles gigantescos y esparciendo sus arremolinados despojos a lo largo de la llanura. Red-Dog fue inundado ya por dos veces, y Roaring Camp estaba ya advertido de ello.

-El agua llevó el oro a estas hondonadas -dijo Stumpy, -ha estado aquí una vez, vendrá otra.

Y aquella noche el North-Fork rebasó repentinamente sus orillas y barrió el valle triangular de Roaring Camp. En la irrupción del agua que arrebató árboles quebrados y maderas crujientes, y en la obscuridad que parecía deslizarse con el agua é invadir poco a poco el hermoso valle, poco pudo hacerse para recoger el esparramado campamento. Cuando amaneció, la cabaña de Stumpy, y la más

cercana a la orilla del río, había desaparecido. Más arriba, en la hondonada, encontraron el cuerpo de su desgraciado propietario; pero el orgullo, la esperanza, la alegría, La Suerte de Roaring Camp había desaparecido.

Ya se volvían con corazón triste, cuando un grito lanzado desde la orilla los detuvo; era una barca de socorro que venía contra corriente. Dijeron que habían recogido un hombre y una criatura medio exánimes, como a unas dos millas más abajo. Acaso algunos los conocería si pertenecían al campamento.

Les bastó una sola mirada para reconocer a Kentuck, tendido, y magullado cruelmente, pero teniendo todavía en los brazos a La Suerte de Roaring Camp.

Al inclinarse sobre la pareja extrañamente junta, vieron que la criatura estaba fría y sin pulso.

-Esta muerto -dijo uno.

Kentuck abrió los ojos.

-¿Muerto? -repitió débilmente.

-Sí, buen hombre, y vos también os estáis muriendo.

Una sonrisa iluminó los ojos del moribundo Kentuck.

-Muriéndome -repitió, -me lleva consigo. Decid a los muchachos que me quedo con La Suerte.

Y el hombre fuerte, asiendo a la débil criatura, como el que se ahoga se aferra en una paja, desapareció en el tenebroso río que corre para siempre a un mar desconocido.

EL SOCIO DE TENNESSEE

Creo que nunca supimos su verdadero nombre, y por cierto que el ignorarlo no causó jamás en nuestra sociedad el menor disgusto, puesto que en 1854 la mayor parte de la gente de Sandy-Bar⁶ se bautizó de nuevo.

Algunas veces los apodos se derivaban de alguna extravagancia en el traje, como en el caso de *Dungarec-Jack* o bien de alguna singularidad en las costumbres, como en el de *Saleratus-Bill*, así nombrado por la enorme cantidad de aquella materia química que echaba en su pan cotidiano, o bien de algún desgraciado *lapsus* como sucedió al *Pirata de hierro*, hombre dulce é inofensivo, que obtuvo aquel lúgubre título por su fatal pronunciación del término *pirata de hierro*. Puede que esto haya sido el principio de una tosca heráldica; pero me inclino a pensar que,, como en aquellos días el verdadero nombre de un individuo descansaba únicamente en su deleznable palabra, no se le daba importancia.

-¿Os llamáis Clifford, es cierto? -dijo Boston dirigiéndose con soberano desprecio a un tímido recién llegado. -El infierno esta empedrado de tales Cliffords.

Y enseguida presentó al desgraciado, cuyo nombre por casualidad era realmente Clifford, como el Papagayo Carlos, repentina y profana inspiración que pesó sobre él para *in aternuni*.

Pero volvamos al socio de Tennessee, a quien siempre conocimos por este título relativo, aunque más tarde supimos que existió como una individualidad separada y distinta. Parece que en 1853 se marchó de Pocker-Flats⁷ para San Francisco, con el propósito manifiesto de buscar mujer, aunque no pasó más allá de Stockton.

⁶ Dique arenoso.

⁷ Dase el nombre de *flats* a los depósitos de aluviones auríferos.

En aquel lugar se sintió atraído por una joven que servía a la mesa en la fonda en que se hospedaba. Una mañana le dijo algo que la hizo sonreír no desfavorablemente, y romper con alguna coquetería un plato de pan tostado contra la seria y sencilla cara, que se le dirigía, retrocediendo luego a la cocina. La siguió, y pocos momentos después regresó cubierto por más pan tostado, pero vencedor. Al cabo de ocho días se casaron ante un juez de paz y volvieron a Pocker-Flats.

Reconozco que se podría sacar más partido de este episodio, pero prefiero narrarlo tal como corría por las cañadas y tabernas de Sandy-Bar, donde todo sentimiento se modificaba por un subido barniz de humorismo. De su felicidad matrimonial poco se supo hasta que Tennessee, que vivía entonces con su socio, tuvo un día ocasión(1) de decir, por cuenta propia, algo a la novia, que «la hizo sonreír no desfavorablemente» retirándose esta vez hasta Marysville, adonde la siguió Tennessee y donde pusieron casa, sin la ayuda del juez de paz. El socio de Tennessee sobrellevó sencilla y seriamente, según su costumbre, la pérdida de su mujer; pero la sorpresa de todo el mundo fue, cuando al volver un día Tennessee de Marysville sin la mujer de su socio, porque ella, siguiendo su costumbre, se había sonreído y marchado con otro, el socio de Tennessee fue el primero en estrecharle la mano y darle afectuosamente la bienvenida. Naturalmente que los muchachos, que se habían reunido en la cañada para presenciar el tiroteo, se indignaron, su indignación se hubiera manifestado por medio del sarcasmo, a no ser una cierta mirada en los ojos del socio de Tennessee, que indicaba no sobrarle las ganas de bromear.

En resumen era un hombre grave, pero que dominaba el detalle práctico que era desagradable en un caso de dificultad. En tanto el sentimiento público del Bar contra Tennessee se pronunciaba y crecía. Era conocido por jugador y sospechoso de ladrón, y estas sospechas alcanzaban igualmente a su socio; la continua intimidación con Tennessee después del citado asunto, sólo podía explicarse - por la hipótesis de complicidad en el crimen. Finalmente la culpa de Tennessee se hizo manifiesta: un día alcanzó a un forastero en el

camino de Red-Dog; éste contó después que Tennessee lo acompañó distrayéndole con interesantes anécdotas y recuerdos, pero que con poca lógica terminó la entrevista - con las siguientes palabras:

Y ahora, joven, os molestará, pidiéndoos vuestro cuchillo, vuestras pistolas y vuestro dinero, ¿me comprendéis? Las armas podrían ocasionaros algún disgusto en Red-Dog, y el dinero sería una tentación para los mal intencionados. Creo que me habéis dado vuestras señas en San Francisco. Hará lo posible por visitaros.

Y digamos de paso que Tennessee poseía una verbosidad humorística, que ninguna preocupación comercial podía dominar por completo.

Esta fue su última hazaña. Red-Dog y Sandy-Bar hicieron causa común contra el bandolero, y Tennessee fue cazado casi como su prototipo el oso en la trampa. Cuando le tendían las redes, en el salón de las Arcadas, se lanzó desesperado al través del Bar descargando su revólver contra la muchedumbre, llegando así hasta el Cañón del Oso; pero al extremo de éste fue detenido por un hombre pequeño montado en un caballo gris. Se miraron un momento en silencio. Ambos eran intrépidos; ambos de sangre fría o independientes, y ambos, tipos de una civilización que en el siglo XVII hubiera sido llamada heroica, y en el siglo XIX sólo *despreocupada*.

-¿Qué lleváis? Mostrad el juego -dijo Tennessee tranquilamente.

-Dos triunfos y un as - contestó el forastero con la misma tranquilidad, enseñando dos revólveres y una cuchilla.

-Paso -repuso Tennessee.

Y con este epigrama de jugador, tiró su inútil pistola y retrocedió junto con su aprehensor.

La noche era calurosa. La fresca brisa que de ordinario, al ponerse el sol, descendía por la empinada montaña de chaparros, fue aquella noche negada a Sandy-Bar; la estrecha cañada sofocaba con sus cálidos y resinosos olores, y la madera podrida en el Bar despedía exhalaciones nauseabundas. La excitación del día y sus fieras pasiones latían aún en el campamento. Las luces se agitaban sin descanso en

ambos lados del río, y ni un solo reflejo de la obscura corriente les contestaba. Por encima de la negra silueta de los pinos, los balcones del viejo desván del correo se destacaban brillantemente iluminados, y al través de sus ventanas sin cortinas, los desocupados podían ver desde abajo las sombras de los que en aquel momento decidían de la suerte de Tennessee, y por encima de todo esto, destacándose sobre el obscuro firmamento, se alzaba impasible la lejana sierra, coronada de las aun más lejanas e impasibles estrellas.

La causa de Tennessee se llevó tan lealmente como era de esperar de un juez y de un jurado que se sentían hasta cierto punto obligados a justificar en su veredicto las irregularidades del arresto y delación. La ley de Sandy-Bar era implacable, pero no vengativa. La excitación y el resentimiento personal que motivaron semejante caza, se habían terminado. Con Tennessee seguro en sus manos -, estaban dispuestos a escuchar impasibles la defensa, convencidos de que ya sería insuficiente, y no teniendo en su interior duda alguna, queríais conceder al preso el derecho más lato que darse pudiera. Descansando en la hipótesis de que debía ser ahorcado en virtud de principios generales, lo favorecían permitiéndole más amplio derecho del que su despreocupada osadía reclamaba. El juez parecía más inquieto que el mismo preso, quien indiferente para lo demás, afectaba al parecer una lúgubre satisfacción' en la responsabilidad que creara.

-No tomo carta alguna en este juego -era la contestación invariable, aunque humorística, que daba siempre a toda pregunta.

El juez, que era al propio tiempo su aprehensor, se arrepintió vagamente de no haberle descerrajado un tiro aquella mañana; pero pronto desechó esta flaqueza vulgar como indigna de una mente judicial. Sin embargo, cuando sonó un golpe a la puerta y se dijo que el socio de Tennessee estaba allí para defender al prisionero, fue admitido enseguida sin el menor interrogatorio; tal vez los miembros más jóvenes del jurado, para quienes los sucesos se prestaban a graves reflexiones, lo saludaban como un socorro. Pero no era en verdad una figura imponente: bajo y regordete, con la cara cuadrada, tostado por

el sol hasta un color casi sobrenatural, vistiendo una ancha chaqueta y pantalones listados y manchado por barro rojizo, en cualquier circunstancia su aspecto hubiera sido extravagante, pero en la presente era hasta ridículo. Cuando se inclinó para dejar a sus pies un pesado saco de noche que llevaba, echóse de ver, por las inusitadas inscripciones que puso de manifiesto, que la tela con que estaban remendados sus pantalones, fue destinada, en su origen, a un envoltorio más modesto. Sin embargo, con gravedad suma adelantóse, y después de haber estrechado con afectada cordialidad la mano de cuantos estaban en el salón, enjugó su seria y perpleja cara con un pañuelo rojo de seda menos obscuro que su tez, apoyó su robusta mano sobre la mesa, y se dirigió al jurado:

-Pasaba por aquí -princió como excusando - y se me ocurrió entrar a ver cómo seguía el asunto de ese Tennessee, mi socio. La noche es sofocante. No recuerdo un tiempo parecido en el Bar.

Calló un momento, pero como a nadie se le ocurrió impugnar esta observación meteorológica, acudió segunda vez al recurso de su pañuelo, y por algunos momentos se enjugó con diligencia la cara.

-¿Tenéis algo que decir en favor del preso? - preguntó por fin el juez.

-Eso es -dijo el socio de, Tennessee, -vengo aquí como su socio pues lo trato desde hace cuatro años, en la comida y bebida, en el mal y en el bien, en la prosperidad y en la adversidad. Sus caminos no son siempre los míos; pero no hay en ese joven cualidad, no ha hecho calaverada que yo no sepa. Y vos me preguntáis, me decís, confidencialmente, de hombre a hombre, me decís:

¿Sabéis algo en su favor? Pues yo os digo, os digo confidencialmente, de hombre a hombre: ¿qué queréis que uno sepa de su socio?

-¿Es eso todo cuanto tenéis que decir? -preguntó el juez impaciente, previendo tal vez que una peligrosa simpatía humorística vendría a humanizar la sala.

-Vamos a eso -continuó el -ocio de Tennessee - No seré, yo quien diga algo contra él. Y ahora veamos el caso. He aquí que a Tennessee le hace falta dinero, que le, hace mucha falta dinero, y no le gusta pedirlo a su viejo socio. Bueno; ¿pues qué es lo que hace, Tennessee? Echa el anzuelo a un forastero y pesca al forastero. Y vosotros le echáis el anzuelo y le pescáis a él. ¡Tantos a tantos de triunfos! Yo apelo a vos, que sois un hombre de recto criterio, y a todos vosotros, señores, como hombres de recto criterio, si es esto así o no...

-Preso -dijo el juez interrumpiéndolo -¿Tenéis alguna pregunta que hacer a ese hombre?

-¡No, no! -continuó rápidamente el socio de Tennessee. -Esta partida me la, juego yo solo. Y para llegar de una vez al filón, esto es lo que hay: Tennessee la ha jugado muy pesada y muy cara contra un forastero y contra este campamento. Y ahora, ¿ qué es lo justo? Unos dirán sus más, otros dirán sus menos; en fin, aquí van 1,700 pesos en oro sencillo y un reloj (es todo mi montón) y no hablemos más de esto.

Y antes de que mano alguna se pudiese levantar para evitarlo, había vaciado ya sobre, la mesa el contenido del saco de noche.

Por un momento estuvo su vida la en peligro. Uno o dos hombres se levantaron en el acto, varias manos buscaron armas ocultas, y sólo la intervención del juez pudo dominar la propuesta de «echarle por la ventana» Tennessee se reía, y su socio, al parecer ignorante de la sobreexcitación que causaba, aprovechó la oportunidad para enjugarse otra vez la cara con el pañuelo.

Cuando se restableció el orden y se hizo comprender al buen hombre, por medio de enérgicas demostraciones, que la ofensa de Tennessee no podía ser expiada por dinero, su fisonomía tomó un color más sanguinolento aún, y los que estaban cerca de él, notaron que su ruda mano temblaba ligeramente sobre la mesa. Titubeó un momento, antes de volver el oro al saco de noche, corno si no hubiese comprendido del todo el elevado sentimiento de justicia que guiaba al tribunal, y recelase no haber ofrecido bastante. Luego se volvió hacia el juez diciendo:

-Esta partida la he jugado solo, sin mi socio.

Saludó al jurado é iba a retirarse, cuando el juez lo llamó.

-Si algo tenéis que decir a Tennessee, haríais mejor en hablarle ahora.

Por vez primera en aquella noche, los ojos del preso y los de su extraño abogado se encontraron. Tennessee mostró sus blancos dientes con franca sonrisa y diciendo:

-¡Partida perdida, viejo! -le tendió la mano.

El socio de Tennessee la estrechó entre las, suyas.

-Como pasaba por casualidad -dijo, -entré sólo por ver cómo seguían las cosas.

Después dejó caer pasivamente la mano que le tendiera, y añadiendo que la noche era calurosa, se enjugó de nuevo la cara con el pañuelo, y, sin más, se retiró.

Aquellos dos hombres no se encontraron ya jamás en la vida. El inaudito insulto de haberse propuesto un soborno a un juez de la ley de Linch, la cual, aunque fanática, débil o estrecha, era por lo menos incorruptible, excluyó de un modo irrevocable de la mente de aquel personaje mítico, toda vacilación respecto al destino de Tennessee, y al amanecer, estrechamente escoltado, se le condujo a la cima del Monte Marley, donde debía encontrar su fin.

De cómo lo arrojó, de cuan sereno estaba, de cómo se negó a declarar cosa alguna, de cuan legales eran las disposiciones del comité, de todo se trató debidamente - en el *pregón de Red-Dog*, con la añadidura de una amonestación moral a modo de lección para todos los futuros malhechores, ya que el editor estaba presente, a su vigoroso inglés remito de buena gana al lector.

Pero esta hoja local no describió la belleza de aquella mañana de verano, la santa armonía de la tierra, del aire y del cielo, la vida que rebosaba de los libres bosques y montes, el alegre renacimiento, las divinas promesas y la serenidad infinita de la Naturaleza, porque no formaban parte de la lección social. Y, sin embargo, después que el insignificante acto se hubo consumado y que una vida, con sus poderes

y responsabilidades hubo salido de aquella cosa disforme que colgaba entre la tierra y el cielo, los pájaros cantaban aún, las flores se abrían y el sol resplandecía tan alegremente como antes.

Quizá el pregón *de Red-Dog*, tenía razón.

El socio de Tennessee no se encontraba en el grupo que rodeaba el lúgubre árbol, pero, cuando los asistentes nos volvimos para dispersarnos, atrajo nuestra atención la presencia de un carrucho tirado por un burro y, parado en el borde del camino. Al acercarnos, reconocimos desde luego a la venerable Jenny y el carro de dos ruedas, propiedad del socio de Tennessee, y que éste empleaba para extraer las tierras de su placer. Algunos pasos más lejos el propietario del vehículo en persona, sentado bajo un buckeye⁸, enjugaba el sudor de su rostro amoratado.

Contestando a los que le preguntaban, dijo que había ido allí por el cuerpo del difunto, si no lo tenía a mal el comité; que no quería apresurar las cosas, podía esperar, pues aquel día no trabajaba, y cuando los señores hubiesen concluido con el difunto, se lo llevaría. Si alguno de los presentes (añadió con su manera sencilla y seria), gusta tomar parte en el entierro, puede venir.

Tal vez, por una de tantas humoradas, que como ya he indicado, eran características de Sandy-Bar; tal vez por algo mejor, el caso es que las dos terceras partes de los desocupados aceptaron enseguida la invitación.

Era ya mediodía, cuando el cuerpo de Tennessee fue puesto en manos de su socio. Al acercarse el carro al árbol fatal, observamos que contenía una tosca caja oblonga, hecha al parecer de tablas de *sluice*⁹ medio rellena de cortezas y ramillas de pino. Adornaban la carreta recortes de sauce y la perfumaban flores de buckeye. Cuando el cuerpo estuvo depositado en la caja, el socio de Tennessee lo cubrió con una

⁸ Árbol del país

⁹ Canal formado con tablas de madera, por donde se dejan correr, disgregadas con agua, las tierras auríferas pasando sobre mercurio donde se amalgama el oro.

tela embreada, montó gravemente en el estrecho pescante delantero, y con los pies sobre las varas, arreó al borriquito.

El vehículo avanzó lentamente, con aquel paso decoroso que, aun en circunstancias menos solemnes, era habitual a Jenny.

Los mineros, medio por curiosidad, medio por broma, pero todos de buen humor, siguieron a entrambos lados del carro; unos delante, otros detrás del sencillo ataúd; pero sea por la estrechez del camino o por algún sentimiento honroso momentáneo, a medida que adelantaba el carro, el acompañamiento se retrasaba en parejas, guardando el paso y tomando el aspecto de una solemne procesión. Jack Folinsbee, que a la salida había empezado la parodia de una marcha fúnebre, moviendo los dedos sobre un trompón imaginario, desistió de proseguirla, por no hallar simpática acogida. Faltóle acaso la aptitud del verdadero humorista, que sabe divertirse con sus propias gracias.

El camino atravesaba la cañada del Oso, revestida a aquella hora de sombrío y fúnebre ropaje. Los campeches, escondiendo en el rojizo terreno sus pies, guarnecían la senda como en fila india, y sus inclinadas ramas parecían echar una extraña bendición sobre el féretro que pasaba. Una liebre, sorprendida en su ingénita actividad, sentóse, sobre las patas traseras, rebullendo entre los helechos del borde del camino mientras desfilaba el cortejo. Las ardillas se apresuraron a ganar las ramas más altas para atisbar desde allí en seguridad, y los gallos azules, tendiendo las alas, revoloteaban a la delantera, como postillones, hasta que alcanzamos los arrabales de Sandy-Bar y la solitaria cabaña del socio de Tennessee.

Aun visto en circunstancias más placenteras, no hubiese sido aquel un lugar alegre. El emplazamiento poco pintoresco, la tosca y fea silueta y los groseros detalles que distinguen las construcciones del minero californiano, todo se reunía allí a la tristeza de la ruina. A algunos pasos de la cabaña se extendía un inculto cercado que, en los cortos días de felicidad matrimonial del socio de Tennessee, había servido de jardín, pero que, en aquel entonces, disfrutaba de una exuberante vegetación de helechos. A medida que nos aproximamos al

cercado, nos sorprendimos viendo que, lo que habíamos tomado por un reciente ensayo de cultivo, era sólo desmonte que rodeaba una tumba reciente. La carreta estaba parada ya delante M cercado, y rehusando el socio de Tennessee las ofertas de auxilio, con el mismo aire de confianza que había demostrado en todo, cargó con la caja y la depositó, sin ayuda de nadie, en la poco profunda fosa. Clavó después la tabla que servía de tapa, y, subiéndose al montículo de tierra que se alzaba junto a la huesa, descubrióse y se enjugó lentamente la cara con el pañuelo. El concurso comprendió que eran estos los preliminares de un discurso, y se esparció sobre los troncos de árbol y las rocas quedando en expectativa.

Entonces el socio de Tennessee dijo pausadamente:

-Cuando un hombre ha estado corriendo en libertad todo el día, ¿qué es lo natural que haga? Pues volver a casa. Y suponiendo que no pueda volver a casa por sí mismo, ¿qué es lo que debe hacer su mejor amigo? ¡Naturalmente que traerle a ella! Y aquí tenéis a Tennessee que ha estado corriendo en libertad y de sus peregrinaciones lo traernos a casa.

Calló, bajóse a lo frotó pensativo coger un fragmento de cuarzo, contra su manga y prosiguió:

-No es la primera vez que lo he cargado sobre mis espaldas como ahora habéis visto; no 'es la primera vez que lo he traído a esta cabaña, cuando no se podía valer por sí mismo; no es la primera vez que yo y Jenny lo hemos esperado allá arriba y lo hemos recogido y traído a casa cuando no podía hablar, ni me reconocía. Y hoy que es el último día... ya veis...

Interrumpióse otra vez y frotó el cuarzo contra su manga.

-Y ya veis que el caso es duro para su socio... Y ahora, señores, -añadió bruscamente, recogiendo su pala de largo mango -se acabó el entierro; os doy gracias y... Tennessee os las da también por la molestia que os hemos causado.

Resistiendo cuantas ofertas de ayudarlo se le hicieron, comenzó a llenar la tumba dando la espalda al gentío, que, después de algunos

momentos de indecisión, se retiró lentamente. Al doblar la pequeña cresta que ocultaba a su vista Sandy-Bar, algunos, volviéndose hacia atrás, creyeron ver al socio de Tennessee, terminada ya su obra, sentado sobre la tumba, con la pala entre las rodillas y la cara sepultada en su rojo pañuelo de seda; pero otros arguyeron que, a tal distancia, no era posible distinguir la cara del pañuelo y este punto quedó indeciso.

En el cansancio que siguió a la agitación febril de aquel día, el socio de Tennessee no fue echado en olvido. Una investigación que se hizo en secreto lo libró de la supuesta complicidad en el crimen de Tennessee, pero no de cierta sospecha sobre si estaba o no en su cabal juicio. Sandy-Bar, hizo caso de conciencia el visitarlo ofreciéndole varios regalos toscos, aunque bien intencionados. Desde el día fatal, aquella salud y enorme fuerza parecieron declinar visiblemente, y entraba ya la estación de las lluvias, cuando las hojillas de hierba comenzaron a asomar por entre el pedregoso montículo que cubría la tumba de Tennessee, se metió en cama.

Aquella noche, los pinos que rodeaban la cabaña, sacudidos por la tempestad, arrastraban sus esbeltas ramas por encima del techo, y a lo lejos se oían el rugido y los embates del hinchado río.

-El socio de Tennessee alzó la cabeza de la almohada.

-Ya es hora -dijo.- Voy en busca de Tennessee; enganchara a Jenny.

Y se hubiera levantado de la cama a no habérselo impedido su criada. Forcejeando, sin embargo, continuó en su singular delirio:

-¡So, so, Jenny! ¡Quieta, vieja! ¡Qué oscuro esta! Cuidado con los baches, y cuida también de él, vieja. Sabes que a veces, cuando esta borracho, cae como un tronco en mitad del camino. Ve, pues, en derecha hasta el pino de allá arriba, en la colina. Bueno... ¡no lo dije!... ¡ahí esta!... ya viene... solo... sereno... ¡Cómo brilla su rostro! ¡Tennessee! Y así se encontraron.

UN POBRE HOMBRE

Se llamaba Fagg. David Fagg. Vino con nosotros a California, el año 1852, en el Skyscraper. No creo que lo hiciese con espíritu aventurero; probablemente no tendría otro lugar adonde ir. Cuando, reunidos los jóvenes, ponderábamos las magníficas colocaciones que habíamos abandonado, Y cuán tristes habían quedado nuestros amigos al vernos partir; cuando enseñábamos daguerreotipos, y bucles de cabello, y hablábamos de María y de Susana, *el pobre hombre* solía sentarse entre nosotros y nos escuchaba penosamente humillado, aunque sin decir palabra. Creo que nada tenía que decir. No tenía tampoco camaradas, excepto cuando nosotros lo protegíamos, y en honor de la verdad, nos divertía mucho. Apenas hacía viento para hinchar una gorra, y ya se mareaba; nunca pudo acostumbrarse al mar. Jamás olvidara cuanto nos reímos, cuando Rattler le trajo un pedazo de tocino en un cordel, y... pero ya conocéis esta chanza clásica; luego, bromeamos a sus costas deliciosamente. Miss Fanny Twinkler no podía sufrirlo; le hacíamos creer que se había encaprichado con él, y le enviábamos al camarote golosinas y libros. Era de ver la chistosa escena que tuvo lugar cuando, tartamudeando y luchando contra el mareo, subió a darle las gracias. ¡No se enfadó poco ella! Se parecía a Medora, según dijo Rattler, que sabía a Byron de memoria, y ¡no estaba poco sofocado el viejo Fagg! Pero no nos guardó rencor, y cuando Rattler cayó enfermo en Valparaíso, el viejo Fagg lo cuidó. Como veis era un chico de buena pasta, pero la faltaba valor y empresa. No tenía absolutamente idea de la poesía. Llegué a verlo sentado, remendando su ropa vieja, mientras que Rattler recitaba los conmovedores apóstrofes de Byron, al Océano. Un día preguntó muy serio a Rattler, si creía que Byron se hubiese mareado en alguna ocasión. No recuerdo la respuesta de Rattler, pero sí que todos nos reímos, y creo que no dejaría de ser buena, pues Rattler era chusco.

Cuando el Skyscraper llegó a San Francisco, celebramos una gran comilona. Acordóse reunirnos todos los años, y perpetuar este recuerdo. Por supuesto, que no convidamos a Fagg. Fagg era un pasajero de tercera, y, como comprenderéis, era necesario ya que estábamos en tierra, ser un poco discretos. Pero el viejo Fagg, como lo llamábamos, aunque no tendría más allá de veinticinco años (sea dicho entre paréntesis), fue para nosotros aquel día, objeto de gran diversión. Según parece, concibió la idea de ir a pie a Sacramento, y realmente a pie partió. La fiesta fue cabal: nos dimos todos un buen apretón de manos, y nos separamos. ¡Ay de mí! Sólo hace de ello ocho años, y, sin embargo, algunas de aquellas manos, estrechadas entonces amistosamente, se han alzado de unos contra otros, y han entrado furtivamente en nuestros bolsillos. Me consta que no comimos juntos al año siguiente, porque el joven Baker juró que no pondría jamás los pies bajo la misma mesa que un canalla tan despreciable como Mixer, y a Nibbles el que pidió dinero prestado en Valparaíso al joven Llubbs, que servía de mozo en un restaurante, no le gustaba encontrarse con gente de tal calaña.

Cuando compré una cantidad de acciones del Cayote's Tunnel, en Mugginswille el 54, se me ocurrió subir hasta allí y examinarlo. Paré en la Fonda del Imperio, y después de comer me procuré un caballo, di la vuelta al pueblo y me dirigí al distrito minero. Me indicaron uno de aquellos individuos a quienes los corresponsales de los periódicos llaman «nuestro inteligente noticiero» y que en las comunidades pequeñas, se toman fácilmente el derecho de contestar a toda clase de preguntas. La costumbre le permitía ya trabajar y hablar a un tiempo, sin olvidar jamás una cosa por otra. Me hizo una especie de historia del criadero, y añadió:

-Ved, forastero (y se dirigía al banco que tenía ante sí), de allí debe salir seguramente oro (y aquí interpuso una coma con su pica), pero el anterior pro-pi-e-ta-rio (sacó a retortijones la palabra de su pica) era un pobre hombre (y subrayó la frase con la pica), un infeliz que permitía a los chicos que se le subiesen a las barbas... (el resto lo

confió a su sombrero, que se había quitado, a fin de enjuagar su frente varonil con un pañuelo de cuadros encarnados).

Le pregunté quién era el primitivo propietario.

-Se llamaba Fagg.

Fui a visitarlo; me pareció más viejo y más feo. Había trabajado mucho, según dijo, y, sin embargo, la cosa sólo le marchaba tal cual. Lo tomé afición y hasta cierto punto lo protegí. Si lo hice, porque empezara a sentir desconfianza para chicos como Rattler y Mixer, no es necesario que yo lo diga.

Ya recordaréis cómo lo del Cayote's Tunnel se lo llevó la trampa, y cuán terriblemente nos estafaron. Pues lo primero que supe fue que Rattler, uno de los principales accionistas, se veía reducido en Mugginsville a guardar la cantina del hotel y que el viejo Fagg se había enriquecido al fin, y no sabía qué hacer del dinero. Todo ello me lo contó Mixer, que fue allí a arreglar sus negocios. Me dijo también que Fagg le hacía cocos a la hija del propietario del mencionado hotel. De modo que por hablaturías y por cartas, vine a saber que Robins, el dueño del hotel, trataba de arreglar el casamiento entre su hija Nelly y Fagg. Era Nelly una chiquilla muy linda y regordeta, y que no haría más que lo que su padre quisiese. Parecióme muy conveniente para Fagg que se casara y estableciese, pues, como hombre casado, podría darse alguna importancia, Subí, pues, un día a Mugginsville, para cuidar yo mismo del asunto.

Tuve la gran satisfacción de que Rattler me mezclase las bebidas; sí, porque me sirvió Rattler, el alegre, el brillante, el invencible Rattler, que hacía dos años había tratado de despreciarme. Le hablé del viejo Fagg y de Nelly, precisamente, porque creí que el asunto le sería desagradable. Díjome que nunca le había gustado Fagg, y que estaba seguro de que a Nelly tampoco le agradaba: acaso Nelly amaba a otra persona.

Volvióse hacia el espejo del mostrador y se atusó el cabello; comprendí al vanidoso bribón, y pensé poner en guardia a Fagg a fin de que se diera prisa a la boda. Tuve una larga conversación con él y

por el modo como lo tomó el pobre chico se echaba de ver que estaba perdidamente enamorado. Suspiró y prometióme revestirse de valor para llevar el asunto a una crisis. Nellv era una excelente muchacha y creo que sentí una, especie de silencioso respeto por Fagg; pero le habían vuelto la cabeza las, cualidades superficiales de Rattler que eran manifiestas y agradables. No creo que Nelly fuera peor que vos y yo: estamos más dispuestos a juzgar de los conocidos por, su valor aparente que por su valor intrínseco. Nos da menos trabajo y es más cómodo, excepto cuando necesitamos fiarnos de ellos. La dificultad para con las mujeres, esta en que en ellas el sentimiento se interesa más pronto que en nosotros, y ya comprendéis que en este caso se hace imposible el raciocinio. Esto es lo que se le hubiera ocurrido al viejo Fagg si hubiera sido un hombre de valía.

Pero no lo era. Tanto peor para él.

Pocos meses después estaba sentado en mi despacho, cuando se me apareció el viejo Fagg. Sorprendióme el verlo, hablamos de los asuntos corrientes, de aquella manera mecánica, propia de gente que sabe que tiene algo que decir, pero que se ve obligada a llegar a ello por medio de las ceremonias preestablecidas. Después de un intervalo, Fagg, con su naturalidad acostumbrada, me dijo:

-Me vuelvo a mi casa.

-¿A tu casa?

-Sí; es decir, me parece que haré una excursión a los Estados del Atlántico. He venido a veros, pues, como sabéis, tengo algunas propiedades, y he otorgado poderes a vuestro nombre para que cuidéis de mis asuntos: traigo algunos papeles que quisiera me guardaseis. ¿Queréis encargarnos de ellos?

-Sí -dije.- ¿Pero qué hay de Nelly?

Su fisonomía se demudó; trató de sonreír y de este juego resultó uno de los efectos más sorprendentes y grotescos que jamás haya visto. Por fin dijo:

-No me casara con Nelly; es decir -y parecía pedirse interiormente perdón de una frase tan categórica; -creo que hará mejor en no casarme.

-David Fagg -dijo con repentina severidad, sois un pobre hombre. Con sorpresa mía se animó su cara.

-Sí -dijo, -eso es; soy un pobre hombre; eso me lo he sabido siempre; ya veis, me pareció que Rattler amaba a la muchacha tanto como yo, y supe, además, que ella lo quería más que a mí, y que tal vez sería más feliz con él. Por otra parte sabía también que el viejo Robins me hubiese preferido al otro porque yo era rico, y que la chica habría obedecido a su padre; pero, ¿me entendéis? se me figuró que estorbaba, como quien dice, de manera que, me marché. No obstante continuó cuando iba ya a interrumpirlo, por temor de que el padre rechazara a Rattler, le he prestado lo bastante para establecerse por su cuenta en Dogtown. Un chico emprendedor, activo, brillante, como sabéis que es Rattler, puede adelantar y hacerse otra vez con su antigua posición, y no hay necesidad alguna de que le apremiéis si no lo consigue. Adiós.

Me sentía hastiado de sobras por su modo de tratar al tal Rattler para mostrarme amable; pero como el negocio era de provecho, prometí encargarme de él, y Fagg se marchó.

Pasaron algunas semanas. Llegó el próximo vapor de regreso, y durante algunos días, un terrible accidente ocupó la atención de los periódicos. En todas las regiones del Estado leíanse con avidez los detalles de un terrible naufragio, y los que tenían amigos a bordo se reunían para leer con aliento comprimido la larga lista de las víctimas. Leí los nombres de todos los seres interesantes, afortunados y queridos que habían perecido, y creo que fui el primero en descubrir entre éstos, el nombre de David Fagg.

Así, pues, el pobre hombre ¡había vuelto a su casa!

LOS EXPULSADOS DE POKER-FLAT

Cuando Mr. John Oakhurst, jugador de oficio, puso el pie en la calle Mayor de Poker-Flat, en la mañana del día 22 de noviembre de 1850, presintió ya que, desde la noche anterior, se efectuaba un cambio en la atmósfera moral. Dos o tres hombres que conversaban juntos, gravemente, callaron cuando se acercó y cambiaron miradas significativas. Reinaba en el aire una tranquilidad dominguera; lo cual, en un campamento poco acostumbrado a la influencia del domingo, parecía de mal agüero, y, sin embargo, la cara tranquila y hermosa de Oakhurst no revelé el menor interés por estos síntomas. ¿Tenía conciencia acaso de alguna causa predisponente? Esa ya era otra cuestión.

-Colijo que van tras de alguno - pensó: -tal vez tras de mí.

Metió en su bolsillo el pañuelo con que sacudiera de sus botas el encarnado polvo de Poker-Flat, y con entera calma desechó de su mente toda conjetura ulterior.

Y es cierto que Poker-Flat andaba tras de alguno. Recientemente habla sufrido la pérdida de algunos miles de pesos, de dos caballos de valor y de un ciudadano preeminente, y en la actualidad pasaba por una crisis de virtuosa reacción, tan ¡legal y violenta como cualquiera de los actos que la provocaron. El comité secreto había resuelto librar a la ciudad de todas las personas perniciosas. Esto se hizo, de un modo permanente, respecto a dos hombres que colgaban ya de las ramas de un sicomoro, en la hondonada, y de un modo temporal con el destierro de otras varias personas perjudiciales. Siento tener que decir que algunas de éstas eran señoras; pero, en descargo del sexo, debo advertir que su inmoralidad era profesional y que sólo ante un vicio tal y tan patente se atrevía Poker-Flat a constituirse en juez.

Razón tenía Oakhurst al suponer que estaba él incluido en la sentencia. Algunos miembros del comité habían insinuado la idea de

ahorcarlo, como ejemplo tangible y medio seguro de reembolsarse, a costa de su bolsillo, de las sumas que les ganara.

-Es contra toda justicia -decía Sim Wheeler, -dejar que ese joven de Roaring Camp, extranjero por sus cuatro costados, se lleve nuestro dinero.

Pero un imperfecto sentimiento de equidad, emanado de los que habían tenido la buena suerte de limpiar en el juego a Oakhurst, acalló las mezquinas preocupaciones locales.

Mr. Oakhurst recibió el fallo con filosófica calma, tanto mayor en cuanto sospechaba ya las vacilaciones de sus jueces. Era muy buen jugador para no someterse a la fatalidad. Para él la vida era un juego de azar y reconocía el tanto por ciento usual en favor del que daba las cartas.

Un piquete de hombres armados acompañó a esa escoria social de Poker-Flat hasta las afueras del campamento. Además de Mr. Oakhurst reconocido como hombre decididamente resuelto, y para intimidar al cual se había tenido cuidado de armar la escolta, formábase la partida de expulsados de una joven conocida familiarmente por la Duquesa, otra mujer que se había ganado el título de madre Shipton, y el tío Billy, sospechoso de robar filones y convicto borracho. La cabalgada no excitó comentario alguno de los espectadores, ni la escolta dijo la menor palabra. Sólo cuando alcanzaron la hondonada que marcaba el último límite de Poker-Flat, el jefe habló brevemente en relación con el caso: quedaba prohibido el regreso a los expulsados, bajo pena de la vida.

Después, cuando se alejaba la escolta, los sentimientos comprimidos se exhalaban en algunas lágrimas históricas por parte de la Duquesa, en injurias por la de la madre Shipton y en blasfemias que, como flechas envenenadas, lanzaba el tío Billy. Sólo el filosófico Oakhurst permanecía silencioso. Oyó tranquilamente los deseos de, la madre Shipton de sacar el corazón a alguien, las repetidas afirmaciones de la Duquesa de que se moriría en el camino, y también las alarmantes blasfemias que al tío Billy parecían arrancarle las

sacudidas de su cabalgadura. Con la franca galantería de, los de su clase, insistió en trocar su propio caballo llamado El Cinco, por la mala mula que montaba la Duquesa; pero ni aun esta acción despertó simpatía alguna entre, los de la partida. La joven arregló sus ajadas plumas con cansada coquetería; la madre Shipton miró de reojo con malevolencia a la posesora de El Cinco, y el tío Billy incluyó a la partida toda en un anatema general.

El camino de Sandy-Bar, campamento que en razón de no haber experimentado aún la regeneradora influencia de Poker-Flat, parecía ofrecer algún aliciente a los emigrantes, iba por encima de una escarpada cadena de montañas, y ofrecía a los viajeros una larga jornada. En aquella avanzada estación, la partida pronto salió de las regiones húmedas y templadas de las colinas, al aire seco, frío y vigoroso de las sierras. La senda era estrecha y dificultosa; hacia el mediodía, la Duquesa dejándose caer de la silla de su caballo al suelo, manifestó su resolución de no continuar adelante, y la partida hizo alto.

El lugar era singularmente salvaje é, imponente. Un anfiteatro poblado de bosque, cerrado en tres de sus lados por rocas cortadas a pico en el desnudo granito, se inclinaba suavemente sobre la cresta de otro precipicio que dominaba el valle. Era sin duda el punto más a propósito para un campamento, si hubiera sido prudente el acampar. Pero Mr. Oakhurst sabía que apenas habían hecho la mitad del viaje, a Sandy-Bar, y la partida no estaba equipada ni provista para detenerse. Lacónicamente hizo observar esta circunstancia a sus compañeros, acompañándola de un comentario filosófico sobre la locura de tirar las cartas antes de acabar el juego. Pero estaban provistos de licores, que en esta contingencia suplieron la comida y todo lo que les faltaba. A pesar de su -protesta no tardaron en caer bajo la influencia de la bebida en mayor ó menor grado.

El tío Billy pasó rápidamente del estado belicoso al de estupor; aletargóse la Duquesa Y la madre Shipton se echó a roncar. Sólo Mr. Oakhurst permaneció en pie, apoyado contra una roca,

contemplándolos tranquilamente. Mr. Oakhurst no bebía; esto hubiera perjudicado a una profesión que requiere calculo, impasibilidad y sangre fría; en fin, para valernos de su propia frase, no «podía permitirse este lujo» Mientras contemplaba a sus compañeros de destierro, el aislamiento nacido de su oficio, de las costumbres de su vida y de sus mismos vicios le oprimió profundamente por vez primera. Apresuróse a quitar el polvo de su traje negro, a lavarse las manos y cara y a practicar otros actos característicos de sus hábitos de extremada limpieza, y por un momento olvidó su situación. Ni por una vez sola se le ocurrió la idea de, abandonar a sus compañeros, más débiles y dignos de lastima; pero, sin embargo, echaba de menos aquella excitación que, extraño es decirlo, era el mayor factor de la tranquila impasibilidad por la cual era conocido. Contemplaba las tristes murallas que se elevaban a mil pies de altura, cortadas a pico, por encima de los pino que lo rodeaban; el cielo cubierto de amenazadoras nubes, y más abajo el valle que se hundía ya en la sombra, cuando oyó de repente que lo llamaban por su propio nombre.

Un jinete ascendía poco a poco por la senda. En la franca y animada cara del recién venido reconoció Mr. Oakhurst a Tom Simson, llamado el Inocente de Sandy-Bar. Háblale encontrado hacía algunos meses en una partidilla, donde con la mayor legalidad ganara al cándido joven toda su fortuna, que ascendía a unos cuarenta pesos. Luego que terminó la partida, Mr. Oakhurst se retiró con el joven espectador detrás de, la puerta, y allí le dirigió la palabra.

-Tom, sois un buen muchacho, pero no sabéis jugar ni por valor de un centavo; no lo probéis otra vez.

Devolvióle su dinero, lo empujó suavemente fuera de la sala de juego y así hizo de Tom un esclavo desinteresado.

El saludo juvenil y entusiasta que Tom dirigió a Mr. Oakhurst recordaba esta acción. Iba, según dijo, a tentar fortuna en Poker-Flat.

-¿Solo?

-Completamente solo, no: a decir verdad (aquí se rió) se había escapado con Piney Woods. ¿No recordaba ya Mr. Oakhurst a Piney

Woods, la que servía la mesa en el Hotel de la Templanza? Seguía relaciones con ella hacía tiempo ya, pero el padre, Jake Woods, se opuso; de manera que se escaparon e iban a Poker-Flat a casarse y ¡hételos aquí! ¡Qué fortuna la suya en encontrar un sitio donde acampar en tan grata compañía!

Todo esto lo dijo rápidamente el Inocente mientras que Piney, muchacha de quince años, rolliza y de buena presencia, salía de entre los pinos, donde, se ocultara ruborizándose y se adelantaba a caballo hasta ponerse al lado de su novio.

Poco solía preocuparse Mr. Oakhurst de las cuestiones de sentimiento y aun menos de las de conveniencia social, pero instintivamente comprendió las dificultades de la situación. Sin embargo, tuvo suficiente aplomo para largar un puntapié al tío Billy que ya iba a soltar una de las suyas, y el tío Billy estaba bastante sereno para reconocer en el puntapié de Mr. Oakhurst un poder superior que no toleraría bromas. Después esforzose en disuadir a Tom de que acampara allí, pero fue en vano. Objetóle que no tenía provisiones ni medios para establecer un campamento; pero por desgracia el Inocente desechó estas razones asegurando a la partida que iba provisto de un mulo, cargado de víveres y descubriendo, además, una como tosca imitación de choza cercana a la senda.

-Piney podrá ocuparla con mistress Oakhurst -dijo el Inocente, señalando a la Duquesa. -Yo ya me arreglaré.

Fue preciso un segundo puntapié de Mr. Oakhurst para impedir que estallase la risa del tío Billy, que aun así hubo de retirarse a la hondonada para recobrar la seriedad. Allí confió el chiste a los altos pinos, golpeándose repetidas veces los muslos con las manos, entre las muecas, contorsiones y blasfemias que le eran propias. A su regreso halló a sus compañeros sentados en amistosa conversación alrededor del fuego, pues el aire había refrescado en extremo y el cielo se encapotaba. Piney estaba hablando de una manera expansiva con la Duquesa, que la escuchaba con interés y animación que no demostrara

desde hacía tiempo. El Inocente discurría con igual éxito junto a Oakhurst y a la madre Shipton, que hasta se mostraba amable.

-¿Acaso es esto una tonta partida de campo? -dijo el tío Billy para sus adentros con desprecio, contemplando el silvestre grupo, las oscilaciones de la llama y los animales atados, en primer término.

De repente una idea se mezcló con los vapores alcohólicos que enturbiaban su cerebro. Y al parecer la idea era chistosa, pues se golpeó otra vez los muslos y se metió un puño en la boca para contenerse.

Poco a poco las sombras se deslizaron por la montaña arriba, una ligera brisa cimbró las copas de los pinos y aulló a través de sus largas y tristes avenidas. La cabaña en ruinas, toscamente reparada y cubierta con ramas de pino, fue cedida a las señoras. Al separarse los novios, cambiaron un beso tan puro y apasionado, que el eco pudo repetirlo por encima de los oscilantes pinos. La frágil Duquesa y la cínica madre Shipton estaban, probablemente, demasiado asombradas para burlarse de esta última prueba de candor, y se dirigieron sin decir palabra hacia la choza. Atizaron otra vez el fuego; los hombres se tendieron delante de la puerta, y pocos momentos después dormían todos ya.

Mr. Oakhurst tenía el sueño ligero: antes de apuntar el día despertó aterido de frío. Mientras removía el moribundo fuego, el viento que soplaba entonces con fuerza llevó a sus mejillas algo que le heló la sangre: la nieve. Levantóse sobresaltado con intención de despertar a los que dormían, pues no había tiempo que perder; pero, al volverse hacia donde debía estar tendido el tío Billy, vio que éste había desaparecido. Una sospecha acudió a su mente y una maldición salió de sus labios. Corrió hacia donde habían atado los mulos: ya no estaban allí.

Las sendas desaparecían rápidamente bajo la nieve.

Por un momento quedó aterrado Mr. Oakhurst, pero pronto volvióse hacia el fuego, con su serenidad habitual. No despertó a los dormidos. El Inocente descansaba tranquilamente, con una apacible

sonrisa en su rostro cubierto de pecas, y la virgen Piney dormía entre sus frágiles hermanas, como si le custodiaran guardianes celestes. Mister Oakhurst, echándose la manta sobre los hombros, se atusó el bigote y esperó la mañana. Vino ésta poco a poco envuelta en neblina y en un torbellino de copos de nieve que cegaba y confundía. Lo poco que podía ver del paisaje parecía transformado como por encanto. Tendió la vista por el valle y resumió el presente y el porvenir en cuatro palabras: Bloqueados por la nieve.

Un escrupuloso inventario de las provisiones, que, afortunadamente para la partida, estaban almacenadas en la choza, por lo que escaparon a la rapacidad del tío Billy, les dio a conocer que, con cuidado y prudencia, podían sostenerse aún otros diez días.

-Se entiendo -dijo Mr. Oakhurst *sotto voce* al inocente, -si queréis tomarnos a pupilaje; sí no (y tal vez haréis mejor en ello), esperaremos que el tío Billy regrese con provisiones.

Por algún motivo desconocido, Mr. Oakhurst no dio a conocer la infamia del tío Billy, y expuso la hipótesis de que éste se había extraviado del campamento en busca de los animales que se hablan escapado sin duda alguna. Echó una indirecta acerca de lo mismo a la Duquesa y a la madre Shipton, que, como es natural, comprendieron la defección de su asociado.

-Dándoles el más pequeño indicio descubrirán también la verdad respecto de todos nosotros añadió con intención, -y es por demás asustarlos por ahora.

Tom Simson no sólo puso a disposición de Mr. Oakhurst todo lo que llevaba, sino que parecía disfrutar ante la perspectiva de una reclusión forzosa.

-Haremos un buen campamento para una semana; después se derretirá la nieve y partiremos cada cual por su camino.

La franca alegría del joven y la serenidad de Mr. Oakhurst se comunicaron a los demás. El Inocente, por medio de ramas de pino, improvisó un techo para la choza, que no lo tenía, y la Duquesa

contribuyó al arreglo del interior con un gusto y tacto que hicieron abrir grandes ojos de asombro a la joven provinciana.

-Ya se conoce que estáis acostumbrada a casas hermosas en Poker-Flat -dijo Piney.

La Duquesa volvióse rápidamente para ocultar el rubor que teñía sus mejillas, aun a través del colorido postizo de las de su profesión, y la madre Shipton rogó a Piney que no charlase. Pero, cuando Mr. Oakhurst regresó de su penosa ó inútil exploración en busca del camino, oyó el sonido de una alegre risa que el eco repetía en las rocas. Algún tanto alarmado paróse pensando en el aguardiente, que con prudencia había escondido.

-Sin embargo, esto no suena a aguardiente dijo el jugador.

Pero hasta que a través del temporal vio la fogata y en torno de ella el grupo, no se convenció de que todo ello era una broma de buena ley. Yo no sé si Mr. Oakhurst había ocultado su baraja con el aguardiente como objeto prohibido a la comunidad, lo cierto es que, valiéndome de las propias palabras de la madre Shipton, *no habló una sola vez de cartas* durante aquella velada. Casualmente pudo matarse el tiempo con un acordeón que Tom Simson sacó con aparato de su equipaje.

A pesar de algunas dificultades en el manejo de este instrumento, Piney logró arrancarle una melodía recalcitrante, acompañándola el Inocente con un par de castañuelas. Pero la pieza que coronó la velada fue un rudo himno de misa campestre que los novios, entrelazadas las manos, cantaron con gran vehemencia y a voz en grito. Temo que el tono de desafío, del coro y aire del *Covenanter*¹⁰, y no las cualidades religiosas que pudiera encerrar, fue motivo de que acabaran todos por tomar parte en el estribillo:

Estoy orgulloso de servir al Señor,
y me obligo a morir en su ejército.

¹⁰ Partidario del Covenant.

Los pinos oscilaban, la tempestad se desencadenaba sobre el miserable grupo y las llamas del ara se lanzaban hacia el cielo como un testimonio del voto.

A media noche calmó la tempestad; los grandes nubarrones se corrieron y las estrellas brillaron centelleando sobre el dormido campamento. Mr. Oakhurst, a quien sus costumbres profesionales permitían vivir durmiendo lo menos posible, compartió la guardia con Tom Simson de modo tan desigual, que cumplió casi por sí solo este deber. Excusóse con el inocente diciendo que muy a menudo se había pasado sin dormir una semana entera.

-¿Pero haciendo qué? -preguntó Tom.

-El póker¹¹ -contestó Mr. Oakhurst sentenciosamente. -Cuando un hombre llega a tener una suerte borracha, antes se cansa la suerte que uno. La suerte -continuó el jugador pensativo, -es cosa extraña. Todo lo que se sabe de ella es que forzosamente debe variar. Y el descubrir cuando va a cambiar, es lo que os forma. Desde que salimos de Poker-Flat hemos dado con una vena de mala suerte. Os reunís con nosotros y os pilla de medio a medio. Si tenéis animo para conservar los naipes hasta el fin, estáis salvado.

Y el jugador añadió con alegre irreverencia.

Estoy orgulloso de servir al Señor,
y me obligo a morir en su ejército.

Llegó el tercer día y el sol, a través de las blancas colgaduras del valle, vio a los desterrados repartirse las reducidas provisiones para el desayuno. Por una singularidad de aquel montañoso clima, los rayos del sol difundían benigno calor sobre el paisaje de invierno, como compadeciéndose arrepentidos de lo pasado; pero al mismo tiempo descubrían la nieve apilada en grandes montones alrededor de la choza. Un mar de blancura sin esperanza. de término, desconocido, sin senda, tendíase al pie del peñusco en que se acogían estos

¹¹ Juego de cartas, en California.

náufragos de nueva especie. A través del aire maravillosamente claro, el humo de la pastoril aldea de Poker-Flat se elevaba a muchas millas de distancia. La madre Shipton lo vio, y desde la más alta torre de su fortaleza de granito lanzó hacia ,aquella una maldición final. Fue su última blasfemia y tal vez por aquel motivo revestía cierto carácter de sublimidad.

-Me siento mejor -dijo confidencialmente a la Duquesa. -Haz la prueba de salir allí y maldecirlos, y lo veras.

Después se impuso la tarea de distraer a la criatura, como ella y la Duquesa tuvieron a bien llamar a Piney; Piney no era una polluela, pero las dos mujeres se explicaban de esta manera consoladora y original que no blasfemara ni fuese indecorosa.

Volvió la noche a cubrir el valle con sus sombras.

Junto a la vacilante fogata del campamento se elevaban y descendían las notas quejumbrosas del acordeón con prolongados gemidos e intermitentes sacudidas. Pero, como la música no alcanzaba a llenar el penoso vacío que dejaba la insuficiencia de alimento, Piney propuso una nueva diversión: contar cuentos. No deseaban Mr. Oakhurst y sus compañeras relatar las aventuras personales, y el plan hubiera fracasado también a no ser por el Inocente. Algunos meses antes había hallado por casualidad un tomo desparejado de la ingeniosa traducción de la *Iliada*, por Mr. Pope. Propuso, pues, relatar en el lenguaje corriente de Sandy-Bar, los principales incidentes de aquel poema cuyo argumento dominaba, aunque con olvido de las frases. Aquella noche los semidioses de Homero volvieron a pisar la tierra. El pendenciero troyano y el astuto griego lucharon entre el viento, y los inmensos pinos *del cañón* parecían inclinarse ante la cólera del hijo de Peleo. Mr. Oakhurst escuchaba con apacible fruición; pero se interesó especialmente por la suerte de As-quiles, como el inocente persistía en denominar a Aquiles, *el de los pies rápidos*.

Así con poca comida, mucho Homero y el acordeón transcurrió una semana sobre las cabezas de los desterrados. Otra vez los

abandonó el sol y otra vez los copos de nieve de un cielo plomizo cubrieron la tierra. Día tras día los estrechó cada vez más el círculo de nieves hasta que los muros deslumbrantes de blancura se levantaron a veinte pies por encima de sus cabezas. Hízose más y más difícil alimentar el fuego; los árboles caídos a su alcance, estaban sepultados ya por la nieve. Y, sin embargo, nadie se lamentaba. Los novios, olvidando tan triste perspectiva, se miraban en los ojos uno de otro y eran felices. Mr. Oakhurst se resignó tranquilamente al mal juego que se le presentaba ya como perdido. La Duquesa, más alegre que de costumbre, se dedicó a cuidar a Piney; sólo la madre Shipton, antes la más fuerte de la caravana, parecía enfermar y acabarse. A media noche del décimo día llamó a Oakhurst a su lado:

-Me voy -dijo con voz de quejumbrosa debilidad -Pero no digáis nada; no despertéis a los corderitos; tomad el lío que esta bajo mi cabeza y abridlo.

Mr. Oakhurst lo hizo así. Contenía intactas las raciones recibidas por la madre Shipton durante la última semana.

-Dadlas a la criatura -dijo señalando a la dormida Piney.

-¿Os habéis dejado morir de hambre? -exclamó el jugador.

-Así se llama esto -repuso la mujer con voz expirante.

Acostóse de nuevo y volviendo la cara hacia la pared se fue tranquilamente.

Aquel día enmudecieron el acordeón y las castañuelas, y se olvidó a Homero.

Cuando el cuerpo de la madre Shipton fue entregado a la nieve, Mr. Oakhurst llamó aparte al Inocente y le mostró un par de zuecos para nieve que había fabricado con los fragmentos de una albarda vieja.

Hay todavía una probabilidad contra ciento de salvarla, pero es hacia allí -añadió señalando a Poker-Flat - Si podéis llegar en dos días, esta salvada.

-¿Y vos? -preguntó Tom Simson.

-Yo me quedara.

Los novios se despidieron con un largo abrazo.

-¿También os vais vos? -preguntó la Duquesa cuando vio a Mr. Oakhurst que parecía aguardar a Tom para acompañarle.

-Hasta el cañón -contestó.

Volvióse repentinamente y besó a la Duquesa, dejando encendida su blanca cara y rígidos de asombro sus temblorosos miembros.

Volvió la noche, pero no Mr. Oakhurst. Trajo otra vez la tempestad y la nieve arremolinada. Entonces la Duquesa, avivando el fuego, vio que alguien había apilado a la callada contra la choza, leña para algunos días más. Las lágrimas acudieron a sus ojos, pero las ocultó a Piney.

Las mujeres durmieron poco. Al amanecer, al contemplarse cara a cara comprendieron su común destino. No hablaron; pero Piney, haciéndose la más fuerte, se acercó a la Duquesa y la enlazó con su brazo. En esta disposición mantuviéronse todo el resto del día. La tempestad llegó aquella noche a su mayor furia, destrozó los pinos protectores o invadió la misma choza.

Hacia el amanecer no pudieron ya avivar el fuego, que se extinguió lentamente.

A medida que las cenizas se amortiguaban la Duquesa se acurrucaba junto a Piney y por fin rompió aquel silencio de tantas horas.

-Piney, ¿podéis rezar aún?

-No, hermana -respondió Piney dulcemente.

La Duquesa, sin saber por qué, sintióse más libre. Apoyó su cabeza sobre el hombro de Piney y no dijo más. Y así, reclinadas, prestando la más joven y pura su pecho como apoyo a su pecadora hermana, se durmieron. El viento, como si temiera despertarlas, cesó. Copos de nieve arrancados a las largas ramas de los pinos, volaron como pájaros de blancas alas y se posaron sobre ellas mientras dormían. La luna, al través de las desgarradas nubes, contempló lo que fue antes campamento. Pero toda impureza humana, todo rastro de

dolor terreno habían desaparecido bajo el inmaculado manto tendido misericordiosamente desde lo alto.

Durmieron todo aquel día, y al siguiente no despertaron cuando voces y pasos humanos rompieron el silencio de aquella soledad. Y cuando una mano piadosa separó la nieve de sus marchitas caras, apenas podía decirse, por la paz igual que ambas respiraban, cual fuera la que habla pecado. La misma ley de Poker-Flat lo reconoció así y se retiró dejándolas todavía enlazadas una en brazos de otra.

A la entrada de la garganta, sobre uno de los mayores pinos, hallóse un dos de bastos clavado en la corteza, con un cuchillo de caza. Contenía la siguiente inscripción, trazada con lápiz con mano firme:

AL PIE DE ESTE ÁRBOL YACE EL CUERPO DE
JOHN OAKHURST,
QUE DIO CON UNA VENA DE MALA SUERTE
EL 23 DE NOVIEMBRE 1850
Y ENTREGO SUS PUESTAS EL 7 DE DICIEMBRE 1850.

Y sin pulso y frío, con un revólver a su lado y una bala en el corazón, todavía tranquilo como en vida, yacía bajo la nieve el que a la vez había sido el más fuerte y el más débil de los expulsados de Poker-Flat.

UNA NOCHE EN WINGDAM

Había corrido en diligencia y me sentía atontado por el movimiento de todo el día. Cuando al caer de la tarde descendimos rápidamente al pueblecito arcadiano de Wingdam, resolví no pasar adelante y salí del carruaje en un estado sombrío y dispéptico. Me oprimían aún los efectos de un pastel misterioso, contrarrestados un tanto por un poco de ácido carbónico dulcificado que con el nombre de «limonada carbónica» me había servido el propietario del mesón de *Medio Camino*. Ni siquiera alcanzaron a interesarme las *facetia* del galante mayoral que conocía los nombres de todo el mundo en el camino; que hacía llover cartas, periódicos y paquetes desde lo alto de la vaca; que mostraba sus piernas en frecuente y terrible proximidad a las ruedas, subiendo y bajando cuando íbamos a toda velocidad; cuya galantería, valor y conocimientos superiores en el viaje nos anonadaban a todos los viajeros, reduciéndonos a un silencio envidioso, y que cabalmente entonces estaba hablando con varias personas y haciendo manifiestamente alguna otra cosa al mismo tiempo. Quedéme sombríamente de pie con mi manta y saco de noche bajo el brazo, contemplando la diligencia en marcha, y eché una mirada de despedida al galante conductor, mientras, colgado del imperial por una pierna, encendía su cigarro en la pipa de un postillón que corría. Luego me volví hacia el sombrío hotel de la *Templanza*, en Wingdam.

Fuese a causa del tiempo ó a bausa del pastel, lo cierto es que la fachada no me hizo favorable impresión. Tal vez era porque el rótulo extendido a lo largo de todo el edificio, con letras dibujadas en cada ventana hacía resaltar de mala manera a aquellos que miraban por ellas, o quizá porque la palabra *templanza* siempre ha despertado en mí la idea de, bizcochos y té flojos. A la verdad, la casa no convidaba. Se le podía haber llamado fonda de la abstinencia, según era la falta de todo lo necesario para deleitar ó cautivar los sentidos. Presidio sin duda a su construcción cierta tristeza artística. Era excesivamente

grande para el campamento, y tan destartalada, que parecía poco preferible al aire libre. Tenía, además, una desagradable condición: sentíase en ella la humedad del bosque y el olor del pino. La Naturaleza violentada, pero no sometida del todo, retoñaba en lagrimillas resinosas, por puertas y ventanas. Parecióme que instalarse allí, debía asemejarse a pasar un día de campo perpetuo. Cuando entré por la puerta, los habituales huéspedes de la casa salían de un profundo comedor y se esforzaban en quitarse por la aplicación del tabaco en varias formas, el sabor detestable de la comida. Algunos se colocaron inmediatamente en torno de la chimenea, con las piernas sobre las sillas, y en aquella postura se resignaron silenciosamente a la indigestión.

Recordando el pastel, no acepté la invitación que para cenar me hizo el posadero, pero me dejé conducir a la sala. Era el tal posadero un magnífico tipo barbudo del hombre animal. Recordóme algún personaje dramático. Sentado junto al fuego, pensaba para mis adentros cual podría ser, esforzándome en seguir el hilo de mis memorias hacía el revuelto pasado, cuando una mujercita de tímido aspecto apareció en la puerta y, apoyándose pesadamente contra el marco, dijo en tono exánime:

-¡Marido!

Cuando el posadero se volvió hacia ella, el singular recuerdo dramático centelleó claramente ante mí en un par de versos:

Dos almas con un solo pensamiento
y palpitando acorde el corazón...

Eran Ingomar y Partenia, su mujer.

Imaginé para el drama un desenlace distinto Ingomar se había traído a Partenia a la montaña, donde tenía un hotel en beneficio de los *allemani*, que acudían allí en gran número.

La pobre Partenia iba bastante cansada y desempeñaba el trabajo sin criados. Tenía dos *bárbaros* pequeños aún, un niño y una niña; estaba ajada, pero aún bonita.

Me quedó sentado hablando con Ingomar, que parecía hallarse en su centro. Refirió varias anécdotas de *los alemani*, que exhalaban todas un fuerte aroma del desierto y manifestó sentimientos en cabal armonía con la siniestra casa: habló de cómo Ingomar había muerto algunos osos terribles, cuyas pieles cubrían su cama; de cómo cazaba gamos, de cuya piel, hermosamente adornada y bordada por Partenia, se vestía; de cómo había muerto a varios indios y de cómo él mismo estuvo una vez a punto de ser desollado. Todo esto con el ingenuo candor que tan bien sienta en un bárbaro, pero que un griego hubiese considerado de relumbrón.

Pensando en la fatigada Partenia, comencé a considerar que hubiera hecho mejor en casarse con el antiguo griego del drama; al menos habría vestido siempre decente y sin aquel traje de lana pringado por las comidas de un año entero; no se hubiese visto obligada a servir a la mesa con el cabello sin peinar, ni se hubieran colgado de sus vestidos los dos niños con los dedos sucios, arrastrándola insensiblemente hacia la tumba.

Supuse que el pastel me había metido en la cabeza ideas tan irracionales e incoherentes, de manera que me levanté y dije a Ingomar que quería acostarme.

Precedido del temible bárbaro que blandía una vela de sebo encendida, subí por la escalera arriba, hacia mi cuarto. Díjome que era el único que tenía con una sola cama y que lo había construido para los matrimonios que pudiesen parar allí; pero que, no habiéndose presentado aún ocasión, lo había dejado a medio amueblar. Uno de los muros estaba tapizado y el otro tenía grandes resquebrajaduras. El viento, que soplaba constantemente sobre Wingdam, penetraba en el aposento por diferentes aberturas; la ventana era sobrada pequeña para su rompimiento, donde colgaba y chirriaba. Todo me parecía repugnante y descuidado. Antes de retirarse Ingomar me trajo una de las pieles de oso y, echándola sobre una especie de ataúd que estaba en un rincón, aseguró que me abrigaría cómodamente y me dio las buenas noches.

Desnudábame cuando la luz se apagó a la mitad de esta operación; me acurruqué bajo la piel de oso y traté de acomodarme para dormir. Sin embargo, estaba desvelado. Oí el viento que barría de arriba abajo la montaña, agitaba las ramas de los melancólicos pinos, entraba luego en la casa y forcejeaba en todas las puertas del corredor. A veces fuertes corrientes de aire esparranlaban mi cabello sobre la almohada con extraños gemidos. La madera verde de las paredes despedía humedad, que penetraba aún al través de la piel de oso. Me sentí como Robinson Crusoe en su árbol, después de retirar la escalera, ó bien como el niño mecido al arrullo de una canción. Después de media hora de insomnio, sentí haberme parado en Wingdam. Al final del tercer cuarto de hora me arrepentí de haberme acostado y al cabo de una hora de inquietud, me levanté y me vestí. Pensé que había visto lumbre en la sala común, y que tal vez estaba ardiendo todavía. Abrí la puerta y seguí a tientas el corredor, que resonaba con los ronquidos de los *allemani* y con el silbido del viento nocturno. Me resbalé escaleras abajo, y, por fin, entrando en la sala, vi que ardía aún el fuego. Acerqué una silla, lo removí con el pie y me quedé atónito. A la luz del hogar, notó a Partenia sentada allí también, con una criatura de aspecto decaído en los brazos.

Le preguntó por qué estaba levantada todavía.

No se acostaba los miércoles hasta la llegada del correo, para llamar a su marido si habla pasajeros que servir.

¿No se cansaba a veces?

Un poco, pero Abner (el nombre del bárbaro) le había prometido darle quien le ayudase, a la primavera siguiente, si el negocio iba bien.

¿Cuántos huéspedes tenían?

Contaba que acudirían unos cuarenta a las comidas de hora fija y había parroquia de transeúntes, que, eran tantos que ella y su marido podían servirlos, pero él trabajaba mucho.

¿Qué trabajo?

¡Oh! descargar leña, llevar los equipajes de los mercaderes. ...

¿Cuánto tiempo hacía que estaba casada?

Unos nueve años; había perdido una niña y un niño y tenía otros tres. El era de Illinois; ella de Boston. Se había educado en la escuela superior de niñas de Boston; sabía un poco de latín y griego y geometría. La madre y el padre muertos. Vino sola al Illinois para poner escuela; lo vio; se casaron... un casamiento por amor... (Dos *almas...* etc.). Después emigraron al Arkansas; desde allí, a través de las llanuras hasta California, siempre a orillas de la civilización: a él le gustaba aquello.

¿Alguna vez deseaba quizás volver a su casa?

También le hubiera gustado por motivo de sus niños. Quisiera darles alguna educación. Ella les había enseñado algo, pero no mucho, a causa del excesivo trabajo. Esperaba que el hijo sería como su padre, fuerte y alegre: temía que la niña se pareciera más bien a ella. Había pensado a menudo que no estaba educada para ser la mujer de un *pionner*.

¿Por qué?

No era bastante fuerte, y había visto mujeres de los amigos de su marido, en el Kansas, que podían hacer más trabajo; pero él no se quejaba. ¡era tan bueno! (Dos *almas...* etc.).

La contemplé a la luz del hogar, cuyos reflejos jugueteaban en sus facciones ajadas y marchitas, pero finas y delicadas aún. Con la cabeza apoyada en una mano y actitud pensativa, tenía en los cansados brazos al niño enfermizo y medio desnudo; a pesar del abandono, de la suciedad y de sus harapos, conservaba un resto de pasada distinción y no es de extrañar que no me sintiera yo entusiasmado por lo que ella llamaba la «bondad» del bárbaro.

Animada por la simpatía, me dijo que poco a poco había abandonado lo que imaginaba ser debilidades de su primera educación, pero notaba que perdía sus ya escasas fuerzas en este nuevo estado. Transportada de la ciudad a los bosques, se vio odiada por las mujeres, que la tachaban de orgullosa y presuntuosa; por este motivo perdió su marido la popularidad entre los compañeros, y arrastrado en

parte por sus instintos aventureros y en parte por las circunstancias, la llevó a California.

Prosiguió la narración del triste viaje. Del camino recorrido no quedaba en su memoria otro recuerdo que el de un desierto inmenso y desolado, en cuya uniforme llanura se levantaba un pequeño montón de piedras, la tumba de su hijo. Venía observando que Guillermito enflaquecía y lo hizo notar a Abner, pero los hombres no entienden de criaturas. Además, estaba fastidiado por llevar la familia en el viaje.

Sucedió que después de pasar Sweetwater, iba ella caminando una noche al lado del carruaje y mirando al cielo del Oeste, cuando oyó una vocecita que decía: -¡Madre! -Miró en el interior del carronato y vio que Guillermito dormía descansadamente y no quiso despertarlo; un momento después oyó la misma voz que repetía: -¡Madre! -Volvió al carruaje, se inclinó sobre el pequeñuelo y recibió su aliento en la cara, y otra vez lo arrojó como pudo y volvió a emprender la marcha a su lado, pidiendo a Dios que lo curase, y con los ojos levantados hacia el cielo, oyó ¡a misma voz que por tercera vez le llamaba: -¡Madre! -y enseguida una grande y brillante estrella se corrió, apartándose de sus hermanas y se apagó, y presintió lo que había sucedido y corrió al carronato otra vez, tan sólo para estrechar sobre su cansado pecho una carita desencajada, blanca y fría. Al llegar aquí llevó a los ojos sus manos delgadas y enrojecidas, y por algunos momentos permaneció silenciosa. El viento sopló con furia en torno de la casa y dio una embestida violenta contra la puerta de entrada, mientras que Ingomar, el bárbaro, en su lecho de pieles de la trastienda, roncaba pacíficamente.

-Por supuesto que en el valor y fuerza de un marido habría encontrado siempre una protección contra las agresiones y los ultrajes.

-¡Oh, sí! Cuando Ingomar estaba con ella, no temía nada; pero era muy nerviosa, y un día le dieron un susto serio.

-¿Cómo?

Acababan de llegar a California. Establecieron una casa de bebidas y vendían licores a los tratantes. Ingomar era hospitalario, y

bebía con todo el mundo por el aliciente de la popularidad y del negocio; -a Ingomar comenzó a gustarle el licor y acabó por aficionarse a él. Una noche en que había mucha gente y ruido en la cantina, ella entró para sacarle de allí, pero únicamente logró despertar la grosera galantería de los alborotadores semiborrachos, y cuando por fin consiguió ya llevárselo al cuarto con sus espantados hijos, él se dejó caer sobre la cama como aletargado, lo que le hizo creer que el licor tenía algún soporífero. Y permaneció sentada a su lado durante toda la noche. Al amanecer oyó pisadas en el corredor, y mirando hacia la puerta vio que levantaban sigilosamente el pestillo, como si intentaran abrir la puerta; sacudió a su marido para despertarlo, pero en vano; finalmente, la puerta cedió poco a poco por arriba (por abajo tenía corrido el cerrojo) como a una presión exterior gradual, y una mano se introdujo por la abertura. Rápida como el relámpago, clavó aquella mano contra la puerta con sus tijeras (su única arma), pero la punta se rompió y el intruso escapó lanzando una terrible blasfemia. No habló nunca de ello a su marido, por temor de que matara a alguien; pero un día llegó a la posada un extranjero, y al servirle el café, le vio en el reverso de la mano una extraña cicatriz triangular.

Seguía hablando aún; el viento soplaba todavía, ó Ingomar roncaba en su lecho de pieles, cuando se oyeron lejanos gritos en la calle y resonaron herraduras Y ruedas.

Llegaba el correo. Partenia corrió a despertar a Ingomar, y casi simultáneamente el galante conductor se apareció ante mí, llamándome por mi nombre y convidándome a beber de una misteriosa botella negra. Abrevaron rápidamente los caballos, terminó su faena el conductor y, despidiéndome de Partenia, ocupó mi sitio en la diligencia y me dormí enseguida, para soñar que visitaba a Partenia é Ingomar, y que era agasajado con pastel a discreción, hasta que a la mañana siguiente me desperté en Sacramento. Tengo alguna duda sobre si todo esto fue un sueño, pero jamás presencio el drama ni oigo

la noble frase referente a *Dos almas...* sin pensar en Wingdam y en la pobre Partenia.

BROWN DE CALAVERAS

El tono comedido de la conversación y la ausencia de humo de cigarro y de tacones de bota en las ventanillas de Ya diligencia de Wingdam, declaraban que uno de los pasajeros del interior era una mujer. Y la predisposición de los holgazanes, en las estaciones, a congregarse delante de las ventanillas y el cuidado que desplegaban en la compostura de las levitas, sombreros y corbatas, indicaban, además, que la mujer era bonita: todo lo cual observaba desde la banqueta, Mr. Jack Hamlin, con sonrisa de filósofo cínico. Y no era que despreciase el sexo, sino que reconocía en él un elemento engañoso, cuya persecución separaba al hombre de los no menos inconstantes halagos del *póker*¹², en el cual se puede decir que mister Hamlin era ponente de profesión.

De manera que cuando colocó su estrecha bota en la rueda para apearse, ni siquiera echó una mirada hacia la portezuela donde revoloteaba un velo verde; sino que haraganeó de arriba abajo con aquella indiferencia negligente y grave de los de su clase, que es acaso lo más parecido al buen tono. Su levita ceñida y continente reservado presentaban un señalado contraste con la inquietud febril y emoción ruidosa de los demás pasajeros, y aun creo que el mismo Bill Masters, graduado en Harvard, con su descuidado vestido y exuberante vitalidad, sus largos discursos acerca del desorden y del barbarismo y su boca llena de bizcochos y de queso, representaba un pobre papel al lado de este solitario calculador de suertes, con su pálida cara griega y su homérica gravedad.

El mayoral gritó: «Al coche, señores» y mister Hamlin volvió a la diligencia. Tenía ya el pie en la rueda y la cara a nivel de la corrida ventanilla, cuando unos ojos que le parecieron los más hermosos del mundo, se encontraron de repente con los suyos. Apeóse de nuevo

¹² Juego de azar americano.

tranquilamente, dirigió unas pocas palabras a uno de los pasajeros, y efectuando con él un cambio de asiento, con tranquilidad sin igual tomó el suyo en el interior. Mr. Hamlin no toleraba que su filosofía estorbase la acción decisiva y pronta.

Temo que esta irrupción de Jack infundiese alguna reserva en los demás pasajeros, particularmente en los que procuraban hacerse más agradables al bello sexo. Uno de ellos se inclinó hacia la señora del velo, y al parecer la informó con un solo epíteto de la profesión de Mr. Hamlin. Si Mr. Hamlin lo oyó y si reconoció en el informante a un jurista distinguido, al cual, pocas noches antes, había ganado algunos miles de pesos, no me es dable decirlo. Su descolorida cara no reveló el menor indicio de ello; sus negros ojos, fríamente observadores, giraron con indiferencia, pasando de corrido sobre el caballero legista y descansaron por fin sobre las facciones más placenteras de su vecina. El estoicismo indio, que le atribuían como herencia de sus antepasados maternos, le prestó buenos servicios hasta que las ruedas giraron rechinando sobre los guijarros del río en el vado Scott, y la diligencia se detuvo a la hora de la comida, en el Hotel Internacional.

El caballero legista y un diputado de la Cámara saltaron del carruaje y permanecieron junto a la portezuela dispuestos a ayudar a la deidad en su descenso, mientras que el coronel Starbottle, de Siskyon, cargaba con su sombrilla y su chal. De esta multiplicidad de galanterías resultaron una confusión y retardo momentáneos. Jack Hamlin abrió tranquilamente la portezuela opuesta de la diligencia, tomó la mano a la señora, con aquella decisión y seguridad que un sexo indeciso o inseguro sabe admirar, y en un instante descendióla hasta el suelo, y otra vez la alzó hasta la plataforma. De la banqueta donde estaba ese otro cínico, Yuba-Bill el cochero, partió una risotada.

-Mucho cuidado con ese equipaje, coronel - dijo el conductor con afectada solicitud, siguiendo con la vista a Starbottle, que marchaba tristemente a la retaguardia de la triunfante procesión hacia la sala de espera.

Mr. Hamlin no se detuvo a comer. Su caballo le esperaba ensillado ya.

Atravesó el vado, subió por la arenosa ribera y desapareció en la polvorienta perspectiva del camino de Wingdam como presuroso para alejar de sí una idea desagradable. Los habitantes de las empolvadas cabañas próximas al camino se abrigaban los ojos con las manos para mirarlo y lo seguían con la vista; reconociendo al hombre por su caballo, preguntábase qué le ocurriría al Comanche Jack para darse tal prisa. Sin embargo, este interés se concentraba ante todo en el caballo, lo que nada tenía de particular en una vecindad donde la carrera recorrida por la yegua de French Pitt al escaparse del magistrado de Calaveras, eclipsó todo el interés para el término fatal de tan benemérito personaje.

Pero al fin volvió en sí a la vista del sudor que bañaba los costados de su caballo tordo. Refrenó su velocidad o introduciendo al animal por un sendero que servía de atajo, tomó un trote corto, dejando colgar con descuido las riendas de sus dedos. A medida que adelantaba el camino, variaba el aspecto del paisaje haciéndose más pastoril. Por entre los claros de las arboledas de pinos y sicomoros, se descubrían algunos toscos ensayos de cultivo; una cepa en flor trepaba por la puerta de una cabaña y una mujer mecía a su hijo bajo las rosas que tapizaban otro albergue. Un poco más allá Mr. Hamlin alcanzó a unos niños que con las piernas desnudas removían las aguas de la corriente bajo los sauces, y se familiarizó de tal modo con ellos, gracias a su charla peculiar, que se atrevieron a subírsele por las piernas del caballo hasta la silla, y tuvo al fin que afectar una cara exageradamente feroz y largarse dejando tras sí algunos besos y unas monedas. Metido ya en la espesura de los bosques, donde no había huella alguna de habitación, comenzó a cantar, modulando una voz de tenor de tan singular dulzura y un *pattus* tan suave y tierno, que los pitirrojos y pardillos debieron pararse a escucharlo. La de Mr. Hamlin no era una voz cultivada; el tema de su canto, divagación amorosa tomada de los obreros negros, tenía un no sé qué conmovedor y una

expresión íntima que la penetraba de un espíritu patético indecible. En verdad era curioso espectáculo el de este matón con una baraja en el bolsillo y un revólver al cinto, enviando delante de sí, al través de los espesos bosques, su voz en tiernos lamentos sobre la «Tumba de su Nelly», de una manera que habría arrasado en lágrimas los ojos a más de un oyente. Un gavilán que acababa de devorar a su apesada víctima, se fijó en Mr. Hamlin con sorpresa, porque debió reconocerle probablemente un cierto grado de parentesco, al mismo tiempo que la superioridad del hombre, ya que con una capacidad superior para la rapiña él no podía cantar.

Pronto se encontró de nuevo Mr. Hamlin en el camino real, marchando otra vez al galope.

Fosos y bancos de gruesa arena, cuevas áridas, troncos de, árbol caídos sucedieron a los bosques y hondonadas, indicando la proximidad de la civilización. Levantóse a su vista un campanario: había llegado ya a su destino. Algunos momentos después resonaban las pisadas de su caballo por una estrecha calle que se perdía al pie de la colina, en una ruina caótica de fosos y acueductos, y se apeó delante de las doradas ventanas del Salón Magnolia. Después de atravesar la larga Cantina, empujó una mampara, entró por un oscuro pasadizo, abrió con llave Maestra una puerta, Y se encontró en un cuarto débilmente iluminado, cuyos muebles, aunque elegantes y de precio para la localidad, daban señales de descuido. La mesa incrustada del centro estaba, cubierta, de discos o manchas, que no habían entrado en el dibujo original; los sillones bordados, descoloridos por el tiempo, y el sofá de terciopelo verde, sobre el cual se dejó caer Mr. Hamlin, estaban manchados por la roja arcilla de Wingdam. Mr. Hamlin en su jaula ya no cantaba, y tendido ó inmóvil contemplaba sobre su cabeza la pintura en colores chillones de una ninfa de mórbidos encantos. Acaso, por primera vez, se le ocurrió que jamás había visto una mujer semejante, y que, si la viera, probablemente no se enamoraría de ella. Estaba quizá preocupado por otra especie de beldad. Pero, cabalmente en este momento, llamaron a la puerta. Sin levantarse tiró de una

cuerda que suspendía el pestillo, la puerta se abrió de par en par, y entró un hombre. El recién llegado era de anchas espaldas y robusto; este vigor no se reflejaba en su cara, bella aún, pero singularmente enfermiza y desfigurada por la disipación. Parecía también hallarse bajo la influencia de la bebida, pues se sobresaltó al ver a Mr. Hamlin, y parecía confuso y embarazado.

-Pensaba que estaba aquí Catalina...-tartamudeó.

Mr. Hamlin sonrió, con la sonrisa que le hemos conocido en la diligencia de Wingdam, y se incorporó como dispuesto a tratar de negocios.

-¿No habéis venido en la diligencia -continuó el recién llegado, -verdad?

-No -contestó Hamlin, -la dejé en el vado Scott. No llegará hasta dentro de media hora.

¿Pero cómo va la suerte, Brown? -dijo Brown con repentina expresión desesperada y sin energía, -Me han dejado otra vez sin blanca, Juan continuó en tono quejumbroso, que formaba un lamentable contraste con su voluminoso cuerpo -.

¿No me puedes socorrer siquiera con un centenar de pesos, hasta que mañana me arregle? Ya ves, tengo que remitir dinero a casa, a la parienta, y veinte veces esa cantidad.

La consecuencia no era muy lógica que digamos, pero Juan pasó por ella, y alargó la cantidad a su visitante.

-La comedia de la parienta esta muy gastada -añadió a modo de comentario. -¿Por qué no dices que quieres reponerte jugando al faraón? ¡Ya sabemos que no estas casado!

-Cierto como el Evangelio -dijo Brown con repentina gravedad, como si el contacto del oro en la palma de la mano hubiera comunicado alguna dignidad a su organismo -tengo en los Estados una mujer, y una bellísima mujer por añadidura. Hace tres años que la vi, y un año que no le he escrito. Cuando las vayan por el buen camino y lleguen al filón, voy a mandar por ella.

-¿Y Lina? -preguntó Mr. Hamlin con su sonrisa acostumbrada.

Mr. Brown de Calaveras ensayó una mirada picaresca para ocultar su embarazo, más su débil fisonomía y su inteligencia, turbada por el aguardiente, no tenían ya expresión y dijo:

-¡El diablo me lleve, Juan! ¡Qué caramba! Un hombre debe tener un poco de libertad. Pero, Vamos, ¿qué te parece si hiciéramos una pequeña partida? Voy a perder ó doblar esta centena.

Jack Hamlin miró curiosamente a su presuntuoso amigo. Tal vez sabía que estaba predestinado a perder el dinero, y prefería que refluyese en sus propios cofres a que entrase en los de cualquier otro. Asintió con un gesto y acercó su silla a la mesa. En el mismo instante llamaron a la puerta.

-Es Lina -dijo Mr. Brown.

Mr. Hamlin descorrió el cerrojo y la puerta se abrió; pero por primera vez en su vida perdió el aplomo, se levantó tambaleándose, y una oleada de sangre enrojeció hasta la frente sus descoloridas mejillas. Ante él estaba la señora de la diligencia de Wingdam, a quien Brown, dejando caer las cartas, saludó exclamando con risa histérica:

-¡Mi mujer... por el cielo!

Dicen que mistress Brown prorrumpió en llanto y reproches contra su marido; pero yo la vi en 1857 en Marysville, no doy crédito al cuento. La *Crónica de Wingdam* de la semana siguiente, bajo el título de «Conmovedora reunión», decía:

«Uno de esos hermosos y tiernos»peculiares a la vida de California, ha tenido lugar en nuestra ciudad. La esposa de uno de los más eminentes *pionners* de Wingdam, cansada de la caduca civilización de éste y de su inhospitalario clima, resolvió reunirse, con su noble esposo en estas playas de oro. Sin noticiarle, su intención, emprendió el largo viaje y llegó la semana pasada. La alegría del marido más es para imaginada que para descrita. Se dice que el encuentro fue indescriptiblemente afectuoso. Esperamos que este ejemplo tendrá imitadores»

Gracias a la influencia de mistress Brown ó a especulaciones afortunadas, la situación financiera de Mr. Brown mejoró sensiblemente. Compró la participación de sus socios en la mina Nip-y-Tack, con dinero, que se decía ganado al *póker* una semana o dos después de la llegada de su mujer, pero que los maldicientes, adoptando el criterio de mistress Brown sobre la conversión de su marido, atribuían a Mr. Jack Hamlin. Brown edificó y amuebló la Wingdam House, que los atractivos de mistress Brown mantuvieron siempre rebosando de huéspedes, fue elegido miembro de la asamblea, hizo donativos a iglesias y se dio su nombre a una calle de Wingdam.

Sin embargo, notóse que a medida que se enriquecía tornábase, pálido, flaco e inquieto. Cuanto más aumentaba la popularidad de su mujer, se ponía más receloso o inquieto. El, el más mujeriego de los hombres, era absurdamente celoso. Si no se entrometía en la libertad social de su mujer, era porque, y esto se cuchicheaba maliciosamente, su primero y único ensayo de este género había tenido por resultado una pelotera con mistress Brown, que le impuso el silencio del terror. Gran parte de esas hablillas provino de las personas del bello sexo, a quienes ella había suplantado en las galantes atenciones de Wingdam, que, como todas las aficiones populares, rendían culto de admiración al poder de la fuerza masculina ó de la beldad, femenina. Debo recordar en su descargo, que de su llegada había sido la inconsciente sacerdotisa de un culto mitológico que no ennoblece, más a su sexo que el peculiar de la antigua democracia griega. Creo que, Brown sospechaba vagamente esto. Pero su único confidente era Jack Hamlin, cuya mala reputación le prohibía una amistad íntima con la familia y cuyas visitas no eran frecuentes.

Reinaba el verano en todo su vigor y en una noche de luna, mistress Brown, con sus rasgados ojos, sonrosada y bonita como siempre, estaba sentada en la plaza disfrutando el perfumado incienso de la brisa de la montaña, y de otro incienso no tan puro ni tan inocente, pues a su lado estaban sentados el coronel Starbottle y el juez

Broompointer, y un reciente agregado a su corte con el título de turista extranjero. Mistress Brown estaba de buen humor.

-¿Qué veis a lo lejos en el camino? -preguntó el galante, coronel observando que desde hacía algunos minutos la atención de mistress Brown se fijaba en aquella dirección.

-Polvo -dijo mistress Brown con un suspiro. -Veo el rebaño de la hermana Ana.

El coronel, cuyos recuerdos literarios no iban más allá del periódico de la semana anterior, lo comprendió al pie de la letra:

-No son carneros -continuó -es un jinete. Juez, ¿no es aquel el tordo de Jack Hamlin?

Pero el juez no lo sabía, y según indicó mistress Brown, el aire era sobrado fresco para más averiguaciones; de manera que entraron en el salón.

Mr. Brown estaba en la cuadra, donde generalmente se retiraba después de comer. Acaso lo hacía para demostrar su desagrado a los compañeros de su esposa; tal vez, a semejanza de tantas débiles naturalezas, encontraba un placer en el ejercicio del poder absoluto sobre animales inferiores. Sentía cierta satisfacción en amaestrar una yegua pía, a la cual podía pegar o acariciar a su antojo, lo que no podía hacer con mistress Brown. Al entrar en la cuadra reconoció a cierto caballo tordo que acababan de entrar y mirando un poco más allá vio a su jinete. El saludo de Brown fue cordial y sincero; el de Mr. Hamlin algo violento. Pero accediendo al importuno empeño de Brown, le siguió por una escalera excusada hasta un estrecho corredor y de allí a un pequeño cuarto con ventana al patio de la cuadra. Estaba sencillamente amueblado con una cama, una mesa, algunas sillas y un escaparate para escopetas y látigos.

-Ese es mi hogar, Juan -dijo Brown suspirando, echándose sobre la cama y haciendo señas a su compañero de que se sentara. -Su cuarto está al extremo de la entrada. Hace más de seis meses que no hemos vivido juntos ni nos hemos visto, fuera de las horas de comida. Es muy

triste papel para el cabeza de familia, ¿verdad? -dijo con forzada risa -pero me alegro de verte, Juan, me alegro endiabladamente.

Y se inclinó sobre el borde de la cama para estrechar la mano del silencioso Hamlin.

-Te he hecho subir aquí, porque no quería hablarte en la cuadra; aunque eso toda la ciudad lo sabe. No enciendas la vela. Podemos hablar así, a la luz de la luna. Pon tus pies en esta ventana y siéntate aquí, a mi lado. Ahí, en ese jarro hay aguardiente.

Mr. Hamlin no utilizó la advertencia. Brown de Calaveras volvió la cara hacia la pared y prosiguió:

-Si no la amase, Juan, no me importaría, Pero amarla, y verla un día tras otro día seguir en esta conducta, como lo esta, haciendo, y que yo no ponga freno... ¡esto es lo que me mata! Pero me alegro de verte, Juan, me alegro endiabladamente.

Tentó en la obscuridad hasta que pudo estrechar la mano de su compañero. La hubiera retenido consigo, pero Jack la deslizó en su abrochada levita y preguntó con indiferencia cuanto tiempo hacía que duraba aquello.

-Desde que llegó, desde el mismo día en que entró en la Magnolia. Yo entonces fue un bobo, Juan, y ahora soy un bobo también; pero no supe cuanto la amaba hasta ahora. Y ya no es la misma mujer.

Pero no para aquí todo, Juan; de otra cosa quería hablarte, y me alegro de que hayas venido. No es tan sólo por que ya no me ame, y coquette con el primero que se presenta, pues tal vez jugué su amor y lo perdí, como hice con todo lo demás en la Magnolia, y acaso la coquetería es natural en ciertas mujeres; esto no sería grave sino para los bobos que se dejaran cautivar. Pero, Juan, creo... creo que ama a otro. No me dejes, Juan, no me dejes; si tu pistola te molesta, déjala.

Hará como cosa de seis meses que la veo inquieta y triste, y como nerviosa y asustada. Y, a veces, la he sorprendido mirándome tímida y compasiva. Escribe a alguien. Durante la última semana ha recogido

sus cosas... dijese, vestidos y joyas. Juan, yo creo que se me va a escapar. Todo lo soportaría menos eso: que se escurra como un ladrón.

Escondió su cara en la almohada y por algunos momentos no se oyó otro ruido que el tictac del reloj en la chimenea. Mr. Hamlin encendió un puro y se acercó a la abierta ventana. La luna ya no iluminaba el cuarto, y la cama y el que la ocupaba quedaron en la sombra.

-¿Que haré, Juan? -dijo una voz desde la obscuridad.

La contestación volvió pronta y clara de la ventana.

-Buscar al hombre y matarlo en el acto.

-Pero, Juan...

-¡Se ha arriesgado a ello!

-¿Pero esto me la devolverá?

Jack no contestó, pero se alejó de la ventana hacia la puerta.

-No te vayas aún, Jack; enciende la vela y siéntate a la mesa.

Cuando no otra cosa, será un placer para mí verte en este lugar.

Jack titubeó y consintió por fin. Sacó de su bolsillo una baraja y la revolvió, mirando de soslayo a la cama. Pero Brown tenía la cara vuelta hacia la pared. Cuando Mr. Hamlin hubo barajado, cortó y puso una carta al lado opuesto de la mesa, hacia la cama, y otra a su lado en la mesa para sí propio. La primera era un as; la suya un rey. De nuevo barajó y cortó. Esta vez al dummy¹³ le tocó una sota y a él un cuatro. Jack se animó para la tercera vuelta. Dio a su adversario un as y sacó para sí otra vez un rey.

-De tres, dos -dijo Jack en voz alta.

-¿Qué es eso, Juan? -dijo Brown.

-Nada.

Después Jack probó la suerte con los dados, pero siempre tiró a seises y su supuesto adversario a ases.

La fuerza de la costumbre es sorprendente.

¹³ El supuesto jugador.

En tanto alguna influencia magnética latente en la presencia de Mr. Hamlin, o el anodino de la bebida, ó acaso ambas cosas a la vez, mitigaron el dolor de Brown y se durmió. Mr. Hamlin acercó su silla a la ventana y contempló la ciudad de Wingdam, a la sazón pacíficamente dormida bajo sus duras siluetas y chillones colores, armonizados por la luz que la luna derramaba sobre el paisaje. En el silencio de la noche oía el murmullo del agua en los canales y el suspiro del aire en los pinos más allá de la colina. Levantó los ojos al firmamento al tiempo que una estrella se corría a través del cielo centelleante, tras de ella otra, y otra se corrió luego. El fenómeno sugirió a Mr. Hamlin un nuevo augurio.

-Si dentro de unos quince minutos cayese otra estrella...

Permaneció sentado reloj en mano el doble de aquel intervalo de tiempo, pero el fenómeno no se repitió. El reloj dio las dos y Brown dormía aún. Mr. Hamlin se acercó a la mesa y sacó de su bolsillo un billete, que leyó Ú la luz vacilante de la vela. Contenía una sola línea, escrita en lápiz, con letra de mujer:

«Espera en el corral con el boghey a las tres»

Brown se agitó desasosegado y por fin despertó.

-¿Estas ahí, Juan?

-Sí.

-No te marches aún. Soñaba ahora, Juan, soñaba en los pasados tiempos; Sue¹⁴ y yo nos casábamos otra vez y el sacerdote, Juan, era... ¿quién te figuras? ¡Tú!

El jugador se rió y sentóse sobre la cama, con el papel en la mano.

-¿Es buena señal? -preguntó Brown.

-Ya lo creo: dí, compadre, ¿no sería mejor que te levantasas?

El compadre, como afectuosamente le llamaba, se levantó con ayuda de la mano que Hamlin le tendía.

¹⁴ Diminutivo de Susana.

-¿Fumas?

Brown tomó maquinalmente el cigarro que le ofrecía.

-¿ Fuego?

Jack arrolló la carta en espiral, la encendió y ofrecióla a su compañero. Quedóse con ella entre los dedos hasta que se hubo consumido, y tiró al' cabo que, como encendida estrella, cayó por la ventana abierta. Siguiólo con la vista y se volvió luego hacia su amigo.

-Compadre -dijo poniendo sus manos sobre los hombros de Brown, -en seis minutos me planto en el camino y me desvanezco como esa chispa. No volveremos a vernos, pero antes de que me marche toma el consejo de un loco. Vende todo cuanto tengas, llévate a tu mujer lejos de este país. No es lugar para ti ni para ella. Díle que debe Marchar: oblígala a que se vaya, si no quiere. No te lamente de no ser un santo ni ella un ángel. Sé hombre y trátala como a mujer. No seas una bestia. Adiós.

Se arrancó de los brazos de Brown y saltó por las escaleras abajo como un gamo. En la puerta de la cuadra cogió por el cuello al medio dormido mozo, y le empujó contra la pared.

-Ensilla mi caballo al instante, o te...

La elipsis era terrible y fácil de comprender.

-La señora dijo que enganchase el boghey para ves - tartamudeó el pobre hombre.

-¡El diablo se lleve al boghey!

El caballo fue ensillado tan rápidamente como las nerviosas manos del asombrado mozo pudieron manejar las hebillas y correas.

-¿Ocurre algo, Mr. Hamlin? -preguntó el mozo, quien, como todos los de su clase, admiraba el empuje de su fogoso patrón, y realmente se interesaba en su suerte.

-¡Quítate de en medio!

El hombre se apartó. Sonó una blasfemia, un latigazo, pateó el caballo y Jack galopaba ya por el camino. Un momento después, a los ojos somnolientos del mozo, no era más que una movediza nubecilla

de polvo en el horizonte hacia donde una estrella, separándose de sus hermanas, dejaba un rastro de fuego.

A primera hora, aquella mañana, los moradores a orillas del camino de Wingdam oyeron una voz vibrante como la de la alondra, cantando por los campos. Los que dormían se revolieron en sus toscos lechos para soñar en la juventud, en el amor y en el pasado. Hombres de dura cara y ansiosos buscadores de oro, ya en el trabajo, cesaron en sus faenas y se apoyaron en sus picos para escuchar a este romántico aventurero que al paso castellano cabalgaba a la luz de la rosada aurora.

CARREE EPISODIO DE FIDDLETOWN

I

En 1858, Fiddletown la consideraba como una mujer muy bonita. Tenía una gran mata de cabello castaño claro, buena figura, hermoso color y cierta gracia lánguida que pasaba fácilmente por distinción. Vestía siempre con gusto y para Fiddletown era la última moda. Sólo tenía dos defectos: uno de sus aterciopelados ojos, examinado de cerca, se desviaba ligeramente, y manchaba su mejilla izquierda una pequeña cicatriz ocasionada por una gota de vitriolo, felizmente la única de un frasco entero que le había arrojado una celosa rival, con la aviesa intención de desfigurar tan bonita cara. Pero cuando el observador alcanzaba a notar la irregularidad de su mirada, quedaba por lo general incapacitado para criticarla y no faltaba quien pretendía que la mancha de su mejilla añadía gracejo a su sonrisa. El joven editor de *El Alud*, de Fiddletown, sostenía reservadamente que era un hoyuelo exagerado. Al coronel Starbottle le recordaba las tentadoras pecas de los tiempos de la reina Ana. Pero muy especialmente, amigo, a una de las más hermosas y malditas mujeres... sí, ¡malditas sean! en que jamás hayáis fijado los ojos. Era una criolla de Nueva Orleans. Esta mujer tenía una cicatriz, un costurón que le cruzaba (maldígame Dios si no) desde el ojo derecho a la barba. Y esta mujer, amigo, os penetraba... amigo, os enloquecía... verdaderamente os condenaba el alma con su fascinación maldita. Un día le dije: Celeste, ¿cómo demonio se te hizo esa maldita cicatriz, condenada? Y ella me dijo: Star, a ningún blanco más que a vos lo confiaría; esta cicatriz me la hice yo con toda intención, me la hice yo, así Dios me salve. Estas fueron sus propias palabras; puede que las toméis por una solemne mentira, pero apostara la cantidad que queráis a que lo pruebo.

La mayor parte de la población masculina de Fiddletown estaba o había estado enamorada de ella. De este número, como una mitad creía que su amor era correspondido, con excepción de su propio esposo que manifestaba su escepticismo sobre el caso.

El nombre del caballero que disfrutaba de esta infeliz distinción era Tretherick. Se había divorciado de su excelente esposa para casar con la sirena de Fiddletown. También ésta se había divorciado; pero murmurábase que algunas experiencias previas de esta formalidad legal la hacían menos inocente y acaso más interesada. No quisiera que se infiriese de ello que le faltaba ternura ni que estuviera exenta del más elevado sentimiento moral. Su más íntimo amigo escribía con motivo del segundo divorcio: «El mundo egoísta no comprende todavía a Clara» y el coronel Starbottle observaba, que excepción hecha de una sola mujer de la parroquia de Opeludas, en Luisiana, tenía más alma ella que todas las demás reunidas. Realmente pocos podían leer aquellos versos titulados «Infelicissimus», que empezaban: «¿Por qué no ondea el ciprés sobre esta frente?» publicados por vez primera en *El Alud*, bajo la firma de *Lady Clara*, sin sentir temblar en sus párpados una lagrima de simpatía. Encendióse la sangre en generosa indignación al pensar que a la semana siguiente el *Noticiero de Dutch Flat*, contestó a la tierna pregunta con una chanza pobre y brutal, haciendo constar que el ciprés es una planta exótica y desconocida por completo en Fiddletown.

Esta tendencia a elaborar los sentimientos en forma métrica, y a entregarlos al mundo indiferente por medio de los periódicos, fue lo que primero atrajo la atención de Tretherick. Este, que por aquellos tiempos guiaba un carro de transportes con seis mulas entre Knight's Ferry y Stosktown, impresionado por unos poemas que describían el efecto de las costumbres de California sobre un alma sensible y las vagas aspiraciones al infinito de un pecho generoso a la vista del cuadro desconsolador de la sociedad californiana, decidió buscar a la ignorada poetisa. Mr. Tretherick creía también sentir en su alma las secretas vibraciones de una aspiración superior que no podía satisfacer

en el comercio del aguardiente y tabaco de que proveía a los campamentos de los mineros. Sea como fuere, después de un breve noviazgo, tan breve como fue compatible con las previas formalidades legales, los casaron y Mr. Tretherick trajo a su ruborosa novia a Fiddletown o Fideletown, como mistress Tretherick prefería llamarla en sus poemas.

La unión no fue feliz. No tardó mucho mister Tretherick en descubrir que los ideales halagüeños que concibiera mientras traginaba con sus mulas entro Stocktown y Knight's Ferry nada de común tenían con los que a su mujer inspiraba la contemplación de los destinos de California y de su propia alma. Por esto, el buen hombre que no era muy fuerte en lógica, pegaba a su mujer y como ella no era muy fuerte en materia de raciocinio, se dejó conducir por el mismo principio a ciertas infidelidades. Entonces Mr. Tretherick se dio a la bebida y la señora a colaborar con regularidad en las columnas de *El Alud*. Por este tiempo fue cuando el coronel Starbottle descubrió en la poesía de mistress Tretherick una semejanza con el genio de Safo y la señaló a los ciudadanos de, Fiddletown en una crítica de dos columna firmada «A. S.» que se publicó también en *El Alud* apoyada en extensas citas. Como *El Alud* no poseía una colección de caracteres griegos, el editor se vio obligado a reproducir los versos leucádeos en letra ordinaria romana, con grandísimo disgusto del coronel Starbottle e inmensa alegría de Fiddletown, que aceptó el texto como una excelente imitación de *choctaw*, lengua salvaje que se supuso familiar al coronel, como residente que había sido en los territorios indios. En efecto, *El Noticiero* de la semana siguiente contenía unos versos muy libres, en contestación al poema de la moderna Safo, que se atribuían a la mujer de un jefe indio. Les acompañaba un brillante elogio firmado «A. S S»¹⁵ El resultado de esta chanza lo explicó brevemente un número posterior de *El Alud*. «El lunes pasado, decía, tuvo lugar un lance desgraciado frente al Salón. Eureka entre el digno Jackson Flash del

¹⁵ En Inglés ass, borrico

Noticiero de Dutch Flat y el tan conocido coronel Starbottle, de este lugar. Los contendientes dispararon dos tiros, sin que sufriesen daño alguno, aunque se dice que un chino que «pasaba recibió en las pantorrillas quince perdigones que procedían de la escopeta de dos cañones del coronel y que no le estaban destinados. Así aprenderá John¹⁶ a ponerse, en lo sucesivo, fuera del alcance de las armas de fuego. La causa de la contienda es desconocida, aunque se susurra quién es ella. Entre los que se suponen mejor enterados, gana crédito el rumor de que la causa del duelo fue una conocidísima y bella poetisa, cuyas elucubraciones han honrado a menudo nuestras columnas»

La actitud pasiva adoptada por Tretherick en estas circunstancias de prueba, se apreciaba con todo su valor en las minas.

-La cabeza del compadre esta bien sentada - decía, un filósofo de altas botas. -Si el coronel mata a Flash, venga a mistress Tretherick; si Flash tumba al coronel, Tretherick queda vengado en su lugar. De todos modos para él es negocio seguro.

En tan delicada coyuntura mistress Tretherick abandonó la casa de su esposo y se refugió en el Hotel Fiddletown, con la sola ropa que llevaba puestas. Allí permaneció algunas semanas, en cuyo período, justo es reconocer que se portó con el más estricto decoro.

En una clara mañana de primavera, mistress, Tretherick salió del hotel y se encaminó por un callejón hacia la franja de sombríos pinos que limitaban a Fiddletown. A aquella hora temprana los escasos transeúntes que discurrían por el pueblo, se paraban al otro extremo de la calle para ver la salida de la diligencia de Wingdam, y mistress Tretherick alcanzó los arrabales del campamento minero, sin dar lugar a observación alguna. Allí tomó una calle transversal que corría en ángulo recto con la calle principal de Fiddletown y que penetraba en la zona del bosque. Era sin duda alguna la avenida exclusivamente

¹⁶ Nombre humorístico que se da los inmigrantes chinos.

aristocrática del pueblo; las viviendas eran pocas, presuntuosas y no interrumpidas por tiendas. Allí se le juntó el coronel Starbottle.

El galante coronel, a pesar del hinchado porte que habitualmente le distinguía, de su levita estrechamente ceñida, de sus apretadas botas y del bastón, que, colgado de su brazo, se mecía garbosamente, no las tenía todas consigo. Mistress Tretherick, sin embargo, se dignó acogerlo con amable sonrisa y con una mirada de sus peligrosos ojos, y el coronel, con una tos forzada y pavoneándose, se coloca a su lado.

-La costa está libre -dijo el coronel. -Tretherick ha ido a Dutch Flath de paseo; no hay en la casa más que el chino y no debéis temer molesta alguna. -Yo - continuó con una ligera dilatación de pecho que ponía en peligro la seguridad de los botones de su levita, -yo cuidaré, de protegeros para que podáis recobrar lo que os pertenece.

-Verdaderamente sois muy bueno y desinteresado -balbuceó la señora mientras proseguían su camino.- ¡Es tan agradable hallar un hombre de corazón, una persona con quien poder simpatizar en una sociedad tan endurecida é insensible como ésta!...

Y mistress Tretherick bajó los ojos, pero no antes de que hubiese producido el efecto ordinario sobre su compañero.

-Es muy cierto, naturalmente -dijo el coronel, mirando inquieto de soslayo a ambos extremos de la calle - Sí, ciertamente.

No percibiendo, sin embargo, a nadie que los viera ni escuchase, procedió enseguida a informar a mistress Tretherick, de que la mayor pena de su vida había sido cabalmente el poseer un alma excesiva. Muchas mujeres, cuyo nombre, como caballero, le dispensaría que, no mencionase, muchas mujeres hermosas le habían ofrecido su amor, pero faltándoles en absoluto aquella cualidad, no podía corresponderles. Pero cuando dos naturaleza unidas por la simpatía, desprecian igualmente las preocupaciones bajas y vulgares y las restricciones convencionales de una sociedad hipócrita, cuando dos almas en perfecta armonía se encuentran y se confunden en poético enlace, entonces...

Pero aquí el discurso del coronel, en el que se notaba la influencia de los licores, se enturbió hasta hacerse incoherente ó ininteligible. Es posible que mistress Tretherick hubiese oído en casos semejantes algo parecido y por lo tanto estuviese dispuesta a suplir las omisiones de la declaración. Sea como fuere, -las mejillas de la pareja del coronel conservaron el rubor virginal y la timidez consiguiente hasta que ambos llegaron a su destino.

Era el fin de la excursión una bonita aunque pequeña quinta recientemente blanqueada, y que se destacaba en agradable contraste sobre un grupo de pinos, algunas de cuyas primeras filas habían arrancado para dar lugar a la cerca que rodeaba el jardín. A la viva luz del sol y en completo silencio, tenía apariencia de nueva y deshabitada, como si los carpinteros y pintores acabasen de dejarla. En el extremo opuesto del huerto, un chino, cavaba imperturbable, pero la casa no daba otras señales de vida. La costa, como había dicho el coronel, estaba realmente libre y mistress Tretherick se paró junto a la verja. El coronel hubiera entrado con ella, pero le detuvo con un ademán.

-Volved a buscarme dentro de dos horas y tendrá hecho mi equipaje -dijo sonriendo y tendiéndole su mano.

El coronel la cogió y estrechóla con efusión. Quizá la presión fue ligeramente correspondida, pues el galante coronel se alejó ahuecando su pecho con paso triunfante, tan vigoroso como lo permitían la estrechez y altos tacones de sus botas. Cuando se hubo marchado, mistress Tretherick abrió la puerta, escuchó por un momento desde la desierta entrada, y luego subió por la escalera rápidamente, hasta llegar a su antiguo dormitorio.

Todo estaba allí tal como en la noche de su fuga. Sobre el tocador, su sombrerera, corno recordó haberla dejado al tomar su sombrero; sobre la chimenea un guante, que había olvidado en su huida; los dos cajones inferiores de la cómoda entreabiertos (no había cuidado de cerrarlos) y sobre el mármol fue la mesa halló su alfiler de pecho y un puño sucio. No sé qué otros recuerdos se le ocurrieron,

pero de repente palideció, estremeciéndose y escuchó con el corazón palpitante y con la mano en la puerta; acercóse al espejo y entre tímida y curiosa, separó las trenzas de rubio cabello, de su sonrosada oreja, descubriendo una fea herida apenas cicatrizada. La contempló largo tiempo, levantó indignada su cabecita, y la desviación de sus aterciopelados ojos se acentuó. Luego volvióse, y lanzando una carcajada, despreocupada y resuelta corrió hacia el armario, donde colgaban sus preciosos vestidos y los inspeccionó nerviosamente. De momento vio que faltaba de su acostumbrado colgador, uno de seda negro, y pensó desmayarse; pero lo descubrió un instante después tirado sobre una maleta donde ella misma lo arrojara. Por vez primera estremeciéndose agradecida al Ser Supremo que protege a los desamparados. Después, aun cuando el tiempo urgía, no pudo resistir la tentación de probar delante del espejo el efecto de una cinta color de alhucema, sobre el vestido que a la sazón llevaba. De repente oyó junto a sí una voz infantil y se detuvo admirada. La voz repetía:

-¡Es mamá!

-Miss Tretherick se volvió rápidamente. De pie en la puerta estaba una niña de seis ó siete años. Su vestido, elegante en sus buenos tiempos, estaba roto y sucio, y el cabello, despeluznado y de un rojo subido, formaba un cómico tocado sobre su frente. A pesar de todo ello la niña era una monada. A través de su timidez infantil despuntaba ese cierto aire de confianza en sí mismo que suelo caracterizar a los niños que por mucho tiempo se creían abandonados. Traía debajo del brazo una muñeca hecha de harapos, al parecer de confección propia, y casi tan grande como ella; una muñeca de cabeza cilíndrica y facciones toscamente dibujadas con carbón. Un largo chal, que visiblemente pertenecía a una persona mayor, le caía de los hombros barriendo el suelo.

Esta aparición no complacía a miss Tretherick. La niña, de pie aun en el umbral, preguntó otra vez:

-¿Es mamá?

Respondióle secamente.

-No, no es mamá.

Y echó una severa mirada a la intrusa.

La criatura retrocedió un paso y luego adquiriendo valor con la distancia, dijo en habla deliciosamente imperfecta:

-Vete, pues. *¿Po qué no te machas?*

Pero mistress Tretherick miraba de soslayo el chal. De repente corrió a arrancarlo de los hombros de la niña, y dijo con enfado:

-¿Cómo te has atrevido a tomar mis cosas, malcriada?

-¿Es tuyo? ¡Entonces tú eres mi mamá! ¿Verdad? ¡Tú eres mamá! -prosiguió con alegría.

Y antes de que mistress Tretherick hubiese podido evitarlo, había dejado ya caer la muñeca y agarrándole con ambas manos las faldas se echó a bailar ante ella.

-¿Cómo te llamas, niña? -dijo mistress Tretherick fríamente, quitando de sus vestidos las pequeñas y no muy limpias manos.

-Tarree.

-¿Tarree?

-Cí Tarree... Tarolina.

-¿Carolina?

-Cí. Tarolina Tretherick.

-¿De quién eres? -preguntó mistress Tretherick aún más fríamente para ahogar un naciente temor.

-Pues tuya -dijo la criaturita riendo, -soy tu niña. Tú eres mi mamá, mi nueva mamá. ¿No *zabez*, no *zabez* que mi otra mamá se ha marchado para no volver más? Ya no vivo con mi otra mamá. Vivo contigo y con papá.

-¿Cuánto tiempo hace que estas aquí? -preguntó de mal humor mistress Tretherick.

-Creo que hace tres días -contestó Carree pensativa.

-¿Crees? ¿No estas segura? -dijo con sorna mistress Tretherick
-¿Pues de dónde viniste?

Los labios de Carree comenzaron a temblar bajo este vivo examen. Con gran esfuerzo reprimió su llanto, contuvo un sollozo y contestó:

-Papá... papá me trajo de casa miss Simmons... de Sacramento, la semana pasada.

-¿La semana pasada? Acabas de decir hace tres días -replicó mistress Tretherick severamente.

-Quise decir un mes -dijo entonces Carree completamente perdida en su ignorancia y confusión.

-¿Sabes lo que dices? -preguntó a gritos mistress Tretherick, resistiendo al impulso de sacudir la figurita que tenía ante sí y de precipitar la verdad por medios puramente físicos.

Pero la rubia cabecita desapareció repentinamente en los pliegues del vestido de mistress Tretherick, como esforzándose en extinguir el abrasado color de sus bucles.

-Vamos, déjate de lloriqueos - dijo mistress Tretherick librando su vestido de los húmedos besos de la niña, y sintiéndose molesta por extremo.

-Vamos, enjuágate la cara, vete y no fastidies. Espera -prosiguió cuando Carree se marchaba. -¿Dónde está tu papá?

-También se ha marchado... Está enfermo... Se ha marchado... (aquí titubeó) hace dos o tres días.

-¿Quién te cuida, niña? -dijo mistress Tretherick mirándola con curiosidad.

-John, el chino. Me *vizto zola*; John levanta las camas y hace la comida.

-Bueno, pues, ahora vete, pórtate bien y no me fastidies ya -dijo mistress Tretherick recordando el motivo de su visita -Espera, ¿adónde vas? -añadió mientras la niña comenzaba a subir las escaleras, arrastrando tras de sí su larga muñeca, cogida por una pierna.

-Voy arriba a jugar y ser buena y no fastidiar a mamá.

-¡No soy tu mamá! -gritó mistress Tretherick, y luego volvió rápidamente a su dormitorio y cerró la puerta con violencia.

Una vez dentro, sacó del cuarto ropero un gran baúl y empezó a empaquetar su equipaje con enfadosa y colérica precipitación. Al sacar del colgador su mejor vestido, lo rasgó, y por dos veces se arañó las blancas manos con ocultos alfileres. Durante todo este tiempo comentó indignada el suceso que le ocurría. Se dijo que lo comprendía todo. Tretherick había traído esta niña de su primera mujer, esta niña cuya existencia nunca pareció importarle, para insultarla, para ocupar su sitio. Sin duda la primera mujer en persona la seguiría pronto allí, o tal vez tendría una tercera mujer de cabello rojo, no castaño sino rojo. Naturalmente, la niña Carolina, se parecía a su madre, y así, lo sería todo menos bonita. Acaso el enredo estaba preparado de antemano, acaso tenía a esta niña de cabello rojo, como el de su madre, en Sacramento, a una distancia conveniente, y preparada para traerla cuando fuese preciso. Recordó entonces los asiduos viajes debidos, según decía él, a negocios. Tal vez la madre estaba también allí; pero no, se había ido hacia el Este. Sin embargo, mistress Tretherick, en su actual situación de animo, prefería descansar en la idea de que allí estaba. Sentía una vaga satisfacción en exagerar sus sentimientos. Seguramente que jamás se había abusado de tan escandalosa manera de una mujer. En su imaginación bosquejó el cuadro de su infortunio. Yacía sola y abandonada, a la puesta de sol, en medio de las caídas columnas de un templo en ruinas, en actitud graciosa aunque melancólica, mientras que su marido se alejaba rápidamente, con una mujer de rojo cabello, pavoneándose a su lado en un lujoso carruaje tirado por cuatro caballos. Sentada sobre la maleta que acababa de llenar, compuso el plan del lúgubre poema de sus sufrimientos. Vagando, sola y pobremente vestida, encontrábase con su marido y la otra, radiante de sedas y pedrería. Representóse a sí propia, muriendo tísica a causa de sus pesares, pero bella aún en su ruina y fascinando con sus postreras miradas al director de *El Alud* y al coronel Starbottle que la contemplaban con adoración... ¿Pero dónde estaba en tanto el coronel Starbottle? ¿Por qué no venía? El, por lo menos, la comprendía. El... y se rió otra vez con la indiferencia y ligereza de

algunos momentos antes, y luego volvió de repente a la gravedad primitiva.

¿Qué estaría haciendo en todo ese tiempo el duendecillo de cabello rojo? ¿Por qué se estaba tan quieta? Abrió con silencio la puerta y entre la multitud de pequeños rumores y crujidos de la desierta casa, se le figuró oír una voz débil que cantaba en el piso superior. Recordó que éste no era más que un desván utilizado para cuarto de provisiones. Casi avergonzada de su acción subió furtivamente las escaleras y entreabriendo la puerta miró hacia el interior.

A través del largo y bajo desván, un rayo de sol penetraba en diagonal y entre inquietas motas por la única ventanilla o iluminaba una parte del vacío y triste aposento. En este rayo de sol vio brillar el cabello de la niña como si estuviera coronada por una encendida aureola. Sentada en el suelo con su enorme muñeca entre las rodillas, parecía hablarle y no tardó mistress Tretherick en comprender que reproducía la entrevista ocurrida media hora antes. Reprendió severamente a la muñeca, preguntándole sobre la duración de su estancia en la casa y acerca de la medición del tiempo en general. Imitaba acertadamente las maneras de mistress Tretherick y la conversación casi reproducía literalmente la anterior, con una sola variante. Luego que hubo informado a la muñeca de que no era su madre, y terminada la entrevista añadió cariñosamente: «Que si era muy *güena*, muy *güena*, sería su mamá y la querría mucho »Mistress Tretherick se sentía de mal humor. Esta escena la afectó muy desagradablemente y la conclusión hizo subir la sangre a sus mejillas. El aposento sin muebles, la luz a medias, la monstruosa muñeca, cuyo tamaño casi natural parecía dar a su falta de habla patético lenguaje, la debilidad de la única figura animada del cuadro, afectaron profundamente la imaginación del poeta y la sensibilidad de la mujer. Ya allí no pudo menos de aprovecharse de la sensación y pensó en el hermoso poema que podría trazar con aquellos materiales, si el cuarto hubiese sido más oscuro y la criatura quedara más abandonada; por

ejemplo: sentada al lado del féretro de su madre mientras gemía el viento en las altas torrecillas. De repente, oyó pasos en el portal y reconoció el ruido del bastón del coronel resonando en las baldosas.

Bajó rápidamente la escalera y encontró al coronel en el recibidor. Atronó sus oídos con la voluble y exagerada relación de su descubrimiento y Defirió indignada sus agravios.

-¡No me digáis que el enredo no estaba ya arreglado de antemano, pues sé que lo estaba! - decía a voces. -Y juzgad -añadió, -del corazón del infame, que abandona a su propia hija, de esta manera.

-¡Es una solemne desvergüenza! -tartamudeó el coronel sin la menor idea de lo que estaba hablando.

En la incapacidad de hallar motivo para la exaltación de su ídolo y de comprender su carácter, no sabía qué actitud tomar. Tartamudeó, resolló, se puso grave, galante, tierno, pero de un modo tan necio ó incomprendible que mistress Tretherick experimentó la dolorosa duda de que existieran naturalezas en perfecta afinidad.

-Es inútil -dijo mistress Tretherick con repentina energía contestando a una observación hecha en voz baja por el coronel, y retirando su mano de la vehemente presión de aquel hombre apasionado y antipático. -Es inútil; mi decisión esta ya tomada. Podéis mandar por mi maleta tan pronto como queráis, pero yo me quedaré aquí para poner frente a frente de este hombre la prueba do su villanía. Le pondré cara a cara con su infamia.

No me es dable decir si el coronel Starbottle apreciaba en todo su valor la prueba convincente de la infidelidad y perversión acusada y demostrada hasta la evidencia por el albergue concedido a la hija de Tretherick en su propia casa. Tenía, sin embargo, como un presentimiento vago de que un obstáculo imprevisto se oponía a la perfecta realización de los deseos de su sentimental naturaleza. Pero antes de que pudiera proferir palabra, Carree apareció en el descanso de la escalera, contemplando entre tímida o investigadora a la pareja.

-Es aquello -dijo febrilmente mistress Tretherick.

-¡Ah! - dijo el coronel con repentino arranque de afecto y alegría paternas chocantes por su falsedad y afectación. -¡Ah! ¡Bonita niña, bonita niña! ¿Cómo estás? ¿Cómo te va? ¿Estas bien, eh, hermosa? ¡Bonita niña!

El coronel volvió a cuadrarse en elegante actitud y a dar vueltas a su junco, hasta que se le ocurrió que estos medios de seducción eran acaso inútiles para con una criatura de seis o siete años,. Carree, sin embargo, no se fijó en estos cumplidos, sino que sofocó más aún al caballero coronel corriendo a toda prisa hacia mistress Tretherick, buscando protección en los pliegues de su falda. Sin embargo, el coronel no se dio por vencido.

Arrebatado por respetuosa admiración, hizo notar la admirable semejanza del grupo con la «Madona y el Niño» Mistress Tretherick se rió locamente, pero ya no rechazó como antes a Carree. Hubo una pausa embarazosa pero momentánea y luego mistress Tretherick haciendo a la niña un gesto significativo, dijo en voz baja:

-Adiós. No volváis aquí, pero... Id al hotel esta noche.

Alargó su mano; el coronel se inclinó ante ella con galantería y salió un momento después.

-Crees -dijo mistress Tretherick ruborizada y confusa, mirando al suelo y como dirigiéndose a los ojos rizos, apenas visibles por entre los pliegues de su vestido, -¿ crees que serás güena si te permito quedarte aquí conmigo?

-¿Y me dejarás llamarte mamá? -preguntó Carree, mirándola a la cara.

-¡Y te dejaré que me llames mamá! -respondió mistress Tretherick con forzada risa.

-Sí -dijo Carree con decisión.

Entraron juntas en el dormitorio. La mirada de Carree se fijó al momento en la maleta.

-¿Te vas otra vez, mamá? -dijo con una ojeada rápida o inquieta y agarrándose a su vestido.

-No...-dijo mistress Tretherick mirando por la ventana.

-Entonces es que solamente juegas a irte -dijo Carree riendo.
-Pues déjame jugar también.

Mistress Tretherick asintió, Carree voló al cuarto vecino y reapareció arrastrando una cajita, en donde comenzó gravemente a empaquetar sus vestidos. Mistress Tretherick observó que no eran muchos. Una o dos preguntas respecto de ellos, dieron motivo a nuevas respuestas de la niña, que en pocos minutos pusieron a mistress Tretherick al corriente de su temprana historia. Pero para obtener esto, mistress Tretherick vióse obligada a tomar a Carree en su regazo, durante las más íntimas confidencias.

Permanecieron así sentadas por largo tiempo, aun cuando ya mistress Tretherick no se interesaba en las declaraciones de Carree. Abandonada a sus pensamientos, dejó que la niña charlase, sin atenderla, deslizando los dedos por entre sus rojos rizos.

-No me tienes bien, mamá -dijo Carree finalmente después de cambiar una ó dos veces de posición.

-¿ Pues cómo he de tenerte? -preguntó mistress Tretherick, riendo entre divertida y enojada.

-Así -dijo Carree, y enroscándose pasó un brazo por el cuello de mistress Tretherick y descansó la mejilla en su seno. -Así... ¿ves?

Después de algunos preparativos, acurrucóse como un gatito, cerró los ojos y se durmió.

Durante unos momentos, la mujer permaneció silenciosa en aquella postura atreviéndose apenas a respirar, y luego fuese por motivo de alguna oculta simpatía nacida del contacto, o Dios sabe por qué, comenzó a estremecerla cierta idea. Recordó un antiguo dolor que había resuelto apartar de su memoria durante años enteros; recordó días de enfermedad y desconfianza, días de punzante terror por algo que debió evitar... y que evitó con horror y pesar mortales; pensó en un ser que podría haber existido... también ella hubiera tenido un hijo de la edad de Carree. Los brazos que se juntaban indiferentes en torno de la dormida criatura, comenzaron a temblar y a estrecharla en apretado abrazo. Y luego con un impulso profundo, potente, prorrumpió en

sollozos, y atrajo hacia su seno a la niña una y otra vez, como si quisiese sustituirla a la que allí guardara. Y pasó la borrasca que la estremecía, deshaciéndose en un torrente de lágrimas.

Una ó dos gotas cayeron sobre los rizos de Carree, que se movió inquieta en su sueño. Pero otra vez la tranquilizó. ¡Era tan fácil hacerlo entonces! y permanecieron allí tan silenciosas y solitarias, que parecían formar parte de la solitaria y silenciosa morada. Pero, como en la casa alegremente iluminada por los rayos del sol, la apariencia de soledad y abandono no llevaba consigo la vejez, la decadencia ni la desesperación.

El coronel Strabottle esperó en vano toda aquella noche en el hotel de Fiddletown, y a la mañana siguiente, cuando Mr. Tretherick regresó a su casa, la encontró vacía y sin habitantes, a no ser tales las motas y rayos de sol.

II

Cuando se supo que mistress Tretherick había huido definitivamente, llevándose la hija de mister Tretherick, se conmovió Fiddletown y hubo sobre el caso diversidad de opiniones. *El Noticiero* de Dutch Flat, aludía abiertamente al «rpto violento» de la niña, con la misma desenvoltura y severidad con que criticara la poesía de la raptora. El público del sexo de mistress Tretherick, y una fracción del sexo opuesto, formado, sin embargo, por personas de poco carácter, adoptaba la opinión de *El Noticiero*. Pero los más no deducían del acto consecuencias morales; les bastaba saber que mistress Tretherick había sacudido de sus primorosas zapatillas el encarnado polvo de Fiddletown; lamentaban más bien la pérdida de la bella raptora que su crimen. Muy pronto se desentendieron de Tretherick, el ofendido esposo y padre desconsolado, y pusieron en duda la sinceridad de su dolor; pero guardaron su cómica compasión para el coronel Starbottle, abrumando a este hombre excelente, con intempestiva simpatía

manifestada en las tabernas, salones públicos y otros lugares no menos impropios para tales demostraciones de sentimiento.

-Coronel, siempre fue inconstante esa mujer -decía un amigo compasivo con afectado interés y plañidero tono -y es natural que un día se haya escapado del bruto de su marido; pero que os dejo a vos, coronel, que realmente os haya burlado, esto es lo que me sorprende. Y dicen que estuvisteis rondando por el hotel toda la noche, y que os paseasteis por aquellos corredores y subisteis y bajasteis las escaleras, y como alma en pena vagasteis por aquella plaza, ¡y todo ello para nada!

Otra alma generosa y compasiva vertió nuevo bálsamo en las heridas del coronel.

-Figuraos que esos títeres de por ahí pretenden que mistress Tretherick consiguió de vos que encargaseis con su maleta y la niña desde la casa hasta el despacho de la diligencia, y que el galán que se marchó con ella os dio las gracias ofreciéndoo una moneda y que os ocuparía a la primera ocasión, porque le gustaba vuestro trato... ¿por supuesto que todo ello será falso? Esta bien; ya sabré yo contestar a esos deslenguados. Celebro haberos encontrado, pues la mentira corre que vuela.

Sin embargo, y felizmente para la reputación de mistress Tretherick, el criado chino de su marido, único testigo ocular de la fuga, refirió que sólo la niña la acompañaba. Dijo, además, que, obedeciendo a sus órdenes, había hecho parar la diligencia de Sacramento y ajustado asiento para ambas hasta San Francisco. Verdad es que el testimonio de Ah-Fe no era de ningún valor legal, más nadie lo puso en duda.

Los que más dudaban de la veracidad pagana reconocieron en este caso la más desinteresada indiferencia por parte del chino. Pero, a juzgar por un pasaje hasta ahora desconocido de esta verídica crónica, se equivocaban.

Habían transcurrido unos seis meses desde la desaparición de mistress Tretherick. Ah-Fe trabajaba un día, como de costumbre, en el

terreno de Tretherick, cuando dos chinos que pasaban lo llamaron. Eran mineros provistos de largos palos y cestos para sus usuales excursiones. Entablóse animada conversación entre Ah-Fe y sus hermanos mongoles, una de esas conversaciones características, parecidas a una disputa por sus precipitados chillidos, que hacen la delicia y provocan el desprecio de los inteligentes caucasianos, que no comprenden una sola palabra de ellas. Así, por lo menos juzgaban su jerigonza pagana mister Tretherick desde su mirador y el coronel Starbottle que pasaba. El galante coronel los sacó lisa y llanamente de su camino con un puntapié, y el irritado Tretherick, con una blasfemia, tiró una piedra al grupo y lo disolvió. Pero no antes de que hubiesen trocado una ó dos tirillas de papá de arroz amarillo con jeroglíficos, y de pasar a manos de Ah-Fe un paquetito. Abriólo Ah-Fe en la soledad de su cocina, y descubrió un delantal de niña, recientemente lavado y planchado. En un ángulo del dobladillo tenía las iniciales C. T. Ah-Fe lo escondió en un pliegue de su blusa, y prosiguió lavando sus platos en el fregadero con cándida sonrisa de satisfacción.

Dos días después, Ah-Fe se presentó a su amo.

-Yo no gustar Fiddletown. Yo muy enfermo. Yo marchay ahora.

Mr. Tretherick lo mandó a todos los demonios. Ah-Fe lo contempló plácidamente y se retiró.

Empero, antes de marcharse de Fiddletown, hallóse por casualidad al coronel Starbottle y se le escaparon algunas frases incoherentes que interesaron al tal caballero. Cuando hubo terminado, el coronel le entregó una carta y una moneda de oro de veinte pesos.

-Si me trae una contestación duplicaré esto: ¿entiende, John?

Ah-Fe movió afirmativamente la cabeza. Una entrevista, igualmente casual y precisamente con idéntico resultado, tuvo lugar entre Ah-Fe y otro caballero, el joven editor de *El Alud*. Sin embargo, sientio verme obligado a manifestar que, al ponerse en camino, Ah-Fe rompió tranquilamente el sello de ambas cartas, y después de intentar leerlas al revés y de lado, las dividió por fin en cuadritos

primorosamente cortados, y en tal disposición los vendió por una bagatela a un hermano celestial que encontró por el camino. No es para descrita la pesadumbre del coronel Starbottle al descubrir en la cara blanca de uno de estos cuadritos, que llegó a sus manos con la ropa blanca de la semana, la cuenta de su lavadero, y al cerciorarse de que los restantes trozos de la carta circulaban por igual método entre los clientes del lavadero chino de un tal Fung-Fi. Sin embargo, estoy persuadido de que este abuso de confianza halló cumplido castigo en las dificultades que acompañaron la peregrinación de Ah-Fe.

En el camino de Sacramento fue por dos veces arrojado de la vaca de la diligencia abajo por un caucasiano civilizado, pero borracho a más no Poder, a cuya dignidad repugnaba la compañía de un fumador de opio. En Hangtown, un transeúnte le cascó para dar una sencilla prueba de la supremacía cristiana. En Dutch Flat le robaron manos muy conocidas por motivos desconocidos. En Sacramento lo arrestaron por sospecha de ser esto o lo otro y lo pusieron en libertad después de una severa reprimenda, probablemente porque no era lo que buscaban y entorpecía de esta manera el curso de la justicia. En San Francisco lo apedrearon los niños de las escuelas públicas; pero evitando cuidadosamente estos monumentos de la ilustración y del progreso, llegó por fin en relativa seguridad a los barrios chinos, donde los abusos contra él quedaban al menos inscriptos por la policía y limitados por el fuerte brazo de la ley.

Al día siguiente entró en el lavadero de Chy-Fook como asistente, y el viernes próximo fue enviado con un cesto de ropa limpia a los varios clientes de la casa.

Era una de esas tardes de niebla, uno de estos días descoloridos, grises, que desmienten el nombre del verano para cualquiera, excepto para la exaltada imaginación de los ciudadanos de San Francisco. Ah-Fe trepaba por la larga colina de California Street, barrida por el viento; no se sentía la temperatura ni se distinguía el color en la tierra ni en el cielo; ni luz al exterior ni sombra por dentro de los edificios,

sólo sí un tinte gris, monótono, universal, tendido sobre todo. Febril agitación reinaba en las calles barridas por el viento, y, por el contrario, un sombrío silencio en las casas. Cuando Ah-Fe hubo llegado a la cima de la cuesta, la colina de la Misión se ocultaba ya a su vista y la fresca brisa del mar lo hacía tiritar. Descargóse de su cesto para descansar. Es posible que para su limitada inteligencia y desde el punto de vista pagano, el «clima de Dios» como solemos llamarlo, no brindaba con las dulzuras, suavidad y misericordia que se le suponen. Acaso Ah-Fe confundiera ¡lógicamente los rigores de la estación con los de sus perseguidores, los niños de las escuelas, que libres a esta hora del instructivo encierro, eran mucho más agresivos. De manera que siguió su camino apresuradamente, y, volviendo una esquina, detúvose por fin delante de una casa.

Era ésta una de las ordinarias casuchas de San Francisco, precedida de un mezquino, plantío de arbustos, con su terraza al frente y luego por encima de ésta el feo balcón al cual nadie se sentaba. Ah-Fe tiró de la campanilla; apareció una criada; echó una mirada a su cesto y lo admitió con repugnancia como ¡si fuera un animal doméstico molesto pero necesario. Ah-Fe subió silenciosamente las escaleras, entróse hacia el aposento delantero, dejó el cesto y esperó en el umbral.

Una mujer sentada a la fría y agrisada luz de la ventana, con una niña en la falda, levantóse con indiferencia y se fue hacia él. Al momento reconoció Ah-Fe a mistress Tretherick, pero no se alteró un solo músculo de su cara, ni sus oblicuos ojos se animaron al encontrarse plácidamente con los de su señora. Evidentemente ella no lo reconoció, pues empezó a contar la ropa. Pero la niña, examinándolo con curiosidad, profirió de repente un repentino grito de alegría:

-¡Ay, mamá, si es John! Es nuestro John, el que teníamos en Fiddletown.

Por un instante los ojos y los dientes de Ah-Fe brillaron con eléctrica conmoción. La criatura palmoteó y le cogió por la blusa. Luego dijo, rápidamente:

-Yo, John, Ah-Fe, todo es uno. Yo conocer a ti. ¿Cómo va?

Mistress Tretherick dejó caer con espanto la ropa y miró a Ah-Fe.

No teniendo para él el cariño que avivaba la percepción de Carree, no podía distinguirlo aún de sus camaradas. Recordó la pasada pena y con vaga sospecha de un peligro inminente, le preguntó cuando se había marchado de Fiddletown.

-Mucho tiempo. No gustar Fiddletown. No gustar Tlevelick. Gustar San Flisco. Gustar lavar. Gustar Tally¹⁷.

El laconismo de Ah-Fe agradó a mistress Tretherick. No se detuvo a reflexionar qué influencia tenía en su buena intención y sinceridad el imperfecto conocimiento del inglés. Pero dijo:

-No digáis a nadie que me habéis visto.

Y sacó su portamonedas.

Ah-Fe sin mirarlo, vio que estaba casi vacío; sin escudriñar el aposento, observó que estaba pobremente amueblado y sin apartar su vista del techo, notó que mistress Tretherick y Carree vestían pobremente. Sin embargo, debo confesar que los largos dedos de Ah-Fe apretaron de firme el medio duro que mistress Tretherick le ofreció.

Luego comenzó a registrar los pliegues de su blusa entre extrañas contorsiones. Después de algunos momentos sacó de Dios sabe dónde un delantal de niña, que colocó sobre el cesto, diciendo al mismo tiempo:

-Olvidar una pieza lavadero.

Luego comenzó de nuevo su registro. Finalmente el éxito coronó al parecer sus esfuerzos; sacó de su oreja derecha un pedazo de papel de seda en múltiples dobleces. Desdoblándolo cuidadosamente,

¹⁷ Diminutivo de Carolina alterado.

descubrió por fin dos monedas de oro de a veinte pesos que alargó a mistress Tretherick.

-Usted dejar dinero encima bluló¹⁸ Fiddletown, yo encontrar dinero. Yo traer dinero a usted corriente.

-¡Pero yo no dejó dinero alguno encima del *bureau*, John! -dijo mistress Tretherick con sinceridad. -Debe haber equivocación. Pertenece a otra persona. Llévate, John.

La frente de Ah-Fe se nubló. Apartó la mano de mistress Tretherick que le tendía el dinero y procedió rápidamente a recoger su cesto.

-Yo no devolver. No, no. Luego prenderme un *policeman*¹⁹. El dice: Dios maldiga ladrón, tomar cuarenta pesos, no cárcel. Yo no devolver. Vos dejar dinero arriba bluló Fiddletown. Yo traer dinero. Yo no devolver.

Mistress Tretherick dudaba que en su precipitada huida hubiese dejado el dinero como él decía. Sea como fuere, no tenía el derecho de poner en peligro la seguridad de este honrado chino, rehusándolo; de manera que dijo:

-Muy bien, John, me quedaré con él; pero has de volver a verme.

Mistress Tretherick titubeó. Por vez primera se le ocurrió que un hombre pudiera desear ver a otra que no fuera ella.

¡A mí, y... a Carree!

La fisonomía de Ah-Fe se iluminó. Hasta profirió en una corta risa de ventrílocuo sin mover la boca. Luego echándose la cesta al hombro cerró cuidadosamente la puerta y se deslizó tranquilamente escaleras abajo. Sin embargo, a la salida tropezó con una dificultad inesperada al abrir la puerta, y después de forcejear un momento en la cerradura inútilmente, miró en torno suyo como en demanda de auxilio o explicación. Pero la camarera irlandesa que le había facilitado la

¹⁸ Por *bureau*.

¹⁹ Agente de policía.

entrada no se dignó comparecer. Ocurrió entonces un incidente misterioso y sensible, que relatara sencillamente sin esforzarme en explicarlo. En la mesa de la entrada había un pañuelo de seda, propiedad, sin duda, de la criada a quien acabo de aludir. Mientras Ah-Fe tentaba el cerrojo con una mano, descansaba ligeramente la otra en la mesa. De repente, y al parecer por impulso espontaneo, el pañuelo comenzó a deslizarse poco a poco hacia la mano de Ah-Fe. Desde la mano de Ah-Fe siguió hacia dentro de su manga, lentamente y con un movimiento pausado como el de la serpiente, y luego desapareció en alguno de los repliegues de su blusa. Sin manifestar el menor interés por este fenómeno, Ah-Fe repetía aún sus tentativas sobre el cerrojo. Un momento después el tapete de damasco encarnado, movido acaso por igual impulso misterioso, se recogió poco a poco bajo los dedos de Ah-Fe y desapareció ondulando suavemente por el mismo escondido conducto. ¿Qué otros misterios podrían haber seguido? No me es dable decirlo, pues en aquel momento descubrió Ah-Fe el secreto del cerrojo y pudo abrir la puerta, coincidiendo esto con el ruido de pasos que se oía en la escalera de la cocina. Ah-Fe no apresuró su salida, sino que cargando pausadamente con el cesto, cerró con todo cuidado la puerta tras de sí, y penetró en la espesa niebla que cubría entonces cielo y tierra.

Desde su ventana contempló mistress Tretherick la figura de Ah-Fe hasta que desapareció en la agrisada nube. En su presente abandono sintió por él vivo reconocimiento y acaso mistress Tretherick, como siempre, poética y sensible, atribuyó a profundas emociones y a la conciencia satisfecha de una buena acción, el ahuecamiento del pecho del chino, que en realidad era debido a la presencia del pañuelo y del tapete debajo de la blusa. A medida que con la noche, la neblina gris se hacía más densa, mistress Tretherick estrechaba a Carree contra su seno. Olvidando la charla de la criatura, siguió entre sentimentales recuerdos y egoístas consideraciones a la vez amargas y peligrosas. La aparición repentina de Ah-Fe la unía de nuevo con su pasada vida de Fiddletown; la senda recorrida desde

aquellos días era por demás triste y sembrada de abrojos; llena de obstáculos y de espinas é invencibles dificultades. No fue, pues, maravilla que por fin Carree cesara repentinamente a la mitad de sus infantiles confidencias, para echar sus bracitos en torno del cuello de la pobre mujer, y le suplicara que no llorase.

Dios me libre de emplear una pluma que debe dedicarse siempre a la exposición de principios morales inalterables, en transcribir las especiosas teorías de mistress Tretherick sobre esta época y su conducta que defendía con débiles paliativos, ilógicas deducciones, tiernas excusas y débiles apologías. Sin embargo, las circunstancias fueron durísimas. Su escaso caudal agotóse muy pronto. Descubrió en Sacramento que los versos, aunque elevan a las emociones más sublimes del corazón humano, y merecen la mayor consideración de un editor en las paginas de un periódico, son insuficiente recurso para los gastos de una señora y de una, niña. Recurrió luego al teatro, pero fracasó por completo. Quizá su concepto de las pasiones fuese diferente del que profesaba el auditorio de Sacramento, pero lo cierto es que su bella presencia, encantadora y de tanto efecto a corta distancia, no era bastante acentuada para la luz de las candilejas. No le faltaron admiradores en su gabinete, pero no despertó en el público afecto duradero. En este apuro recordó que tenía voz de contralto, de no mucha extensión y poco cultivada, pero sumamente dulce y conmovedora. Por fin, logró una plaza en un coro de iglesia. La sostuvo durante tres meses, muy en su provecho pecuniario, y, según se decía, a satisfacción de los caballeros de los últimos bancos que volvían la cara hacia ella durante el canto del último himno.

La recuerdo perfectamente en esta época. La luz que descendía desde la ventana del coro de San Dives, solía acariciar dulcemente las tupidas masas de cabello castaño de su hermosa cabeza y los negros arcos de sus cejas, y obscurecía bajo la sombra de las sedosas pestañas sus aterciopelados ojos. Era muy agradable observar el abrir y cerrar de aquella boquita finamente perfilada mostrando rápidamente una sarta de perlas en sus blancos dientecitos, y ver cómo sonrojaba la

sangre su mejilla de raso: porque mistress Tretherick era por demás sensible a la admiración que causaba y a semejanza de la mayor parte de las mujeres bonitas se recogía bajo las miradas lo mismo que un caballo de carrera bajo la espuela.

Y luego, naturalmente, vinieron los disgustos. Lo sé por boca de una soprano (mujercita algo más que despreocupada en las cuestiones de su sexo). Díjome que la conducta de mistress Tretherick era poco menos que vergonzosa; que su vanidad era inaguantable; que, si consideraba a los demás del coro como esclavos, ella, la soprano, quería saberlo; que su conducta con el bajo el domingo de Pascua había atraído la atención de todos los fieles, y que ella misma había visto cómo el reverendo Cope la miraba dos veces durante la función; que sus amigos (los de la soprano) se habían opuesto a que cantara en el coro con una mujer que había pisado las tablas, pero que ella transigía en esto. Sin embargo, sabía de buena tinta, que mistress Tretherick se había fugado de su marido, y que la niña de cabello rojo que algunas veces llevaba al coro, no era suya. El tenor le confió un día, detrás del órgano, que mistress Tretherick poseía un medio para sostener la nota final de cada frase al objeto de que su voz quedara por más tiempo en el oído de la congregación, acto indigno que sólo podía atribuir a un carácter inmoral y vicioso; que el tenor, dependiente muy conocido de una quincallería en los días laborables, y que cantaba los domingos, no la soportaría por más tiempo, como hombre que era. Sólo el bajo, un alemán pequeño, de pesada voz que debía avergonzarlo, defendía a mistress Tretherick y se atrevió a decir que tenían celos de ella, porque era bonita.

Llegaron finalmente al colmo estas diferencias en una querella descarada, en la que mistress Tretherick hizo uso de su lengua con tal precisión de argumentos y de epítetos que la soprano estalló en un ataque histérico, y su marido y el tenor tuvieron que sacarla en brazos del coro. Esta escena intencionada llegó a conocimiento de los parroquianos por la supresión del solo acostumbrado de la soprano. Mistress Tretherick volvió a casa sonrojada por el triunfo, pero al

llegar a su habitación rechazó a Carree diciendo que desde entonces eran mendigas; que ella, su madre, acababa de quitarle su último bocado de pan, y terminó rompiendo en un torrente de lágrimas de arrepentimiento. No acudían éstas a sus ojos tan fácilmente como en los pasados y poéticos días, pero cuando las vertía era con el corazón desgarrado. Volvió en sí al anuncio de la visita de un *vestryman*, del comité musical. Mistress Tretherick enjugó sus largas pestañas, atóse al cuello una cinta nueva, y bajó a la sala. Allí permaneció dos horas; eso pudiera ocasionar habladurías a no estar el buen hombre casado y con hijas mayores. Cuando mistress Tretherick volvió a su cuarto, tarareaba mirándose al espejo y riñó a Carree. Pero conservó su colocación en el coro.

Sin embargo, no fue por mucho espacio. Andando el tiempo las fuerzas del enemigo recibieron poderoso auxilio en la persona de la esposa del *committee-man*. Dicha señora visitó a varios de los feligreses y a la familia del doctor Cope. El resultado fue, que en una junta posterior del comité musical, se decidió que la voz de mistress Tretherick no era adecuada a la capacidad del edificio y fue invitada a presentar su renuncia.

Así lo hizo. Dos meses hacía que estaba sin colocación y sus escasos medios se hallaban casi agotados, cuando Ah-Fe derramó en sus manos el inesperado tesoro.

III

La niebla gris se hizo más intensa con la noche, y los faroles entraron temblando a la vida, mientras mistress Tretherick, absorta en dolorosos recuerdos, permanecía aún tristemente asomada a su ventana. No reparó siquiera que Carree se había escurrido de la sala, y su bullicioso regreso llevando en la mano el periódico de la noche, húmedo aún, hizo volver en sí y a los apuros del presente a mistress Tretherick. La pobre mujer solía examinar minuciosamente los anuncios con la efímera esperanza de hallar entro ellos proposiciones

para un empleo (no sabía cuál) que pudiera proveer a sus necesidades, y Carree se había fijado en esta costumbre.

Mistress Tretherick cerró maquinalmente los postigos, encendió las luces y abrió el periódico.

Su vista se fijó instintivamente en el siguiente párrafo de la columna de telegramas:

«Fiddletown, 7. -Mister James Tretherick, persona muy conocida en este lugar, murió anoche de *delirium tremens*. Mister Tretherick se entregaba a desarregladas costumbres, ocasionadas, según se dice, por disgustos domésticos»Mistress Tretherick no se afectó. Volvió tranquilamente la pagina y miró de soslayo a Carree. La niña estaba absorta en un libro. Mistress Tretherick no dijo palabra, pero durante el resto de la noche permaneció silenciosa y absorta contra su costumbre.

Cuando Carree estuvo ya acostada, mistress Tretherick cayó de repente de rodillas junto a la cama, y cogiendo entre las manos la encendida cabeza de la niña, lo preguntó:

-¿ Te gustaría tener otro papá, mi querida Carree?

-No -dijo Carree, después de meditar un momento.

-Quiero decir un papá que ayudase a mamá y te cuidara con amor, que te diese bonitos vestidos, para hacer de ti una señora cuando seas mayor.

Carree volvió hacia ella sus somnolientos ojos.

-¿Y a ti, mamá, te gustaría?

Mistress Tretherick se sonrojó hasta la raíz de los cabellos.

-Duerme -dijo bruscamente, y le volvió la espalda.

Pero hacia la media noche la niña sintió dos tiernos brazos que la estrechaban contra un pecho palpitante, conmovido y desgarrado por los sollozos.

-¡No llores, mamá! -murmuró Carree, recordando como en ensueños la pasada conversación. No llores. Creo que me gustaría un nuevo papá si te quisiera mucho... mucho... mucho!

Con sorpresa general, un mes más tarde, se casó mistress Tretherick. El afortunado novio era un tal Starbottle, coronel elegido recientemente para representar el condado de Calaveras en Consejo Legislativo del Estado. Como no es posible relatar el acontecimiento en lenguaje más escogido que el del corresponsal del *Globo de Sacramento*, citaré algunas de sus graciosas frases:

«Las implacables flechas del pícaro dios se ensañan estos días en nuestros galantes salones: hay ya un desgraciado más.

»Esta última víctima es el honorable A. Starbottle de Calaveras, cautivo hoy de una bellísima hada, viuda, un tiempo sacerdotisa de Thespis, y hasta hace poco, émula de Santa Cecilia, en una de las iglesias más a la moda de San»Francisco, donde disfrutaba de un crecido sueldo»

El Noticiero de Dutch Flat comentó el suceso con la poca aprensión característica de una prensa libre.

El nuevo caballo de batalla de los demócratas de Calaveras, acaba de llegar a la legislatura con un nuevo proyecto. Tratase de la conversión del nombre Tretherick en el de Starbottle. Por allí llaman a eso una *fe*, de casamiento. Hace un mes que murió Mr. Tretherick; pero es de suponer que el intrépido coronel no tiene miedo a los duendes».

Decir que la victoria del coronel fue fácilmente obtenida, sería no hacer justicia a mistress Tretherick.

A la natural timidez de la señora, se añadía el obstáculo de un rival, acomodado empresario de honras fúnebres, de Sacramento, a quien debió cautivar mistress Tretherick, en el teatro o en la iglesia, ya que los hábitos profesionales del galán lo excluían del ordinario trato social y de todo otro que no fuese público y ceremonioso. Como este caballero poseía una bonita fortuna adquirida en la propicia ocasión de una larga y terrible epidemia, el coronel lo tenía por rival peligroso. Afortunadamente, el empresario de honras fúnebres hubo de ejercer su profesión en la persona de un senador, colega del coronel, a quien la pistola de éste mató en un lance de honor, y sea que temiese la

rivalidad por consideraciones físicas, ó bien que calculase con prudencia que el coronel podía procurarle clientes, ello fue que dejó el campo libre.

La luna de miel fue corta, y terminó con un incidente imprevisto. Durante el viaje de bodas, confiaron a una hermana del coronel Starbottle el cuidado de Carree. A su regreso a la ciudad, mistress Starbottle determinó inmediatamente visitar a mistress Culpepper, para traerse la niña a casa.

El coronel Starbottle, desde hacía algún tiempo daba muestras de inquietud que se esforzaba en vencer por medio del uso repetido de bebidas fuertes, pero al fin se decidió, abrochóse estrechamente la levita, y después de pasear el cuarto una o dos veces con paso inseguro, detúvose de repente ante su esposa con aire imperioso.

-He diferido -dijo el coronel, con labio balbuciente y afectada majestad que aumentaba su miedo interior -he diferido, es decir, he suspendido hasta el último momento la revelación de un hecho que es mi deber comunicarte. No quise nublar el sol de nuestra mutua felicidad... no quise marchitar nuestras tiernas promesas en flor, ni obscurecer el cielo conyugal con una explicación desagradable, pero debo hacerlo... ¡vive Dios!... Señora... debo hacerlo hoy. ¡La niña está fuera!

-¡Fuera! -repitió mistress Starbottle.

Algo había en el tono de su voz, en el repentino estrabismo de sus pupilas, que en un momento disipó los vapores alcohólicos en la cabeza del coronel y encogió su gallardo pecho.

-Todo lo explicaré en un minuto -dijo moviendo la mano en ademán conciliador -todo se explicara. El... el... el... melancólico suceso que precipitó nuestra felicidad, la misteriosa Providencia que te libertó, libertó la niña también! ¿Comprendes? Libertó a la niña. Desde el momento en que murió Tretherick, el parentesco que por él os uniera, murió también. Esto es claro como la luz. ¿A quién pertenece la niña? ¿A Tretherick? Tretherick ha muerto. La niña no puede pertenecer a un muerto. Es una solemne tontería pretender que

pertenece a un muerto. ¿Es vuestra hija? ¿No? ¿De quién, pues? La niña pertenece a su madre. ¿Estamos?

-¿Dónde está? -dijo mistress Starbottle pálida y con voz concentrada.

-Todo lo explicara. La niña pertenece a su madre. Esto es claro como la luz. Yo soy abogado, legislador y ciudadano americano. Mi deber como abogado, legislador y ciudadano americano, es restituir la niña a su afligida madre... sea cual fuere el precio... sea cual fuere.

-¿Dónde esta? -repitió mistress Starbottle, fija todavía la vista en el semblante del coronel.

-En camino para reunirse con su madre; partió para el Este, ayer, en el vapor. Transportada por favorables vientos hacia su afligida madre. Allí esta.

Mistress Starbottle permaneció inmóvil. El coronel sintió que su pecho se encogía poco a poco, pero, se apoyó contra una silla, ~ se esforzó en ostentar una galantería caballeresca, unida a la severidad de magistrado.

-Estos sentimientos, señora, honran a vuestro sexo, pero considerad la situación, considerad los sentimientos de una madre, considerad mis propios sentimientos.

Calló el coronel y sacando un pañuelo blanco lo pasó descuidadamente sobre su pecho y luego se sonrió cínicamente a través de sus pliegues de encale.

-¿Por qué una leve sombra ha de nublar la armonía de dos almas que mueve un solo pensamiento? ¡La niña es hermosa, es buena, pero al fin y al cabo es hija de otro! La niña se fue, Clara, pero no todo se fue con ella. ¡Clara, considera, querida, que siempre me tendrás a mí!

-Mistress Starbottle se levantó precipitadamente.

-¡Vos! -gritó con una nota de pecho que hizo vibrar los cristales.
-¡Vos, con quien me casé para que mi querida niña no muriese de hambre! ¡Vos, perro, al que llamó a mi lado para alejar de mí a los hombres! ¡Vos!...

Se ahogaba. Precipitóse en el cuarto vecino, que ocupara Carree; luego pasó rápidamente a su propio dormitorio, y apareció de repente ante él, erguida, amenazadora, con un fuego abrasador en los pómulos, fruncidas las cejas y contraído los labios. Parecióle al coronel que su cabeza se achataba y se deprimía su boca como la de la serpiente.

-¡Oídmeme! - dijo con voz ronca y varonil -¡Oídmeme! Si deseáis alguna vez fijar vuestra vista en mí, traedme antes a la niña. Si alguna vez queréis hablarme o acercaros, tenéis que devolvérmela. Donde ella vaya, allá iré, yo, ¿oís? ¡Allá donde ella ha ido, buscadme a mí!

Pasó otra vez por delante de él furiosa, hacia fuera los brazos desde los codos abajo, como si se librara así de vínculos imaginarios, y arrojándose en su cuarto cerró con violencia la puerta y dio vuelta a la llave.

El coronel Starbottle, aunque no era cobarde, sentía para una mujer enojada un miedo supersticioso; retrocedió para dejarle libre el paso y fue a rodar impotente por el sofá. Allí, después de uno o dos esfuerzos infructuosos para ponerse en pie, permaneció inmóvil, profiriendo de vez en cuando protestas mezcladas -con blasfemias incoherentes, hasta que por fin sucumbió al cansancio de la emoción, y al narcotismo de las libaciones.

En tanto, mistress Starbottle recogía excitada sus joyas, y hacía su maleta como ya otra vez la hiciera en el transcurso de esta extraordinaria historia. Acaso un recuerdo de aquella escena vagaba por su mente, pues repetidas veces se detuvo para apoyar las encendidas mejillas en su mano, como si otra vez debiese aparecer la figura de la niña, de pie en el umbral y repitiendo con voz infantil la antigua pregunta: - ¿Es mamá? -Pero este nombre le atormentaba ahora cruelmente. Arrancólo de su imaginación con un rápido y apasionado gesto y enjugó una lagrima que temblaba en sus pestañas.

Y luego, la casualidad quiso que removiendo sus ropas diese con una zapatilla de la niña, con una de las cintas rota. Lanzó un grito horrible, el primero que había proferido aquel día, y la estrecho contra su pecho, besándola apasionadamente una y otra vez; mecióla con ese

movimiento maternal propio de la mujer, y después la llevó hasta la ventana, para verla mejor a través de las lágrimas que bañaban sus ojos. De súbito sufrió un fuerte ataque de tos que intentó ahogar llevando el pañuelo a sus calenturientos labios: Y luego sintió que desfallecía; parecióle que la ventana huía delante de ella, que el suelo se hundía bajo sus pies, y tambaleándose llegó a la cama, cayó boca abajo sobre ella estrechando convulsivamente contra su pecho la zapatilla y el pañuelo. Estaba horriblemente pálida; las órbitas de sus ojos se oscurecían, y en sus labios apareció una mancha roja, otra en su pañuelo y, por fin, otra sobre el blanco cubrecama.

El viento levantóse con fuerza, sacudió las celosías y agitó las blancas cortinas de un modo fantástico; después, una niebla gris se deslizó suavemente por encima de los tejados, acariciando las paredes barridas por el viento y envolviéndolo todo en luz incierta o imponente calma...

Ella yacía inmóvil; a pesar de todas sus desdichas era una bellísima desposada, pero al otro lado de la puerta, cerrada con cerrojo, el novio roncaba tranquilamente en su lecho improvisado.

IV

La semana anterior a la Navidad del año 1870, el pequeño pueblo de Génova, en el Estado de Nueva York, ponía de manifiesto aún más que de costumbre, la amarga ironía del nombre que le dieran sus fundadores y padrinos. Una fuerte nevada blanqueaba matorrales, plantas, paredes y palos de telégrafo ponía estrecho cerco a la dulce capital italiana, se arremolinaba alrededor de las enormes columnas dóricas de madera en la Casa de Correos y en el hotel, suspendíase de las persianas verdes de las mejores casas y empolvaba las siluetas angulosas, rígidas y oscuras de sus calles. Las cuatro principales iglesias de la ciudad se alzaban abruptas rompiendo la línea de las casas, y escondían sus disformes torres en el bajo torbellino. Cerca de la estación la nueva capilla metodista, semejante a una enorme

locomotora, precedida a manera de salvavidas de su piramidal escalinata, parecía esperar que algunas casas se le agregaran para irse a un lugar más agradable. Pero el orgullo de Génova, el gran Instituto Crammer, para señoritas, dominaba la avenida principal con su desnuda fachada de ladrillo y su majestuosa cúpula. El Instituto Crammer no desmentía su carácter de establecimiento público; desde cualquier punto de la ciudad se divisaba fácilmente un visitante en su escalera, y una cara bonita en sus ventanas.

El chillido de la locomotora del expreso septentrional de las cuatro, atrajo a la estación a muy pocos de sus habituales y desocupados concurrentes. Un solo pasajero bajó y se dirigió en el solitario trineo hacia el Hotel de Génova. Y luego el tren huyó indiferente como todos los trenes expresos, por la curiosidad humana; volvió el vacío furgón de equipajes a su cochera y el jefe de la estación cerró la puerta con llave y se fue a casa.

El silbido de la locomotora despertó la culpable conciencia de tres señoritas del Instituto Crammer, que en aquel momento se regalaban en una calle vecina, en la pastelería de mistress Phillips. El admirable reglamento del Instituto dejaba amplio desarrollo a la naturaleza física y moral de sus alumnas; en público se conformaban con sus excelentes reglas de dieta, pero privadamente se permitían antirreglamentarios festines con las golosinas de su abastecedor particular del pueblo; asistían a la iglesia con formalidad ejemplar, pero coqueteaban durante el oficio divino con los petimetres del pueblo; en las clases recibían severa y moral instrucción y durante el asueto devoraban las más insulsas novelas. El resultado de esta doble enseñanza era una agrupación de jóvenes robustas, alegres y encantadoras que daban infinito crédito al Instituto. Mistress Phillips, a pesar de que le debían importantes sumas, alababa el buen humor y belleza juvenil de sus parroquianas y declaraba que la vista de estas señoritas la rejuvenecía, pero se sospechaba de ella que favoreciese las excursiones clandestinas que hacían sin escrúpulo.

-¡Señoritas! las cuatro; si no estamos de vuelta para las oraciones, nos echaran de menos dijo levantándose, la más alta de estas vírgenes locas, muchacha de nariz aguileña y maneras resueltas, que revelaban al jefe de la excursión.

-¿Tienes los libros, Addy?²⁰

Addy enseñó debajo de su impermeable tres libros de apariencia no muy santa.

-¿Y las provisiones, Carree?

Carree mostró un paquete de aspecto sospechoso en su saquito.

-Esta bien, pues. Vamos, chicas, en marcha. Ponedlo en cuenta -añadió saludando con la cabeza a la huésped, mientras se adelantaban hacia la puerta. -Os pagaré cuando me llegue el trimestre.

-No, Kate²¹ -repuso Carree, sacando su portamonedas -déjame pagar, me toca a mí.

-Jamás -dijo Kate, arqueando soberanamente sus negras cejas, -ya sé que tienes ricos parientes en California que te envían puntualmente fondos, pero no quiero. Vamos, chicas, adelante, ¡marchen!

Al abrir la puerta, una ráfaga de viento casi las levantó del suelo. La bondadosa mistress Phillips se asustó.

-i Por vida mía, señoritas, no deberíais salir con este tiempo. Más vale que me dejáis mandar un recado al Instituto y os arreglaré una buena cama en la sala.

Pero la última frase se perdió en el coro de chillidos medio ahogados, que arrojaban las niñas, cogidas de la mano, lanzándose en mitad del temporal. Muy pronto fueron envueltas en su torbellino.

Las breves horas de aquel día de diciembre, que no alumbraban los vivos colores de la puesta del sol, terminaban rápidamente; anochecía, y en el aire giraban densos copos de nieve. Los bríos de la

²⁰ Diminutivo de Adelaida.

²¹ Diminutivo de Catalina.

juventud y su inexperiencia daban a las muchachas resolución; pero osaron atravesar el campo por un atajo para evitar los recodos de la calle Mayor, y la risa expiró en sus labios y las lágrimas comenzaron a apuntar en los ojos de Carree. Cuando volvieron al camino, estaban abrumadas de cansancio.

-Volvámonos -dijo Carree.

-No podríamos cruzar ya otra vez el campo - dijo Addy.

-Parémonos, pues, en la primera casa -dijo Carree.

-La primera casa -dijo Addy, mirando a través de la naciente obscuridad es del squire Robinson.

Y echó a Carree una mirada picaresca que hasta en su inquietud y miedo hizo acudir rápidamente la sangre a las mejillas de la niña.

-¡Oh! Sí -dijo Kate irónicamente, -por supuesto, detengámonos en casa del squire, y nos convidara a cenar, y luego nos llevara a casa en coche tu querido amigo Mr. Harry, con formales excusas de Mr. Robinson, suplicando que por esta vez se perdona a las señoritas. No -prosiguió Kate con repentina energía, -eso puede que te plazca a ti; pero yo me vuelvo como he venido, por la ventana, o bien no vuelvo.

Y arrojóse repentinamente sobre Carree, que se dejaba caer llorando sobre un montón de nieve, y la sacudió vivamente.

-Luego dormirás. ¡Chito! ¡Callad! ¿Qué es eso?

Oíanse los cascabeles de unas colleras. Por la obscuridad venía hacia ellas un trineo con un solo guía.

-Bajad la cabeza, chicas, si es alguien que nos conozca estamos perdidas.

Pero no lo era, pues con voz desconocida a sus oídos, pero bondadosa y de agradable timbre, preguntó el conductor si las podría ayudar en algo. Ante ellas vieron un hombre envuelto en una hermosa capa de piel de foca, cubierta la cabeza por una gorra de la misma piel, y con la cara medio tapada por una bufanda también de pieles, dejaba ver solamente unos largos bigotes y dos ojos vivos y negros.

-Es un hijo del viejo San Nicolás -dijo en voz baja Addy.

Las chicas, conversando en voz natural, recostadas en el trineo, recobraron su anterior alegría.

-¿Dónde las llevaré a ustedes? -dijo tranquilamente el desconocido.

Hubo entre ellas una rápida consulta, y, por fin, Kate dijo osadamente:

-Al Instituto.

Subieron en silencio la cuesta, hasta que se destacó ante ellas el largo y ascético edificio. El desconocido tiró repentinamente de las riendas.

-Ustedes conocen el camino mejor que yo dijo: -¿por dónde entran ustedes?

-Por la ventana posterior -dijo Kate con repentina y asombrosa franqueza.

-¡Ya comprendo! -contesto sin inmutarse el extraño guía.

Y, apeándose al momento, quitó las campanillas de los caballos.

-Ahora podemos aproximarnos tanto como ustedes quieran -añadió a modo de explicación.

-A buen seguro que es un hijo de San Nicolás -dijo en voz baja Addy; -¿no podríamos pedirle noticias de su padre?

-Callad -dijo Kate con decisión, -puede que sea un ángel.

Y con deliciosa incoherencia, perfectamente comprendida por su femenino auditorio, añadió:

-Estamos echas tres visiones.

Costearon cautelosamente los cercados, y finalmente pararon a pocos pies de distancia de una pared sombría. El desconocido ayudólas a apearse. La escasa luz de las nubes reverberaba en la nieve, y a medida que el guía presentaba la mano a sus bonitas compañeras, cada una de éstas se veía sometida a un detenido aunque respetuoso examen. Con toda formalidad ayudólas a abrir la ventana, retirándose luego discretamente al trineo hasta que terminó el difícil y un si es no e3 descompuesto ingreso. Después volvió hasta la ventana.

-Gracias: buenas noches -murmuraron las tres voces.

Una de las tres figuras permanecía aún en la ventana. El desconocido se inclinó sobre el pretil de ésta.

-¿Me permitirá usted que encienda aquí un cigarro? Podría llamar la atención la luz del fósforo ahí fuera.

Efectivamente, a esta luz pudo ver a Kate bonitamente encuadrada en la ventana. La cerilla se consumió lentamente entre sus dedos. Una sonrisa picaresca asomó en los labios de Kate. La astuta joven había comprendido tan pobre subterfugio. ¿Pues de qué le había de valer el ser primera en su clase, y para qué si no habrían sus padres satisfecho la matrícula durante tres años?

A la mañana siguiente la tempestad había cesado, y el sol resplandecía vivo y alegre en la sala de estudio, cuando miss Kate Van Corlear, que tenía su sitio junto a la ventana, llevóse patéticamente la mano al corazón y simuló un desvanecimiento con extremada vergüenza, dejándose caer sobre el hombro de su vecina Carree.

-Esta aquí -suspiró en voz baja.

-¿Quién? -preguntó con interés Carree, que no comprendía nunca claramente cuando Kate hablaba en serio.

-¿Quién? ¡Pues el hombre que nos salvó anoche! Lo he visto hace un instante llegar a la puerta. No hables: dentro de un momento estaré mejor -dijo.

Y la hipócrita se pasó patéticamente la mano por la frente con trágico ademán.

-¿Qué es lo que querrá? -preguntó Carree, con despierta curiosidad.

--No sé -dijo Kate en tono despreocupado. Probablemente poner en el colegio a sus cinco hijas. Acaso quiera perfeccionar la educación de su mujer y ponerla en guardia contra nosotras.

-No parece viejo, y menos casado -contestó Addy pensativa.

-¡Pobre muchacha! ¡Eso nada significa! - contestó la escéptica Kate. -Nunca puede una decir nada de estos hombres... ¡Son tan falsos! Además, yo siempre tengo esa suerte.

-¡Pues... Kate! -comenzó Carree con serio, interés.

-Calla; miss Walker va a decir algo -dijo Kate, riéndose.

---Las señoritas harán el favor de prestar atención -dijo pausadamente una voz indolente. -En el locutorio preguntan por miss Carree Tretherick.

En tanto Mr. Jack Prince nombre estampado en la tarjeta y en varias cartas credenciales sometidas al reverendo Mr. Crammer, se paseaba impaciente por el severo aposento designado generalmente con el nombre de sala de recepción, y privadamente entre las alumnas con el de purgatorio. Sus ojos investigadores examinaban los rígidos detalles de la sala, desde el pulimentado calorífero de vapor, parecido a un enorme sodacracker barnizado, que calentaba un extremo del cuarto, hasta el busto monumental del doctor Crammer, que daba escalofríos en el otro; desde el padrenuestro, dibujado por un ex-maestro de escritura, con tal variedad de elegantes rasgos caligráficos que disminuían notablemente el valor de la composición, hasta tres vistas de Génova, tomadas del natural desde el Instituto, por el profesor de dibujo, y que nadie hubiese sido capaz de reconocer; desde dos citas ilustradas de la Biblia, escritas en letra inglesa, y tan horriblemente remotas que helaban todo interés humano, hasta una gran fotografía de la clase superior, en la cual las niñas más bonitas tenían el color de etiopes, sentadas, al parecer, unas sobre las cabezas y hombros de las otras. Volvió indiferente las hojas de catálogos escolares, los *Sermones* del doctor Crammer, los *Poemas* de Henry Kirke White, las *Leyendas del Santuario* y *Vidas de mujeres célebres*; su imaginación, nerviosamente activa, le representó las conmovedoras despedidas y tiernas reuniones que debían haber tenido lugar allí, y se extrañó de que el aposento no guardara algo que pudiese expresar tales humanos sentimientos, y hasta había olvidado casi el objeto de su visita, cuando se abrió la puerta para dejar paso a Carree Tretherick.

Era una de las caras que vislumbrara la noche pasada, más bonita aún de lo que le había parecido entonces, y, sin embargo, estaba como desorientado o descontento, aun cuando no podía esperar encontrarse con tan bella niña. Su abundante y ondulado cabello era de un tinte

dorado metálico; su color, de extraña delicadeza, como el de una flor, y sus ojos, castaños, del color de algas marinas en aguas profundas. No era, pues, su belleza la que le desilusionaba.

Carree, sin ser tan impresionable como él, se hallaba, por su parte, como violenta. Tenía ante sí a uno de esos hombres a quienes su sexo califica en términos vagos de simpáticos, esto es, correcto en todos los superficiales accesorios de moda, vestido, ademanes y en la figura. Pero había en él una distinción excepcional; no se parecía a nadie que ella pudiera recordar, y como la originalidad suele tan a menudo asustar a las gentes como atraerlas, no se sintió predispuesta en favor suyo.

-Apenas puedo esperar -principió en amable tono que me recordáis. Hace once años, erais una niña muy pequeña. Temo que ni siquiera pueda reivindicar en mi favor el haber disfrutado de la familiaridad que podía existir entre una criatura de seis años y un joven de veintiuno. Creo que no me gustaban los niños. Pero conocí muy bien a vuestra madre. Yo era editor de *El Alud*, en Fiddletown, cuando ella os llevó a San Francisco.

-Queréis decir mi madrastra; ya sabéis que no era mi madre -interpuso Carree vivamente.

Mr. Prince la miró con expresión extraña.

-Quiero decir vuestra madrastra -dijo gravemente. -Nunca he tenido el gusto de encontrarme con vuestra madre.

-No; hace doce años que mamá no ha estado en California.

Era tan intencionado el tono de aquel título y la distinción que establecía, que principió a interesar a Prince después que se hubo recobrado de su primera sorpresa.

-Como que ahora vengo de parte de vuestra madrastra - prosiguió sonriendo, - tengo que rogaros que, por algunos momentos, volváis a aquel punto de partida. Después de la muerte de vuestro padre, vuestra madre, digo, vuestra madrastra, reconoció que vuestra madre, la primera Tretherick, era legal y moralmente vuestra tutora, y, aunque

muy a pesar de sus inclinaciones y afectos, os colocó de nuevo bajo su tutela.

-Mi madrastra se volvió a casar antes de cumplir el mes de la muerte de mi padre, y me envió a casa -dijo Carree con mucha intención, y alzando ligeramente la cabeza.

Mister Prince se sonrió tan dulcemente, y, al parecer, con tanta simpatía, que principió a gustar a Carree. Sin contestara la interrupción, continuó:

-Después que vuestra madrastra hubo verificado este acto de simple justicia, entró en convenio con vuestra madre para costear los gastos de vuestra educación hasta que cumpliéis dieciocho arios, época en que deberéis elegir cual de las dos ha de ser en adelante vuestra tutora, con la cual viviréis. Creo que tenéis conocimiento de este convenio, y si no me engaño os lo participaron ya en aquel entonces.

-Entonces, yo no era más que una criatura -dijo Carree.

-Es cierto -dijo Mr. Prince con la misma sonrisa. -Sin embargo, me parece que las condiciones jamás han sido molestas a vos ni a vuestra madre, y la única vez que quizá os causen alguna inquietud, será cuando lleguéis a decidir en la elección de vuestra tutora, lo cual será al cumplir los dieciocho años... creo que el día 20 del presente mes.

Carree permaneció silenciosa.

-Os ruego no creáis que vengo aquí para conocer vuestra decisión, aun cuando ya esté hecha.

-Solamente he venido a manifestaros que vuestra madrastra, mistress Starbottle, estará mañana en la ciudad y pasara algunos días en el hotel. Si es vuestro deseo verla antes de decidir, ella se alegrara de abrazaros. Sin embargo, nada quiere hacer que pueda influir en vuestra decisión.

-¿Sabe madre que ella viene? -dijo apresuradamente Carree.

-No lo sé -dijo Prince con gravedad -Solamente sé que, si veis a mistress Starbottle, será con permiso de vuestra madre. Mistress

Starbottle respetara sagradamente esta parte del convenio hecho hace ocho años. Pero su salud es muy delicada, y el cambio de aires y quietud del campo durante unos días le serán saludables.

Mister Prince bajó la mirada de sus vivos y penetrantes ojos sobre la joven, y contuvo el aliento hasta que ella repuso, alzando la vista:

-Madre llegara hoy o mañana.

-¡Ah! -dijo Mr. Prince con dulce y lánguida sonrisa.

-¿Esta también aquí el coronel Starbottle? -preguntó Carree después de una pausa.

-El coronel Starbottle ha muerto; vuestra madrastra es viuda por segunda vez.

-¡Muerto! -repitió Carree.

-Sí -contestó Mr. Prince, -vuestra madrastra ha tenido la singular desgracia de sobrevivir a sus afectos.

Carree no pareció comprenderle, pero mister Prince, sin dar explicaciones, se sonrió tranquilamente.

Al poco rato Carree comenzó a sollozar.

Mister Prince aproximó dulcemente hacia ella su silla.

-Temo -dijo con extraño brillo en su mirada y retorciendo las guías de su bigote, -temo que lo tomáis muy a pecho. Pasaran algunos días antes que se os pida una decisión. Hablemos de otra cosa; supongo que no os resfriasteis anoche.

La cara de Carree adquirió de nuevo su gracia singular con una sonrisa.

-¡Debéis habernos juzgado como tan alocadas!... ¡Y os dimos tanta molestia! -De ninguna manera, os lo aseguro. Mis sentimientos de las conveniencias sociales - añadió con gazmoñería, -se hubieran acaso alarmado si me hubiesen propuesto que ayudara a tres señoritas a salir de noche por la ventana de la clase, pero ya que se trataba de entrar otra vez...

Sonó con fuerza la campanilla de la puerta de entrada y Mr. Prince se puso en pie.

-Tomaos todo el tiempo que necesitáis, y reflexionad bien antes de decidir.

Pero el oído y la atención de Carree estaban fijos en las voces que sonaban en la entrada. En el mismo momento se abrió la puerta y el criado anunció:

-Mistress Tretherick y Mr. Robinson.

V

El tren de la tarde lanzaba en un silbido su habitual ó indignada protesta al tener que pararse en Génova, cuando Mr. Jack Prince, a través de los arrabales del pueblo se dirigía al hotel. Estaba fatigado y de mal humor: un paseo de una docena de millas en coche a través de los pueblos circunvecinos nada pintorescos, y por entre pequeñas y económicas casas de labranza y otros edificios del campo que molestaban su delicado gusto, había dejado a este caballero en un estado de animo caviloso. Hubiera evitado a su taciturno posadero a no acecharle éste en la escalera.

-Hay una señora en la sala esperándoos.

Mister Prince se apresuró a subir la escalera y al entrar en el cuarto, mistress Starbottle voló a su encuentro.

En los últimos diez años habíase desmejorado tristemente. Su arrogante tallo habíase reducido; las seductoras curvas de su busto y espaldas estaban quebradas o perdidas; el brazo, antes lleno y mórbido, encogíase en su manga, y los brazaletes de oro que cercaban sus delgadas muñecas, casi se le escurrieron de las manos cuando sus largos y huesosos dedos sacudieron convulsivamente las manos de Jack. Pintaba sus mejillas el abrasado color de la fiebre; en los hoyos de aquellas mejillas demacradas estaban sepultados los graciosos hoyuelos de antaño; sus brillantes ojos aun eran hermosos, su boca sonreía dulcemente aún, pero los labios se entreabrían para facilitar la respiración fatigosa mostrando los blancos dientes, más aún de lo que acostumbraba hacerlo en otros tiempos. La aureola de su rubio cabello

persistía aún; era más fino, más sedoso y etéreo; sin embargo, a pesar de su abundancia no ocultaba los huecos de las sienas cruzadas de azules venas.

-Clara -dijo Jack en tono de reproche.

-¡Oh! perdóname, Jack - dijo, dejándose caer en una silla, pero asida aún de su mano, -perdóname, amigo mío, pero ya no podía aguardar más; me hubiera muerto, Jack, muerto sin que acabaran estos días. Ten conmigo un poco más de paciencia; no va a ser largo, pero deja que me quede. Sé que no debo verla, no le hablaré; pero es tan dulce sentir que por fin estoy cerca de ella, que respiro el mismo aire que mi amada; me siento mejor ya, Jack, de veras. ¿Y la has visto hoy? ¿Cómo estaba? ¿Qué dijo? Dímelo todo, todo, Jack. ¿Estaba hermosa? Dicen que lo es. ¿Ha crecido? ¿La hubieras reconocido? ¿Vendrá, Jack? Quizá ha estado ya aquí; puede que...

Se había puesto de pie excitada, trémula y miraba hacia la puerta.

-Puede que esté aquí ahora. ¿ Por qué no hablas, Jack? Dímelo todo.

Los penetrantes ojos que se bajaban hacia los suyos, brillaban con infinita ternura, de la cual acaso nadie más que ella los hubiera creído capaces.

-Clara -dijo afectando alegría, -tranquilízate.

Estas temblando por el cansancio y la excitación del viaje. He visto a Carree; esta buena y hermosa. Por ahora, esto te basta.

Esta firmeza suave la sosegó, como a menudo lo hacía en otros tiempos. Acariciando su delgada mano, dijo después de una pausa:

-¿Te ha escrito alguna vez Carree?

-Dos veces, dándome las gracias por algunos presentes; no eran más que cartas de colegial -añadió impaciente, contestando a la interrogadora mirada de Jack.

-¿Llegó alguna vez a saber tus penas? Tu pobreza, los sacrificios que hiciste para pagar sus cuentas, que empeñaste la ropa y alhajas de tus...

-¡No, no! -interrumpió rápidamente la mujer -¡No! ¿Cómo podía saberlo? No tengo enemigo bastante cruel para haberle dicho esto.

-¿Pero si ella o si mistress Tretherick lo hubiesen sabido? Si Carree pensase que eres pobre para mantenerla, podría influir en su decisión. Las jóvenes gustan de la posición que da el dinero. Puede que tenga amigos ricos... puede que un amante...

A estas palabras mistress Starbottle se estremeció.

-Pero -dijo ella con vehemencia, cogiendo la mano de Jack -cuando me encontraste enferma y sin recursos en Sacramento; cuando... ¡Dios te bendiga por ello, Jack! me ofreciste tu apoyo para venir a Oriente, dijiste que sabías algo, que tenías algún plan, que nos haría independientes a Carree y a mí.

-Sí -dijo Jack precipitadamente, -pero antes quiero que te pongas fuerte y buena, y ahora que estas más tranquila, te contaré mi visita al colegio.

Mister Jack Prince prosiguió describiendo la ya narrada entrevista, con singular acierto y discreción que harían palidecer mi propio relato sobre aquel suceso. Sin suprimir un solo hecho, sin omitir una palabra ni un detalle, logró cubrir con poético velo aquel prosaico episodio, procuró rodear a la heroína de conmovedora atmósfera, que, aunque no del todo imaginaria, dejaba entrever, no obstante, el genio que diez años antes hacía a la vez interesantes ó instructivas las columnas de *El Alud*, de Fiddletown. Sólo cuando vio el encendido color y notó la entrecortada respiración de su ansiosa oyente, sintió una punzada de remordimiento.

-¡Dios la ayude y me perdone! -murmuró entre sus apretados dientes. -Pero ¿cómo es Posible que yo se lo diga todo ahora?

Al apoyar mistress Starbottle aquella noche su cansada cabeza sobre la almohada, trató de imaginarse a Carree durmiendo en aquel momento tranquilamente en la gran casa colegio de la colina, y a la sola idea de que la tenía tan cerca sentía la infeliz pecadora inefable alivio. Pero en aquel momento estaba Carree, medio desnuda, perfectamente sentada en el borde de su cama y con un gracioso mohín

en sus bonitos labios enroscaba entre los dedos sus largos rizos leonados, mientras que miss Kate Van Corlear, dramáticamente embozada en un largo cubrecama blanco con sus negros ojos chispeantes y su altiva nariz latiendo de indignación, dominaba sobre ella como un espectro enojado. Carree había confiado aquella noche sus desdichas o historia a miss Kate, y esta excéntrica señorita, en lugar de prodigarle los consuelos de la amistad, mostrábase vehemente, indignada contra la indecisión de Carree y defendía abiertamente y sin avergonzárselas pretensiones de mistress Starbottle.

-Pues si la mitad de lo que me dices es verdad, tu madre y estos Robinson, te están convirtiendo no sólo en una cobarde, sino en una ingrata, señorita. ¡Vaya qué respetabilidad! Mira, mi familia data de algunos siglos antes que los Tretherick, pero si mi familia me hubiese tratado alguna vez de este modo y me hubiese pedido luego que volviera la espalda a mi mejor amiga, los mandarí a paseo -y Kate castañeteó los dedos, frunció sus negras cejas, y echó miradas de indignación alrededor del dormitorio como buscando algún Van Corlear cobarde.

-Tú hablas así porque te ha caído en gracia ese Mr. Prince -dijo Carree.

Según manifestó después miss Kate, empleando los ordinarios modismos de actualidad que habían penetrado hasta los virginales claustros del Instituto Crammer, desde luego la embistió.

Miss Kate, sacudiendo orgullosamente la cabeza, echóse sobre el hombro su largo cabello negro; dejó caer una punta del cubrecama a manera de túnica vestal, y avanzó hacia Carree a grandes pasos trágicos y exagerados.

-¿Y aunque así fuese, señorita? ¿Que si sé distinguir a primera vista un caballero? ¿Que si acierto a saber que entre, un millar de entes tradicionales, cortados por un mismo patrón, incorrectas ediciones de sus abuelos, como Mr. Harry Robinson, no encontraríais un solo caballero original, independiente, individualizado como vuestro Prince? ¡Acostaos, señorita, y rogad al Cielo que realmente sea

de veras vuestro Prince²². Pedid al cielo que os dé un corazón contrito y reconocido, y dad gracias al Señor por haberos enviado una amiga como Kate Van Corlear.

Sin embargo, después de esta imponente y dramática salida rápida como un relámpago, cogió la cabeza de Carree, la besó entre las cejas y desapareció.

El día siguiente fue para Jack Prince muy triste. Estaba convencido en el fondo de su alma de que Carree no vendría. Sin embargo, era tarea dura y difícil ocultar esta convicción a mistress Starbottle, y alentar su sencilla esperanza con aparente seguridad. Hubiera querido distraer su imaginación llevándola a dar un largo paseo en coche, pero ella temía que Carree viniera durante su ausencia, y sus fuerzas decaían rápidamente.

Cuanto más la observaba se persuadía de que la decepción que la amenazaba extinguirla la escasa vida que latía en sus venas. Comenzó a dudar de la eficacia y prudencia de sus gestiones; recapituló los incidentes de su entrevista con Carree y casi atribuyó el mal éxito a sí propio. Sin embargo, mistress Starbottle esperaba tan paciente y confiada, que llegó a quebrantar los presentimientos de Prince. Cuando las fuerzas de la infeliz lo permitieron, la llevaron, reclinada en una silla al lado de la ventana, desde donde podía ver el colegio y la entrada del hotel. A intervalos trazaba agradables planes para el porvenir, en un imaginario hogar campestre. Parecía que el pueblo lo había caído en gracia, pero es de notar que el porvenir que bosquejaba era tranquilo y descansado. Creía que pronto estaría buena; decía que estaba ya mucho mejor, aunque quizá tardaría en hallarse otra vez del todo fuerte. Solía proseguir de esta manera en voz baja hasta que Jack se echaba como un loco por la escalera abajo, y entrando en la sala común pedía licores que no bebía, encendía cigarros que no fumaba, hablaba con hombres a quienes no escuchaba, y se portaba, en una

²² Prince, en inglés, príncipe.

palabra, de la manera que se porta el sexo fuerte en períodos de prueba y de perplejidad.

El día terminó con el cielo encapotado y un viento crudo y penetrante. Por la noche algunos copos de nieve caían lentamente. Mistress Starbottle estaba aún tranquila y confiada, y cuando Jack hizo correr su sillón desde la ventana hasta el fuego, le explicó que como el año escolar terminaba, probablemente retenían a Carree sus lecciones, y que no podía dejar el colegio más que por la noche. De manera que permaneció levantada la mayor parte de la velada entretenida en peinar su sedoso cabello y en adornarse, tan bien como permitía su triste estado, para recibir a su huésped.

-No he de dar miedo a la niña, Jack -decía como excusándose, y con resabios de su coquetería de antaño.

A las diez recibió Jack un recado del posadero, diciendo que el médico deseaba verlo un momento abajo. Al entrar en el mal iluminado salón, Jack observó la figura embozada de una mujer fuego. Iba a retirarse cuando una voz, que recordaba muy agradablemente, le dijo:

-¡Oh! no hay cuidado. El médico Soy Yo.

Se echó el capuchón hacia atrás, y Prince vio el negro cabello y los atrevidos ojos de Kate Van Corlear.

-No me hagáis pregunta alguna, Yo soy el médico, y he aquí mi receta.

Y señaló a Carree que temblorosa Y sollozando se acurrucaba en un rincón.

-¡Debo tomarla enseguida!

-¿Es que mistress Tretherick ha dado ya su permiso?

-No tal; si yo comprendo los sentimientos aquella señora -contestó Kate resueltamente.

-¿Cómo os habéis escapado, pues? -preguntó Prince con gravedad.

-Por la ventana.

Después que Mr. Prince hubo dejado a Carree en brazos de su madrastra, volvió a la sala.

-¿ Y bien? -preguntó Kate.

-Se queda; también espero que os quedaréis vos por esta noche.

-Como no cumpliré dieciocho años ni seré dueña de mí misma el día veinte, y como no tengo una madrastra enferma, no me quedaré.

-¿Me permitiréis, pues, que os acompañe otra vez hasta la ventana?

Cuando una hora más tarde volvió Mr. Prince, encontró a Carree sentada en un taburete a los pies de mistress Starbottle. Su cabeza descansaba en la falda de su madrastra, y sollozando se había dormido. Mistress Starbottle llevó un dedo a sus labios.

-Ya te dije que vendría. Dios te bendiga, Jack. Buenas noches.

A la mañana siguiente mistress Tretherick, acompañada del reverendo Asa Crammer, director del Instituto, y de Mr. Joel Robinson, personas respetables en extremo, se presentó indignada a Mr. Prince. Hubo una borrascosa entrevista para reclamara Carree.

-De ningún modo podemos permitir tal intervención -decía mistress Tretherick, mujer vestida a la moda y de apariencia dudosa.

-Faltan algunos días para el término de nuestro convenio, y en las actuales circunstancias no estamos dispuestos a dispensar de sus condiciones a mistress Starbottle.

-Hasta que salga oficialmente del Instituto, miss Tretherick debe sujetarse a su reglamento y disciplina -repuso el doctor Crammer.

-Este, proceder puede dañar el porvenir y comprometer la situación de miss Tretherick en la sociedad -indicó Mr. Robinson.

En vano Mr. Prince expuso el estado de mistress Starbottle que no tenía complicitad alguna en la fuga de Carree, que ja acción de ésta era perdonable y natural y que podían tener la seguridad de que se someterían a su decisión. Y luego, subiéndolo la sangre a las mejillas, y con desdeñosa mirada, pero con singular sangre fría, añadió:

-Una palabra más. Es mi deber informaros de una circunstancia que seguramente me justificarla, como albacea del finado Tretherick, para rechazar vuestras exigencias. Algunos meses después de la

muerte de Mr. Tretherick un chino que éste había tenido a su servicio, descubrió que tenía hecho un testamento, que se encontró posteriormente entre sus papeles. El valor insignificante del legado, en su mayoría de terrenos, en aquel entonces escaso de valor, impidió a sus ejecutores testamentarios llevar a cabo su voluntad, y aun abrir y hacer público el testamento con las fórmulas prescriptas por las leyes, hasta hace cosa de dos o tres años, cuando el valor de la propiedad hubo ya aumentado enormemente. Los artículos de aquel legado son sencillos, pero terminantes, La propiedad esta dividida entre Carree y su madrastra, con la explícita condición de que mistress Starbottle sea su autor legal, provea a su educación y en todos los detalles sea para ella *in loco parentis*.

-¿Cuál es el valor de ese legado? -preguntó Mr. Robinson.

-No puedo decirlo exactamente, pero se aproxima a medio millón
-contestó Prince.

-En este caso, como amigo de miss Tretherick, debo declarar que su conducta es tan honrosa como justificada, -contestó Mr. Robinson.

-No me atreveré a oponer dudas ni obstáculos al cumplimiento de las intenciones de mi difunto marido -añadió mistress Tretherick.

Y se terminó la entrevista.

Cuando comunicaron su resultado a mistress Starbottle, llevó la mano de Jack a sus calenturientos labios.

-Nada puedes añadir a mi felicidad presente, Jack; pero dime, ¿por qué se lo ocultaste a Carree?

Jack se sonrió en silencio.

En una semana terminaron las formalidades legales necesarias, y Carree fue devuelta a su madrastra. A ruegos de la enferma arrendaron una casita en los arrabales de la ciudad, para esperar allí la primavera que llegó tarde aquel año, y la convalecencia de mistress Starbottle que no vino jamás.

Sin embargo, era dichosa y paciente. Le gustaba observar cómo retoñaban más allá de su ventana, los árboles desconocidos para ella en California y preguntar a Carree sus nombres y estaciones.

Proyectaba aún para el verano largos paseos con Carree a través de los frondosos bosques cuyas grises y secas filas podía ver a lo largo de la colina. Quiso escribir una poesía a ellos dedicada, uno de los miembros de esta improvisada familia conserva de ella un cantar alegre, puro y sencillo; como un eco del pitirrojo que la llamaba al apuntar el día desde la ventana.

Después, sin transición, se extendió sobre el cielo un día sereno, místicamente suave, somnoliento y bello; palpitante como si revoloteara en el aire la vida con invisibles alas; la Naturaleza despertaba una resurrección exuberante. Y a la pobre enferma la sentaron al aire libre, postrada bajo aquel sol glorioso que lo doraba todo con sus rayos como una antorcha de bodas. Allí estuvo tendida por largo tiempo en dulce y tranquila beatitud.

Cansada de velar, Carree se había dormido a su lado, y los delegados dedos de mistress Starbottle se posaban como una bendición sobre su cabeza. A poco llamó a Jack.

-¿Quién ha venido hace poco? -dijo en voz baja.

-Miss Van Corlear -dijo Jack, contestando a la mirada de sus hundidos ojos.

-Jack -dijo después de un momento de silencio -querido Jack; siéntate a mi lado un momento; tengo algo, que decirte. Si en pasados días te he parecido alguna vez dura o fría o coqueta, era porque te amaba, Jack; te amaba demasiado para comprometer tu porvenir encadenándolo con el mío. Siempre te amé, querido Jack, hasta cuando parecía menos digna de ti. Aquello ha pasado ya, pero he tenido hace poco un sueño, Jack, he soñado con una mujer, en quien hallarías lo que a mí me faltaba -y miró amorosamente a la niña que dormía a su lado, -y que amarías como me has amado; ¿es esto posible, Jack? ¿No es verdad?

Y lo miró fijamente a la cara. Jack le estrechó la mano pero no contestó. Después de algunos momentos de silencio ella dijo de nuevo:

-Acaso aciertes en tu elección. Es buena muchacha, Jack... pero un poco atrevida.

El último destello de vida se desprendió de aquella cabeza débil, loca y apasionada: ya no dijo más. Cuando llegaron a ella un momento después, una mariposa que se había posado en su pecho voló, y la mano que apartaron de la cabeza de Carree, cayó inerte a su lado.

VAN-LEE, ÉL IDOLATRA

Cuando abrí la carta de Hop-Sing, revoloteó hacia el suelo una tira de papel amarillo, cubierta de jeroglíficos, que a primera vista me figuré cándidamente que sería la etiqueta de un paquete de sorpresas chinas. Pero el mismo sobre contenía, además, una tira más pequeña de papel de arroz con dos caracteres exóticos, trazados con tinta china, en los que reconocí en seguida la tarjeta de visita de Hop-Sing, El conjunto, literalmente traducido, decía como sigue:

«Las rejas de mi casa no están cerradas para el forastero; el jarrón de arroz esta a la izquierda y los dulces a la derecha de la entrada.

»Dos adagios del maestro:

»La hospitalidad es la virtud del hijo y la sabiduría de los mayores.

»El hombre superior es ligero de corazón; después de recogida la cosecha, celebra una fiesta.

»Cuando el extranjero se halle en tu cercado de melones, no le observes muy de cerca; dejar de atender es, a menudo, la más alta forma de la urbanidad.

»Felicidad, paz y prosperidad. –Hop-Sing»

Por admirables que fuesen esta moraleja y sabiduría proverbial, y aun cuando este último adagio era muy característico de mi amigo Hop-Sing, el más sombrío de todos los humoristas, como buen filósofo chino, me veo obligado a confesar que, después de una traducción muy libre, me encontré perdido para llevar a inmediata ejecución el mensaje. Felizmente descubrí un tercer papel, doblado en forma de esquela, conteniendo algunas palabras en inglés, escritas con letra corrida de Hop-Sing. Decía así.

«Espera que honraréis con vuestra asistencia, el número... de la calle de Sacramento, el viernes por la noche a las ocho. -Hop-Sing»

«Una taza de té a las nueve en punto»

Esto lo explica todo. Tratábase de una visita al almacén de Hop-Sing, la apertura y exposición de algunas raras novedades y curiosidades chinas, una sesión en el despacho posterior de la casa, una taza de té, de bondad desconocida fuera de estos sagrados lugares, cigarros y una visita al teatro o templo chino. Este era, en efecto, el programa favorito de Hop-Sing cuando estaba en el ejercicio; de su hospitalidad como agente principal ó superintendente de la Compañía Ning-Foo.

A las ocho de la noche del viernes entraba en el almacén de Hop-Sing. Reinaba en él ese misterioso olor, agradable o indefinible, de los géneros extranjeros; veíase allí la acostumbrada exposición de objetos de apariencia rara, la interminable procesión de jarros y de loza, el extraño enlace de lo grotesco y de lo matemáticamente acabado y exacto, las manifestaciones sin fin de la frivolidad frágil; la falta de armonía de colores, cada cual de por sí hermoso y raro. Cometas en forma de enormes dragones y gigantescas mariposas; otras tan ingeniosamente dispuestas que a intervalos lanzaban, al entrar de cara al viento, el grito del balcón; algunas tan grandes que era imposible que ningún chico las pudiera dominar, tan grandes que os hacían comprender el por qué en China echar las cometas es una diversión para los adultos; dioses de porcelana y bronce tan desastrosamente feos que, por la misma imposibilidad de serlo, no despertaban interés ni simpatía humanos; jarros de dulce cubiertos completamente por pensamientos morales de Confucio; sombreros que se parecían a cestos, y cestos que se parecían a sombreros; sedas tan ligeras que no me atrevo a decir el increíble número de yardas cuadradas que podrían atravesar a la vez una sortija del dedo meñique. Estos y muchos otros objetos indescriptibles me eran familiares. Seguí mi camino a través del almacén escasamente alumbrado, hasta llegar al despacho posterior o salón, donde encontró a Hop-Sing que me esperaba.

Antes de describirlo necesito que el lector ilustrado deseche de su mente toda suerte de ideas que acerca de los chinos pueda haber adquirido en una pantomima. No llevaba calzoncillos preciosamente

festoneados con campanillas, jamás he encontrado un chino que los llevase, no adelantaba constantemente su dedo índice extendido en ángulo recto con el cuerpo, ni siquiera lo he oído jamás proferir la misteriosa frase *Ching a ring a ring chaw*, ni bailaba corno aquellos a la menor invitación. Era más bien, en conjunto, un caballero grave, decoroso y respetable. Su color, que se extendía por toda la cabeza hasta su larga trenza, se parecía al de un hermosísimo papel agarbanzado y lustroso, y eran sus ojos negros y brillantes. Tenía, las cejas inclinadas en ángulo de quince grados; nariz recta y delicadamente formada, la boca pequeña y los dientes menudos y limpios. Vestía una blusa de seda azul oscura, y para la calle, en días fríos, una corta chaqueta de piel de Astracán. Llevaba únicamente en las piernas unas polainas de brocado azul estrechamente ceñidas a las pantorrillas y tobillos; hubiérase dicho que aquella mañana se le había olvidado ponerse los pantalones, pero que, como eran tan señoriles Sus modales, nadie se atrevía a recordárselo. Era persona fina, aunque muy seria, y hablaba con facilidad el francés y el inglés. En resumen, dudo que hubierais podido encontrar a otro igual a este tendero pagano entre los cristianos de su clase en San Francisco. Había allí algunas personas más. Un juez de la Audiencia Federal, un oficial superior del Gobierno, un editor y un rico comerciante. Después que hubimos bebido nuestro té y probado algunos dulces de un misterioso jarrón, Hop-Sing se levantó, y haciendo gravemente seña de que lo siguiéramos, comenzó a descender al sótano. Cuando llegamos allí, nos sorprendió verlo brillantemente iluminado y con algunas sillas dispuestas en círculo sobre el pavimento, de asfalto. Luego que nos hubo hecho sentar cortésmente, dijo:

-Os he invitado a presenciar un espectáculo que puedo aseguraros que jamás extranjero alguno, sino vosotros, habrá visto. Wang, el prestidigitador de la corte, llegó ayer de mañana. Jamás ha dado función fuera del palacio. Le he pedido que divirtiera a mis amigos esta noche. No necesita de teatro, tablas, accesorios, ni auxiliar

alguno, sino sólo de lo que veis aquí. Haced el favor de reconocer, señores, de examinar por vosotros mismos el terreno.

Naturalmente fuimos a examinar aquello. Era el piso bajo usual, ó sea el de los sótanos en los almacenes de San Francisco, asfaltado, para evitar la humedad. Tanteamos el pavimento con nuestros bastones y golpearlos las paredes para complacer a nuestro político huésped, no por otro motivo. Estábamos del todo conformes en ser víctimas de cualquier diestro manejo. En cuanto a mí, sé decir que me sentía dispuesto a dejarme engañar y si me hubiesen ofrecido una explicación de lo que siguió, probablemente la hubiera rehusado.

Aun cuando estoy persuadido de que, en conjunto, la función de Wang era la primera de su especie, dada en tierra americana, seguramente se habrá hecho desde entonces tan familiar a algunos de mis lectores, que no los fastidiara insistiendo en ella. Comenzó por echar al vuelo, con ayuda de su abanico, un numeroso enjambre de mariposas, hechas a nuestra vista de pequeños pedacitos de papel de seda, y las mantuvo en el aire durante el resto de la función. Recuerdo vivamente que el juez probó de coger una, que se había parado en su rodilla, pero se le escapó con la ligereza de un insecto viviente. Y al mismo tiempo Wang, manejando todavía su abanico, sacaba gallinas de sombreros, escamoteaba naranjas, extraía yardas de seda sin fin, de sus mangas, y llenaba la superficie del sótano de géneros que brotaban misteriosamente del suelo, de su propio vestido, de ninguna parte. Tragóse cuchillos en menoscabo de su digestión por muchos años venideros; dislocó todos los miembros de su cuerpo y se recostó en el aire, como descansando sobre el vacío. Pero la suerte que coronó la función y que hasta ahora no he visto repetida, fue la más fantástica, misteriosa y sorprendente. Es mi apología por este largo preámbulo mi sola excusa para escribir esta narración, el génesis de esta verídica historia.

En un espacio de quince pies cuadrados despejó el terreno de los objetos que estorbaban, y luego nos invitó a todos a levantarnos y examinarlo de nuevo. Lo hicimos gravemente: nada notamos sino el

asfaltado pavimento. Luego pidió que le prestaran un pañuelo, y como por casualidad me hallaba yo más cerca de él le ofrecí el mío. Lo tomó y extendiólo abierto en el suelo. Sobre él desplegó un gran cuadro de seda, y sobre éste, de nuevo, un gran chal, que cubría casi todo el terreno despejado. Luego situóse en uno de los vértices de este rectángulo, y principió un canto monótono, meciéndose de aquí para allá al compás de esta melodía un tanto lúgubre. Esperamos inmóviles. Dominando el canto oíamos las campanas de los relojes de la ciudad, y las sacudidas de un carro que rodaba por la calle sobre nosotros. La inquieta espectación; la opaca y misteriosa media luz del sótano, cayendo de una manera fantástica sobre el bulto disforme de una deidad china en el fondo; el somnoliento olor del humo de opio, mezclado con el aroma de especias y la incertidumbre de lo que realmente estábamos esperando, nos sobrecogían con desagradables estremecimientos: nos mirábamos tinos a otros con sonrisa forzada. El malestar creció cuando Hop-Sing, levantándose despacio y sin decir la menor palabra, señaló con el dedo el centro del chal.

¡Había algo debajo del chal! Seguramente, y algo que antes no estaba allí; al principio un imperceptible relieve, de contornos indefinidos, pero creciendo más y más distinto y visible a cada momento. El canto continuaba aún; el sudor comenzaba a correr por la cara del cantor; poco a poco el escondido objeto iba adquiriendo forma y cuerpo, que elevaba el chal en su centro como tinajas cinco ó seis pulgadas. Era ya indudablemente el contorno de un pequeño pero perfecto cuerpo humano con los brazos y piernas extendidos. Uno o dos de nosotros palidecimos y nos sentíamos inquietos; al fin el editor rompió el silencio con un chiste que, por pobre que fuera, recibimos con espontáneo entusiasmo. El canto cesó de repente, Wang se levantó con un rápido y diestro movimiento, arrebató chal y seda, y descubrió, durmiendo pacíficamente sobre mi pañuelo, un diminuto niño.

El aplauso y estrépito que siguió a este descubrimiento debieron dejar satisfecho a Wang, aun cuando era reducido su auditorio; por lo menos era bastante ruidoso para despertar a la criatura, un bonito niño

de cosa de un año de edad, que se parecía a un Cupido tallado en palo de sándalo. Fue arrebatado casi tan misteriosamente como apareciera. Cuando Hop-Sing me devolvió, con un saludo, mi pañuelo, le preguntó si el prestidigitador era padre de la criatura.

-¡Quién sabe! -dijo imperturbable Hop-Sing, recurriendo a esa fórmula española, sin compromiso, tan común en California.

-¿Pero tiene una criatura nueva para cada función? -pregunté.

-¡Quizá! ¿Quién sabe?

-¿Pero qué será de éste?

-Lo que queráis señores -replicó Hop-Sing, inclinándose cortésmente. -Nació aquí; vosotros sois sus padrinos.

En 1850 caracterizaban a toda reunión californiana dos particularidades. Estar pronta a comprender una indirecta y manifestarse generosa hasta la prodigalidad en cualquier llamamiento caritativo. Por sórdido y avaro que el individuo fuera, no podía resistir al simpático contagio. Doblé las puntas de mi pañuelo convirtiéndolo en un saco, dejé caer dentro una moneda y sin decir palabra lo pasé al juez. Este añadió sencillamente otra moneda de oro de veinte pesos y la pasó al de más allá; cuando el pañuelo volvió a mis manos contenía más de cien pesos. Anudé el dinero en el pañuelo y lo entregué, a Hop-Sing.

-Para la criatura, de parte de sus padrinos.

-¿Pero qué nombre le daremos? -dijo el juez.

Hubo un tiroteo de Erebo, Nox, Plutón, Terracota, Anteo, etc, etc. Finalmente dejamos que decidiera la cuestión nuestro huésped.

-¿Por qué no dejarle su propio nombre?, -dijo tranquilamente: Wan-Lee.

Y tal hicimos.

Así nació Wan-Lee en esta verídica crónica, en la noche del viernes 5 de marzo de 1850.

La última página de *La Estrella del Norte* de 19 de julio de 1805, única publicación diaria editada en Klamath Cunty, acababa de entrar en prensa, y a las tres de la mañana dejaba yo a un lado mis pruebas y

manuscritos, preparándome para irme a casa, cuando debajo de algunas hojas de papel que separaba, descubrí una carta. El sobre estaba algo sucio y no llevaba sello alguno de correo, pero no fue difícil reconocer la letra de mi amigo Hop-Sing. Lo abrí apresuradamente y leí lo que sigue:

«Muy señor mío: No sé si el dador os convendrá para el cargo de diablo en vuestro periódico; si esta plaza no es puramente del oficio, creo que reúne todas las cualidades exigidas. Es listo, activo e inteligente; comprende el inglés mejor que lo habla, y compensa cualquier defecto con el habito de observación e imitación. No necesitáis más que enseñarle una vez cómo se hace una cosa y la repetirá, sea mala o buena.

»Pero ya lo conocéis, sois uno de sus padrinos; es Wan-Lee, el hijo putativo del prestidigitador Wang, a cuyas representaciones tuve el honor de invitaros; pero tal vez lo habréis olvidado ya.

»Lo mandaré con una partida de *culis* a Stocktown y de allí por expreso a vuestra ciudad. Si lo podéis utilizar ahí, me haréis un favor, y probablemente le salvaréis la vida, que en la actualidad esta en peligro, gracias a los miembros más jóvenes de vuestra cristiana y altamente civilizada raza, que asisten a los instructivos colegios de San Francisco.

»Ha adquirido singulares hábitos en el ejercicio de la profesión de Wang, que siguió por algunos años, hasta que se hizo sobrado grande para entrar en un sombrero ó para salir de la manga de su padre. El dinero que dejasteis lo he gastado en su educación; ha leído de cabo a rabo los Clásicos Trilaterales, pero creo que sin gran provecho; sabe poco de Confucio y absolutamente nada de Mencio. Por negligencia de su padre se asoció, tal vez demasiado, con niños americanos.

»Hubiera contestado antes por el correo a vuestra carta; pero he pensado que el mismo Wan-Lee podía ser el portador de ésta.

»Es de vos respetuoso servidor. –Hop-Sing.

Tal era la contestación, por tanto, tiempo aplazada de mi carta a Hop-Sing. Pero ¿dónde estaba el portador? ¿Cómo fue entregada la carta? Llamó apresuradamente al aprendiz, a los impresores y al regente, pero no saqué nada en limpio; nadie había visto la carta, ni sabía cosa alguna del portador. Pocos días después recibí la visita de mi lavandero Ah-Ri.

-¿Usted querer diablo? Bueno; yo coger él.

Volvió pocos momentos después con un niño chino, listo en apariencia, cuyo aspecto inteligente me hizo tan buena impresión que lo contraté en el acto. Cuando estuvo cerrado el trato, le pregunté su nombre.

-Wan-Lee -dijo el chico.

-¿Cómo? ¿Eres tú el niño enviado por Hop-Sing? ¿Cómo demonio no has venido antes? ¿Cómo has entregado la carta?

Wan-Lee me miró y se rió.

-Yo tirar parte arriba ventana.

No lo comprendía. Me miró por un momento perplejo, y luego, arrancándome la carta de la mano se lanzó por la escalera abajo. Después de un momento, con gran sorpresa mía, la carta entró volando por la ventana, dio dos veces la vuelta por la habitación Y luego se posó suavemente como un pájaro sobre mi mesa. No me había repuesto aún de la sorpresa, cuando Wan-Lee reapareció, sonriéndose, miré la carta, luego me miró a mí, y dijo:

-Así, hombre.

Y luego permaneció gravemente callado. Este fue su primer acto oficial.

La siguiente hazaña, siento tenerlo que decir, no tuvo igual éxito. Uno de nuestros habituales repartidores cayó enfermo, y en el apuro se mandó a Wan-Lee que le reemplazara. A fin de evitar equivocaciones, la noche anterior le enseñaron la ruta, y al amanecer le entregaron el número ordinario de ejemplares para los subscriptores. Al cabo de una hora volvió de buen humor y sin loa periódicos. Dijo que los había repartido ya.

Desgraciadamente para Wan-Lee, a cosa de las ocho de la noche, empezaron a llegar a la redacción suscriptores indignados. Habían recibido sus ejemplares; pero ¿de qué manera? En forma de balas de cañón, fuertemente comprimidos, pasando a través del vidrio de las ventanas; dándoles de lleno en la cara, como una pelota del juego de *foot-ball* si por casualidad se hallaban asomados; por cuartas partes, metidas por ventanas distintas; los habían encontrado en la chimenea, clavados contra la puerta, en los terrados, en las ventanas de las buhardillas, introducidos en forma de arrolladas cerillas por el ojo de la cerradura, embutidos en los ventiladores y anegados en los jarros con la leche matutina. Un suscriptor que esperó algún tiempo en la puerta de la redacción, al efecto de tener una entrevista personal con Wan-Lee (entonces para mayor seguridad encerrado bajo llave en mi cuarto), me dijo con lágrimas de rabia en los ojos, que a las cinco le había despertado una gritería horrible demás bajo de sus ventanas; que al levantarse muy agitado, dejóle estupefacto la aparición repentina de *La Estrella del Norte*, fuertemente arrollada y doblada en forma de *boomeranq*, o sea cachiporra de la India Oriental, que entró disparada por la ventana, describió en el cuarto un número endemoniado de círculos, derribó la luz, dio un cachete en la cara al niño, le sacudió a él en la quijada, y luego salió por la ventana opuesta y cayó falto de impulso en el patio. Durante el resto del día, aparecieron en la redacción los ejemplares de *La Estrella del Norte* de la edición de aquella mañana, en fragmentos de papel sucios y estrujados que traían con indignación los suscriptores. Un admirable artículo sobre «Los recursos de Humboldt County» que había yo compuesto la noche anterior y que indudablemente hubiera cambiado el aspecto de los negocios del año siguiente y llevado la bancarrota a los muelles de San Francisco, se perdió de este modo para el público.

Creímos conveniente que durante las primeras semanas se mantuviera encerrado a Wan-Lee en la imprenta, reduciéndolo a la parte puramente mecánica del oficio. En ella desarrolló sorprendente actividad y aptitud, granjeándose al fin el favor y buena voluntad de

los impresores y del regente que al principio juzgaban como de la mayor gravedad y trascendencia política su iniciación en los secretos del arte. Aprendió a componer pronta y correctamente los tipos, ayudándolo en la operación mecánica su extraordinaria destreza en la prestidigitación; su ignorancia del lenguaje parecía serle más útil que perjudicial, corroborando el axioma de impresor, de que el cajista que sigue las ideas del original, no es más que un inepto operario. Solían darle a componer deliberadamente largas diatribas contra él mismo, que sus compañeros de imprenta colgaban del gancho de su caja como original, pasándole inadvertidas frases tan cortas como éstas: «Wan-Lee es hijo del mismísimo demonio» «Wan-Lee es un bribón mogol» y me traía aún la prueba tan satisfecho, sacando a relucir sus dientes y brillando la satisfacción en sus ojos.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que se desquitara de sus malévolos perseguidores. Recuerdo un caso en que estuvo en un tris de que sus represalias me envolvieran en un serio disgusto. Nuestro regente se llamaba Webster, y Wan-Lee pronto aprendió a reconocer al individuo y las letras combinadas de su nombre. Empeñábase una campaña política y el elocuente y fogoso coronel Starbottle, de Siskyon, había hecho un discurso de efecto, que fue especialmente taquigrafiado para *La Estrella del Norte*. En su peroración sublime el coronel Starbottle había dicho: «yo, como el divino Webster, repetiré...» y aquí seguía la cita que he olvidado. Pues bien, Wan-Lee mirando casualmente la galera, después de revisado el discurso, vio el nombre de su principal perseguidor, y como es natural, imaginó que era de o1 la cita. Cuando el molde entró en prensa, Wan-Lee aprovechó la ausencia de Webster para quitar la cita y sustituirla con una delgada tira de plomo del mismo tamaño del tipo, grabada con caracteres chinos, formando una frase que, según creo, era una acusación completa y denigrante de la incapacidad y repugnancia de la familia Webster, acompañada de una cláusula laudatoria de la propia persona de Wan-Lee.

El periódico de la mañana siguiente contenía íntegro el discurso del coronel Starbottle, en el que se leía que el divino Webster, en cierta ocasión, había expresado sus pensamientos en excelente, pero incomprensible chino. La rabia del coronel Starbottle no tuvo límites. Conservo un vivo recuerdo de cuando aquel hombre admirable entró en mi despacho y me pidió una retractación del aserto.

-Pero, señor de mi alma -le dije: -¿Estáis pronto a negar bajo vuestra firma que Webster haya pronunciado semejante frase? ¿Os atrevéis a negar que, entre los notorios conocimientos de Mr. Webster, no estaba comprendido el chino? ¿Queréis someter una traducción adecuada a nuestros lectores y negar bajo palabra de honor, que el finado Mr. Webster haya expresado jamás tal pensamiento? Si lo deseáis, caballero, estoy pronto a publicar vuestra réplica.

El coronel no lo quiso, pero se marchó indignado. Webster, el regente, lo tomó con más sangre fría: felizmente ignoraba que durante dos días los chinos de las cocinas, de los lavaderos, de las mineras, miraban por la puerta de los talleres con la cara radiante de malicia; y que nos hicieron un pedido de trescientos ejemplares sueltos de *La Estrella del Norte*, para los lavaderos del río. Solamente observó que durante el día a Wan-Lee, de vez en cuando, lo atacaban espasmos convulsivos, que se vio obligado a reprimir dándole de puntapiés. Una semana después del suceso, llamé a Wan-Lee a mi despacho.

-Wan -dije con gravedad -quisiera que para mi propia satisfacción me tradujeras aquella frase china que mi privilegiado compatriota, el divino Webster, pronunció públicamente en una ocasión solemne.

Wan-Lee miróme fijamente y sus negros ojos centellearon.

Después contestó con gran gravedad:

-Señor, Webster dice: -Niño chino hacer yo muy tonto. Niño chino hacer mi muy enfermo.

Pero temo que esté retratando una parte y no la mejor del carácter de Wan-Lee. Según me refirió, había sido la suya una vida muy dura. Apenas conoció la niñez y no recordaba a sus padres. El

prestidigitador Wang lo había educado. Pasó los siete primeros años de su vida saliendo de cestos, cayéndose de sombreros, subiendo por escalas y descoyuntando sus pequeños miembros a fuerza⁷ de colocarse en violentas posturas. Creado en una atmósfera de engaño y artificio, consideraba a la humanidad como perenne víctima de sus sentidos; en fin, si hubiese pensado algo más, para su edad hubiera sido un cínico; a otra edad mayor habría sido un escéptico, y más tarde, cuando viejo, hubiese llegado a filósofo. Por ahora era un diablejo: ¡un diablejo bien humorado, es verdad! diablejo cuya naturaleza moral nadie educó, un diablejo en huelga, dispuesto a adoptar la virtud como una diversión. Que yo sepa, no tenía conciencia de su alma; era muy supersticioso; llevaba consigo un horrible dios de porcelana, pequeño, al que tenía costumbre de insultar o de invocar alternativamente. Era sobrado inteligente para seguir los vicios ordinarios chinos de robar, o de mentir a destajo. Sea cual fuere la doctrina que practicase, no tenía otro guía que su inteligencia.

Creo que no le faltaba sensibilidad, aunque era casi imposible alcanzar de él expresión alguna que la manifestara, y debo confesar en conciencia, que tenía apego a los que eran buenos para con él. No sé a qué podría haber llegado en condiciones más favorables que las de esclavo de un periodista abrumado de trabajo y poco retribuido; solamente sé que recibía con suma gratitud las escasas e irregulares muestras de bondad que le concedía. Era muy leal y paciente; dos cualidades raras en la generalidad de los criados americanos. Tenía para conmigo grave deferencia y respeto; solamente una vez, después de provocarlo, recuerdo que dio muestras de alguna impaciencia. Cuando me retiraba por la noche del despacho, solía llevármelo a mis habitaciones, para que me sirviera de portador de cualquiera adición o pensamiento feliz, que pudiera ocurrírseme antes de que imprimieran el periódico. Una noche había estado yo borroneando papel hasta mucho más tarde de la hora a que acostumbraba despedir a Wan-Lee, y habíase olvidado completamente su presencia en la silla al lado de

la puerta, cuando de repente notó una voz que decía, en tono quejumbroso, algo parecido a:

-Chylee.

Volvíme severamente.

-¿Qué dices?

-¡Yo decir: Chylee!

-¿Y qué? -dije con impaciencia. -Usted saber, ¿cómo esta, John?

-Sí.

-Usted saber, ¿tanto tiempo John?

-Sí.

-¡Bueno, pues: Chylee! ¡Todo es igual!

Lo comprendí muy bien. Chylee era para él una forma de dar las buenas noches y por lo tanto Wan-Lee deseaba acostarse. Pero un instinto de picardía que poseía yo lo mismo que él, me impelió a obrar como si no comprendiera la indirecta; murmuré algo en este sentido, y me incliné otra vez sobre mi trabajo. A los pocos minutos oí que sus suelas de madera pataleaban sobre el suelo. Mirélo: estaba de pie junto a la puerta.

-¿Usted no saber, Chylee?

-No -dije severamente.

-¡Usted ser mucho grande tonto! ¡Todo igual!

Y asustado por su audacia se escapó. Sin embargo, a la mañana siguiente, apareció como siempre dócil y sumiso, y no le recordé su ofensa. Probablemente como ofrenda de paz limpió todas mis botas, deber que nunca le exigiera, incluyó en el obsequio un par de zapatos y unas inmensas botas de montar, todo de piel de ante, sobre las cuales espí sus remordimientos durante dos horas.

He hablado de su honradez como cualidad más inteligente que moral, pero recuerdo dos excepciones a la regla. Yo deseaba comer huevos frescos, para cambiar la pesada alimentación usual de los pueblos mineros, y, sabiendo que los paisanos de Wan-Lee eran celebrados por sus criaderos de aves de corral, me dirigí a él. Todas las mañanas me trajo huevos, pero se negó a recibir paga de ninguna

especie, diciendo que el hombre no los vendía, ejemplo extraordinario de abnegación, pues los huevos valían entonces medio peso cada uno. Una mañana, mi vecino Forster me hizo durante el almuerzo una visita, Y con esta ocasión lamentó su mala suerte, pues sus gallinas habían cesado de poner, o bien los huevos se extraviaban en los matorrales. Wan-Lee, que estaba presente durante nuestro coloquio, conservó el grave y característico silencio que le era habitual. Cuando mi vecino se hubo marchado, se volvió hacia mí con una ligera risa de entredientes.

-Gallinas de Forstel, gallinas de Wan-Lee, todo es lo mismo.

En otra ocasión, en una temporada de grandes irregularidades en los correos, Wan-Lee me había oído deplorar los retardos en la entrega de mis cartas y periódicos. Al llegar un día a mi despacho, me sorprendí de encontrar la mesa cubierta de cartas, acabadas de llegar por el correo, pero desgraciadamente ninguna de ellas me venía dirigida. Volvíme hacia Wan-Lee, que las estaba contemplando tranquilamente satisfecho y le pedí una explicación. Señaló a mis ojos espantados un saco de correos, vacío en un rincón, y dijo:

-Cartero él dice: ¡No hay cartas, John, no hay cartas, John! ¡Cartero mucho mentir! Cartero no sirve. ¡Yo coger cartas anoche, todo igual! Felizmente era aún temprano y no habían hecho el reparto; tuve una precipitada entrevista con el jefe de correos sobre el atrevido atentado de Wan-Lee, al robar la correspondencia de los Estados Unidos. Con la compra de un nuevo saco de correos se echó tierra al asunto.

Si mi cariño para mi paje idólatra no hubiese sido suficiente, mi deber para con Hop-Sing hubiera bastado para que me llevase conmigo a Wan-Lee cuando volví a San Francisco, después de colaborar durante dos años en *La Estrella del Norte*. No creo que viese con gusto el cambio. Atribuilo a un temor nervioso de la aglomeración de gente, pues cuando tenía que cruzar la ciudad para algún recado, daba un gran rodeo por los arrabales. Atribuilo, además, al horror de la disciplina del colegio anglochino, al cual me propuse enviarlo; a su

cariño por la vida libre y vagabunda, de las minas, o a mero capricho. Hasta mucho tiempo después no se me ocurrió que fuera por presentimiento.

Parecía que la ocasión que yo anhelara y esperaba hubiese llegado ya. Podía colocar a Wan-Lee bajo influencias suavemente restrictivas, someterlo a una vida y enseñanza que le inclinara al bien más que mi cuidado superficial y mal reguladas bondades. Wan-Lee ingresó en la escuela de un misionero chino, pastor inteligente y bondadoso, que había demostrado gran interés por el chico, y quien, sobre todo, tenía en él firme confianza. Acogióle en su casa una pobre viuda, con una sola hija, de uno o dos años menos que Wan-Lee. Esta criatura, lista, alegre, inocente y sin artificio, fue la que tocó el corazón al muchacho y despertó la susceptibilidad moral que había permanecido insensible a las enseñanzas de la sociedad y a los sermones del teólogo.

Estos breves meses, ricos en promesas que no vimos cumplidas, debieron ser felices para Wan-Lee. Adoraba a su pequeña amiga con la misma superstición, pero sin el capricho, que otorgaba a su dios pagano, de porcelana. Era su delicia caminar tras ella hasta el colegio, llevándole los libros, servicio siempre acompañado de algún cachete, debido a las pequeñas manos de sus hermanos de raza mongólica. Fabricaba para ella los más maravillosos juguetes, recortaba de zanahorias y de nabos las más sorprendentes rosas y tulipanes; hacía de pepitas de melón, gallinas como naturales, construía abanicos y cometas, y era singularmente diestro en hacer vestidos de papel para las muñecas. Por otra parte, ella jugaba con él; le enseñaba canciones y lindezas, dióle para su trenza una cinta amarilla, la que mejor sentaba a su color; para oír leía y lo llevaba consigo a la clase del domingo; contra los precedentes de la escuela y a manera de las mujeres mayores, triunfaba en esta innovación. Desearía poder añadir que consiguió que se convirtiera y que lo hizo, abandonar su ídolo de porcelana; pero estoy contando una historia verídica. La niña estaba satisfecha con inspirarle su cristiana bondad, sin dejarle ver que estaba

ya convertido. De manera, que hicieron muy buenas migas la niña cristiana con su dorada cruz colgando de su blanca garganta y el moreno idólatra, con su horrible dios de porcelana escondido en las profundidades de su blusa.

Dos días después de aquel memorable ario se recordaran por mucho tiempo en San Francisco; dos días en que una turba de sus ciudadanos se arrojaron sobre extranjeros indefensos, los mataron porque eran extranjeros y de otra raza, religión y color, y porque trabajaban por el único, salario que podían obtener. Hubo magistrados tan pusilánimes que se figuraron que había llegado el fin del mundo; hubo hombres de Estado eminentes, cuyos nombres me avergüenzo de escribir aquí, que creyeron que el artículo de la Constitución que garantiza a todo ciudadano extranjero la libertad civil y religiosa, era un error. Pero también hubo hombres no tan fáciles de asustar, y que en veinticuatro horas arreglaron las cosas de manera que los tímidos pudieran estrechase las manos con seguridad, y los eminentes hombres de Estado proferir sus dudas sin dañar a nadie ni a nada. Pero en esos días recibí una esquela de Hop-Sing, rogándome que fuese enseguida a verlo.

Encontré cerrado su almacén, defendido por la policía contra los ataques posibles de los revoltosos. Hop-Sing me recibió con su habitual é imperturbable tranquilidad, pero, según me pareció, con mayor gravedad que de costumbre. Sin decir palabra me tomó de la mano y me condujo al fondo de la habitación y de allí por las escaleras al sótano. Se hallaba casi a oscuras, pero se distinguía algo tendido en el suelo, cubierto por un chal. Al acercarme, retiró el chal bruscamente y descubrió a Wan-Lee, el idólatra ¡tendido allí muerto!

¡Muerto, mis queridos amigos, muerto! ¡Apedreado hasta morir en las calles de San Francisco, en el año de gracia de mil ochocientos sesenta Y nueve, por una turba de niños cristianos... de colegiales!...

Puse mi mano conmovido sobre su pecho, sentí algo que se desmenuzaba bajo su blusa y miré interrogativamente a Hop-Sing. Este introdujo su mano entre los pliegues de seda, y con la única

sonrisa de amargura que vi jamás en la cara de aquel caballero pagano, retiró un objeto.

Era el dios de porcelana de Wan-Lee, aplastado por una piedra de aquellos iconoclastas cristianos.

FIN